Claves de actualidad

¿Cómo leemos en la sociedad digital?

Lectores, *booktubers* y prosumidores

Francisco Cruces (Dir.)

En un lugar
de La Mancha
de cuyo nombre
no quiero
acordarme,
no hace
mucho tiempo





¿Cómo leemos en la sociedad digital?

Lectores, *booktubers* y prosumidores

Francisco Cruces (Dir.)

Gemma Lluch
Remedios Zafra
Julián López García
Gloria G. Durán
Jorge Moreno Andrés
Romina Colombo
Nuria Esteban
Anna Esteve
Virginia Calvo
Maite Monar





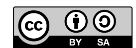


Esta obra ha sido editada por Ariel y Fundación Telefónica, en colaboración con Editorial Planeta, que no comparten necesariamente los contenidos expresados en ella. Dichos contenidos son responsabilidad exclusiva de sus autores.

Gran Vía, 28
28013 Madrid (España)

Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)

Coordinación editorial de Fundación Telefónica: Rosa María Sáinz Peña
Primera edición: septiembre de 2017



Esta obra se puede descargar de forma libre y gratuita en:
www.fundaciontelefonica.com/publicaciones

ISBN: 978-84-08-17845-3

Depósito legal: B. 17.812-2017
Impresión y encuadernación: UNIGRAF
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Índice









Itinerarios del yo en un cuarto propio conectado

Remedios Zafra



Mujeres que están leyendo

Remedios Zafra



Fugas



Lecturas de interior

Romina Colombo



A Jesús Martín-Barbero

1

Maneras de leer: una introducción

Francisco Cruces

En la primavera del año pasado, tras presentar juntos su último libro, Néstor García Canclini me preguntó si me animaría a dirigir un proyecto sobre lectores. ¿Acaso podría negarme? Néstor es uno de los antropólogos internacionalmente más reconocidos. Ha publicado muchísimo durante cuatro décadas sobre cultura urbana, jóvenes, literatura y arte. Yo no había pisado apenas el campo de los estudios sobre la lectura. Sí, por supuesto, le dije que sí.

La etnografía consiste en una forma de investigación cultural basada en una interacción sobre el terreno prolongada en el tiempo con un número normalmente reducido de personas. Más allá de la retórica romántica con que los antropólogos solemos salpimentarla, en toda etnografía digna de tal nombre hay cierto afrontamiento de lo nuevo. Uno, por definición, no sabe qué va a encontrar en el campo. Y lo que fascina es, precisamente, esa posibilidad de salir a descubrirlo, razón por la que llamamos a este nuestro método clásico «el encuentro etnográfico» y no el protocolo, el procedimiento, la receta etnográfica. En este caso, el encuentro era bastante literal. Se trataba de un tema relativamente ajeno para mí, con el añadido de ser una tarea urgente en comparación con los plazos dilatados con los que en la academia solemos tomarnos las cosas. Me pregunté si sería capaz de armar un equipo a propósito; me parecía imposible abordar algo así de otra manera. El propio Néstor lo advirtió: «Necesitas algunos investigadores que tengan no solo la experiencia de investigar, sino también el conocimiento incorporado sobre este campo. Eso no es algo que pueda improvisarse».

Asomarse al campo de la lectura produce, efectivamente, el vértigo de medirse con un objeto de investigación colonizado desde múltiples disciplinas: la sociología, la historia, la pedagogía, la filología, la psicología, la semiótica, los estudios literarios. Desde tales perspectivas, la lectura ha sido pensada en toda su extensión y también intensivamente parametrizada mediante protocolos de análisis sofisticados. Es, además, un «campo» en un sentido muy empírico y palpable, habitado por agentes de promoción y seguimiento tanto públicos como privados: las empresas de la industria editorial; las instituciones culturales y educativas; los portales, blogs, tubes y canales dedicados al tema; los editores, autores y curadores; el sistema de bibliotecas; las sociedades de productores de libros y de gestión de derechos; los organizadores de ferias y eventos, y un amplio tejido cívico que gira en torno a la pasión y el deber de leer, incluyendo clubes, círculos y un sinfín de pequeñas iniciativas. Este campo se vertebra fundamentalmente a nivel local y nacional, pero trasciende dicha escala hacia una esfera supranacional donde circulan informes decisivos (como el PISA), actúan fundaciones (como la PEW) y organizaciones de alcance continental o regional (como el CERLALC latinoamericano). A través de la Red, abarca el mundo por entero.

Lo que mejor hace la mirada etnográfica es atender a los pequeños detalles de la vida cotidiana de gente ordinaria. Empero, frente a un panorama tan vasto, especializado y complejo, ¿qué podría aportar una aproximación de ese tipo? No fue, en verdad, para el estudio de este campo que se ideó la etnografía. Esta surgió justa-

mente como un relato escrito dirigido a lectores occidentales acerca de gentes sin escritura.[1] No hay más que recordar, por ejemplo, los prolegómenos que abren la monografía de *Los argonautas del Pacífico occidental*, una de las obras pioneras de la antropología moderna. Bronislaw Malinowski, recién desembarcado en las islas Trobriand, tras fracasados intentos por establecer una comunicación significativa con los nativos, explica la conveniencia de empezar el trabajo de campo intercambiando con ellos tabaco por léxico: pequeños regalos en trueque por conversación e historias (1993: 134).

Cierto que existen algunas aproximaciones específicamente antropológicas a la lectura, posteriores a la llamada «crítica etnográfica» de los años ochenta. La actividad de leer entró en el foco de la lente de la antropología precisamente tras la pérdida de los sujetos coloniales de los que esta se ocupaba: los pueblos ágrafos, las sociedades tribales, el campesinado. En ese momento, el relato sobre los otros se volvió urgentemente sobre sí mismo, para interesarse por lo que en esa disciplina hay de texto, autoría y modalidad de escritura. De entre las obras que se ocupan de la lectura como objeto etnográfico, la más representativa tal vez sea la de Boyarin (1993). Buena parte de sus contribuciones tiene que ver con textos sagrados y formas de leer históricamente marcadas por las religiones del libro. Se dirigen, por tanto, a una ampliación del horizonte lector, a partir del estudio de contextos de escritura radicalmente distantes, sea en el tiempo o en el espacio, respecto de las convenciones interiorizadas por un lector occidental de hoy.

Sin embargo, pocas prácticas cotidianas han tenido un lugar tan central en la conformación del sujeto moderno como la lectoescritura. Nuestras formas de trabajo y organización, de conocimiento y poder, de placer y fantasía, resultan impensables sin ella. La práctica lectora atraviesa por igual nuestras jerarquías morales y nuestra vida cotidiana. Está intrínsecamente ligada a las formas de conciencia que encarnan la condición de «ser moderno», una idea bellamente contenida en la imagen de ese «honesto hombre de letras» con que el sociólogo Bernard Lahire sitúa la centralidad de esta práctica entre los cánones culturales del siglo XX (2012: 55). Tales cánones, universalizados por un acelerado proceso global, no serían comprensibles sin la generalización de la lectura.

Por eso, sorprende la escasa visibilidad que para los antropólogos ha tenido una práctica tan estructurante. Es que nada parece tan común, tan ordinario y corriente como el hecho de leer (Todorov, en Boyarin, 1993: 1). Como si se pudiera decir poco al respecto. Como si el sujeto, absorto en lo leído, se mantuviera ausente para quienes lo rodean. En la misma dirección observó John Berger: quienes leen parecen estar, como viajeros, en otro lugar (2015: 162). ¿Cómo hacer observación participante con alguien así?

---

1. Debo esta observación a Honorio Velasco, quien muy amablemente asistió a la sesión de expertos para discutir avances del presente proyecto. Agradecemos también a los investigadores Amparo Lasén, María Brea y Wenceslao Castañares sus útiles sugerencias. Néstor García Canclini, Verónica Gerber, Carmen Pérez Camacho, Eduardo Nivón, Andrés López Ojeda, Rosalía Winocur y Carla Pinochet compartieron con generosidad su experiencia sobre este tema en Ciudad de México.

1.1

Del libro en singular a los lectores en plural

El desafío del presente texto es justamente mostrar la productividad de abordar las transformaciones en curso de la práctica lectora a partir de las *maneras de hacer* de lectores situados. Una propuesta de ese tipo está bien prefigurada en el estudio reciente *Hacia una antropología de los lectores*, a cargo de García Canclini *et al*. (2015), una obra que ha servido de inspiración y acicate al presente trabajo. En él, los autores reformulan algunas de las cuestiones que habitualmente orientan las encuestas nacionales sobre lectura; realizan una valoración de los modelos tradicionales de comprensión de la práctica lectora, identificando algunas de sus carencias; documentan modos de leer emergentes en la ciudad de México; trabajan en profundidad con un abanico de sujetos variado en cuanto a edad, género, actividad profesional y formación cultural, y analizan el impacto de las TIC en las disposiciones de lectores y creadores; sitúan, en suma, el conjunto de tales transformaciones en el contexto de la vida cotidiana.

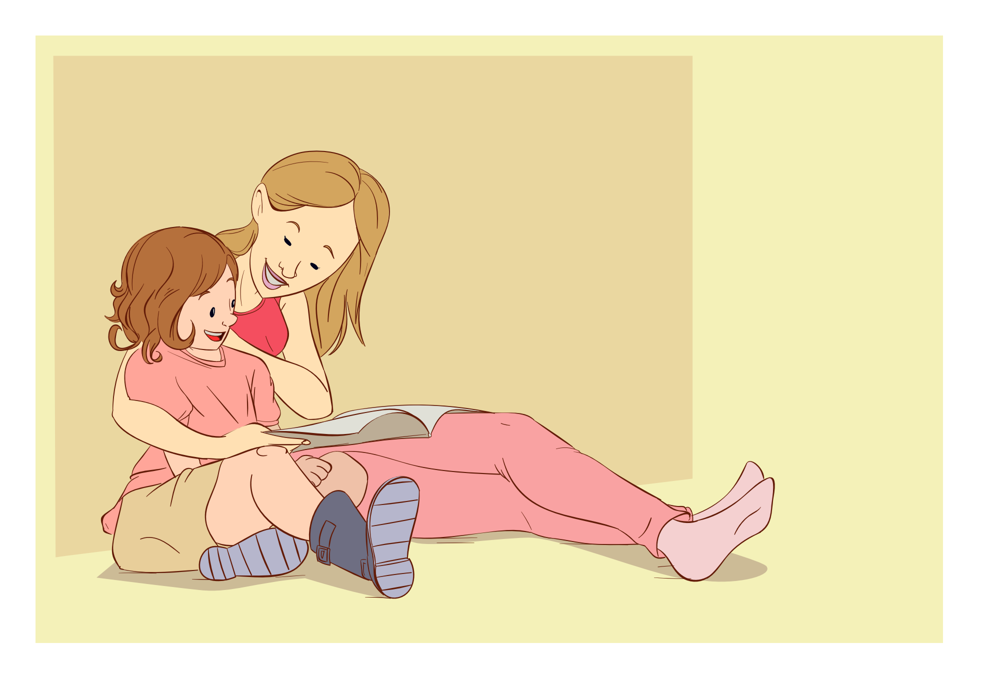
Este tipo de abordaje cualitativo y multidisciplinar tiene también un antecedente en el libro *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales. Prácticas emergentes en las artes, las editoriales y la música*, que realizamos junto al equipo mexicano que dirige García Canclini y que publicó Fundación Telefónica (2012). En dicho estudio analizábamos algunas de las estrategias culturales de jóvenes creadores urbanos en Ciudad de México y Madrid. Mediante una combinación de cuestionario *online*, entrevistas en profundidad, observación participante, talleres experimentales y webnografía, se visibilizaba el impacto de la Red sobre los entornos de creación cultural y se reflexionaba sobre la relación entre la aparición de nuevas tendencias y el modo de vida de los jóvenes.

En el presente texto, el centro de la atención lo ocupan las prácticas de lectura: el *cómo* leemos. No se trata tanto de averiguar qué leen los lectores (géneros y textos) o cuánto leen (frecuencias, niveles, competencias). Ni tan siquiera por qué lo hacen; pues, las prácticas, en tanto formas convencionalizadas y socialmente pautadas de acción, poseen una prehistoria tal en nuestras vidas que resultan mudas. Decir que la lectura es una práctica social resalta justamente ese carácter: una forma automatizada, interiorizada y socialmente significativa de hacer algo. Leer no es reductible a un «comportamiento», en el sentido individual, psicológico, del término, ni a una «acción», un obrar instrumental en pos de ciertos fines u objetivos. Es una práctica porque llega hasta nosotros socialmente estructurada: dotada de determinada organización, cargada de historia, un conjunto complejo de significaciones. Y porque a su vez es estructurante: organiza los tiempos del sujeto, expresa sus relaciones con el mundo, lo relaciona de variadas formas con otros múltiples actores, tanto colectivos como personales, distantes como cercanos. Construye su mundo y lo expresa. Es esa multiplicidad de determinaciones, densa y silenciosa, lo que viene encastrado en la práctica de la lectura y que el analista trata de desenterrar.

Es lo que perseguimos en este libro. Para ello, resulta preciso (siguiendo la ruta trazada por autores como los historiadores Roger Chartier y Robert Darnton, el sociólogo Pierre Bourdieu y el etnólogo Michel de Certeau) preguntarse *de qué maneras* leen los sujetos. En qué contextos y situaciones lo hacen; con quién comparten lo leído; qué posición ocupa esa dedicación en relación con las otras muchas cosas que nos permiten edificar una cotidianidad. Tales interrogaciones se sintetizan bien en la distinción analítica que propone Karin Littau (siguiendo a J. Radway) entre «el significado del acto de leer y el significado del texto leído» (2008: 209). El acto de leer no tiene que ver solo con los textos o los objetos por sí mismos, sino con lo que la gente hace con ellos.

Nos ha interesado, por ejemplo, documentar fotográficamente cierto gesto lector: una manera particular de sostener el libro o el dispositivo portátil; modos relajados o tensos, casuales o formales, recogidos o visibles, calculados o espontáneos, de disponer el cuerpo ante la lectura. También nos hemos preguntado por el modo en que, históricamente, tanto en la pintura como en los catálogos de muebles y las revistas de decoración, fueron representados en diversos momentos los lectores y lectoras en la intimidad de sus hogares: seriamente formales en el despacho del caballero; relajadamente abandonados sobre un sofá de escay, u ojeando una revista en la cocina mientras se remueve el cucharón en la olla. Hemos invitado a talleres en los que los participantes hicieron el relato de sí mismos, contando cómo aquello que leyeron en el pasado ha desembocado (o no) en la persona que ahora son. Los hemos animado a «poner la magdalena proustiana del revés», evocando el niño lector que fueron, por ejemplo, en aquellas interminables horas de verano robadas a la siesta en que la lectura vacacional inauguraba, en la playa o el campo, un reino de independencia respecto al mundo de los adultos. Considerando la Red un espacio privilegiado de subjetivación, nos hemos interrogado sobre el lugar que ocupa el texto en ella. Exploramos, por una parte, cómo el par lectura-escritura se volvió indisociable. Por otra, cómo esas formas de textualidad no necesariamente literaria despliegan nuevos y estrechos vínculos con lo audiovisual, la sociabilidad distribuida de los medios sociales, la interactividad, la convergencia, la velocidad y la hiperabundancia. Ese sistema emergente de relaciones hipertextuales hace presagiar efectos que están aún por comprenderse en su verdadera dimensión. Hemos trabado conversaciones *online* con muchos de los *booktubers* que están abriendo con éxito pujantes caminos a la lectura por placer entre la generación más joven, sin la vigilancia de los mediadores tradicionales de la escuela. Y hemos conversado también sobre sus gustos, hábitos y preferencias con pastores, amas de casa, miembros de clubes, bibliotecarias, editores grandes y pequeños, feministas, profesores de secundaria, artistas, activistas de barrio, programadores municipales, responsables ministeriales, incluso recitadoras *amateur* de historias de amor.

Generalmente, es el cómo de las cosas, no el qué, ni el cuánto, lo más difícil de nombrar. Y muchas veces resulta imposible de clasificar, encasillándolo en tipologías. Por eso, a lo largo de esta investigación, en ocasiones nos hemos limitado a detectar en un gesto, un discurso o un dato el indicio de una diferencia significativa.



Es muy posible que, al final de este libro, en la consideración del lector pesen menos nuestros hallazgos generales que la imagen de un particular sillón de orejas de los años sesenta, las obras de un artista que entierra y desentierra libros o el relato de una joven que imagina a la abuela que nunca conoció a través de las novelas que le gustaron.

¿Por qué los sujetos encuentran su mayor y mejor expresión en ciertas maneras de hacer, al adoptar cierto estilo en la ejecución de una práctica? No deja de ser un enigma. Así lo reconoce el sentido común, cuando glosa en términos de disposiciones interiores —misteriosas como la gracia, el talento o el don— la peculiaridad con que alguien hace algo. Las prácticas son la sociedad incorporada, hecha carne. El sociólogo Pierre Bourdieu se refirió a ese proceso invisible de incorporación, a través del cual los agentes interiorizan en sus prácticas las categorías sociales preexistentes, mediante el concepto de *habitus*. Un *habitus* lo constituyen esquemas de acción, percepción y apreciación que se heredan en cada práctica y le imprimen su forma específica, la cual garantiza su reproducción a través del tiempo (véase 1989). Otro autor, Michel de Certeau, reconstruyó ese mismo proceso en términos un tanto diferentes, al hablar de *artes* o *maneras de hacer* como el modo idiosincrático mediante el cual cada actor no solo reproduce en sus prácticas un orden social heredado, sino que también produce o inventa, a su modo, su propio orden (1979). Finalmente, no podemos dejar de evocar la noción de *ritual de interacción* de Ervin Goffman (1970). Goffman veía la sociedad como un resultado emergente del continuo proceso de encuentros interpersonales en que consiste la vida social. Mediante las maneras ceremoniales que llamó «el trabajo de la cara» —la deferencia y el proceder—, los

implicados en la interacción cotidiana son capaces de intercambiar en tiempo real importantes mensajes sobre el carácter de cada uno, sus mutuas expectativas de comportamiento y el elevado valor concedido al resto de los participantes.

La lectura no aparece entonces como un ejercicio solitario, estrictamente individual. Menos aún como un frío desciframiento racional, reductible a valor informativo para el sujeto. Es siempre social, activa, holística, corporal, constructiva, afectiva y sensual. Lee toda la persona, con todo su cuerpo. Es necesariamente interpretativa (una «fusión de horizontes», la llamó el filósofo Hans G. Gadamer). Es abierta, pues el sentido del texto no viene dado de una vez, está siempre por reconstruir con el concurso decisivo del lector. Es intertextual, pues la actividad de leer convoca transversalmente, junto con el texto que se trae entre manos, todas las otras referencias, tanto textuales como no textuales, de las que se pueda disponer para su interpretación. Es afectiva, pues, junto con las ideas, moviliza siempre las emociones y la imaginación.

De lo que se trata, entonces, es de aprehender lo que de alguna manera viene contenido o implícito en el «cómo» de esta práctica. Pese a la condición escurridiza, etérea, de las categorías teóricas con que contamos para semejante empresa, su interés es innegable. Es precisamente a través de sus maneras de leer como los sujetos expresan de un modo incorporado, tangible, los automatismos y disposiciones más íntimos, donde se condensa tanto quiénes son como el sentido de lo que hacen. En materia de práctica, la forma importa.

Una aproximación de este tipo conduce a poner a los lectores empíricos en el centro; a buscar una visión desde la perspectiva de los que leen. El «lector» construido como una casilla de las encuestas o las estadísticas resulta a todas luces insuficiente, un mero perfil poblacional, sociolaboral. Tampoco se trata de abundar en el receptor imaginado en las teorías literarias del texto: un Lector, con mayúscula, trascendental, masculino y abstracto. Para comprender las vicisitudes de la lectura en nuestros días, precisamos acercarnos de otro modo a sus protagonistas. Es una empresa por definición tentativa, pues es siempre más fácil invocar la diferencia que arriesgarse a nombrarla. A cambio, podremos reconstruir con mayor cercanía y justeza quiénes son los lectores y qué hacen, reintegrar sus modos idiosincráticos de aproximarse al texto y apropiarse de él.

Esta propuesta ha sido llevada a la práctica por cada miembro del equipo desde su prisma particular. En el capítulo 2, Gemma Lluch se aboca a un análisis concienzudo de la joven generación de *booktubers* españoles. En el siguiente capítulo (en colaboración con las investigadoras Anna Esteve, Virginia Calvo y Maite Monar), presenta, mediante el análisis de blogs de profesores que los han creado y animado, algunos de los proyectos educativos más interesantes en la enseñanza literaria no universitaria en nuestro país. Ambas dimensiones (la lectura libre o de impulso y la transmisión escolar del canon) son ejemplo de las dos direcciones de transformación que en tan solo una década ha experimentado el mundo de la lectura entre jóvenes y adolescentes, uno de los sujetos emergentes más importantes para avizorar el futuro de esta práctica. En los capítulos siguientes, Remedios Zafra aborda

un amplio abanico de efectos de la Red como espacio de subjetivación (capítulo 4), para en el siguiente realizar un seguimiento etnográfico de dos grupos distintos de mujeres en tanto lectoras y prosumidoras, entre otras cosas, de texto. El capítulo 6 es una doble fuga: permitirá al lector levantar su mirada de la página para seguir con el fotógrafo y antropólogo Jorge Moreno las miradas de lectores y lectoras en instantáneas situaciones. Esa dimensión temporal, contenida en la instantaneidad de la fotografía, se amplía hacia atrás en el capítulo de Romina Colombo. Ella nos invita a penetrar, a través de las revistas de decoración, en los interiores domésticos españoles durante dos períodos del siglo XX (1965-1985 y 1995-2016) y documenta cómo se han representado en esa literatura los gestos del lector (masculino o femenino, ocupado o desocupado) y las maneras diversas de su inscripción en los ambientes de la casa. En esa línea, los talleres de autoexploración colectiva *Así leemos* que yo animé a lo largo de 2016 contienen una etnografía experimental de maneras de leer híbridas. A través de un haz de microhistorias singulares afloran la centralidad de lo leído en las vidas de los participantes, la importancia de la narración autobiográfica y detalles caseros y pequeños ceremoniales que conciernen a la materialidad del libro y a formas estrictamente personales de compartir la lectura. En los capítulos 9 y 10, Gloria G. Durán y Nuria Esteban abordan los complejos terrenos de la promoción de la lectura, la gestión de las bibliotecas y la producción editorial, a partir de un trabajo de campo centrado en Madrid. Analizan, por una parte, la perspectiva de las políticas institucionales y, por otra, las estrategias de los agentes implicados. En ambos casos, el impacto de la Red y las formas de desmediación que esta viene facilitando son el dato fundamental de un panorama surcado por ironías y controversias. Finalmente, Julián López y Jorge Moreno Andrés se centran, en un plano microetnográfico, en formas de *embodiment*, cognición y capitalización del texto que acompañan a dos contextos tipológicamente contrastados (*Analogia versus Digitalia*) con fines comparativos.

1.2

El universo cultural está en franca mutación

El escenario donde se encuadra todo esto es el de unas transformaciones aceleradas en los consumos y prácticas culturales. En su introducción a *Les mutations de la lecture* (2011), Bessard-Banquy insinúa sin declararlo el desgaste del canon letrado. Ante la evidencia de dicho desgaste, los guardianes de la alta cultura denuncian, como hace Sallenave, «que los videojuegos y los videoclips, Internet, la vida cotidiana, todo eso está cargado de información, de distracción, de placer, de miedo, de disfrute, pero no de pensamiento, si entendemos por tal una capacidad para tomar distancia, para volver sobre uno mismo y sobre lo que se ha visto» (Bessard-Ban-

quy, 2012: 9; la traducción es mía). Este tipo de discurso enuncia, en clave de pérdida civilizatoria, un lamento por los destinos del «saber», la «reflexión» y el «conocimiento», vistos en peligro por las transformaciones contemporáneas de la ecología del libro. Por el contrario, otros intelectuales (así como profesionales de los viejos y nuevos medios) celebran como una democratización la horizontalidad con que hoy tomamos en un plano de igualdad la diversidad de formas de expresión y productos culturales. En todo caso, lo que parece innegable es la legitimidad en ascenso de los mundos del entretenimiento mediático, la cultura técnica, las expresiones antaño consideradas subculturales y las tradiciones descentradas respecto al canon clásico.

¿Qué significa un canon artístico o literario? Para empezar, la idea remite a una selección de obras escogidas. El canon reúne lo excelente, lo indiscutible en cierta área o disciplina o, más ampliamente, en una sociedad o cultura. En segundo lugar, el canon sirve como modelo a imitar para sucesivas generaciones de creadores y también para la formación del público. Además, representa una escala de medida, un patrón —ese era su sentido original en griego—, de tal modo que son las obras del pasado las que se toman como referencia para valorar las ejecuciones del presente. Eso presupone, en cuarto lugar, perdurabilidad en el tiempo. El canon recoge las obras y los autores que han «entrado en la historia», que se han «consagrado», lo cual implica una asunción de la continuidad y permanencia de su sentido por encima del paso de los siglos. Con ello, apreciamos su dimensión política. No hay sociedad sin arte, arte sin canon, canon sin historia. El canon es un sistema de legitimidad.

En algún momento, en los estudios culturales desde los años ochenta, se acuñaron expresiones como «posmoderno», «poscanónico» o «después de la virtud» para referirse al orden moral resultante del desgaste del canon moderno. Sin entrar a profundizar en ese debate, es obvio que ese «pos» no designa un final: ni nuestra sociedad es posmoderna, ni nuestras ciudades posurbanas, ni nuestras disciplinas posparadigmáticas. Sin embargo, ese diagnóstico viene, desde hace unos treinta años, señalando atinadamente una urgencia: la de pensar las condiciones de posibilidad de un orden cultural en el que, parafraseando a Marx/Berman, «todo lo sólido se desvanece en el aire» (Berman, 1988).

Algunas de las causas de tales cambios son de orden político. Tienen que ver con la democratización del acceso a la educación y la cultura. En una suerte de victoria pírrica, la extensión de la institución escolar universalizó formas de distinción hasta entonces restringidas a las élites. Otras obedecen al enorme desarrollo de los medios de comunicación masivos, implicando un desdibujamiento de fronteras entre lo que se consideraba alta cultura, cultura masiva y culturas populares. Y también un ensanchamiento inusitado del universo de lo que puede ser considerado «cultural», que dejó de reconocer bordes de ningún tipo: ni temáticos (tatuajes, gastronomía, culturismo), ni geográficos (yoga, sauna finlandesa, parto en agua) ni estilísticos (dadá, manga, gore). Y si ese ensanchamiento ha conllevado lo que Geertz bautizó con preocupación como las «guerras de la cultura», el lado positivo es el reconocimiento *de facto* de un universo cultural en estado de efervescente coexistencia, donde, como en Internet, todo cabe. Por más que resulte escandaloso para algunos

amantes de las bellas letras, en realidad, el resultado no es la muerte del canon, sino su yuxtaposición indiferente con las más variadas formas de expresión humana.

La tarea de evaluar hoy la lectura implica, en última instancia, preguntarse por su lugar en un sistema de prácticas. En dicho sistema, el canon lector (las maneras «correctas», normalizadas, de llevar a cabo la lectura) no desaparece, pero es pluralizado y cuestionado desde frentes diversos.

Al hablar de *tendencias*, por ejemplo, reconocemos el impacto de un nuevo sentido del tiempo marcado por la rapidez y la obsolescencia e identificamos las profundas corrientes de informalización cultural (lo *cool*) que vienen recorriendo desde los años setenta los estilos de vida en las sociedades desarrolladas (Frank, 1997; Löfgren, 2013). Al hablar de *digitalización*, apuntamos la emergencia de una nueva cultura de *read & write* que concibe la lectura ligada a la escritura propia y a la interactividad en la Red y que se presenta con las resonancias utópicas de una comunidad más horizontal e igualitaria que aquella fundada en la división cultural del trabajo entre escritor y lector, experto y lego, profesional y *amateur*. Al hablar de *individuación*, tenemos presente, más allá de cualquier crítica vulgar al «individualismo de la sociedad actual», la enorme fuerza social que libera la posibilidad/exigencia de los sujetos contemporáneos de darse a sí mismos un nombre, un perfil y un relato discontinuos respecto a cualquier herencia de clase, familia u origen. Conviene no olvidar que solo se es individuo cuando se está plenamente institucionalizado; el individuo no es lo contrario de la institución moderna, sino su producto. En ese marco, cabe entender el paso de las escrituras escolares masivas y disciplinarias a la moderna aspiración pedagógica de fomentar las escrituras personales. También es del proceso de individuación de donde surgen los impulsos a una estetización del yo en la vida cotidiana que la industria recoge y devuelve, a su vez, en forma de productos customizados para el sujeto.

La práctica lectora responde congruentemente a estos cambios en la cultura contemporánea. Emborrona sus límites respecto del ejercicio de la escritura, en una posición centrífuga donde, como dice elocuentemente Remedios Zafra, «todos escriben para todos». Eso descoloca la unidireccionalidad comunicativa que gobernaba la especialización profesional entre autores y consumidores de texto, lo cual no significa en absoluto horizontalidad en el proceso de edición, sino la irrupción de nuevos y poderosos mediadores (como son los buscadores y las aplicaciones de redes sociales con sus algoritmos de cálculo y predicción). La Red ha tornado fluidos ciertos modos de leer, lo cual se expresa muy bien en la metáfora madre de la «navegación». En el mundo *off line*, la lectura también adapta sus formas a la movilidad constante de las personas, la fragmentación de los tiempos cotidianos y la multiplicación de las ofertas y ocasiones de encuentro con el texto. Se diversifican y segmentan soportes, géneros y motivaciones para la lectura. El canon literario clásico (la «cultura legítima») engrosa cada vez más y más cosas, perdiendo parte de su pregnancia y peso en el conjunto. Y, aunque parezca paradójico —como analizaremos en varios capítulos de este libro—, a esa revoltura la acompaña un retorno de formas de oralidad (la lectura en voz alta, el comentario colectivo, la hegemonía del

relato) que se pensaba propias de etapas precedentes. Eso es congruente con una nueva educación sentimental. La práctica lectora se descentra respecto de la disciplina mental y corporal recibida en la escuela, asimilando otros afectos, experiencias y sensibilidades donde la pasión cuenta tanto como la cognición y el reconocimiento tanto como el conocimiento.

Esta lectoescritura pluralizada, diversificada, segmentada e indisciplinada conecta con las corrientes de una Nueva Economía Cultural que viene transformando los conceptos mismos de trabajo, autoría, propiedad e industria. En el campo de la producción, el discurso ha virado de las industrias culturales a las creativas; de la fabricación en masa a la creatividad distribuida; del «hombre organizacional» al «trabajo colaborativo». Los conceptos de autor, obra y público se ven desgastados por epistemologías construccionistas donde la autoría se diluye en favor de actividades de mediación simbólica que creíamos de segundo orden, como el diseño, la traducción y el arreglo musical (así se aprecia, por ejemplo, en la proliferación en la Red de estéticas de sampleo, *mashup* y parodia). Estas transformaciones productivas y tecnológicas poseen también una innegable dimensión política, con el cuestionamiento de la propiedad (impugnación del *copyright*; pirateo y batallas por el control de los derechos de acceso; invención de licencias y protocolos; iniciativas comunitaristas por el procomún) y las controversias en torno a la legitimidad de nuevos actores y formas de intermediación desconocidos hace solo dos décadas.

1.3

Diseño multilocal e interdisciplinar

El planteamiento de esta investigación resulta, entonces, de un cruce de metodologías con la etnografía en el centro. Al recortar nuestros contextos empíricos, hemos querido atender a cuatro tipos de variables que parecían importantes: (a) el impacto de los nuevos soportes; (b) los sujetos lectores en su diversidad; (c) el tejido institucional y cultural de la lectura, y (d) la relación de las prácticas con el contexto local en que se producen.

No se trataba de multiplicar las casillas hasta el infinito, sino de recortar situaciones sugerentes de observación de campo que cruzaran algunas de estas variables. Queríamos, por ejemplo, disponer de uno o varios seguimientos de la lectura en ese espacio privilegiado que es Internet. Nos pareció también importante otorgar una atención especial a ciertos sujetos emergentes de la lectura contemporánea: los jóvenes y adolescentes, las mujeres, los clubes de lectura. Decidimos asimismo recoger la perspectiva de los expertos del campo, tanto desde el tejido institucional (instituciones públicas y privadas, colegios, bibliotecas, promotores, asociaciones)

como desde los autores, creadores y editores. Hemos buscado, finalmente, tener en cuenta el *lugar*, pues las prácticas son siempre cuestión de contexto y ocasión. Nos interesaban particularmente la visualidad, el cuerpo, el sensorio, los afectos, la materialidad del objeto-libro, las movilidades, las biografías y las experiencias.

El resultado es inevitablemente una metodología compuesta. En lo que sigue, hemos combinado la etnografía en sentido clásico con el análisis de contenido, la webnografía, la autoetnografía, la imagen fotográfica, la historiografía y los talleres colaborativos.

La localización de la etnografía es multilocal. Centrada mayoritariamente en la ciudad de Madrid, incluye contextos de campo en Valencia, Málaga y Ciudad Real, así como en una zona rural manchega.

Leer después del canon

Los resultados se entretejen en lo que busca ser no una miscelánea de artículos deshilvanados, sino una conjunción de perspectivas plurales. Para ello, hemos dedicado energía a comentar lecturas en grupo, compartir avances y contrastar perspectivas desde la filología, la historia, el arte, la antropología, el feminismo, la filosofía y la antropología visual.

No ofrecemos un resumen didáctico sobre lo que ya se conoce acerca de la lectura. Con seguridad, el lector encontrará eso en la bibliografía citada en los capítulos. Aquí hemos querido explorar territorios: avanzar en la comprensión de aspectos insuficientemente representados en el tratamiento de las maneras contemporáneas de leer. En esa medida, nuestras descripciones acaso resulten tentativas y nuestras conclusiones provisionales. Sirva de excusa que el esfuerzo se ha dirigido a cartografiar esos perfiles cambiantes y novedosos de una actividad harto inasible.

En el capítulo 2, Gemma Lluch aborda la joven generación de *booktubers* españoles. Produce sus datos a partir de un análisis documental muy exhaustivo de blogs y canales de vídeo, a lo que añade —y esto es una originalidad valiosa— una interacción directa con varios de ellos en la Red. Eso le posibilita poner rostro y perfil a quiénes son y, sobre todo, a cómo operan: de dónde procede su práctica lectora y comunicativa, qué trayectorias comparten, dónde compran sus libros, en qué medios han ido transformando su actividad: del blog al canal de YouTube; del foro de Laura Gallego a la reseña de publicaciones anglosajonas; del *amateurismo* a la profesionalización. Es una contribución necesaria para concretar una imagen nebulosa en datos, más allá de condenas fáciles o prejuiciosas, pues, como establece la autora a partir de un paralelismo audaz con el proceso de desmediación que en el siglo XIX arrancó la escritura literaria de la órbita de los mecenas para colocarla en un mercado, no se trata de juzgar si esta escena es mejor o peor para la creación literaria, sino de comprender una ecología de medios en sus propios términos. Es un circuito de comunicación que hoy pasa, para la generación más joven, por la Red.

El segundo ensayo de este libro enfoca el tema desde un ángulo un tanto diferente. No se trata ahora de la lectura libre o de impulso —liberada de los mediadores

escolares—, sino justamente de las transformaciones que la lectura de los clásicos está experimentando en la escuela actual. En particular se analizan, a través de sus blogs, algunos de los proyectos docentes en la educación primaria y secundaria más avanzados por parte de profesores de nuestro país. Llaman la atención tres cosas. (a) El carácter voluntario («una responsabilidad moral o profesional») con que los profesores asumen tan generosamente su rol. Es todo un síntoma que estos profesores intenten «sacar la literatura a la calle». ¿Tumbar los muros de la escuela? Más bien hacerlos porosos: reconocer lo bueno de ambos mundos y la necesidad de ponerlos en comunicación para que el canon siga vivo. Ese quitarle puertas al canon y muros a la escuela constituye un esfuerzo utópico, en el que ellos ponen la piel y la energía. (b) Con esto, resaltan otros dos rasgos notables del proceso: trabajan tejiendo red. Se conocen y apoyan entre ellos. Este funcionamiento reticular, paralelo al que sostiene la sociabilidad de niños y adolescentes, constituye una particular manera de hacer sociedad. (c) Finalmente, este «impuro» sacar al canon de paseo produce hermosas imágenes disruptivas, conexiones improbables: una película sobre *La Celestina*; un año encendido por el verbo amoroso de los adolescentes; una relectura en grupo sobre las eternas sorpresas de los Salmos y los Evangelios (no en vano nos recuerda Julián López en el capítulo 11 que la lectura trae en Occidente «reminiscencias de Lutero»). Lo que hace hermosas esas experiencias escolares no está en los blogs ni en nuestro análisis, pero se deja adivinar: estará, con absoluta seguridad, en las epifanías producidas en sus sujetos, capaces de marcar para siempre al grupo que las vivió.

Remedios Zafra se ocupa de nuevo, en el capítulo 4, de la lectura en la Red. La «lectura» toma aquí un sentido más amplio que el estrictamente literario. Se centra en la subjetividad como escurridizo objeto de análisis. Apreciamos en los meandros de su propio, jocoso diario de autoobservación en qué medida la Red constituye un espacio crítico de extensión del yo, de despliegue de una identidad digital. Y con qué efectos. Yo conocí a Remedios como lector de un libro suyo, *Un cuarto propio conectado. (Ciber)espacio y (auto)gestión del yo*, desde donde me pareció que ella escribía el mundo. Pensé que, para esta investigación, sería de lo más útil retornar a esa habitación que es trasunto cibernáutico de aquella otra de Virginia Woolf. La conexión implica una decisiva irrupción del exterior en nuestras habitaciones, en nuestra intimidad. El capítulo está escrito desde la honestidad de un ejercicio de desnudamiento, que se combina con cierto malestar cultural. No se demonizan las promesas de la Red: se escribe desde ellas, calibrando su lado oscuro. Remedios apunta procesos inquietantes, como la emergencia de potentes industrias del yo. La delegación de la libertad de elección en un algoritmo. El desasosiego de ser adivinado en tus preferencias, convertidas banalmente en necesidad y negocio. La extraña ceguera que llega a producir la sobreabundancia.

En el capítulo 5, la misma autora cambia el tono y el propósito. Ahora son dos grupos de mujeres quienes cobran protagonismo como sujetos de la investigación. El primero es un club de lectura de mujeres en Málaga, vertebradas en torno a complicidades y crecimientos personales por el hecho fundamental de leer juntas. Su

itinerario va de la novela al ensayo (y, cabe esperar, de la dependencia a la autonomía). El segundo grupo son mujeres «prosumidoras», profesionalmente muy activas tanto en la creación cultural como en la comunicación en la Red. La comparación (explícita entre los dos grupos de mujeres, implícita respecto al mundo masculino) permite a Remedios colocar algunas de sus observaciones en el contexto de un relato más amplio, el de la emancipación de las mujeres a través de la lectura. Identifica formas específicas de «contralectura» y razona en espiral en torno a algunos de sus interrogantes. ¿Cómo se conjugan la práctica lectora y la herencia de un canon masculino? ¿Cómo se inserta la interactividad del «prosumir» —consumir produciendo— en la historia y el porvenir de las mujeres?

El interrogante que gobierna el capítulo *Fugas*, escrito por Jorge Moreno Andrés y Julián López García, es otro. No sobre el género, sino sobre la imagen. ¿Por qué retratar gente leyendo? ¿Qué enseña lo visual que no esté ya en el discurso escrito? Las fotos de Jorge remiten a una tradición fotográfica que tiene, como él mismo explica, en André Kertész un buen exponente (se acaba de editar traducida al castellano su célebre obra *Leer*, 2016). Este autor húngaro produjo notables retratos de lectores en múltiples situaciones, a lo largo de décadas y en distintos países. Tras ver su trabajo, resulta imposible mirar de la misma manera. Eso indica algo más que una manía o una filia: hay en la fotografía una educación de la mirada, un completamiento de la comprensión de lo que ocurre en la lectura. Existe la intención de captar algo que se pierde en las figuraciones abstractas del Lector (las propias, por ejemplo, de algunas teorías filosóficas o literarias): por un lado, su rostro único y singular; por otro, una relación particular (así sea de ruptura o no) con un determinado contexto, arquitecturas, escaleras, ventanas, muros, azoteas, cristales… El rostro iluminado se torna punto de fuga. La isotopía del discurso visual se rompe, mostrando el hecho de que toda lectura consiste en dos tiempos que se encuentran. En el lenguaje de una sociología fenomenológica, diríamos que el tiempo fuera del tiempo (*time-out-of-time*) del texto es contrapuesto al aquí-y-ahora de la persona, su cuerpo, su cansancio, su gesto, su postura. Su mirada.

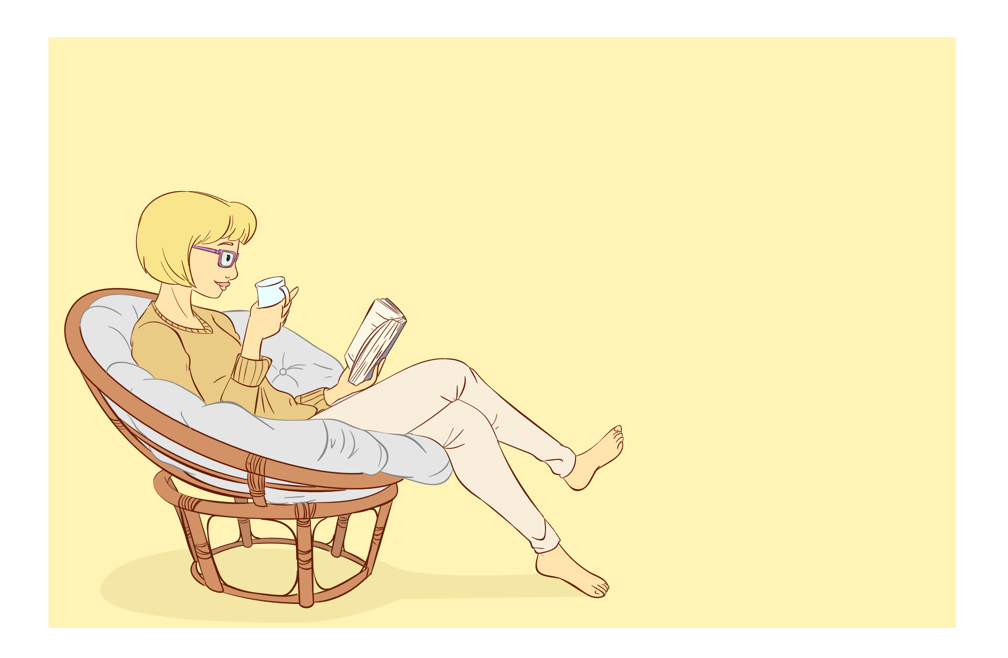
La instantaneidad (ese *aquí-y-ahora*) hace del leer una actividad de pleno derecho, una genuina, esforzada tarea, y no un banal automatismo, algo sufrido pasivamente. La fotografía nos devuelve el cuerpo lector, su vigor o relajación, la vista capturada o ausente, fisgando por encima del hombro o en abstraída soledad, bostezando o matando el rato. Esa captura es un cortocircuito que se adivina entre ambos tiempos, de cuyo registro solo la fotografía parece capaz. Como afirman Jorge y Julián, no deja de resultar paradójico el hecho de que necesitemos de la imagen «para recomponer el sentido de nuestros encuentros con el texto».

Romina Colombo elabora también la imagen del lector, proyectando una mirada histórica sobre los espacios domésticos. No es la casa el lugar donde la figuración sociológica ha ido con más frecuencia al encuentro de la lectura, que se ha pensado normalmente en función del espacio público. La comparación cruzada combina, en el diseño de Romina, los lugares de la mujer y del varón, en su alternante condición de lectores ociosos o laboriosos («ocupados» o «desocupados»), en dos periodos

de la segunda mitad del siglo XX. Se trata, pues, de la manera en que sucesivas capas de modernización construyeron nuestras prácticas lectoras, que hoy aparecen ya naturalizadas, invisibles. Esta historiografía está trufada de pequeños hallazgos. Revelan en qué medida sensibilidad y temporalidad son dos factores intrínsecos a la actividad lectora. Considérese, por ejemplo, dónde ha quedado para nosotros el recuerdo de aquel momento no tan distante en que hicieron irrupción los flexos de mano, el mueble modular, la preocupación por la iluminación indirecta. Es como si se tratase de una arqueología del pasado reciente, pues el tiempo colapsa en el espacio doméstico, el cual está hecho, por definición, de una superposición de capas heterogéneas —o más bien deberíamos decir *heterocrónicas*: la casa no precisa tanto de historiador como de arqueólogo. El tiempo de las prácticas cotidianas se revela como una cosa distinta al tiempo cronológico que miden los relojes y al evenemental que desgranan las narraciones lineales del acontecer en el espacio público. Es un tiempo denso, cuya unidad de análisis la constituye la serie concatenada prácticas-objetos-gestos, la cual remite a memorias de duración variable. Por esa razón, los «ambientes» propuestos desde las revistas de decoración resultan, a la postre, enormemente ficticios (tan «de foto»). No es así la casa de nadie. Necesitamos forjar un vocabulario para poder llegar a nombrar los ambientes reales. Y para analizarlos precisamos una epistemología compuesta, que no sea solo historia de interiores, teoría del texto o sociología de las prácticas, sino esas tres cosas a la vez. Compuesto es de hecho su objeto: los placeres de la lectura. Es una ironía el que justamente haya sido la más joven del grupo quien de este modo nos devuelve fascinada un pasado que ella no llegó a conocer de forma directa.

Gloria G. Durán y Nuria Esteban han escogido relatar las perspectivas institucionales, empresariales y asociativas sobre las actuales políticas del libro desde un lugar de elocución felizmente irónico, juguetón. Umberto Eco, Jorge Luis Borges e Italo Calvino acompañan al lector, junto con los historiadores de las mentalidades Robert Darnton y Roger Chartier, para dar cuenta de un campo trufado de bucles, contradicciones y paradojas. Lo son esas no bibliotecas imposibles, participativas, campestres, interactivas o piratas hacia las que u-tópicamente parecen querer empujar distintos agentes del campo. Se trata de un lugar de enunciación —como el que ellas mismas escogen— notablemente descentrado respecto a la vieja institución cultural. ¿Poscanónico? Es más probable que, como nos confesó una alta funcionaria del Ministerio de Cultura en un momento apasionante de la entrevista, «la idea de instrucción pública siga latiendo en el fondo» de todas esas políticas innovadoras, ni más ni menos que como lo hacía en el siglo XVIII. En todo caso, parece que la idea de juego ha pasado ahora a formar parte intrínseca del canon. En consecuencia, este se ha vuelto menos serio, disciplinado y ordenado o, tal vez, al decir de las autoras, «rampante»: subido a las ramificaciones de la Red, como se subió a los árboles el célebre barón de la novela de Italo Calvino. Todo esto no señala por tanto un final de los libros sino, como lo formula Darnton, «una complicación».

La premisa de poner rostro al lector empírico se cumple cabalmente en la última de las aportaciones de este libro. Julián López y Jorge Moreno Andrés han realizado



entrevistas minuciosas, detalladas y literalmente, y nunca mejor dicho, «al pie de la letra». El rostro iluminado del pastor Eusebio enseñando lo mejor de su biblioteca; la naturalidad cariñosa con que Ángela sostiene su atlas sobre las rodillas, como si se tratara de un bebé, reciben la visibilidad que merecen en la pantalla del vídeo que acompaña este texto. Y también un tratamiento analítico en términos del par *Analogia/Digitalia* que habría hecho las delicias del estructuralista Claude Lévi-Strauss, quien, por cierto, también trabajó comparativamente la lectura literaria respecto a otras formas de práctica interpretativa, como la escucha musical y la visión pictórica (1994).

A estas alturas, sabemos sobradamente que las dicotomías son insuficientes. Y también, por definición, imprescindibles. Nos fuerzan a pensar desde ellas y contra ellas. Eso es lo que han hecho Julián y Jorge en este ensayo, pues ambos son antropólogos a la clásica: tratan a los lectores como indígenas de su práctica, detentadores de un saber. De ahí deriva el alumbramiento de su capítulo. Al contraponer los modos de hacer prístinos del habitante rural o el ama de casa con los de una (idealizada) vanguardia digital, lo que vienen a corroborar es un clásico dictamen de la antropología: toda práctica —toda lectura— es siempre el lugar de un saber específico, un modo particular de conocer el mundo. Esto vale por igual para los saberes y agentes marcados como «iletrados» o desposeídos que, a la inversa, para los teóricamente más avanzados, sobreabundantes e hipercualificados. Por encima de sus diferencias prácticas y gnoseológicas, ambas maneras de leer comparten en común dos importantes rasgos: (a) construyen un mundo y (b) están igualmente fundadas sobre convenciones o arbitrarios culturales.

Su descubrimiento es, por tanto, ni más ni menos que la opacidad de la lectura. Nadie es enteramente consciente de «cómo lee». Solo leemos a condición de ignorar nuestras propias, idiosincráticas maneras de hacer. Como ocurre con toda práctica, el acto de leer vuelve invisibles las letras para el lector.

¿Y desde dónde he escrito yo? Los músicos decimos que uno toca como camina. Sería igualmente cierto afirmar que uno escribe como lee. El escritor que aspiramos a ser reproduce algo del lector que somos. Esa fue, en definitiva, la enseñanza de la antropología de los años ochenta, cuando la corriente denominada «crítica etnográfica» puso patas arriba los textos sagrados de la tribu —nuestro canon antropológico— al insistir en el carácter textual y, por consiguiente, construido, contingente, arbitrario, autorreferencial, inventado y ficticio, de los relatos etnográficos en los que algunos habían depositado una excesiva y realista fe. El texto desvela siempre un lugar desde el que el yo, como autor, relata el mundo.

Reflexividad, dialogía, descontento con la intrusividad etnográfica y cierta libertad experimental bien ganada son elementos de esa antropología irónica a la que me adscribo. Que también puede ser crítica, a condición de entender la crisis no como fastidiosa destructividad —menos aún como ínfulas de superioridad moral—, sino como la obligación de que uno salga fuera de sus límites. Para poder seguir dando sentido al saber recibido, se hace necesario forzar sus fronteras.

Finalmente, eso es lo que los participantes en este proyecto compartimos al colaborar desde diversas disciplinas: salir del canon del que cada quien procede. Nuestra singularidad como lectores-escritores habla en esa medida de una condición más general, de época: de la crisis del canon cultural que hemos venido documentando, con su significado confuso, contradictorio, poliglótico. Somos, parafraseando a Eco, *Auctor in fabula*. Es un bucle extraño (gödeliano, escheriano): los estudiosos nos revelamos semejantes a esos profesores de instituto que sacan junto con sus alumnos los clásicos a la calle, a esos bibliotecarios preocupados por reinventar la biblioteca en formas utópicas o atípicas, a los lectores declamantes que celebran lo escrito contando historias en voz alta. En este libro, cada cual interpretó, a su modo, el sino irónico de ese canon aún reconocible y valioso, si bien descentrado, emborronado o, como dirían Gloria y Nuria, subido a los árboles.

1.4

Referencias bibliográficas

Berger, J. (2015). *Para entender la fotografía*. Barcelona: Gustavo Gili.

Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. Madrid: Siglo XXI.

Bessard-Banquy, O. (coord.) (2012). *Les mutations de la lecture*. Burdeos: Presses Universitaires de Bordeaux.

Bourdieu, P. (1989). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Boyarin, J. (1993). *The Ethnography of Reading*. Berkeley, Los Angeles y Londres: University of California Press.

De Certeau, M. (1979) *L'invention du quotidien. I Arts de faire*. Paris: Union Générale d'Editions.

Frank, T. (2011) [1997]. *La conquista de lo cool. El negocio de la cultura y la contracultura y el nacimiento del consumismo moderno.* Barcelona: Ediciones Alpha Decay.

García Canclini, N. *et al.* (2015). *Hacia una antropología de los lectores*. México: Ariel/ Telefónica.

García Canclini, N., Cruces, F. y Urteaga, M. (coords.) (2012). *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales. Prácticas emergentes en las artes, las editoriales y la música*. Barcelona: Ariel/Fundación Telefónica.

Goffman, E. (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo.

Kertész, A. (2016). *Leer*. Madrid: Periférica y Errata Naturae.

Lahire, B. (2012) «'C'est un nouveau style de vie qui est en voie de s'imposer: le mòdele de l'honnête homme cultivé est battu en brèche'. Entretien avec Bernand Lahire». En Bessard-Banquy, O. pp. 51-67.

Lévi-Strauss, C. (1994). *Mirar, escuchar, leer*. Madrid: Siruela.

Littau, K. (2008) *Teorías de la lectura. Libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires: Manantial.

Löfgren, O. (2013). «Changing emotional economies: The case of Sweden 1970-2010». *Culture and Organization* 19(4):283-296.

Malinowski, B. (1993) [1922]. «Introducción: objeto, método y finalidad de esta investigación». En Velasco, H. (comp.) *La cultura y las culturas. Lecturas de antropología social y cultural*. Madrid: UNED, pp. 131-153.

Zafra, R. (2010). *Un cuarto propio conectado. (Ciber) espacio y (auto) gestión del yo*. Madrid: Fórcola.

2

Los jóvenes y adolescentes comparten la lectura[1]

1. Quiero agradecer la colaboración de Javier Moriones, Mike Lightwood, Elena López-Botet, Beleth, Bella, Aranzazu Vázquez, Loving París, Javier Ruescas, Sebastián García Mouret, May R. Ayamonte, Andreo Rowling, Joan Marco, Irene Vílchez Sánchez, Mixa y Wina.

Gemma Lluch

2.1

Cuando los adolescentes y los jóvenes tomaron la lectura

El cambio de siglo se ha inaugurado con una fuerte presencia de adolescentes y jóvenes en el mundo de la lectura como fuente de autoridad, ejerciendo tareas que tradicionalmente han realizado los adultos (los críticos literarios) y legitimando un «nuevo» canon (en el sentido de una lista de lecturas que hay que conocer para socializarse). Hay diferentes razones que pueden explicar este cambio, pero las más importantes son dos (*véase* Lluch, 2010 y 2014): el éxito de la saga protagonizada por Harry Potter y el uso de los medios sociales para compartir la lectura con sus iguales. En el caso de España, tendríamos que añadir una tercera: los foros de lectura creados por Laura Gallego. Porque este espacio, incluido en la web de la autora, se transformó en la primera propuesta de comunicación virtual que muchos adolescentes aprovecharon para hablar de los libros de Laura y de otros muchos autores.

Los siete libros escritos por Rowling (1997-2007) consiguieron dar el salto cualitativo que las lecturas para adolescentes iniciaron años antes: pasar de los espacios mediados por adultos (la escuela o la biblioteca) a los espacios aparentemente libres (Internet). Como consecuencia, estas lecturas provocaron un cambio de paradigma en el ecosistema del libro juvenil: el autor y la editorial empezaron a dirigirse directamente al lector, dejando fuera del circuito de lectura al mediador (docente, bibliotecario, padres), es decir, idearon campañas de promoción de los libros fuera de los escenarios tradicionales, trasladándolas a Internet.

Un cambio de paradigma lector

Este cambio de paradigma tiene muchos puntos en común con el cambio cultural acaecido en el siglo XIX, cuando el autor se liberó del mecenas para comunicarse (atraer, atrapar, captar la atención, hablar) con un lector que exigía una lectura diferente. Fue el nacimiento de un «nuevo» relato popular cuyos cambios afectaron tanto al formato que transmitía la historia (recordemos que el libro como objeto de valor fue sustituido por las hojas de un periódico en el que se publicaba periódicamente una historia), como a la forma de los relatos.

El «nuevo» lector provenía de una cultura diferente, poseía unas competencias culturales más ligadas con la tradición oral que con la letrada y, sobre todo, tenía unas expectativas «culturales» relacionadas con el ocio y el entretenimiento. Como consecuencia, la estructura narrativa de las historias se simplificó y la división por capítulos se ajustó a las entregas periódicas que tenían programadas las revistas o los diarios. La historia que

se contaba, como un espejo de la diversidad de los lectores a los que se dirigía, amplió el espectro de personajes y dio voz a mendigos, obreros o niños descarriados, es decir, a los habitantes de las nuevas y complejas ciudades. Los escenarios se ampliaron dejando entrar las calles donde vivían los pobres de Londres, los mares del Sur donde batallaban los piratas o los mundos donde viajaban los personajes de Verne. En definitiva, tanto el tipo de lectura como la manera de entender el ocio y el formato que había interesado al noble, al monje o al letrado se adecuaron a los habitantes de aquellas ciudades que crecieron durante el siglo XIX para crear un nuevo circuito de lectura. Ni mejor, ni peor. Diferente.

Volviendo al presente, afirmamos que en el paso del siglo XX al XXI ha ocurrido un hecho similar con los adolescentes y los jóvenes lectores. Posiblemente, los cambios más llamativos tienen que ver con el tipo de lectura que consumen, con la sustitución de los mediadores adultos por los *influencers,* incluso con la forma de obtener los libros, ya que han pasado del préstamo bibliotecario o la compra en la pequeña librería (donde existía la mediación de un adulto especializado) a la plataforma de compra virtual Amazon. En definitiva, se han reemplazado los espacios tradicionales donde habitualmente se practicaba la lectura (la escuela y la biblioteca) por la Red o, dicho con otras palabras, los lectores adolescentes y jóvenes atraídos por los *influencers* se han mudado de los edificios de ladrillos a la nube, de las estructuras fijas a las estructuras líquidas.

Un nuevo ecosistema del libro

Este viaje emprendido por los más jóvenes ha puesto «patas arriba» una parte importante del ecosistema del libro tradicional. Durante años, el escenario por excelencia de la lectura se ha situado en la escuela y los tipos de libros que mayoritariamente han estado presentes en sus aulas han fluctuado entre la literatura canónica y la llamada «lectura libre» o «lectura por placer». En este último caso, se ha producido un hecho paradójico: como la propia denominación de la actividad indica, la finalidad de este tipo de lectura es el placer lector a partir de una lectura libre, pero la paradoja se produce cuando, en muchos casos, la selección de los libros queda cautiva por la prescripción de los profesores, es decir, no son los propios lectores los que eligen qué libro quieren leer, sino que lo hacen a partir de una lista reducida propuesta por los profesores.

Paralelamente, una parte de los adolescentes (que algunos consideran una élite) ya hace unos años que decidió buscar en la Red lo que no encontraba en la escuela o en su barrio: a otros adolescentes a los que también les gustaba leer. Y allí encontraron a sus iguales, a chicos y chicas a quienes les gustaba lo mismo que a ellos y, en consecuencia, se sintieron menos raros porque descubrieron «a personas que les mueve tu misma pasión» (F).

En el camino, socializaron el hecho de leer, transformaron la lectura en conversación, olvidaron aquello de que la lectura es un acto privado para transformarla en una actividad social: «La mayor recompensa es la interacción de la gente» (J). Además, algunos pensaron que aquello también era una buena manera de ganarse la vida: «Quería encontrar un espacio donde hablar de libros. Además, tenía en mente promocionarme como autora» (I).

Encontraron herramientas que utilizaron para escribir o hablar de sus libros, abrieron sus habitaciones al mundo para enseñarles con orgullo sus estanterías repletas de libros, hablaron de tú a tú con los autores y las editoriales o compartieron habilidades y descubrimientos, pero también supieron competir por una noticia, por una entrevista con un autor o por conseguir un libro antes que nadie. Aprendieron a diseñar campañas de *marketing* que ofrecían gratis a las editoriales o a los autores que admiraban y, con el tiempo, algunos han sabido utilizar sus conocimientos y habilidades para transformarse en auténticos *influencers*, autores de literatura juvenil o *speakers*. Tienen cientos de miles de seguidores, las principales ferias del libro se los rifan porque hablan, escriben, comparten y sienten la lectura y, lo que es más importante, han conseguido formar auténticas comunidades de lectores: «Lo bueno de este mundo es que encontramos conexión con gente que tiene los mismos gustos que nosotros» (Lluch, 2014).

En los espacios virtuales que han creado, han unido la lectura a la escritura, por lo que el lector se ha transformado en autor; han encontrado formas de compartir la lectura, de recomendar autores, temas o libros; continuamente, inventan juegos y retos, etcétera. En definitiva, han construido un ecosistema de lectura con nuevos actores, donde se disfruta con relatos que son desconocidos por algunos docentes, padres, bibliotecarios o libreros. Muchos de esos libros los compran en librerías presenciales o virtuales en las que se ha creado una nueva sección destacada con la etiqueta Young-Adult o YA, pero también los obtienen ilegalmente en Internet. Son libros que complacen a un lector joven crecido con los relatos audiovisuales de los juegos de ordenador o de las series creadas para las pantallas. Están escritos por autores alejados de la escuela, principalmente son profesionales del mundo audiovisual: guionistas de series de televisión, productores o *booktubers*. Estos escritores han sustituido las visitas a los colegios o las entrevistas en la prensa en papel por la relación directa con sus lectores a través de los medios sociales, es decir, las relaciones que establecen con sus seguidores son similares (en manera y forma) a la que los cantantes, los actores u otros *youtubers* tienen con sus fans.

Desde 2011, hemos observado, descrito y analizado los escenarios de lectura virtual que creaban adolescentes y jóvenes de doce a treinta años: cómo construían y alimentaban sus blogs, cómo abrían sus canales en YouTube, cómo convertían la lectura en imágenes de Instagram, cómo compartían la información en Twitter o Facebook. Hemos leído sus conversaciones en los foros de lectura como el creado por Laura Gallego en 2003 o el Què Llegeixes? que nació en 2005 y pasó a ser administrado por la Institució de les Lletres Catalanes en 2008. Más tarde, los hemos visto migrar a la llamada «comunidad de lectores» GoodReads, una aplicación de catalogación social de libros a través de diferentes etiquetas creada en 2007 y que Amazon compró en 2013, donde también hablan de libros, los puntúan o amplían su «lista de los deseos», es decir, marcan aquellos libros que quieren comprar y que les regalen sus familiares y amigos.

Ahora, en el momento que finaliza esta investigación, la plataforma que suscita una mayor atención es YouTube, concretamente, los canales en los que adolescen-

tes y jóvenes (los llamados *booktubers*) comentan y proponen libros a sus iguales. En 2014, el suplemento de cultura de *El País*[2] afirmaba que «los *booktubers* juegan en otra liga, sí, pero siempre bajo el deseo de contagiar su pasión lectora y desterrar el estigma de que la juventud lee poco». En la misma línea, en 2016 el titular de otra noticia se posicionaba claramente a favor del trabajo que realizan: «Son los *booktubers*, tienen veinte años y han llegado para salvar al libro»[3] y algunas instituciones, como la Institució de les Lletres Catalanes, organizan actos para promocionar el fenómeno.

Pero, paralelamente, hay también un rechazo. Valga como ejemplo lo acontecido en la mesa redonda del III Congreso del Libro Electrónico[4] dedicada a los autores y *booktubers* en la que participaban Xavi Narro, Uka y Javier Ruescas. En los minutos finales, una asistente criticó el trabajo que realizaban argumentando que sus recomendaciones no seguían criterios filológicos y otra les preguntó por su responsabilidad ética como prescriptores de un público en plena formación literaria, los adolescentes que los seguían. En sus respuestas, Xavi, Javier y Uka defendieron su papel como lectores que recomiendan lecturas a otros lectores y el moderador recordó que justamente los *booktubers* habían sido capaces de crearse una comunidad y un entorno que muchos críticos no habían logrado.

El proceso para conocerlos

El objeto de análisis de este capítulo son los blogs y los canales de YouTube dedicados a la lectura y administrados por jóvenes y adolescentes. Ahora bien, aunque el objetivo principal es conocer el tipo de lectura que comparten y cómo la presentan, también hemos querido responder a otras dos preguntas: a) cómo son estas chicas y chicos, concretamente, qué edad tienen, por qué comparten la lectura en los medios sociales, qué leen, cómo consiguen los libros, qué es lo primero que les llama la atención o qué relaciones virtuales en torno a la lectura mantienen en Internet, y b) cómo son los espacios que administran y construyen, cómo han evolucionado en los últimos años y qué diferencias hay entre los que usan el castellano y el catalán. En este proceso de trabajo, hemos contado con la ayuda de María Peris Bixquert, quien ha colaborado en la recogida de datos a lo largo de toda la investigación.

La metodología de trabajo empleada ha sido cuantitativa, cualitativa y discursiva. Concretamente, se ha utilizado el cuestionario entrevista[5] a través de la plataforma de Google Docs para conocer cuatro dimensiones de los sujetos: perfil, tipologías de lectura, identidades y relaciones. En 2011 ya se analizaron los nueve administradores de los blogs más influyentes en aquel momento y sus espacios, ahora se ha repetido el mismo estudio a ocho de ellos y se han incorporado siete nuevos *blog-*

2. Ruiz Garzón, R. (2014). «Booktubers, ¿los nuevos críticos?», en *El País*, (22-10-2014), <http://ir.uv.es/j6M3LCu>.
3. Corroto, P. (2016). «Son los booktubers, tienen veinte años y han llegado para salvar al libro», en *El Confidencial*, (21-04-2016) <http://ir.uv.es/34jpJvm>
4. III Congreso del Libro Electrónico (2015). «Mesa redonda autores y nuevos prescriptores», <https://youtu.be/3y_rq6ubQ7o>.
5. Las encuestas son una adaptación de las diseñadas en 2011 por Pablo Andrade para la investigación de Lluch (2014).

gers y *booktubers*. Por tanto, la investigación tiene una doble dimensión: conocer cómo son ahora y cómo han evolucionado desde sus inicios hasta ahora.

El análisis cuantitativo y la descripción densa han aportado datos sobre los blogs, las etiquetas con las que clasifican el contenido y las redes sociales con las que lo comparten. Básicamente, queremos conocer cómo son, qué características tienen, qué contenidos alojan, cómo los clasifican y qué herramientas utilizan para compartirlos. Para el análisis de los canales de YouTube, se ha procedido de manera similar para poder comparar los dos medios.

La selección de la muestra ha sido doble. Se han vuelto a analizar los cinco blogs que continúan activos del análisis realizado en 2011 (dos sujetos abandonaron sus blogs y otros dos los cambiaron por revistas *online*); se ha añadido uno en castellano (que complementa un canal audiovisual) y cinco en catalán. En el caso de la selección de los canales de YouTube, el criterio para la selección del corpus de análisis ha sido doble: por una parte, las recomendaciones de blogs profesionales y, por otra, las métricas (más seguidores y visualizaciones), el corte para la selección se ha establecido en cincuenta mil seguidores. En el caso de los canales que utilizan el catalán, dada la escasez de propuestas, el criterio no ha sido el mismo y, por consiguiente, se han analizado los cinco canales activos. En total, el corpus está formado por trece canales.

A continuación, se han seleccionado los post y vídeos publicados entre el 1 de enero de 2015 y el 15 de septiembre de 2016. Para obtener una muestra aleatoria se ha utilizado la metodología de la semana construida (Krippendorff, 1990) adaptada al contexto de investigación; concretamente, hemos seleccionado el post y el vídeo publicado en la primera semana del primer mes, la segunda del segundo y así sucesivamente. En total, el corpus de análisis está formado por 196 documentos (48 post y 148 vídeos). De manera resumida, el cuadro 2.1 presenta la unidad de análisis, la técnica y los datos obtenidos.

Cuadro 2.1 Unidad, técnica y datos del análisis

Unidad de análisis	Técnica de análisis	Datos
15 administradores de blogs y canales de YouTube	Análisis descriptivo a partir de una entrevista-cuestionario detallada en GoogleDocs	Perfil, lecturas, identidades, relaciones
11 blogs y 13 canales de YouTube en castellano y catalán	Análisis cuantitativo y descripción densa Análisis comparativo 2011-2016	Espacios, etiquetas, redes sociales
196 post de los blogs y vídeos de YouTube	Análisis cuantitativo, descripción densa y discursivo	Tipo de lectura recomendada y forma de presentar los libros

Fuente: Elaboración propia.

2.2

Historias y lecturas de *bloggers* y *booktubers*

Hemos podido conocer el perfil, las tipologías de consumo de lectura, las identidades o las relaciones que establecen los administradores de los blogs y los canales de YouTube a partir de los datos obtenidos de quince cuestionarios realizados a través de la plataforma Google Docs. En algunos casos, algunas partes del cuestionario se han completado gracias al intercambio de comentarios que la herramienta dispone; también, a través de correos electrónicos y, sobre todo, de los MD de Twitter que han permitido una comunicación rápida y directa. En definitiva, estas herramientas nos han permitido conocer cómo son los adolescentes y jóvenes que escriben y hablan de lectura en los blogs y canales de YouTube de más éxito, por qué lo hacen o cómo se relacionan con la lectura.

Los lectores

El primer dato, que coincide con el resto de los estudios, tiene que ver con el género de los lectores: dieciséis de los veintidós administradores son mujeres; aunque es importante resaltar que dos (de los tres que tienen más éxito) son hombres. La edad media se distribuye entre los dieciséis y los veintinueve años y una mayoría son estudiantes o han acabado un grado relacionado con las letras: Filología, Traducción o Periodismo. Las coincidencias continúan cuando les preguntamos sobre lo que hacen en su tiempo de ocio: todos han señalado que lo dedican a leer y a ver series audiovisuales y, en segundo lugar, a estar con los amigos.

Una de las características que ha cambiado con el tiempo es la manera que tienen de mostrarse en los medios sociales, es decir, la identidad que utilizan para mostrarse en la Red. De los veintidós perfiles analizados, diez usan un nombre falso, a menudo acompañado de un avatar, tanto para presentarse en su espacio como en las redes sociales. Incluso el nombre de su correo electrónico coincide con el que identifica el blog o el canal. Ahora bien, en tres casos de estos diez, aunque no aparece ningún dato personal en el apartado «Sobre…/Acerca de…», cuando hacemos un seguimiento de su identidad por el resto de los medios sociales sí que encontramos su nombre y apellido real. Por tanto, es más preciso afirmar que solo siete (de los veintidós sujetos) usa una identidad virtual diferente de la analógica.

Es interesante este dato si analizamos su evolución. En 2011, todos usaban una identidad falsa; ahora, utilizan su nombre y apellido. Alguna relación tiene que haber con el hecho de que cuatro de los sujetos han transformado sus espacios en un medio de trabajo o bien lo han diseñado directamente para este fin. Aun así, tienen clara la diferencia entre la vida privada y la virtual: «En la Red soy todo lo que ven, pero no ven todo lo que soy. Dejo que se vea lo que yo quiero que se vea» (C).

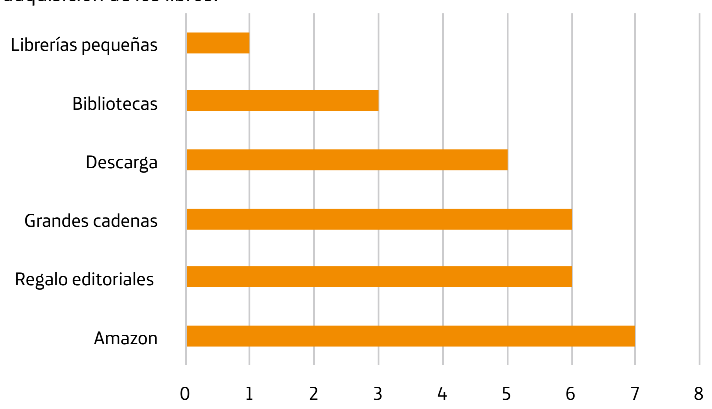
A la pregunta «¿Cuántos libros compras al mes o qué presupuesto gastas?», mayoritariamente, responden que entre uno y tres libros por mes, aunque reconocen

que les gustaría comprar más si tuvieran un mayor presupuesto. De hecho, todos coinciden en una respuesta: los libros son muy caros y, como consecuencia, algunos los descargan ilegalmente de Internet o recurren a tiendas de segunda mano. La figura 2.1 muestra las formas que tienen de adquirirlos:



Fig. 2.1

Formas de adquisición de los libros.



Fuente: Elaboración propia.

Es importante destacar que solo tres personas han contestado que obtienen los libros a través del préstamo bibliotecario (dos, del ámbito catalán). La forma mayoritaria de adquirirlos es a través de grandes empresas como Amazon y seis contestan que algunos de los libros son regalos de las editoriales (los tres entrevistados del ámbito catalán). A la pregunta «¿Cuáles son sus libros preferidos?», las respuestas son diversas, pero hay dos coincidencias claras: la saga de Harry Potter y la tetralogía de *Memorias de Idhún*. A un lector ajeno a la literatura juvenil, le puede sorprender estas coincidencias, por eso es importante recordar la importancia que estos dos relatos han tenido en la formación lectora de los sujetos analizados.

Para un conocimiento profundo de la historia protagonizada por Harry Potter, remitimos al lector al estudio de Lluch (2010), que analiza el mundo posible que crea la autora inglesa, pero para entender la importancia de este fenómeno, recordaremos un acontecimiento virtual: el 7 de julio de 2011 se estrenó la última película de la saga de Harry Potter y en Twitter apareció la etiqueta #GraciasRowling que llenó la Red con mensajes como: «#GraciasRowling Porque toda mi infancia viví esperando la carta de admisión de Hogwarts y deseando que llegará un Dobby a mi vida», «#GraciasRowling por un mundo en el que voy cuando no tolero la realidad», «Fue gracias a Rowling que a muchos de nosotros se nos despertaba el amor la lectura, y OTROS más el de la escritura #GraciasRowling».



Durante unos días, la etiqueta fue *trending topic* y la conversación que los jóvenes y adolescentes tejieron en la Red congregó a miles y miles de personas. Todas ellas compartían lo que había significado el universo de ficción que Rowling había creado en torno al personaje de Harry Potter desde 1997. Documentos de ciento cuarenta caracteres que hablaban de los sueños, las experiencias, los descubrimientos de miles de lectores. En nuestra investigación, los datos muestran que todavía en los blogs o canales analizados este relato tiene una presencia continua, en muchas ocasiones, incluso utilizan una etiqueta propia que destaca y clasifica los contenidos relacionados con la saga.

A Laura Gallego se la suele presentar como la escritora más joven que ha ganado el premio más importante de la literatura juvenil: a los veintiún años, ganó el Premio Barco de Vapor de la editorial SM, con la obra *Finis Mundi* (1999); como la autora de la trilogía de más éxito escrita originalmente en español, *Memorias de Idhún*, o como la autora que consigue agotar en menos de cuarenta y ocho horas los cuatro mil ejemplares de la primera edición de *Donde los árboles cantan* (2011). Ahora bien, para esta investigación, nos interesa otro aspecto igualmente rompedor de Laura Gallego: sus foros de lectura.

La autora ha afirmado en diferentes ocasiones que, si leer es un placer solitario, los adolescentes necesitan aficiones que puedan compartir con otros y el foro crea un puente entre el acto silencioso de la lectura y la necesidad del adolescente de compartir lo que hace. Así pues, este espacio virtual genera una red comunitaria en la que los participantes establecen fuertes vínculos basados en los mundos posibles que crean los relatos y lo hacen a través de la lectura.

Cuando habla del foro, Laura se refiere al foro virtual que creó el 12 de diciembre de 2003 en su sitio web. Fue la primera vez que se creaba un lugar virtual (al margen de las instituciones, de las escuelas o de las bibliotecas) administrado por adolescentes de entre doce a veinte años. Ha sido una de las iniciativas más innovadoras e importantes

y ha marcado a una generación de lectores, de la élite de los lectores. En su inicio, la propia Laura Gallego fue la responsable del espacio y de todos los contenidos, pero el fuerte crecimiento de la comunidad la llevó a compartir la responsabilidad con dos de los foristas más habituales, que son los que actualmente lo administran. Por tanto, se trataba de un lugar de lectura en el que son los propios usuarios los que lo dirigen y guían y lo hacen una vez han superado una serie de pruebas, esto es, a la manera de los juegos audiovisuales, ganan este privilegio aquellos que han superado diferentes pruebas que tienen que ver con el número de lecturas y de participaciones.

Pero, además, hay otro dato «que puede pasar desapercibido para el visitante ajeno al circuito: la mayoría de los administradores de los principales blogs sobre lectura ha sido forista previamente, es decir, la participación en los FLG (Foros de Laura Gallego) funciona como una especie de etapa de aprendizaje que con el tiempo crea *bloggers* y perfiles virtuales transformándolos en grupos de influencia sobre temas de lectura» (Lluch, 2014). De hecho, ocho de los sujetos participaron en estos foros: «Participé cuando tenía catorce años y descubrí un mundo nuevo... En ese momento, no existían las redes sociales ni los blogs y ese foro era un espacio donde opinar sobre libros y conocer gente y te hacía sentir menos solo y menos raro» (A) y porque «crea una comunidad a su alrededor y la gente encuentra otras personas afines a ellos que no están en su entorno más cercano fuera de la Red» (E).

En la entrevista, también les preguntamos sobre de quién se fiaban para elegir sus lecturas. Aparentemente, las respuestas han cambiado con los años: si en 2011 coincidían en señalar a sus iguales como la fuente de confianza; en 2016, las opciones se diversifican como aparece en la figura 2.2.

Fig. 2.2

Influencia en la compra de los libros.



Fuente: Elaboración propia.

Un análisis detallado muestra que la opción mayoritaria continúa siendo los «iguales» ya que en este ítem podríamos incluir los blogs, amigos, otros lectores, GoodReads y reseñas (quince sobre uno), es decir, cuando hablan de otros lectores se refieren a perfiles que en los medios sociales recomiendan libros; por reseñas, a las que se publican en los blogs o en revistas como *El Templo de las Mil Puertas* administrada también por jóvenes.

Pero es importante prestar atención a dos hechos: el acceso a la recomendación de «sus iguales» se diversifica y cinco sujetos han respondido que es a través de la aplicación de Amazon, GoodReads. En la introducción hemos dicho que la llamada «comunidad de lectores» GoodReads es en realidad una aplicación de catalogación social, en este caso de libros, que se realiza a través de diferentes etiquetas, creada en 2007 y comprada por Amazon en 2013. Aquí, los usuarios pueden compartir los comentarios que han escrito sobre los libros que han leído, darles una nota, clasificarlos y, a su vez, consultar lo que otros usuarios han dicho. En la misma recomendación aparece un enlace que permite la compra del libro, pero únicamente en plataformas *online*; obviamente, la primera opción de compra es Amazon.

La cuestión es que estos lectores se han desplazado de lugares creados por ellos a otro gestionado por una gran empresa, como es Amazon. Por tanto, este tipo de plataforma los aleja de la recomendación de un librero tradicional o de la guía de un bibliotecario. El análisis de las consecuencias de este cambio transciende los límites de este trabajo, pero sí queremos recordar que Amazon funciona preferentemente en inglés y con libros de venta masiva y, en consecuencia, la mayoría de los libros que recomiendan están escritos en esta lengua y los que aparecen en lugares preferentes son los recomendados por una mayoría mundial. En este contexto es fácil deducir que, de diversidad cultural o lingüística, ni hablamos.

Otra de las preguntas que les hicimos tenía que ver con lo que leen en la Red y en papel. La respuesta que llama más la atención es la diferencia que hacen entre la lectura por placer y por trabajo. Todos coinciden en elegir el papel para la lectura en sus tiempos de ocio y, concretamente, las novelas. Las razones que aducen no varían mucho, por una parte, refieren las características de formato: por ejemplo, un sujeto contesta que, aunque le es indiferente uno u otro, compra un libro cuando «tienen una edición bonita» y añade: «No es comparable la felicidad de entrar en una biblioteca a la de entrar en Internet». Esta respuesta se repite también en otros sujetos: «El impreso me gusta más, me encantan las cubiertas, la presentación, el pasar las páginas y ver cuánto me queda, el colocarlo en mi estantería y saber que cuando quiera hojear una página concreta la puedo ver enseguida si la he marcado por un post-it» o «Prefiero el tacto del papel, su olor. Me ayuda mucho a conectar con la historia».

Otra de las coincidencias en sus respuestas tiene que ver con la separación entre lectura de trabajo y de ocio: «Paso al día tantas horas pegado al ordenador que si leyera en digital no sabría diferenciar la lectura de cuando investigo o escribo para otra cosa. Es una forma de separar, de dejar cada cosa en su sitio» o prefiere el papel

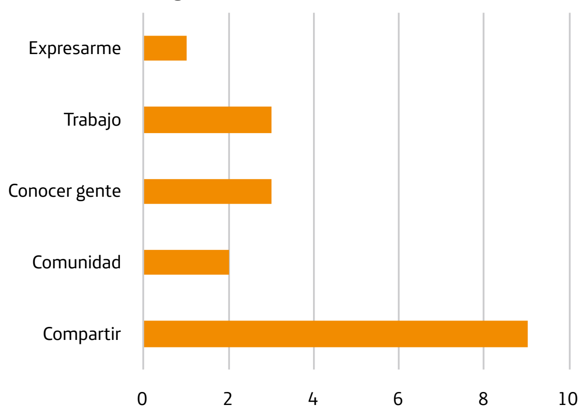
porque «me relaja y aleja de las pantallas» o «por su valor nostálgico. Me parece que ya estamos bastante saturados de pantallas en nuestro día a día». De manera similar, todos coinciden en que la pantalla es mucho más cómoda para leer y para mantenerse informados de las noticias.

En las conclusiones del estudio de Lluch (2014), la investigación (que recogía datos de 2011 a 2013) visibilizó cómo los adolescentes y jóvenes cuyos blogs se analizaron eran «líderes de opinión» en todos los espacios analizados. Por ejemplo, la adolescente de doce años que inició su andadura en los Foros de Laura Gallego, con el devenir de los años, se convirtió en su administradora además de participar en las primeras campañas virtuales propuestas por la editorial SM para la promoción de libros, como Reto Delirium; algunos de los participantes en estos retos de lectura virtuales previamente construyeron sus blogs o dejaron comentarios en otros. Estas prácticas los transformaron en expertos acreditados porque pasaron un ritual que certificaba su dominio de la lectura juvenil y socializada, escribiendo e intercambiando discursos en Internet sobre los nuevos libros, opinando y valorando una portada o proponiendo, diseñando y ejecutando una campaña de promoción.

Cinco años después, tres de los blogs analizados han desaparecido, otros dos han optado por colaborar en la revista *El Templo de las Mil Puertas*: «una revista de literatura juvenil *online*, gratuita y bimestral [sobre] los temas relacionados con la literatura juvenil» o por editar la revista digital *off the record revista.* De los cinco que continúan activos, dos los combinan con sus canales de YouTube. De los ocho *booktubers* analizados, cinco también mantienen el blog y dos lo dejaron por falta de tiempo.

Fig. 2.3

Razones por las que mantienen el blog o el canal.



Fuente: Elaboración propia.

Las razones por las que actualmente mantienen estos espacios corroboran otra de las conclusiones del estudio anterior: en los espacios creados por los sujetos se forjaron lazos de pertenencia a un grupo a través de unas características comunes. Concretamente, se observó que los sujetos a) eran lectores, les gustaba la creación y sentirse parte de este universo que les hacía sentir especiales; b) compartían conocimientos sobre los libros, las editoriales que seguían, los autores que les gustaban y las campañas de promoción que los enganchaban, y c) se ayudaban, resolvían las dudas sobre cómo gestionar un blog o sobre libros. En definitiva, aunaban afición y necesidad porque con los medios sociales compartían las experiencias lectoras a la vez que construían vínculos afectivos. La investigación actual muestra unos datos similares (figura 2.3).

Concretamente, contestan: «Empecé para compartir mi afición con la lectura ya que en ese momento no tenía personas con las que hablar del tema en mi círculo de amigos» (B), «Tengo esa necesidad de expresarme en él» (C), «La mayor recompensa era ver que cada día encontrábamos más personas con nuestros mismos gustos y a las que les gustaban las reseñas y dedicación al blog» (D), «*Vaig decidir obrir un blog per poder fer arribar els meus escrits a més gent. El mantinc perquè gaudeixo compartint experiències i parers*» (M) o «Descubrir a personas a las que les mueve tu misma pasión» (F).

Las respuestas de los sujetos coinciden con las conclusiones del estudio de García Galera (2016: 82) sobre cómo se comunican los jóvenes en un mundo digital y que señalan cómo el primer inconveniente de la comunicación social digital, la inversión de muchas horas. Justamente, la principal razón que los sujetos de nuestra investigación han aducido para el abandono de su blog o canal de YouTube. Y también coinciden las respuestas en el caso de las motivaciones para seguir: «Responden a la necesidad de formar parte de un grupo de referencia, de compararse y de sentirse reconocido por los miembros de este grupo y por otros afines, de compartir preferencias, expectativas y estilos de vida, en definitiva, de compartir sus vidas dentro de un proceso de construcción de sus identidades personales» (García Galera, 2016: 42).

Los espacios

Los blogs y los canales de YouTube analizados fueron creados entre 2007 y 2014. A partir de 2012, los blogs en castellano se han sustituido por revistas digitales, pero sobre todo por canales de YouTube. Dicho de otro modo: se ha abandonado la palabra escrita por el audiovisual: «Los *bloggers* antiguos fueron dejando los blogs por aburrimiento, monotonía, falta de ideas, falta de tiempo... O porque sus vidas cambiaron y dejó de interesarles la blogosfera» (A). Incluso en algún blog aparece algún post sobre este tema: «Desde hace unos meses no tengo claro qué hacer con el blog. Me gusta, le tengo muchísimo cariño desde que lo creé, pero es cierto que con todo el jaleo de YouTube, lo estoy dejando de lado. Y, tras esto, no hay más motivo que la falta de tiempo y las diferentes cosas que me aportan cada una de las plataformas. Ahora mismo necesito YouTube, porque me resulta más fácil grabar y editar

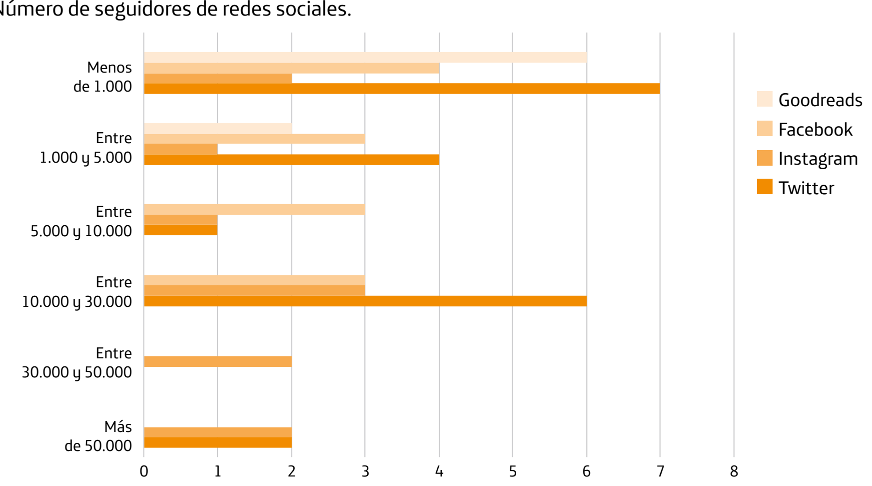
vídeos (aunque conlleva muchísimo más trabajo y más horas de dedicación que el blog, todo sea dicho). Me entretiene más y, a pesar de que requiere más esfuerzo, también pienso que tiene más compensación que el blog» (J). En el caso de los blogs y canales en catalán, el fenómeno es mucho más reciente y escaso; de hecho, a excepción de uno, el resto se ha creado en los dos últimos años.

La información que se publica no tiene sentido si no se comparte a través de las redes sociales. En 2011, utilizaban Facebook y Twitter para dar a conocer los post; YouTube, Anobii y FormSpring, para editar vídeos que incrustaban en sus post, mostrar sus libros y para crear cuestionarios para sus concursos utilizaban FormSpring. En la actualidad, ha aumentado el uso de Twitter, baja Facebook, se incorpora Instagram y GoodReads.

Si sumamos el total de seguidores que tienen en las redes sociales, las cifras sitúan a Twitter en primer lugar (256.604), seguido de cerca por Instagram (248.660) y dejando a Facebook lejos de estas cifras (90.096). Los seguidores totales que tienen en GoodReads son 5.094. La figura 2.4 resume los datos de los seguidores de los veintidós perfiles.

Fig. 2.4

Número de seguidores de redes sociales.



Fuente: Elaboración propia

Las investigaciones sobre los medios sociales (Lluch, 2014, y García-Roca, 2016) coinciden: los adolescentes y jóvenes practican la trashumancia de herramientas e instrumentos virtuales, es decir, cambian o utilizan diferentes medios ajustando su uso a sus necesidades, gustos y momentos. Como hemos visto, los lectores no son ajenos a estos cambios: en los últimos años, han pasado de la escritura a la imagen, concretamente, han sustituido la escritura en los blogs y los

foros por el audiovisual en los canales de YouTube o en Instagram, siempre con el apoyo de las redes sociales.

Si focalizamos la atención en los blogs, los datos del análisis de los actuales y los resultados de los analizados entre 2011 y 2013 (Sánchez García, 2013, y Lluch, 2014) coinciden en las siguientes características. Son blogs temáticos dedicados a la literatura juvenil, con diseños muy cuidados y elaborados; facilitan un correo electrónico de contacto, cuyo nombre es el mismo del blog, para que contacten con ellos sus seguidores, y, además, en lugares visibles hay herramientas que permiten la suscripción a sus contenidos.

Las diferentes secciones del blog se visualizan en la cabecera y muestran cómo organizan la información. La más habitual es la dedicada a las reseñas de libros, seguida de los concursos sobre los autores, personajes o libros que lanzan periódicamente entre sus seguidores y entre los que sortean los libros reseñados. Además, usan etiquetas para organizar los post, con palabras que aluden a temas específicos del libro: autor, editorial o título o con términos como reseña, concurso, etcétera.

Otra información fija y que aparece en un lugar visible es la recomendación de otros blogs. El análisis muestra unos espacios con características similares y con los que mantienen relaciones más allá de la mera recomendación como, por ejemplo, se comentan los post, participan en los concursos o se siguen y recomiendan en Twitter, por lo que los lazos de la comunidad que crean se materializa de una forma clara.

La diferencia más notable que el análisis comparativo ha mostrado es que en la actualidad han mejorado notablemente tanto el concepto como el espacio. Por ejemplo, los que se mantienen desde 2009 se han transformado en un lugar web que funciona como un mapa de la imagen social del administrador o de su «marca» en la Red, ya que en algunos casos han transformado su nombre en una marca a la manera de un escritor de éxito. Son blogs más profesionales, tanto por la forma de redactar las reseñas como, sobre todo, por la manera que tienen de presentarse en la Red o los nuevos apartados que incluyen como, por ejemplo, las condiciones para la recepción de libros por parte de editoriales o autores o los textos donde detallan cómo hacen las reseñas.

En el caso de los blogs en catalán, la mayoría son muy recientes y el número de seguidores notablemente inferior. El análisis muestra que siguen el mismo patrón con una diferencia: la relación con las editoriales o con las instituciones catalanas. Esta presencia aparece en el número de post con forma de crónica de actividades de promoción de la lectura en las que ellos son protagonistas de los actos organizados por las instituciones, la inclusión de fotografías o entrevistas con cargos de la Administración pública, editores o libreros o en el tipo de seguidores que tienen, ya que una parte importante son adultos ligados al mundo del libro.

El espacio creado por los *booktubers* sigue la estructura que fija la plataforma YouTube y, por tanto, tiene unas secciones similares: inicio, vídeos, listas de reproducción, canales y sobre... En el caso de los *booktubers* analizados, la sección «canales» presenta mayoritariamente a los *booktubers* a los que siguen y con los que interaccionan y el apartado «sobre...» se aprovecha para presentar al administrador

a través de un texto en forma de currículo presentado con un lenguaje informal y para incluir los enlaces a sus medios sociales.

Desde el punto de vista de esta investigación, la parte más interesante es la forma que tienen de clasificar los vídeos que cuelgan en sus canales (las listas de reproducción). A partir del análisis del corpus, las más utilizadas son las siguientes:

Cuadro 2.2 Listas de reproducción de los *booktubers*

Reseñas y opiniones	Reseña de un libro
Book Hauls - Wrap Ups	Los *Book Hauls* son los nuevos libros que han comprado, que les han regalado las editoriales, la familia o los amigos o que tienen acumulados en un periodo de tiempo. Habitualmente, los presentan con un *Wrap Ups* o pequeño comentario. Aunque habitualmente, los *Wrap Ups* se utilizan para comentar de una manera rápida los libros leídos durante un período de tiempo.
Book tag	Preguntas, retos, desafíos y juegos relacionados con los libros. Pueden relacionar unos libros con otros, con películas o sentimientos, proponer preguntas sobre personajes, acertijos, etc. Se puede aprovechar para dar a conocer los gustos del *booktuber* o darle forma de desafío que se lanza a sus seguidores o a algún *booktuber* concreto.
Bookshelf	A la manera de un *tour*, muestran los libros que tienen en sus librerías y estanterías.
Colaboraciones	Colaboraciones con otros *booktubers* o apariciones en otros canales.
Crónicas	Crónica de actos relacionados con la lectura: presentaciones de libros, etc.
Tutoriales	Esta sección es muy diversa y puede incluir desde tutoriales para grabar un vídeo, escribir una novela, etc.
TopLibros	Listas con los mejores libros leídos, recomendados, frases literarias favoritas...

Fuente: Elaboración propia.

El carácter temático de estos canales queda manifiesto ya que solo un 4% de los vídeos publicados en el periodo analizado se dedica a temas ajenos a la lectura. Como muestra la figura 2.5, la presentación de libros o la revisión comentada (*Book Hauls* y *Wrap Ups*) son las listas más habituales, posiblemente, por la facilidad de componerla. El carácter lúdico de estos espacios se ratifica en el hecho de que la segunda lista más habitual es la que propone juegos y retos (*book tags*),

una propuesta que ya incluían los blogs pero a la que el audiovisual le da un ritmo más dinámico. Y, en tercer lugar, las reseñas y opiniones que suelen comentar un solo libro.

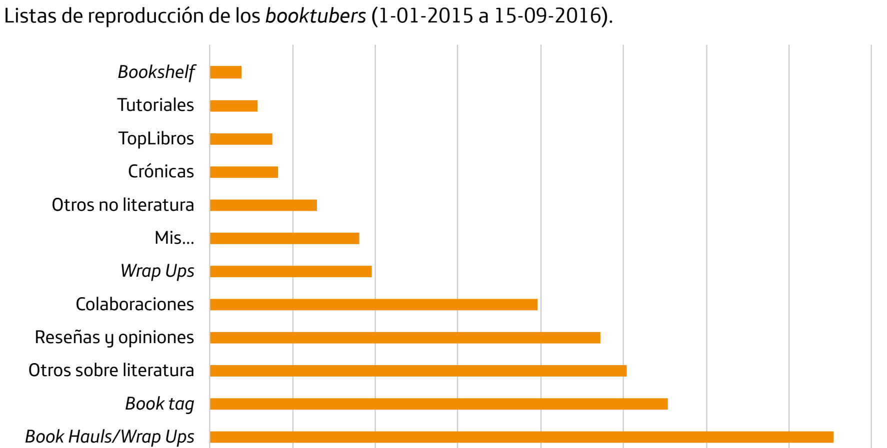
Con el ítem «Otros sobre literatura», hemos agrupado los vídeos que tratan temas particulares de cada blog, siempre relacionados con la lectura. Por ejemplo, son habituales los que comentan las adaptaciones de libros a la pantalla o los dedicados a algunas conmemoraciones como las de Harry Potter. O los llamados *Unboxing* en los que abren «en directo» ante sus seguidores la caja que les ha llegado de la editorial, los libros que han comprado o les han regalado. Un dato importante es que cuando se trata de compras realizadas por ellos o de regalos, los libros siempre han sido adquiridos en Amazon y elegidos a partir de la «lista de los deseos» de la misma plataforma.

Los vídeos menos habituales son los que muestran la biblioteca propia a la manera de un *tour*. Curiosamente, este aparece casi exclusivamente en los canales administrados por chicas.

La manera de grabar y editar cada vídeo depende de muchos factores (realización en directo desde algún acto público, colaboración con otro *booktuber* mostrándolo en la pantalla del móvil, etcétera), pero en todos cada vez se observa una mayor calidad. De hecho, hacen referencia a la iluminación, presentan los nuevos aparatos que han comprado para mejorar la calidad y comparten sus descubrimientos y habilidades. Hay un dato muy interesante y que tiene que ver con el plagio: mayoritariamente, cuando realizan un vídeo basándose en la innovación que ha introducido alguno de sus compañeros, lo citan desde el inicio.

Fig. 2.5

Listas de reproducción de los *booktubers* (1-01-2015 a 15-09-2016).



Fuente: Elaboración propia.

En diferentes momentos de este capítulo, hemos hecho referencia a cómo los sujetos analizados han convertido la pasión de leer en una profesión. Una de las pruebas es el número de vídeos que se incluyen en algunos canales para presentar la obra propia, preferentemente, libros o traducciones.

Como ocurría con los blogs, los datos muestran una diferencia entre los canales que publican vídeos en castellano y en catalán: mientras los vídeos en castellano de la lista «Crónica» relatan presentaciones de libros, autores u otros acontecimientos a los que acuden como espectadores, los de catalán, mayoritariamente, son crónicas de actos institucionales en los que ellos son los protagonistas. De la misma manera, la lista «Colaboraciones» se aprovecha sobre todo para presentar o entrevistar a autores, editores o representantes de las instituciones públicas catalanas.

Las lecturas

En el apartado 2, hemos descrito el criterio seguido para la selección de los post que se iban a analizar y de ellos se han elegido las reseñas. En los 48 documentos resultantes, 34 comentan traducciones y, aunque se repiten pocos títulos, prácticamente todos son novedades de literatura juvenil. Curiosamente, el dato no varía en los blogs escritos en catalán o castellano.

En el caso de los libros comentados en los canales de YouTube, la tendencia aumenta en 13 puntos, de los 459 libros comentados o presentados, 383 eran traducciones del inglés (véase la figura 2.6). Y la mayoría de los libros en castellano que comentan están escritos por los compañeros *booktubers*. Ahora bien, no podemos sacar conclusiones precipitadas sin datos. Por ejemplo, en uno de los blogs, se justifica la ausencia de otro tipo de libros: «Los que sigáis este blog ... desde hace un tiempo habréis notado que, por norma general, los libros de autores españoles noveles que aparecen por aquí son más bien escasos y todo tiene una explicación: me he llevado tantísimos chascos a lo largo del tiempo que suelo ser bastante precavida y tiendo a alejarme de este tipo de novelas».

Fig. 2.6

Porcentaje de libros traducidos en el periodo de análisis.



Fuente: Elaboración propia.

Con el tiempo, los blogs han ido especializando la manera de comentarlos, aunque mantienen el formato, más o menos fijo, de 2011 (Sánchez García, 2013). Mayoritariamente, el post se inicia con una imagen de la cubierta del libro, los datos

bibliográficos de la obra y la breve sinopsis que facilita la editorial. A continuación, se incluye una valoración personal, más o menos detallada, del argumento de la obra, los personajes y el estilo (aunque no necesariamente en este orden). Acostumbran a ser críticos con los aspectos que no les gustan y, aunque en estos casos utilizan un lenguaje modalizado, en alguna ocasión podemos encontrar expresiones directas como «Este libro es una mierda».

Al hilo de la reseña, utilizan párrafos de la obra a modo de ejemplo. Muchos post puntúan la obra de manera general o haciendo hincapié en los personajes, el argumento, el ritmo, el desenlace o el resumen de los aspectos relevantes: «Lo mejor: lo rápido que se lee. Lo peor: no he llegado a conectar del todo con los personajes». Una de las pautas presentes en muchos post, y que mantienen los *booktubers*, es la de presentarlos desde la óptica del posible lector al que se dirigen: «Te gustará si... quieres leer una fantasía épica intensa y sin relleno. Recomiendo leerla sin demasiadas expectativas ni esperar demasiado para dejar que os sorprenda». Y siempre son muy respetuosos con no desvelar información sobre el argumento, por lo que si consideran necesario mencionar algún detalle de la historia avisan con antelación de la inclusión de un avance (*spoiler*).

Utilizan un lenguaje directo y conversacional con sus seguidores y, aunque no se privan de utilizar términos más formales o técnicos, están escritos mayoritariamente desde la experiencia del lector, desde el *yo*: «Así que si tuviera que destacar algo es ... Me parece una trama muy inteligente, bien hilada e interesante ... Tú eres un protagonista más esperando el desenlace y eso me ha gustado pero muchísimo». De hecho, la mayor diferencia que muestra el análisis comparativo con los blogs de 2011 es la mayor subjetividad de la escritura actual: los post basculan entre la reseña crítica y la recomendación desde el sujeto que escribe, entre el análisis de los aspectos del relato a los sentimientos que provoca su lectura: «*Aquest llibre m'ha agradat força. Està ben explicat, té una mot bona història (en la meva opinió). A més, l'estructura és molt bona i tot encaixa. M'estan començant a agradar força les novel·les medievals, ho haig de dir*» o «Me encanta la forma de narrar de la autora ... He disfrutado mucho de su lectura, he reído, me he emocionado y he sonreído de pura felicidad al acabarlo. Para mí ha sido una experiencia maravillosa haber acompañado».

Esta evolución hacia la subjetividad llega al máximo en los vídeos de los *booktubers* donde la importancia se reparte entre el sujeto (el *booktuber*) y el libro o los libros que presenta. De hecho, las diferencias entre unos y otros no está en los libros que comentan o en los tipos de vídeos, sino en el estilo discursivo empleado por cada uno. A la manera de un personaje, modelan o impostan la voz, editan para darle mayor rapidez a la locución, cambian de ropa adoptando personajes diferentes, introducen efectos que llamen la atención, etcétera.

Hablan desde los sentimientos —«Hoy me he puesto dulce y he querido compartir con vosotros mi Top 5 de las historias de amor que más me gustan...» (E)— y no solo con la forma de los vídeos se dirigen al espectador, pues el mismo está presente en todas las partes que lo conforman con interpelaciones directas: «¿Cuáles son las tuyas?» (E), «¿Habéis leído alguno de ellos?» (G), demandando su participación, por



ejemplo, proponiendo una encuesta sobre el libro que los seguidores quieren que comente. Utilizan un «nosotros» donde incluyen al que mira: «Un buen novio debe cumplir una serie de características que tienen muchos personajes literarios, aprendamos de ellos» (E).

La exposición oral se acompaña de un fondo musical y los comentarios sobre los libros se nutren de referencias a sus medios sociales y a cualquier elemento de la cultura juvenil o de su vida cotidiana: canciones, el gusto por el chocolate, los viajes, etcétera. Un ejemplo es el BookTag de Taylor Swift, en el que el *booktuber* canta fragmentos de canciones de la cantante que le sirven para recomendar determinados libros.

Sobre los libros que eligen para comentar, con algunas excepciones, coinciden títulos, autores y géneros y, de nuevo, no hay diferencias cuando comparamos los espacios en catalán y en castellano. En ambos casos, se trata de traducciones de relatos YA anglosajones (un 83,44 %) y se observa una tendencia incipiente a comentar la edición en inglés sin esperar a la traducción.

2.3

Lectura letrada *versus* lectura grata

Es una obviedad que las prácticas de los adolescentes y jóvenes que hemos analizado en este capítulo son minoritarias. Que estas chicas y chicos representan la élite de los lectores. Pero tampoco podemos olvidar los miles de adolescentes que los siguen o los millones de visualizaciones de sus canales de YouTube.

La investigación ha mostrado cómo los adolescentes y jóvenes con los tuits, los blogs, los canales de YouTube o con Instagram han transformado la manera de leer, de relacionarse con la lectura y con los libros. Han sabido crear un espacio de comunicación, de conversación social, que a la vez es un espacio de relación, de juego y de diversión. Espacios que albergan géneros textuales diversos y donde los lectores participan para recomendar, descubrir, comentar, elogiar o criticar, jugar o competir.

Como consecuencia, la lectura deja de ser un acto privado, silencioso e individual que los aparta de lo que les interesa: el contacto con los iguales. Por el contrario, han sabido crear un entorno que une libros y amigos, historias y charla, lectura y diversión y nos devuelve a lo que fue, en un pasado no muy lejano, la lectura: un acto público y compartido.

Este fenómeno lo situamos en España, en castellano, en 2003, con la creación de los foros de Laura Gallego, ya que la investigación ha demostrado cómo se transformó en la «escuela» de *bloggers* y *booktubers*. En todos estos años, han sido capaces de construir una auténtica comunidad lectora que incluso ha pasado del mundo virtual al analógico con encuentros organizados por ellos mismos como, por ejemplo, la Blogger Lit Con o Concentración de Blogueros Literarios que se inició en 2010: «Una quedada anual en la que *bloggers* apasionados por la literatura en general nos reunimos para pasar un buen rato en compañía de autores, libros y mucho más».[6] En 2015, esta experiencia se ha traspasado al ámbito catalán con las Trobades de Joves Lectors, aunque, en este caso, lo organizan las instituciones.

Los adolescentes y jóvenes han creado, a partir de los medios sociales, comunidades virtuales de lectura en castellano alejadas de la mediación tradicional de los adultos (padres, docentes o bibliotecarios). Sin embargo, se han acercado a otras mediaciones, como la aplicación GoodReads ligada a Amazon, cuya influencia es más líquida e invisible. En esta nueva dimensión, las relaciones entre las lecturas recomendadas o los autores elegidos no responden a los criterios tradicionales de la academia sino al número de *likes* que reciben y a los comentarios que dejan los lectores. Por tanto, es un espacio donde compite cualquier tipo de libro y autor en el que la mediación, entre el libro y el lector, no la establece el crítico sino el logaritmo creado por la plataforma de Amazon.

Aunque no podemos hablar de enfrentamiento, sí que ha habido desde los medios tradicionales una cierta falta de entendimiento. Posiblemente, porque los *booktubers* buscan entretenimiento donde los otros solo han visto cultura; en otras palabras, porque sitúan la lectura en un paradigma diferente al que tradicionalmente la ha situado la academia, los docentes o los críticos literarios. El análisis de sus críticas así lo demuestra. En la investigación de Bois (2016: 7), los editores reconocen la capacidad de los blogs para captar a un nuevo público (ajeno a la crítica literaria tradicional de la prensa), aunque, uno de los editores entrevistados, mantiene que, aunque son capaces de capturar al lector por la emoción y el entusiasmo que transmiten, carecen de las habilidades relacionadas con el estilo de la escritura literaria.

6. Puede consultarse toda la información sobre la Blogger Lit Con en <http://bloggerlitcon.blogspot.com.es>.

Como hemos dicho en la introducción, igual que pasó en el cambio del siglo XIX, ahora estos «nuevos» lectores provienen de una cultura diferente, poseen competencias y habilidades más ligadas a la comunicación virtual y la cultura audiovisual que a la letrada y, lo más importante, cuando leen un libro, sus expectativas están relacionadas con el ocio o el divertimento. Estos lectores transformados en autores, prescriptores y diseñadores de nuevas formas de promocionar la lectura han conseguido crear (lejos de las instituciones y de los adultos) un nuevo circuito de lectura. Ni mejor, ni peor. Diferente.

2.4

Referencias bibliográficas

Bois, G., Saunier E. y Vanhée O. (2016). «La critique littéraire amateur sur les blogs de lecteurs». En *Reset*, N° 5, doi: 10.4000/reset.736.

García Galera, M. del C. y Fernández Muñoz, C. (2016). *Si lo vives, lo compartes. Cómo se comunican los jóvenes en un mundo digital*. Madrid: Fundación Telefónica.

Krippendorff, K. (1990). *Metodología de análisis de contenido: teoría y práctica*. Barcelona: Paidós.

Lluch, G. (2010). «Las nuevas lecturas deslocalizadas de la escuela». En Lluch, G. (ed.) *Las lecturas de los jóvenes. Un nuevo lector para un nuevo siglo*. Barcelona: Editorial Anthropos, 105-128.

— (2014). «Jóvenes y adolescentes hablan de lectura en la Red». En *Ocnos: Revista de estudios sobre lectura*, 11: 7-20.

Sánchez García, S., Lluch G. y Del Río Toledo T. (2013). «La lectura en la web 2.0. Estudio de caso: los blogs en el Reto Delirium». En *@tic. Revista d'Innovació Educativa*, 10. doi: 10.7203/attic.10.1783.

3

El Quijote o *Tirant lo Blanc* entre blogs y Google Maps[1]

1. Queremos agradecer la ayuda de Marcos Cadenato, Carlos Diez, Lourdes Doménech, Adela Fernández, Gorka Fernández, Irene González, Enric Iborra, Aster Navas, Mª del Mar Pérez, Toni Solano y Toni de la Torre.

Gemma Lluch, Anna Esteve, Virginia Calvo y Maite Monar

3.1

Enseñar o aprender a leer a los clásicos

Históricamente, el principal medio que se ha utilizado en la escuela para la adquisición de los saberes (en cualesquiera de las materias que se han impartido) ha sido la lectura. En otras palabras, la escuela practicaba la lectura de textos expositivos en las clases de matemáticas o de física, junto con textos narrativos en la clase de historia o textos argumentativos en las de filosofía o religión. A su vez, la lectura de textos escritos se reforzaba con la de diagramas, mapas conceptuales o esquemas. La lectura en voz alta se compartía con la comentada o la silenciosa. Y, no menos importante, su finalidad era desde la resolución de problemas al conocimiento de las partes del cuerpo o el aprendizaje de las reglas de un juego.

Aunque este ha sido el contexto de aprendizaje tradicional (la lectura como eje central de la adquisición de saberes en las diferentes asignaturas que un estudiante cursaba a lo largo de su aprendizaje), solo se enseñaba explícitamente a leer en la clase de lengua y literatura. Y se hacía mayoritariamente con textos alejados de la realidad (escolar, familiar y ciudadana) e ignorando las habilidades lectoras que los alumnos necesitarían para enfrentarse a todo tipo de formatos, finalidades y géneros discursivos a lo largo de su vida.

Haciendo un ejercicio de memoria, es importante recordar que los primeros documentos legislativos que regularon la lectura en la escuela solo la entendían como sinónimo de alfabetización, es decir, de enseñar a leer y a escribir en los primeros estadios, de dotar al alumno de unos conocimientos y habilidades intelectuales mínimos para descifrar textos sencillos. Mientras, la posibilidad de aprender a leer un texto literario, es decir, de aquellas lecturas que cada tradición cultural consideraba canónicas, estuvo reservada a unos pocos privilegiados que, a través de la lectura literaria, conocieron la belleza de la palabra o cómo los más grandes escritores representaron artísticamente el mundo.

El cambio cualitativo de la lectura en la educación no universitaria acontece en 1992 con la publicación en el BOE de los decretos que desarrollaban los contenidos de lengua y literatura de la LOGSE. Por vez primera, la enseñanza y aprendizaje de la lectura se entiende desde la pluralidad de significados que el estudiante (como futuro ciudadano) podrá encontrar en la vida real y, además, se presenta una propuesta coherente diseñada para las tres etapas educativas. Por ejemplo, el primer párrafo del Real Decreto 1179/1992 (que establece el currículo del bachillerato) reconoce el tratamiento separado que tradicionalmente ha tenido el

estudio de la lengua y la literatura y que esta ley quiere subsanar. Por eso, en el decreto, estas disciplinas «adquieren mayor amplitud y profundidad al ser tratadas en común». Además, amplía el objeto de conocimiento a los distintos tipos de discursos y «propone consolidar y ampliar la competencia comunicativa del estudiante de bachillerato».

De manera similar, la introducción del Real Decreto 1345/1991 (que regula el currículo de la educación secundaria obligatoria) muestra esta manera diversa de entender la lengua y, por ende, la lectura: «Ha de estar presente en la escuela como un instrumento para representar y para comunicar sentimientos, emociones, recuerdos..., para obtener y ofrecer información y para promover o realizar un curso de acción determinado». Y el Real Decreto 1344/1991 (sobre el currículo de educación primaria) entiende que «el aprendizaje de la lengua escrita debe permitir a los niños y las niñas descubrir las posibilidades que ofrece la lectura (y también la propia escritura) como fuente de placer y fantasía, de información y de saber».

En conclusión, es importante tener en cuenta cómo a lo largo de la historia la escuela ha entendido qué es leer, qué se podía leer y cómo ha formado a sus estudiantes como lectores, pero también, cómo es la sociedad, porque, en definitiva, la manera de entender la lectura en la escuela no era más (o no es más) que el espejo de lo que la sociedad creía (o estipulaba) que debía leer (o ser capaz de leer) un ciudadano corriente. El ejemplo más claro es la llamada «literatura infantil», que con el paso del tiempo ha devenido la lectura por excelencia que la sociedad ha destinado a los niños. La investigación de Lluch (2016) demuestra con datos cómo algunos prescriptores y autores de literatura infantil, en la línea del pensamiento predominante, no han considerado al niño-lector en su singularidad, sino como un ciudadano de la nación que imaginan o como el hijo que debe continuar la familia que desean, es decir, cada sociedad piensa cómo quiere que sea el ciudadano de su futuro y lo concreta en las lecturas que diseña para sus niños; así, la literatura infantil a menudo no lo ha concebido como lector sino como destinatario de una ideología o de unos valores. Como consecuencia, el actor principal del ecosistema de la literatura infantil ha sido el mediador (sea político, educativo o familiar) relegando al verdadero lector, el niño, hasta el punto de no saber quién era, qué pensaba o qué le gustaba. Por tanto, hemos considerado que para interpretar el objeto de investigación de este capítulo, la relación entre lectura y educación, es importante tener en cuenta este contexto.

Lo que ha significado históricamente «enseñar a leer»

Los decretos que desarrollaron la LOGSE introducían, por vez primera, términos como literatura infantil o proponían el trabajo de los textos literarios junto a otros géneros. Estos cambios fueron muy profundos ya que obligaban a pensar la lectura literaria o, más concretamente, a plantearse cómo enseñar a leer un texto literario desde una nueva perspectiva. Tradicionalmente, el profesor de literatura ha llevado a las aulas de los colegios lo que había visto hacer a sus profesores en la universidad,

es decir, trasladaba unos textos, una metodología de trabajo y una manera de leer (pensada para los filólogos) a unos niños y adolescentes cuyos intereses, madurez personal e intelectual y competencia literaria y lingüística no estaban a su alcance.

El estudio de Lluch y Zayas (2016) revisa cómo se ha enseñado la lectura literaria en los libros de texto, tanto en castellano como en catalán, y concluye que, principalmente, la finalidad de su estudio ha sido, por una parte, mostrar estos textos como un hecho estético donde reconocer los recursos estilísticos de la lengua, esto es, los fragmentos de las obras literarias se presentan a los estudiantes como modelos excelsos de una lengua o como repertorios en los que se utilizan de manera modélica y única los mejores recursos que una lengua puede producir.

Por otra parte, aunque a menudo se propone de manera simultánea, desde los inicios del siglo XIX, enseñar a leer literatura ha tenido la finalidad de construir una identidad colectiva y nacional a partir del estudio de un canon autónomo. Así, enseñar a leer literatura era sinónimo de enseñar cómo una nación había representado sus creencias, historia y tradiciones a través de una selección de textos: el canon literario. El problema ha surgido cuando algunos libros de texto han convertido esta manera de entender la enseñanza de la literatura en una crónica de hechos, en una mera narración en la que unos actores (los autores) realizaban unas proezas (la escritura de sus obras), en un escenario (los movimientos literarios). En definitiva, se entendía como un mero relato con pequeñas referencias a las obras (preferentemente en forma de resumen de los argumentos) o a la descripción de las propuestas retóricas. «De esta forma, el estudiante no se enfrenta a la lectura guiada de las obras referentes de una tradición literaria propia o universal, no descubre las relaciones que establecen entre sí y con otras manifestaciones culturales. Al contrario, se le priva de lo fundamental: la experiencia literaria» (Lluch y Zayas, 2016).

En los diferentes capítulos de este libro, hablamos de las nuevas legitimidades que han cuestionado el canon, que lo han pluralizado. La escuela no podía ser ajena a esta tendencia. En España, la incorporación del total de la población a la enseñanza obligatoria y el concepto de la «lectura por placer» llevó a los docentes a introducir en el aula los relatos comerciales dirigidos tanto a un público adulto como juvenil, pero, como el péndulo de un reloj, se llegó al otro extremo: a olvidar la enseñanza de la literatura canónica. Las voces que advierten sobre cómo en el mundo de la lectura se está sustituyendo la cultura por la industria del entretenimiento (o la lectura de los clásicos por la de los relatos paraliterarios) también proceden de la escuela o de la academia. Un ejemplo representativo es el siguiente.

En el mes de mayo de 2016, el Col·lectiu Pere Quart, un colectivo que reunía a profesores de literatura catalana de la educación secundaria y de la universitaria publicó un manifiesto «SOS. Literatura a l'ensenyament»[2] en la plataforma Change.org. El documento tuvo una gran repercusión, pues llegó a superar las tres mil firmas entre las que se encontraban profesores de todos los niveles educativos, incluyendo la universidad, los principales escritores e instituciones culturales. Si nos centramos

2. Puede consultarse el documento completo en <http://ir.uv.es/QJ06Aho>.



únicamente en los aspectos relativos a la presencia de la lectura literaria en la enseñanza, los ejes conceptuales del documento destacan la literatura como la forma de cultura viva que hace posible la vitalidad de un idioma y como patrimonio de todos los catalanes. Los firmantes denuncian la pérdida del valor simbólico de la literatura y cómo ha sido desterrada, en los últimos años, despreciada e infravalorada por el peso de las leyes del mercado sobre una sociedad que históricamente ha desarrollado unos hábitos de lectura precarios: «*Observem alarmats una tendència a la residualització de la literatura*».

La literatura e Internet

Felipe Zayas (2006) cuenta que las primeras webs que, hacia 2004, empezaron a utilizarse como instrumento de trabajo de aula en las clases de enseñanza no universitaria «me llevaron a una conclusión desalentadora: el profesorado de literatura dispone de una ingente información en la web —textos, datos sobre sus autores, "lecciones" de historia literaria, etcétera—, pero los materiales didácticos son, en general, una transcripción electrónica de documentos escritos en papel. Estos materiales están concebidos desde la lógica de la cultura impresa y con un modelo organizativo de la información de tipo lineal. Se hacía patente así, también en Internet, el peso que sigue teniendo un modelo de enseñanza de la literatura basado en la transmisión de conocimientos, en el que el papel de los alumnos en la construcción de sus aprendizajes es escaso. Pero pronto encontré otros instrumentos y propuestas en la Red (cazatesoros o webquests) que no solo sitúan la enseñanza y el aprendizaje fuera de este modelo de transmisión de conocimientos, sino que permiten usar la ingente información que pro-

porciona Internet dentro de modelos educativos basados en la actividad del alumnado». Dos años más tarde, Zayas (2008) reflexiona sobre los cambios que experimentó la enseñanza de la lengua y la literatura: «Con la generalización de Internet, el uso de las "nuevas tecnologías" se asoció fundamentalmente con el empleo de herramientas lingüísticas *online* (diccionarios de la lengua, de sinónimos, de rimas, de neologismos...), a la búsqueda de información (enciclopedias y portales educativos...) y a la consulta de bibliotecas digitales. En la actualidad, Internet nos ha permitido pasar del concepto de "nuevas tecnologías" —el ordenador como máquina de escribir— al de «tecnologías de la información y la comunicación», es decir, medios para interactuar en nuevas situaciones de comunicación». La voz de uno de los pioneros del uso de los medios sociales como instrumento esencial de la enseñanza describe: a) el cambio cualitativo de su uso: de meras herramientas a espacios de comunicación, y b) el cambio en la concepción de la enseñanza.

Este cambio aplicado a la promoción de la lectura en el aula se evalúa en la investigación de Monar van Vliet (2012) que muestra claramente los beneficios de la web, el blog y la wiki. Los datos del estudio de Monar evidencian que el uso de estas plataformas ha ampliado los tipos, lenguajes y soportes de lectura. Los principales resultados del estudio muestran que los estudiantes valoran positivamente el hecho de que Internet rompe los muros del aula, permitiéndoles llevar el trabajo más allá para comunicarse con otros actores sociales. Esta forma de trabajar consigue transformar unas actividades escolares en prácticas de comunicación real y, la lectura individual, en lectura social y compartida. En la misma línea, la investigación de Wankel (2013) demuestra que las herramientas utilizadas en las prácticas multimodales, multimedia y transmedia incrementan el interés cognitivo y emocional, además de la atención. Su uso, en conjunción con métodos de enseñanza y aprendizaje adecuados, amplía los límites de la enseñanza y el aprendizaje y permite una experiencia de clase más flexible e interesante. Los modelos de buenas prácticas de lectura que analizamos en este capítulo muestran avances similares.

La investigación y el proceso de trabajo

El breve repaso sobre cómo se ha entendido la lectura en los centros escolares y cómo, poco a poco, se han introducido los medios sociales en las clases de lengua y literatura intenta contextualizar el objetivo de este capítulo: analizar qué ocurre con la lectura de los clásicos de las literaturas universales, española y catalana en la escuela. Concretamente, el objeto de la investigación está formado por los perfiles de once docentes que comparten su trabajo en la Red, sus espacios de comunicación virtual y las prácticas de aula que han conseguido transformar en experiencias vitales de lectura literaria.

Además, las han construido con el uso de las herramientas, plataformas o redes sociales que Internet facilita y que, como Zayas (2008) auguraba, estos docentes han sabido transformarlas en nuevos contextos comunicativos donde los estudiantes dialogan con las grandes obras de la literatura. Con esta forma de entender la enseñanza de la lectura de los clásicos, han conseguido construir comunidades lecto-

ras en sus aulas, pero también entre los escolares de diferentes centros educativos de España. Lo han hecho desde la diversidad textual, literaria, cultural y lingüística: en castellano, catalán, euskera y gallego. El cuadro 1 resume las unidades de análisis, las técnicas y los datos obtenidos.

Cuadro 3.1 Unidad, técnica y datos del análisis

Unidad de análisis	Técnica de análisis	Datos
11 administradores de blogs	Análisis descriptivo a partir de un cuestionario-entrevista	Perfil, lecturas, identidades, relaciones
6 blogs	Análisis cuantitativo y descripción densa	Espacios, etiquetas, redes sociales
104 post	Descripción densa y discursiva	Tipo, contenido, estilo, lectura
10 prácticas o proyectos de lectura	Descripción densa y discursiva Focus Group virtual	

Fuente: Elaboración propia.

Los criterios de selección de los sujetos y los blogs han sido el contenido compartido, la antigüedad de los blogs, la valoración por parte de las instituciones y sus seguidores y la colaboración en prácticas colaborativas. Los seis elegidos son *La paraula vola*, *La serp blanca*, *Repaso de lengua*, *Bloggeando*, *A pie de aula* y *Tres Tizas.* Los post que conforman el corpus de trabajo son los 104 publicados desde el 1 de enero de 2015 al 30 de septiembre de 2016 con contenidos relacionados con la lectura. A partir del análisis de los blogs y los post, se han seleccionado los diez proyectos o prácticas de lectura objeto de la investigación atendiendo a dos criterios: ser prácticas compartidas virtualmente y estar centradas en la lectura de un clásico.

3.2 Leer a los clásicos rompiendo muros

Uno de los primeros y principales investigadores sobre la cultura colaborativa en Internet, Henry Jenkins (2008), comentaba en un post que algunos colegas le preguntaban extrañados por qué escribía un blog. Su respuesta fue contundente: «La ejecución de un blog es un compromiso y debe ser entendido como parte de un con-

junto más amplio de obligaciones profesionales». Hacía más de dos años que los profesores analizados en este capítulo ya compartían su trabajo, no solo a través de los blogs, sino con las herramientas que en aquella época les ofrecía Internet.

Los docentes de literatura entre blogs, wikis o Twitter

Para conocer cómo son los once administradores de los seis blogs seleccionados, se ha realizado un análisis a partir de un cuestionario-entrevista en Google Docs y de su presencia en los medios sociales con el objetivo de conocer sus perfiles, sus lecturas, sus identidades y sus relaciones. Entre estas cuatro mujeres y siete hombres hay muchas coincidencias: casi todos están en la cincuentena, por tanto, son profesionales con experiencia docente (cuadro 2); mantienen claramente diferenciado su perfil personal del profesional (hecho no habitual en los medios sociales) e imparten clase de lengua y literatura (en castellano, catalán y euskera).

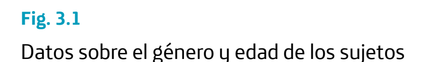
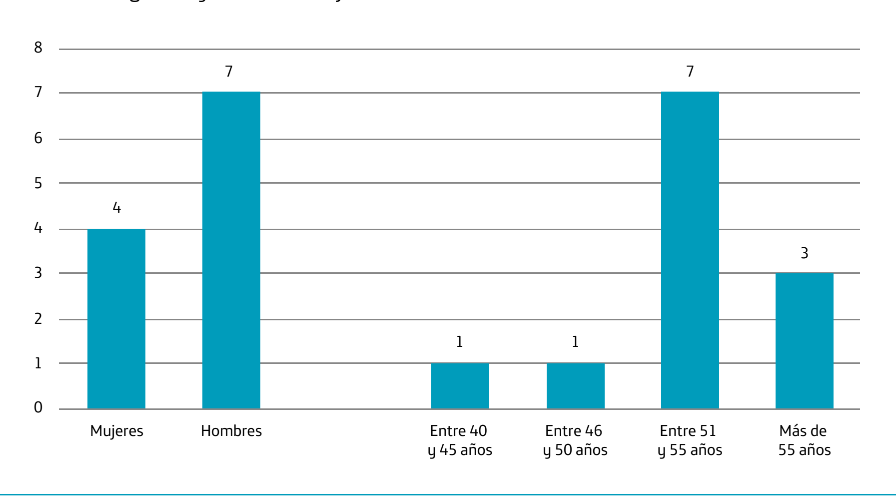


Fig. 3.1

Datos sobre el género y edad de los sujetos



Fuente: Elaboración propia.

A pesar de la imagen infundada de que la tecnología es de los jóvenes, todos dominan, controlan y utilizan un abanico diversificado de herramientas y plataformas además del blog. Por ejemplo, Ivoox, YouTube, Google Drive, Google Docs, Google Sites, Slideshare, Scribd, tráileres, wikis, portafolios digitales, formularios de Google para fichas de lectura, Facebook, Edmodo, Vimeo, Pinterest o Google Classroom. Al hilo de su actividad de aula, imparten cursos de formación para otros docentes, organizan o participan en seminarios, congresos o encuentros (a menudo al margen de la Administración), publican en revistas, etcétera.

Añadir al trabajo diario la tarea de mantener un blog de estas características, obviamente, es un extra que no tiene una recompensa en el sentido tradicional (reducción de horas de clase, puntos para mejorar su lugar de trabajo, etcétera). Las respuestas que dieron los once administradores a la pregunta de por qué en su momento lo abrieron y ahora lo mantienen se clasifican en tres razones. La más repetida: compartir el trabajo, los proyectos y las experiencias de las clases con otros compañeros en la Red, y también las reflexiones que el trabajo suscita: «La lectura y literatura en el aula han de hacerse visibles para dar sentido al hecho de leer como un bien sociocultural, para evitar que el adolescente lector sea considerado un marginal» (C). En este sentido, estas respuestas coinciden plenamente con la que hemos reproducido anteriormente de Henry Jenkins (2008), de manera que los sujetos analizados comparten el mismo objetivo de la comunidad académica más avanzada.

Las otras dos razones que apuntan son las siguientes: llevar un dietario de clase y comunicarse e interactuar con otros compañeros. La siguiente respuesta lo resume claramente: «Hay en los blogs docentes un componente de generosidad y servicio, sobre todo cuando lo que se publican son experiencias de aula minuciosamente descritas, pautadas y documentadas. Una vez en la Red, las experiencias se convierten en un bien público que en manos de otros docentes va creciendo y adaptándose a las necesidades de otros contextos educativos. Mostrar generosamente mi trabajo es también una forma de corresponder a aquellos compañeros que trabajan en la misma línea. Este es otro de los motivos: *Quid pro quo*. Y, por último: con la perspectiva de los años, el blog me devuelve la historia de mi recorrido como docente. Algunas experiencias son meras tentativas; otras, el resultado de un hondo proceso de reflexión didáctica. Todo está ahí, en las páginas de este pergamino digital que se despliega cronológicamente del presente al pasado» (E).

Otra razón interesante es la que entiende el blog como dietario de lecturas literarias, en relación con el dietario de clase. Los post donde el profesor valora, recomienda o simplemente describe las sensaciones y reflexiones que le suscita la lectura de obras diversas, que responden a sus gustos y preferencias personales ofrecen al lector un modelo de comentario libre, personal y bien argumentado que es el que se propone en muchas ocasiones en el aula.

En la tan laureada cultura de la participación, de la colaboración virtual, estos blogs son uno de los mejores ejemplos de buenas prácticas, son docentes que, una vez han finalizado su horario profesional, continúan trabajando con la finalidad de compartir, de aprender, de formarse o de reflexionar colaborativamente. Pero, también hay modelos de malas prácticas y, por eso, la respuesta más compartida por todos a la pregunta qué no te gusta que haga alguien en la Red, es «que plagie el trabajo de otros sin respetar las licencias de uso» (D). De hecho, enlazar o referenciar la fuente de información es uno de las premisas básicas de la escritura de blogs, de la conversación compartida que es la blogosfera; es el primer mandamiento *blogger* (Orihuela, 2006). La segunda respuesta tiene que ver con el autobombo, la autopromoción de algunos autores que los bombardean con sus libros, y, finalmente, los comentarios impertinentes, el narcisismo y las opiniones viscerales. En definitiva,

en un blog se valora el interés y la calidad de los contenidos y la honestidad en la forma de presentarlos.

En las entrevistas, se ha destacado la necesidad de hacer historia y dejar constancia de unos inicios compartidos y ligados a los encuentros que organizan al margen de la Administración pública (como el I Encuentro de Edublogs de aulaBLOG[3] celebrado en 2006), como una forma de compartir conocimientos, descubrimientos o dudas: «Mi vínculo con los blogs es indisociable del magisterio de Felipe Zayas. Cuando desembarqué en el mundo de los blogs educativos, al primero que seguí fue a Felipe y, poco tiempo después, a Bea Marín, Eduardo Larequi y a Angustias Iglesias. Mucho tiempo después, fui aprendiendo de otros *bloggers* y de los talleres y seminarios a los que asistí en encuentros como los de Espiral o Aulablog» (E). Todos ellos subrayan que «sin el apoyo, la generosidad y las enseñanzas de estas personas y otras muchas en la Red, el proceso autodidacta y, sobre todo, el rendimiento que se obtiene de estas herramientas, no habría sido tan rico y provechoso como lo veo hoy» (A).

En los inicios, se originó algún problema: «La revolución de los blogs, como dio en llamarse, fue paralela a la inclusión de las tecnologías en el aula. Vivimos el *boom* de la cacharrería tecnológica y, hay que admitirlo, por momentos, sucumbimos a las novedades» (E). Evaluando los resultados del III Congreso Escuela 2.0, en 2011, Zayas[4] escribe: «Mentiría si afirmara que lo tecnológico dominó sobre las preocupaciones didácticas. Y, sin embargo, algunas veces la perspectiva desde lo digital hacía que quedara borroso el hecho de que las TIC no son, o no solo, recursos, herramientas que pueden facilitar tal o cual aprendizaje, sino espacios de comunicación, de construcción de conocimientos compartidos, de aprendizaje de nuevas formas de interacción. En definitiva, nuevas prácticas culturales que ya forman parte de los objetivos de la alfabetización». Estas reflexiones destacan una cuestión primordial que preocupa a los sujetos: el objeto de trabajo es la lectura, y el instrumento, las herramientas que se utilizan. Por tanto, la reflexión principal debe estar en la educación literaria y no en saber manejar cada nueva herramienta que aparece. Así pues, se reivindican como profesores de lengua y literatura y no de informática.

Como lectores, cuando se les pregunta sobre las preferencias de lectura en formato digital o en papel, los datos no aportan diferencias significativas. En todos los casos, refieren de manera precisa sus lecturas en la web (noticias, artículos y trabajos en formato pdf, tuits, críticas, mails, blogs, libros, literatura de pequeño formato y ensayos). En papel, leen también prensa, literatura o revistas relacionadas con la profesión. Pero, sin excepción, manifiestan que ambos formatos son necesarios y que los alternan sin diferenciar el tiempo de ocio del de trabajo. Incluso cuando se decantan por la lectura en papel no se hace una causa de ello: «Para leer libros, prefiero el papel, pero más por una cuestión de costumbre que por otra cosa» (B).

Es una constante la lectura de blogs de temas relacionados con el trabajo, principalmente de otros compañeros, de escritores o de editoriales, para estar

3. Más información en el enlace <http://ir.uv.es/t0YTUvh>.

4. «¿Alfabetización digital o simplemente alfabetización?», Darle a la lengua, 12-10-2011, <http://ir.uv.es/SCC0Bew >.

informados de las novedades: «Leo blogs de compañeros de oficio y amantes de la lectura. Gracias a ellos, llego a las lecturas que me interesan. Considero su criterio un filtro eficaz y valioso» (C). Aunque la multiplicación de medios sociales ha reducido las opciones: «Un vistazo a los blogs da idea de cómo ha menguado la frecuencia de publicación de muchos de ellos. La multiplicación de las redes resta tiempo a los blogs» (E). Su presencia en las redes sociales es más restringida que la que hacen los adolescentes analizados en el capítulo 2. La red social principal para compartir contenidos es Twitter; de hecho, todos tienen un perfil profesional con el nombre del blog, por lo que generalmente los comentarios están relacionados con los contenidos que publican y, por tanto, con su trabajo. El uso que hacen del resto de los medios depende de las necesidades del tipo de práctica de lectura que desarrollan.

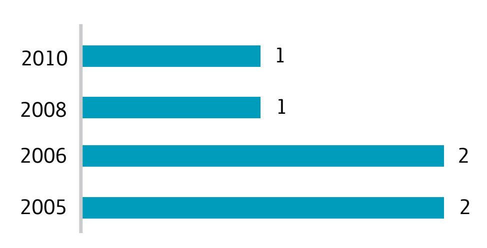
Este perfil de los profesores que trabajan la lectura en la Red se ha realizado a partir de los datos obtenidos del cuestionario-entrevista, pero ¿qué datos aportan cuando se presentan en la misma? Curiosamente, la investigación ha visualizado que los administradores de estos blogs son responsables de algunas de las mejores propuestas de lectura, han recibido los principales premios del sector, su trabajo ha tenido una fuerte repercusión fuera del aula, las experiencias que proponen son estudiadas y analizadas en la universidad y realizan funciones de formación de formadores. Y a pesar de ello, los datos que aportan para identificar su blog son escasos: nulos o mínimos cuando identifican al administrador (nombre completo, profesión y centro educativo en el que trabajan) y pocos los que presentan el blog: «Esta es mi página de recursos educativos, en la que se van recogiendo los materiales y actividades de mis clases como profesor de lengua y literatura castellana» o «Este es un blog colaborativo creado por tres profesores de lengua castellana y literatura y un psicólogo educativo que trabajamos en centros educativos diferentes y en el que presentamos actividades que realizamos en el aula y reflexiones sobre temas educativos». Posiblemente, la razón hay que buscarla en que en el momento de su creación la comunidad de lectores a los que se dirigían era pequeña y conocida entre sí, por lo que no requerían presentación, pero, en la actualidad, sorprende esta falta de información que se podría ligar a un *amateurismo* en el diseño formal del espacio que contrasta notablemente con el alto nivel profesional del contenido de que aloja, como analizaremos en el capítulo siguiente.

Los blogs de los profesores

José Luis Orihuela (2006), en su estudio sobre la revolución de los blogs en la comunicación, ya destacaba tres administrados por profesores de lengua y literatura. Dos de ellos se mantienen activos: *A pie de aula* y *Darle a la lengua*. Estos datos, junto con el año de creación de los seis blogs que forman el corpus de análisis (cuadro 3), nos muestran un fenómeno ya maduro pero que ha tenido poca repercusión fuera de la comunidad lectora a la que se dirige.

Fig. 3.2

Año de creación de los blogs



Fuente: Elaboración propia.

De los seis blogs que estudiamos, a través del análisis cuantitativo y de la descripción densa, cuatro están administrados por un solo profesor mientras que los otros dos los llevan un colectivo de tres y cuatro profesores. El primer resultado de la investigación refleja una paradoja interesante que ya se ha comentado al final del apartado anterior: la diferencia que existe entre la calidad de los contenidos y la forma de presentarlos.

Si nos centramos en su forma, los resultados más relevantes son los siguientes. Cuatro utilizan la herramienta Blogger; dos, Wordpress, y solo uno tiene dominio propio. Solo tres incluyen en un lugar visible indicadores (en forma de palabras, mapas o gráficos) que clasifican los post e informan de la estructura de su contenido y en dos casos hay que buscar estos indicadores en el perfil del autor o al final de la barra lateral. El problema surge porque los blogs reúnen datos de al menos diez años, por lo que son auténticos laberintos en los que el lector difícilmente puede acceder a la información que busca y, por tanto, valorar la variedad y la calidad de los contenidos.

El segundo resultado del análisis es compartido por todos. El eje del blog son los post que lo forman, pero, bien en la barra lateral o en las páginas estáticas, los sujetos lo expanden para reunir enlaces a otras plataformas, recursos, blogs, sites o wikis de modo que el blog tiende a transformarse en un verdadero portal. Estos contenidos enlazados básicamente son los siguientes: a) espacios administrados por los sujetos y relacionados con su práctica diaria de clase. Los más habituales son los blogs de aula que funcionan como el dietario de una clase que pueden enlazar con los escritos por los estudiantes; wikis con prácticas en las que se incluyen la secuencia de actividades propuestas, los resultados y comentarios de los alumnos además de la evaluación; foros de discusión en torno a un libro en forma, por ejemplo, de tertulias dialógicas; diarios de lectura, reseñas críticas escritas, en audio o en YouTube realizadas por los alumnos de los libros que leen; antologías de textos literarios; cazas del tesoro o webquests en las que se describen las actividades para buscar información, obtenerla, interpretar, reflexionar y valorar los resultados de la búsqueda; b) prácticas colaborativas de lectura, y c) materiales de los cursos de formación que imparten a otros profesores.

En todos los casos, además de utilizar el texto escrito para comunicar contenido, añaden imágenes, vídeos, encuestas o mapas. También hacen uso de los hiperenlaces que permiten conectar con cualquier tipo de material que pueda ser útil para su propósito comunicativo. En definitiva, no se trata de documentos que imitan el papel o el libro de texto tradicional; al contrario, los sujetos han transformado sus blogs en un universo de contenidos variados e interconectados, aprovechando todo tipo de géneros textuales y herramientas e incorporando cualquier propuesta nueva que ofrece la virtualidad. Todo ello con un objetivo común: compartir la enseñanza y el aprendizaje de la lectura literaria.

La primera conclusión del análisis es que son blogs académicos, entendidos como un lugar web donde el responsable expone e intercambia información relacionada con su ámbito académico y se dirige a sus iguales: docentes de las mismas materias. Es decir, siguiendo la tipología de Charpenter (2014: 13), ocupan un terreno híbrido entre el artículo académico convencional, las notas de clase o la interacción que se da en un seminario profesional.

El análisis del contenido de los 104 post muestra que siempre está ligado a la lectura y las finalidades comunicativas son las siguientes: a) reflexionar y ofrecer información de prácticas lectoras; b) elaborar un dietario de clase que funciona como una guía del trabajo realizado, y c) desarrollar un proyecto docente.

Todos los post están escritos en primera persona y se dirigen a un tú fácilmente identificable con el docente: «*Vull compartir amb vosaltres*» (A) o «Espero que sea de utilidad haber reunido aquí algunos de los recursos que considero de interés para los docentes de lengua» (B). Aunque se utilizan diferentes clases de textos, predomina la crónica que relata la experiencia de lectura completándose con una reflexión personal y la exposición que explica la práctica. En algunos de los blogs (o en los espacios expandidos) aparece la voz de los alumnos en forma de texto escrito o audiovisual que son el producto de las prácticas de lectura o de textos expositivos o argumentativos que elaboran en la participación de los foros de lectura o en las exposiciones.

Los 104 post describen su contenido a través de las etiquetas. Para su análisis, se ha seguido la propuesta de García Rodríguez *et al.* (2014) que las define como: «Palabras del vocabulario que utiliza el usuario común... Su finalidad es facilitar la recuperación del objeto al cual describen, por tanto, si están bien asignadas, aportan una valiosísima información sobre los términos, ya que representan, con el lenguaje del autor de la entrada del blog, el contenido». La etiqueta asume una doble función: describir el contenido específico del post y organizar la información por temas o contenidos generales. Se diluye así la distinción teórica estricta entre etiqueta y categoría (González, 2015), según la cual, la categoría es la tabla de contenidos del blog y la etiqueta, un microdato que describe «detalles específicos del contenido» y que, por consiguiente, no deberían coincidir.

Las etiquetas aparecen debajo de cada post y están visibles sin necesidad de acceder al post completo. Se presentan, en la mayoría de los casos, de manera clara y visible en forma de nube (en la columna lateral derecha), donde las más utiliza-

das destacan tipográficamente (en tamaño y color) incorporando entre paréntesis el número de veces que aparecen, cosa que facilita y agiliza la recuperación de la información. Solo en dos casos se produce una distinción entre categoría y etiqueta, que genera cierta confusión. De hecho, lo más frecuente es encontrar en un mismo post etiquetas de carácter más específico (como *La Celestina* o *selectividad*) con otras más generalistas (*experiencias de aula* o *lecturas*) o usar un mismo término como categoría y etiqueta.

El número total de etiquetas oscila entre cantidades dispares (de 30 a 300), este uso excesivo merma algunas de sus funciones principales: informar del contenido del post y, en consecuencia, del blog, para recuperar fácilmente la información. En la mayoría, los post utilizan un número de etiquetas suficientes (entre 3 y 4) y las más repetidas se refieren a conceptos genéricos, propios de las materias de lengua y literatura impartidas por los docentes (*lectura*, *literatura*, *educación literaria*, *escritura* y las derivadas de los géneros literarios: *poesía* o *novela*) y en relación directa con el uso de las herramientas o plataformas (*TIC*, *TAC*, *edublogs* o *videolit*). Justamente, un tipo de etiqueta que resulta, según García Rodríguez (2014), de una utilidad dudosa.

Finalmente, el análisis cualitativo muestra algunos usos que convendría evitar como la confusión entre etiquetas, temas y categorías, el uso de etiquetas demasiado genéricas, la variación en cuanto al número gramatical (*lectura* y *lecturas*) o a la sinonimia (*herramientas TIC* y *recursos TIC*) y el denominado etiquetado egoísta (Gómez Díaz, 2012), es decir, etiquetas opacas, que solo tienen sentido para el autor (*2011*, *información* o *eventos*).

Los contenidos: lecturas, lenguas y herramientas

En el apartado anterior, se diferenciaban tres tipos de contenido de los 104 post analizados; a continuación, analizamos algunos ejemplos de cada uno de ellos. El post «Hoy me he encontrado con la Celestina»,[5] reflexiona sobre la repercusión de una práctica realizada hacía unos años: «Aquella Celestina de mis alumnos de bachiller en 2010 supuso mi epifanía audiovisual, una auténtica caída del caballo metodológico que me impulsó a virar hacia proyectos multimedia y a la progresiva introducción de la narrativa digital en el aula, antes incluso de que el *storytelling* educativo se convirtiera en *trending topic*». Se trataba de una adaptación audiovisual de *La Celestina* realizada por los alumnos de bachillerato y su importancia la resume uno de los comentarios del post escrito por una antigua alumna: «Me alegra mucho ver que sigues apostando por metodologías distintas y por innovar. Yo no participé en *La Celestina*, pero sí lo hicieron todos mis amigos y compartí muchos momentos del rodaje, nunca había visto a unos alumnos tan motivados por una historia tan antigua como *La Celestina*».

5. «Hoy me he encontrado con la Celestina», Repaso de lengua, (13-01-2016), <http://ir.uv.es/kLtewH0>.

El post «El Conde de Lucanor, *in plain spanish*»[6] une la reflexión sobre cómo interesar a los alumnos de segundo curso de la ESO en la lectura de los cuentos del Conde Lucanor con la descripción de la práctica: «Con la lectura de los cuentos, todo un recetario para la vida, iniciamos la aventura de transformar lo que bien parecen retablos de vida medieval en relatos audiovisuales, con el objetivo de ofrecer una versión del libro de Don Juan Manuel *in plain spanish*. Seguíamos de cerca el sabio consejo de Don Juan Manuel de difundir enseñanzas muy provechosas a los que las oyeren». La autora traza una ruta de aprendizaje con documentos gráficos de todas las fases del trabajo que permite ser replicada en el contexto de sus lectores-docentes. Los comentarios muestran el diálogo entre los docentes y la experiencia personal del administrador: «Ha sido un proceso laborioso, porque cada etapa tenía su trabajo. De todas formas, se sienten satisfechos del resultado. Lo pude comprobar tanto en las valoraciones como el día que presentaron los vídeos antes los alumnos de primer curso. Explicaron el proceso paso a paso, con mucha profesionalidad. El objetivo principal, leer y comprender los cuentos, se ha cumplido con creces. Algunos hasta se saben de memoria pasajes o fragmentos de diálogos».

El análisis ha mostrado que los blogs son espacios expandidos que reúnen plataformas, recursos, sites o wikis enlazando contenidos diversos. Un buen ejemplo son las prácticas colaborativas a las que se accede desde indicadores visibles en barra lateral y que se presentan en un post. En «Piénsame el amor y te comeré el corazón»,[7] el tema es un proyecto sobre la poesía amorosa. En este caso, el post no describe la forma de llevarlo a cabo (ya que hay un enlace a la wixsite que reúne toda la información), sino que aporta la experiencia del docente y de los estudiantes desde el inicio: «Las palabras volaban y vivían en los libros. Siglo a siglo, había caído sobre ellas un polvo de estrellas que las hacía más brillantes, pero a la vez, turbaba el entendimiento con su esplendor. Tanto era así que llegó a un punto en el que los estudiantes las veían brillar, pero no las entendían», hasta los resultados finales que consiguieron transformar un ejercicio escolar en una experiencia de vida pensada y ejecutada colaborativamente: «Durante todo un año, los estudiantes disfrutaron de aquella fiesta de la palabra, de la exaltación del amor y la poesía en el aula, del acto cabalístico de darles savia nueva hasta crear retazos de vida animada, de poemas en carne viva».

Desde el punto de vista formal, se trata de un post conjunto escrito por los profesores que participaron en el proyecto, que combina el texto con la imagen e incluye la etiqueta con la que se comparte en Twitter «En el país de #piensamelamor, unos profes acostumbraban a celebrar la vida con palabras», los hiperenlaces que llevan al trabajo realizado en cada centro y al perfil de Twitter de los profesores responsables. Es importante destacar las palabras finales del post: «Este es nuestro regalo, este es el regalo de nuestros estudiantes. El regalo de la palabra poética, amor y poesía

6. «El Conde Lucanor, in plain spanish», A pie de aula, (1-03-2015), <http://ir.uv.es/gyU7Oxq>.

7. «Piénsame el amor y te comeré el corazón», Repaso de lengua, (19-06-2013), <http://ir.uv.es/taLv04Y>.

en el aula». Poemas de Lope de Vega, Quevedo, Teresa de Jesús o Mario Benedetti sobre el amor, trabajados por estudiantes de primaria, secundaria y bachillerato con Pechakuchas (formato de presentación de veinte diapositivas que avanzan automáticamente cada veinte segundos), vídeos musicales, recitados con imágenes, representaciones o SoundCloud.

El posdietario de clase se utiliza con algunas variantes. Por ejemplo, en «Els alumnes parlen sobre la Bíblia»,[8] el profesor muestra el resultado de la lectura de los alumnos reproduciendo fragmentos de sus comentarios de textos. El comentario se entiende como el producto último de un proceso de lectura dilatado y complejo, que se ha ido trabajando progresivamente en clase, a partir de la discusión colectiva y siempre con la guía del profesor. Con esta selección, el autor del post (el profesor) pone el acento en la experiencia de cada lector, ya que pretende mostrar «*les reaccions personals dels meus alumnes davant dels textos bíblics llegits en classe més que no l'assimilació estrictament acadèmica del tema de la Bíblia i la seua repercussió literària*».

A partir del análisis del post, podemos inferir la capacidad de lectura del alumnado para: a) Interactuar con los textos, es decir, para interrogarlos (a veces incluso con preguntas directas) sobre las actitudes que representan los personajes protagonistas y la manera como son descritos: «*En alguns dels relats en què el protagonista ha de superar una prova o un repte, ho acaba superant gràcies a la devoció per Déu, que l'ajuda a resoldre-ho. Puc preguntar quin tipus de lliçó moral és aquesta? Si no creus en Déu o no has seguit "el camí", no pots enfrontar-te amb els més forts o superar-te tu mateix?*» (MH). b) Aprender a leer entre líneas y trascender el significado literal del texto para llegar a interpretarlo: «*Natan li conta aquesta curiosa història del bestiar d'un home ric i de l'ovella d'un altre que era pobre, i ens adonem que no es tracta d'un problema d'amor, d'infidelitat i passió, sinó únicament d'ambició, de poder i d'injustícia*» (BG). c) Conectar, a través de la comparación, la lectura nueva con sus propios referentes culturales, ya sean literarios o audiovisuales: «*Per cert, la decisió de David de matar Uries posant-lo a l'avantguarda, al front més perillós perquè el maten i així quedar-se amb la seua dona, és exactament igual que en la pel·lícula* El hombre de la máscara de hierro, *en què el rei Lluís XIV envia a la guerra a un jove i mana que el posen al lloc més perillós, enfront d'un canó, per tal que el maten i així quedar-se amb la seua promesa. Exactament igual que en la Bíblia*» (LP).

En este apartado se han analizado algunas prácticas de lectura que los administradores de estos blogs realizan en sus aulas y que comparten o sobre las que reflexionan a través de los post y los contenidos expandidos. Son propuestas que aportan un modelo para trabajar la lectura literaria más allá de las aulas aprovechando las posibilidades que brinda el entorno digital como un contexto de aprendizaje y como un espacio donde el adolescente del siglo XXI se desenvuelve con facilidad y construye su identidad.

8. «Els alumnes parlen sobre la Bíblia», La serp blanca, (12-10-2010), <http://ir.uv.es/VcJ0vWC>.

3.3
La lectura transmedia de los clásicos

Finalmente, se han seleccionado cinco proyectos o prácticas de lectura. Se trata de prácticas compartidas virtualmente cuya lectura es un clásico: *Don Quijote de la Mancha*, de Miguel de Cervantes, *Arbre de ciència*, de Ramon Llull, *Tirant lo Blanc*, de Joanot Martorell, *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert o las creaciones literarias de los autores que rotulan las calles de sus barrios y sus pueblos.

Callejeros Literarios

El proyecto *Callejeros literarios*[9] se presenta en un artículo publicado en la *Revista Iberoamericana de Educación*: «En el curso 2010-2011, de la mano de cuatro blogs sobre lengua castellana, *A pie de aula*, *Blogge@ndo*, *Re(paso) de lengua* y *Tres Tizas*, se lanzó a la Red *Callejeros Literarios*, un proyecto colaborativo. Partiendo de la idea de que la literatura está presente en las calles, plazas, edificios, etcétera, esta propuesta didáctica plantea a los alumnos la tarea de descubrir los autores presentes en su entorno y crear un itinerario literario utilizando la herramienta de Google Maps (Fernández Campos *et al*, 2012). Mar Pérez, miembro del equipo que puso en marcha este proyecto, resalta que «*Callejeros* tiene un componente social (sacar a la luz los autores y obras), pero que en la base de la propuesta está la lectura y comprensión de textos de esos autores del callejero. Sin ese componente, la propuesta quedaría solo en la elaboración de un artefacto digital».

La secuencia de las actividades se divide en cuatro fases. En la previa, los estudiantes con la guía del profesorado buscan información sobre los callejeros de su entorno y los autores literarios que los nombran; una vez seleccionados los autores, se inicia el trabajo: cronología, selección de fragmentos significativos de su obra, lectura y geolocalización en Google Maps. En la segunda, se elabora el mapa, se etiquetan los contenidos en la web, se enlaza con la información que el grupo ha considerado significativa y se traza el itinerario en el mapa virtual. A continuación, los alumnos con sus profesores recorren las calles del callejero y graban los textos que han preparado en los lugares concretos del itinerario. Estas grabaciones son las que posteriormente editarán y compartirán en el Google Maps. Lourdes Doménech destaca el carácter colaborativo del proyecto: «La propuesta es una matriz que cada centro tuvo que adaptar en función del callejero de la localidad».

La descripción de dos de las prácticas que conforman el proyecto mostrarán su importancia, su novedad y, especialmente, la manera de entender esta nueva forma de trabajar la literatura canónica. El primero es *Callejeros literarios INS Torredembarra*:[10] en el pequeño municipio de La Riera de Gaià, seleccionaron las calles de Sant

9. Se puede consultar el proyecto en <http://ir.uv.es/w0IL8QJ>.

10. Puede consultarse el proyecto en el enlace <http://ir.uv.es/GWe7s9w>.

Jordi y Mossèn Cinto Verdaguer. En el primer caso, incluyen un enlace a una página web que recopila diferentes poemas sobre San Jorge, desde Jaume Roig a la actualidad. En el segundo caso, una pequeña presentación del poeta Jacint Verdaguer con un enlace a una página web que amplía la información y una fotografía con el nombre de la calle ya que está hecho con baldosas pintadas. Además, incrustan un vídeo del poema «Lo comte Arnau».

El segundo proyecto se realizó en Mungia, un municipio de Vizcaya donde no existen calles con nombres de escritores. Sin embargo, el poeta Estepan Urkiaga «Lauaxeta» (1905-1937) tuvo una gran relevancia en la localidad, por lo que los alumnos de cuarto curso de secundaria crearon un itinerario de las calles y lugares vinculados a la obra y textos del poeta. Para comenzar a familiarizarse con el proyecto, se realizaron actividades para generar conocimientos previos que les permitieron acercarse a otros autores, como Blas de Otero y Gabriel Aresti. Las actividades de lectura e interpretación de textos literarios, investigación sobre la figura del poeta, creación, corrección y presentación ante el grupo de textos expositivos se llevaron a cabo con la herramienta Glogster, una herramienta que crea carteles y presentaciones. Es importante destacar que el proyecto se presentó ante la alcaldesa, la concejala de Cultura y la directora de la Casa de Cultura; además, se ha incorporado a las actividades oficiales preparadas por el Ayuntamiento de Mungia para celebrar el centenario del poeta.

Fernández Campos *et al.* (2012) destacan el carácter colaborativo de *Callejeros Literarios* en diferentes niveles: la planificación, el diseño, la gestión y la puesta en práctica en los centros escolares que solo fue posible gracias a los medios sociales, cuyas herramientas permitieron romper las barreras del tiempo y el espacio, conectar a los profesores que trabajaban la literatura de manera solitaria e individual y compartir sus experiencias y proyectos con profesores de otras comunidades y países en una suerte de claustro virtual permanentemente abierto y conectado. Las herramientas como el correo electrónico, los documentos *online* (Google Docs), las páginas de edición colaborativa (Google Sites) o los chats de audio y vídeo (Skype, Google Talk, fm) facilitaron el diálogo. Los cuatro blogs de los gestores del proyecto, junto con los mensajes de apoyo en las redes sociales (Twitter, Facebook), lo dieron a conocer y consiguió implicar a un buen número de docentes. La página web de edición conjunta (Google Sites) facilitó el soporte digital ya que permitía la gestión colaborativa y, obviamente, la construcción colectiva del conocimiento de los alumnos gracias a la cooperación conjunta de los docentes.

Callejeros literarios es un modelo de cómo la lectura literaria se trabaja a través de las geolocalizaciones. En los blogs se presentan otras prácticas similares como la propuesta[11] de acompañar la lectura de la novela *Carmen*, de Prosper Mérimée, con la construcción de un recorrido literario por Andalucía, a partir de las referencias espaciales que encontraron los alumnos en la novela, o la ruta literaria de la ciudad de

11. «*Llocs de l'obra de Carmen*», La paraula vola, <http://ir.uv.es/1wPa2Vx>.

Barcelona que construyeron los alumnos[12] mientras leían la novela *Nada*, de Carmen Laforet.

Esta práctica consigue que la lectura literaria, la del canon, tome la calle dando significado a la cotidianidad de los habitantes de la ciudad. Porque la calle de Mossèn Cinto Verdaguer se transforma en un mapa virtual o en un recital de poemas que le devuelven la identidad perdida. La literatura cobra vida a través de un proyecto que finalmente se comparte con los vecinos y con el mundo.

Quijote News

El I Encuentro de Docentes de Lengua en Educación Secundaria[13] se realizó en 2011 al margen de la Administración pública, ya que fueron los docentes (administradores de blogs) quienes llevaron a cabo el diseño de los contenidos y la logística. Como consecuencia, los administradores y seguidores de blogs se constituyeron en una comunidad de docentes con el objetivo de reflexionar y diseñar actividades de formación. Por tanto, pasan del entorno virtual a los encuentros presenciales profesionales promoviendo el trabajo colaborativo. De este encuentro nació el proyecto *Quijote News*.[14]

El objetivo era acercar a los alumnos de primaria y secundaria la lectura del *Quijote*. Se trataba de adentrarse en la obra para seleccionar aventuras o sucesos con el propósito de transformarlos en textos periodísticos, por ejemplo, en noticias, crónicas, entrevistas o reportajes y elaborar un *Quijote News*. El proyecto, realizado en 2015, conmemoraba el cuarto centenario de la publicación de la segunda parte del *Quijote* desde las lecturas de los jóvenes adolescentes del siglo XXI. Para dar difusión y alcance al proyecto *Quijote News*, se creó una página oficial y, el 21 de enero, todas las entradas del proyecto (lanzamiento, seguimiento, cierre) se redactaron conjuntamente por todos los miembros de los blogs impulsores y se publicaron de manera simultánea. La lectura se propone utilizando herramientas virtuales que facilitan el seguimiento, la colaboración y la interacción entre todos los actores (docentes, alumnos y seguidores) y su difusión en las redes sociales (correo, Twitter, Pinterest y Google Site).

La realización del periódico digital posibilitó que los alumnos aprendieran datos sobre la vida y obra de Cervantes, leyeran fragmentos de la obra, interpretaran capítulos, buscaran y seleccionaran información, escribieran diferentes géneros periodísticos, etcétera. En definitiva, esta práctica «hace que los alumnos se empapen del texto original, inventen y reescriban lo leído en otros formatos, desde su propia experiencia lectora y vital. En ese proceso de reescritura, aflora la comprensión del texto original. Este y no otro es, en definitiva, el objetivo del proyecto: acercar el texto clásico a los alumnos, lograr que se familiaricen con los personajes y las his-

12. «Ruta literaria de *Nada*. Siguiendo a Andrea», A pie de aula, 25-11-2010, <http://ir.uv.es/LGC50f8>.

13. Puede consultarse la información en <http://ir.uv.es/WoRV08m>.

14. Puede consultarse el proyecto completo en <http://ir.uv.es/F4vB5zl>.

torias que protagonizan y que se adentren en sus páginas sin miedo y con libertad creadora. Objetivo conseguido».[15] En total participaron 2.367 estudiantes de 46 centros de toda España. En definitiva, una manera de apropiarse del entorno digital para la práctica social de la lectura y, por otro lado, la apertura de nuevos espacios de comunicación entre docentes y alumnos a modo de una comunidad que comparte intereses.

El proyecto colaborativo *Quijote News* refleja y propone una nueva manera de trabajar la lectura literaria en la enseñanza obligatoria. Los docentes promotores y dinamizadores del proyecto integran en su praxis, por una parte, el entorno digital como contexto en el que se desenvuelve y construye la identidad del adolescente del siglo XXI; por otra, un enfoque comunicativo y participativo de los medios sociales para la difusión y promoción de los clásicos. Para ello, han vertebrado una secuencia de tareas siguiendo el trabajo por proyectos, metodología que permite desarrollar competencias clave y la competencia lectoliteraria y, en su diseño didáctico, han tenido muy presente la escritura atendiendo a las demandas de la sociedad actual, donde las redes sociales invitan a la lectura y a la escritura pública (Lluch y Zayas, 2015: 87).

Lectura dialogada compartida

La lectura dialogada compartida es una práctica de clase habitual que parte de una reflexión sobre la manera de plantear la lectura literaria a los alumnos y que el blog La serp blanca[16] concreta en una serie de «buenas prácticas» en el aula como no abandonar a los alumnos en la lectura autónoma y solitaria en casa de las lecturas obligatorias: no limitar (y desvirtuar) la experiencia lectora a la superación de un examen; dedicar tiempo para la lectura colectiva en el aula; prescindir, en un primer momento, de la información relacionada con el autor, el género y la corriente literaria o el contexto para leer, alejando así la lectura de la práctica académica, y plantear preguntas relacionadas con la experiencia del lector con el libro para provocar una conversación sobre la lectura, dialogue sobre lo que ha leído sin recurrir a una plantilla previa de «comentario de texto».

En síntesis, podemos afirmar que esta práctica permite que la lectura (en este caso, la lectura de obras canónicas y obligatorias) se convierta en una experiencia en primera persona, es decir, que los alumnos asuman el reto de interactuar con textos de calidad contrastada, de cierta dificultad y que están alejados de su realidad más cotidiana y que la experiencia les resulte positiva gracias a la ayuda del profesor y también a la colaboración del resto de los compañeros. El debate oral y la reflexión colectiva también pone de manifiesto que la literatura es una fuente de conocimiento que puede dar respuesta a los dilemas del ser humano. En definitiva,

15. «Quijote News, un ejercicio de escritura en clave periodística», A pie de aula, 17-05-2016, <http://ir.uv.es/b0o4RPY>.

16. «Alguns clàssics de la literatura catalana contemporània per als meus alumnes», La serp blanca, (29-09-2014), <http://ir.uv.es/8i2pSRz>.

que la literatura habla de lo que somos y de cómo actuamos. De tal manera que el alumnado puede inferir que la interpretación del hecho literario encamina hacia una mejor (más crítica, más completa, más abierta) lectura de la realidad.

A partir de estos criterios, el blog La serp blanca ofrece muestras de lectura dialogada compartida. Por ejemplo, en el post «Els alumnes i la intel·ligència, o les arts i les ciències»[17] se describe una práctica en la que los alumnos leen y el profesor va intercalando comentarios y también preguntas que conducen a la reflexión y el diálogo sobre el clásico de Ramon Llul, *Arbre de ciència*, escrito en el siglo XIII. El post presenta muestras de la práctica a partir de uno de los capítulos de la obra «*en què Llull explica les facultats de l'ànima racional —l'enteniment, la memòria i la voluntat— mitjançant una història o exemple*», al hilo de la cual pregunta a los alumnos sobre la cualidad que escogerían (inteligencia, memoria y voluntad) si pudieran tener solo una de ellas en grado máximo. La respuesta tenía que ir acompañada de una breve argumentación.

El post reflexiona sobre el trabajo de los estudiantes y resalta las respuestas dispares que se producen entre los alumnos de humanidades y de ciencias. Por una parte, en la clase de letras nadie escogía la inteligencia y el argumento que Iborra glosa es el de una alumna que arguye que la inteligencia provoca en muchas ocasiones la desgracia, la marginación o la exclusión social y, para demostrarlo, la alumna pone el ejemplo de Galileo. Mientras que en ciencia el resultado es inverso, casi todos se decantan por la inteligencia (o la voluntad). En este caso, el profesor incorpora las voces de dos alumnos que plantean dos argumentos diferentes pero que coinciden en destacar el valor de la comprensión y la reflexión por delante de la memorización o la voluntad: «*Si no saps el que és millor de fer, per a què serveix la voluntat?*» e «*Hi ha alumnes que tenen molta força de voluntat i molta memòria ... però no entenen res*».

Los alumnos demuestran con sus intervenciones no solamente entender la lectura del clásico mallorquín, sino que actualizan su lectura manifestando la fractura que actualmente se da entre el mundo de las humanidades y de las ciencias. La reacción de los alumnos de humanidades refleja algunos prejuicios relacionados con las letras; la mayoría piensa que para dedicarse a las humanidades no es necesario ser inteligente ni «entender, deducir, reflexionar». Una idea que, en parte, está relacionada con la práctica docente; la manera en la que durante años se han explicado las materias relacionadas con las humanidades: en nuestro caso, la lengua y, especialmente, la literatura, memorizando datos y definiciones en abstracto, enumerando recursos retóricos, sin interrogar —y, en algunos casos, sin leer— los textos literarios. Asimismo, el debate planteado en clase pone de relieve la capacidad y la virtud que tienen las obras canónicas para continuar dando respuesta a los problemas de los estudiantes del siglo XXI.

De manera similar, el post «*Tirant lo Blanc* i *Madame Bovary*, comparats (una nota sobre la novel·la realista)»[18] combina la información de las obras y del contexto con la glosa (en estilo indirecto) de los comentarios realizados por los estudiantes.

17. «Els alumnes i la intel·ligència, o les arts i les ciències», La serp blanca, 3-11-2013, <http://ir.uv.es/0aDW40X>.

18. «*Tirant lo Blanc* i *Madame Bovary*, comparats (una nota sobre la novel·la realista)», La serp blanca, (14-03-2015), <http://ir.uv.es/nsAl9iL>.



En este caso, se comparte una práctica de lectura comparada realizada en clase de manera colectiva y oral. La discusión literaria se propone como «*espai de construcció de sentit*» donde los estudiantes-lectores expresan sus respuestas provisionales y se va construyendo con las aportaciones de todos, a modo de una comunidad de lectores. Como en el caso anterior, a través de la crónica, el post comparte el proceso de lectura de los clásicos que propone a su alumnado. La importancia está en cómo se modifica la percepción del alumnado sobre la literatura: una materia de estudio encerrada en las cuatro paredes se convierte en una materia viva.

3.4

La literatura como contexto comunicativo escolar

El capítulo se iniciaba recordando el cambio cualitativo de la lectura en la educación no universitaria con la publicación de la LOGSE. En la actualidad, nadie pone en duda que todos los ciudadanos tienen el derecho de conocer el patrimonio de su tradición literaria y de la universal y la escuela es el lugar que debe asegurar este derecho. La investigación ha mostrado que los sujetos, profesores todos ellos de la escuela pública, entienden la lectura literaria como un derecho universal. En otras palabras, el acceso al conocimiento, deleite y comprensión de los clásicos de la literatura universal y de la tradición propia no puede estar restringido a unos pocos. Como conse-

cuencia, el problema de la educación literaria en la enseñanza obligatoria no es qué leer, sino cómo hacer leer a los clásicos.

Desde antes de 2006, docentes de lengua y literatura utilizaron los blogs (y las diferentes posibilidades que brindaba la Red) para compartir los proyectos de clase. Poco a poco, estos pioneros rompieron los muros de sus aulas formando comunidades virtuales, más allá de los lápices y las libretas. Compartieron la lectura del *El Quijote*, de *La divina comedia* o de *Tirant lo Blanc*, haciendo callar muchas voces (basadas en prejuicios de clase o en la ignorancia) que criticaban la lectura de este tipo de obras en las escuelas.

Aunque el concepto *transmedia* se ha utilizado preferentemente en el mundo de la narración, las investigaciones de Wankel (2013) lo amplían a los entornos de aprendizaje. En este sentido, caracterizamos estas prácticas como transmediales, ya que expanden la lectura escolar a través de los medios sociales y las diferentes plataformas y herramientas que ofrece Internet, pero, sobre todo, porque son actividades colaborativas y vivas, en las que todos los sujetos las hacen crecer: unos como guías y los otros como productores: «Ha sido un placer ir viendo a lo largo del curso cómo crecía este proyecto, poco a poco, cada cual a su ritmo y un honor compartir con vosotros todas las dudas y todas las certezas».[19]

Posiblemente, este sea su principal punto fuerte: la transmedialidad. Esta forma de enseñar a leer literatura permite que los clásicos se lean, se interpreten, se interioricen, se adapten a los nuevos lenguajes y se compartan entre centros educativos de toda España. Los docentes diseñan, construyen y proponen proyectos colaborativos virtuales a través de los cuales la lectura literaria en castellano, catalán, gallego o euskera se transforma en una experiencia de vida para cientos de escolares. Son chicos y chicas que, aunque no se conocen, gracias a las propuestas de sus profesores, establecen una comunicación especial a través de la lectura socializada de los grandes clásicos de nuestras tradiciones literarias.

3.5 Referencias bibliográficas

Charpentier, A. (2014). *Blogging in Academia, A Personal Experience*. En *Social Science Rechearch Network* , <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.2398377>.

García Rodríguez, A. *et al.* (2014). «Donde viven las etiquetas». En *BiD: textos universitaris de biblioteconomia i documentació*, 33.

19. «Piénsame el amor y te comeré el corazón», Repaso de lengua, 19-06-2013, <http://ir.uv.es/taLv04Y>.

González, A. (2015). «Categorías vs. *tags*, buenas prácticas en WordPress y optimización para SEO», <https://platzi.com/blog/categorias-etiquetas-wordpress/>.

Jenkins, H. (2008). «Why Academics Should Blog, Confessions of an Aca-Fan», (8 d'abril de 2014), <http://henryjenkins.org/2008/04/why_academics_should_blog.html>.

Lluch, G. y Zayas, F. (2015). *Leer en el centro escolar*. Barcelona: Octaedro.

Lluch, G. (2016). «La prescripció en la literatura infantil». En *Zeitschrift für Katalanistik*, 29: 267-292.

Monar, M. (2012). «Promoción de la lectura en el marco educativo». En *Ocnos*: *Revista de estudios sobre lectur*a, 8.

Orihuela, J. L. (2006). *La revolución de los blogs*. Madrid: La esfera de los libros.

Wankel, L. A. y Blessinger, P. (2013). «Increasing Student Engagement and Retention using Multimedia Technologies». En *Cutting-edge Technologies in Higher Education*, 6F: 3-16.

Zayas, F. (2006). «Mis primeras experiencias con los blogs en el aula». En *Quaderns digitals*, 42, <http://ir.uv.es/fSt2zPu>.

Zayas, F. (2008). «Las TIC y la enseñanza de la lengua y la literatura». En *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 72.

4

Itinerarios del yo en un cuarto propio conectado

Remedios Zafra

4.1

Lectores y escritores de sí mismos

> Comienzo por el correo personal, leo rápidamente las cabeceras de los asuntos y me detengo solo en aquellos que tienen algo que ver conmigo. Uno o dos, en una lista de mensajes masivos que envío a la basura digital. (Autoetnografía, 1/8/16)

> Vivo con la sensación de tener una copia de seguridad en alguna parte, pensando que todo lo digital permanecerá archivado automáticamente en alguna máquina. Contradictoriamente, siento que lo que leo en mis redes se desvanece en horas, a lo sumo, un día. (A., 29/8/16)

Internet hizo de la pantalla un conglomerado de superficies transitorias habitadas por un fascinante universo de materiales vagabundos y apropiables, pero también por nosotros mismos. La aparente potencia del sujeto como creador y lector de mundo en la Red contrastaba desde los inicios de la socialización de Internet con su fragilidad como sujeto, especialmente frente a los nuevos mecanismos de producción de valor derivados, no solo de la colonización de lo virtual por parte de las industrias digitales, sino también de las dinámicas de la multitud conectada.

Viejas y originales formas de lectura comenzaron a coexistir en la pantalla, mientras una nueva cultura empezaba a tomar forma en este principio del siglo XXI. Y me parece que esto ha tenido que ver con cómo la Red atraviesa los campos de relación con el otro, ya siempre mediados por un «marco de representación», ese que antes acogía la obra simbólica (por ejemplo: un cuadro, un rito, una película o un libro) y que ahora se disuelve en la pantalla *online* en formas fluidas de la imaginación, la representación y la presentación de los mundos de vida del sujeto conectado. Así, de lo que hablaré a continuación es de cómo Internet transforma la práctica que llamamos «lectura» (antes claramente delimitada) y cómo esto es sintomático de un nuevo régimen para el sujeto conectado.

Para empezar, una cuestión de marco y de contexto. La Red transforma la lectura porque la cultura se está transformando rápidamente con Internet. Y me refiero tanto a la lectura como práctica relacionada con el consumo intelectual de obras escritas, como a la práctica «encendida» desde que las yemas de nuestros dedos activan un dispositivo electrónico y lo conectamos a la Red, ese mundo para ser leído como quien mira.

La lectura será aquí el punto de entrada a una diversidad de prácticas que trasciende la clásica lectura pasiva y anónima de una obra. Diversidad que habla de la inmersión, intervención y circulación de textos que escribimos y leemos en la Red, allí donde se minimiza la distancia entre el que escribe y lo escrito, entre el uso y el olvido, el residuo y la sustitución. Recordando que distintas actividades acontecen en la lectura en Internet de manera entrecruzada, vinculando cuestiones tan diversas como la materialidad de la relación máquina-humano, el mercado y las industrias del yo en Internet, las formas de valor y trabajo cultural *online*, la transformación de los públicos o, en definitiva, la construcción subjetiva.

Lo que trataré de argumentar es cómo los ejes de esta transformación tienen que ver con la erosión que Internet provoca en viejas parejas tradicionalmente entendidas de manera dicotómica (público-privado, real-virtual, afición-trabajo y producción-consumo), dando forma a un escenario que difiere del pasado. Para esbozarlo, les propongo cuatro itinerarios que operan como nodos críticos de una estructura más horizontal que lineal. En este sentido, si bien se ven atravesados unos por otros, no se proponen como hilo direccional y unívoco hacia unas conclusiones cerradas que culminen al final de este capítulo, sino como puntos de fuga que quieren problematizar el tema.

- En el nodo 1, *Lectores y escritores de sí mismos*, situaré propósitos y contexto del ejercicio reflexivo sobre el asunto central de este capítulo: las transformaciones de la lectura en Internet. Lo haré enfatizando dos perspectivas. Primero, desde las redes sociales como nuevas «industrias del yo» que hacen orbitar las prácticas de producción y recepción de mundo alrededor del «uno mismo» y, segundo, desde el «cuarto propio conectado» como ejemplo de contexto material de la vida y la lectura *online*.
- En el nodo 2 reflexionaré sobre la erosión de las esferas pública y privada en Internet y las consecuencias que de ello se derivan. Por un lado, en relación con la mutación de la lectura-escritura como actividad antes íntima y ahora exhibida y compartida en las redes. Por otro, valorando los cambios de la lectura en Internet hacia formas más relacionadas con el visionado de obra y con la percepción del texto como imagen.
- Pensar sobre las repercusiones de estos cambios para el sujeto me llevará en el nodo 3 a profundizar en dos categorías características de la lectura *online*: la velocidad y la abundancia. Especular sobre las formas de gestión del exceso en la Red (su poder y sus limitaciones) me lleva a reflexionar sobre el carácter precario que promueven ambas categorías como singularidad de las prácticas lectoras del sujeto conectado.
- La intersección de lo profesional y lo *amateur* protagoniza el cuarto punto de entrada a la contemporaneidad lectora en la Red. Ahora que todos leemos y escribimos para todos, ¿qué lugar ocupa la práctica profesional de la escritura y la de crítica literaria en un mundo conectado? ¿De qué manera las aficiones creativas relacionadas con la lectura pueden ser (o no) convertidas en profesiones en Internet?

Para situar estos itinerarios reflexivos, les diré que mi posición en este texto, si bien parcial (un *yo* que habla desde sus travesías y lecturas en un *cuarto propio conectado*), no deja de brindar una perspectiva de la lectura en la Red como fenómeno integrado, en conversación con las ideas propias y de otros. Como base, una *autoetnografía* sobre mi lectura *online* realizada durante el verano de 2016. Valiéndome de un género de escritura e investigación autobiográfico pretendo conectar lo personal con lo cultural, bajo la idea de que se puede leer una sociedad a través del relato biográfico.

Esta escritura dice al oído que la forma de contar es también significativa de lo que se está diciendo. Por ello, a diferencia de los tradicionales artículos de revistas académicas, a menudo extremadamente subordinados a un corsé, este texto reivindica la necesidad de no sobreponer el discurso a la escritura, ni domar bajo un patrón homogeneizando las maneras de decir para encajar en un relato vestido de rigor impostado, similar al texto que se sienta al lado y al otro lado. Como niños vestidos de domingo posando sin los rotos, las manchas, el desgaste y las expresiones de la escritura cotidiana, sin sus contradicciones y zonas de oscuridad. Como la vida.

Industrias lectoras del yo

> Pareciera una cultura vanidosa donde la estructura empuja a escribir de uno mismo … Hablar de nosotros y de nuestro afecto (o no) por el otro es infalible como vínculo que cohesiona y crea la necesidad de «volver» a cada rato a las redes. Aquí, seguir leyendo sobre el otro en uno y sobre el uno en otro. (A., 22/7/16)

Internet hizo de la pantalla: ventana, espejo, libro, pizarra, panóptico… y era portátil y nos permitía ser productores de cosas e ideas digitalizadas que podíamos compartir y construir con los otros conectados desde cualquier rincón dentro o fuera de casa. Pasó además que la pantalla estaba diseñada «unipersonalmente» para unos ojos, unos dedos que teclean y un individuo que podía liberar en la máquina parte de su memoria de archivo y presente. Una pantalla desde la que pronunciarnos sobre nosotros y nuestras vidas, convirtiéndonos en protagonistas y centro de gravedad de nuestras redes sociales, interactuando con aplicaciones que saben nuestro nombre y que nos permiten personalizarlas con nuestras cosas, contar y dejar leer «nuestras cosas». Y, dado que antropológicamente un espacio que contiene recuerdos y nos permite construir identidad se convierte en «lugar», ¿cómo no volver entonces al lugar donde todos saben nuestro nombre?

Las industrias digitales asentadas y consolidadas desde principios del nuevo siglo nos recuerdan cada día este «volver» como nueva necesidad de época. La que reclama nuestra presencia activa como usuarios, productores y también productos de la vida *online*. Como primer paso, un *estar* en las Redes para *ser* en el mundo, un «ser visto y leído» *online* como requisito para existir en este mundo. Aunque esto suponga venir determinado por la obsolescencia de la memoria de uso de las redes (frente a la memoria de archivo). Una memoria del *ahora*, rápida y consumista, que

mañana nos olvidará sacándose de entre los dientes los restos de nuestros píxeles para leer lo último. Porque parece que el alimento de estas industrias es la voracidad del instante, la demanda de actualidad que recolecta dedos posicionados y ojos frescos. Los de ayer quedaron viejos, tuits pleistocénicos, con las pieles envejecidas y blandas, como las zonas podridas de una manzana bajo un sol acelerado.

Estas industrias tienen forma de redes sociales y vienen definidas por la convivencia y construcción de mundo y subjetividad a través de las pantallas en un contexto *excedentario* (chismes, fragmentos de vida, conocimiento, datos…). En ellas, la cultura en Red no solo proporciona mecanismos para lo que consideramos imprescindible en una sociedad global y conectada, sino que especialmente gestiona lo acumulado que se manifiesta en lo social y en lo individual, el sobrante de cosas digitales que crecen exponencialmente y que cada día producimos, consumimos, almacenamos y desechamos de los otros. Nunca se habló tanto como ahora, nunca se compartió tanto parloteo y pronunciamiento sobre cada cosa. Como si las redes operaran como lugar de volcado (efímero) de la oralidad solitaria y compartida de antes, pero también de los (antes) silencios, ahora hechos ruido y huella digital.

En nuestros cuartos propios conectados, nos hemos ido convirtiendo (lentamente, sin estruendo) en engranajes de su sistema de producción de contenidos. No solo en productores de cosas que leen los otros, sino en lectura misma, en contenido singular, objeto de intercambio y negociación, fuera de la gestión e intervención pública. Sujetos a una pequeña letra empresarial que dicta lo que es conveniente o no (para la Red), lo moralmente tachable y lo consentido para ser visto-leído según sus propios términos.

Es este uno de los contextos donde cabe valorar las transformaciones en las maneras de relacionarnos, habitar y construir espacios de identidad, los cambios posibles en «nuestra idea del yo». Curiosamente, lo que en este sentido advierto no es una deconstrucción respaldada por la mediación de las pantallas y el aplazamiento del cuerpo, sino más bien una «revalorización del yo real», propiciada por la colonización acelerada de estas industrias que, como característica, reclaman acreditar la existencia de quien escribe, lee, mira y habita con datos e imágenes capaces de verificar su realidad material.

Esta revalorización no me parece casual ni fruto de una deriva azarosa de los tiempos, pues acontece allí donde servicios en Red que aparentan «dar», sobre todo «reciben»; donde ofrecemos incondicionalmente, cada día, fragmentos de nosotros mismos entretenidos por las cosas de los otros, considerando que esto es voluntario, pero viviéndolo, sin embargo, como algo necesario y no electivo.

Claro que ninguna mediación es neutral y, particularmente, aquella constituida como negocio en el ámbito de mercado de las industrias capitalistas de la subjetividad y la socialidad *online*. Esas que valorando su objeto de acción denomino aquí «industrias del yo». Las reconocerán fácilmente por hacer del sujeto una marca, por su dominio del lenguaje de los afectos, por su intrusión y apropiación amable de los contactos en las redes, por su orientación a un sector de edad, por su

recordatorio de que las usen para mantener vivas sus amistades, sus proyectos, sus afectos por venir. Las reconocerán porque una vez las acepten en su pantalla, terminarán formando parte de sus itinerarios y condicionando sus lecturas cotidianas.

En las redes, la práctica subjetiva se estratifica, no como cordilleras de fragmentos del yo que se cubren unas a otras, sino más bien como un sinfín de pequeñas corrientes de agua que chocan contra la tierra donde todas las tendencias conviven sin antagonismo ni hostilidad. Así, lo que experimento como primera cuestión en la transformación de la lectura en Internet es la inmersión del sujeto en un marco capitalista *online* (industrias del yo) protagonizando narraciones sobre sí mismo, es decir, la exteriorización de un mundo, a veces íntimo, a veces social, antes compartido en el comedor o en la plaza y ahora multiplicado en posibilidades, pero igualmente volátil.

De todo ello, algo se reitera. De un lado, la aparición de nuevas necesidades en la inclusión normalizadora en las redes y las consecuencias de un nuevo contexto para las prácticas incrustadas de lectura, escritura y relación con los otros. De otro, las escrituras del yo se enmarcan en espacios especialmente construidos por las industrias digitales y se valen del carácter efímero que antes tenía la oralidad. Todo ello unido a una exigencia de «acreditación visual de realidad» nos lleva a una distinta lectura cotidiana en la Red, un leer como quien mira.

La materialidad en la lectura *online*

> Estas minúsculas casas de ahora, que contienen mundo material antes desplegado en cocinas, salones, dormitorios, baños, despensa, terraza... concentran en apenas quince metros cuadrados todo ello comprimido, como si presupusieran que no voy a levantarme y que viviré pegada a la pantalla, de la cama al sillón, del sillón al baño y que después de leer y mirar, pasearé fuera para cazar Pokémon, evitando que mi cuerpo muera infartado. (A., 3/8/16)

> Como ampliación de mi precaria memoria, en mi lectura en la pantalla me sostengo en la funcionalidad «buscar». Es tan eficaz que, cuando dejo el ordenador, quisiera llevarla a cualquier parte de la habitación, de la casa y de mi vida, como si también fueran «texto». (A., 6/8/16)

La gente de esta parte del mundo ya apenas se mira directamente a la cara, casi siempre media una pantalla. Y la pantalla comienza a habituarnos a todo, suavizando la realidad visualizada, dejando atrás, como recuerdo pasado de cuando frente a los otros llevábamos puesto el cuerpo, el olor, el tacto y la certeza de realidad de las cosas que arrastran la vulnerabilidad del mundo material. Ahora en el mundo conectado predominan esas imágenes que Debray (1995) denominaba «sin carne», pero la lectura en la pantalla no puede desprenderse del contexto material donde acontece.

> Detengo la rutina de mis itinerarios y observo mi cuerpo, encorvado sobre la mesa, sentada en un sillón cubierto por una manta para esconder su desgaste. Quiero identificar pátinas y filtros de la materialidad de mi lectura. No es fácil y casi tiro la toalla. Tantos lastres ya normalizados… (A., 12/8/16)

«Pensar en la materialidad de la vida *online*…». No es menos complicado para ustedes. Observen, si no, sus cuerpos y sus habitaciones, sus rostros, pelo, barriga, genitales, piernas, perforaciones, adornos corporales, ¿cómo se ensamblan a la vida en Red? Observen su cultura material, los vestidos que también son cuerpo y que permiten al ser humano constituirse en eso que han elegido ser, incluso cuando lo que han elegido representa lo que los demás han escogido en su lugar.

Las pantallas como vestido o piel no solo nos visten, sino que suman complejidad a la vida de ahora, promoviendo identidades escindidas del cuerpo (aplazado en nuestras relaciones *online*). El aplazamiento o la invisibilización del cuerpo mediante la interfaz, pero también el juego de la máscara y el anonimato virtual nos susurran cosas al oído sobre el «ser» en Internet. Creo que nuestra cultura habita un nuevo régimen de transformación del sujeto y de sus escenarios de materialidad y virtualidad en relación con el cuerpo. Y este cambio se deriva de su vínculo con la tecnología.

No se trataría solo de una posible resignificación de las prácticas del cuerpo que lee protegido y paralizado tras las pantallas de ordenador. Se trataría también de recordar demandas políticas derivadas del cuerpo. Demandas que se interrogan por las condiciones en que actúa el tándem persona-pantalla en la presentación y representación del sujeto *online*. Hacerlo en tanto podemos sentirnos temporalmente liberados de sus estatus y estereotipos, liberados de las máscaras sociales frente a las derivas anónimas y las pantallas como artefacto mediador. Contraste llamativo frente a las demandas de acreditación visual que nos reclaman las industrias del yo, donde siempre dejamos fragmentos y biografía que terminan por atarnos. Advertir que allí viven trozos de nuestras cosas genera la sensación de vida disociada, de vida al lado de nuestras representaciones. Una vida desde el cuerpo, pero también «al lado de nosotros mismos».

Porque, sin obviar la existencia material, lo expuesto y enmarcado en la pantalla, sea representado, presentado o creado, es lo que parece determinar ahora la nueva ontología de la cultura Red, la nueva articulación de lo *real.* Y es bajo esta argumentación como entiendo que la lectura en Internet es ante todo una lectura de sujetos que leen sujetos, que sienten habitar —cada vez más— un marco inmaterial de (re) presentación. Un marco que no puede obviar el conflicto (en sus formas de descanso, liberación, deseo o angustia) derivado de un contraste: el aplazamiento de los cuerpos y la vida material «al lado de» nuestras representaciones.

4.2

De la protección de la lectura-escritura íntima a la exhibición en las redes

> Leo en mis redes, como quien pasea. En lo que encuentro conviven: presentaciones de libros, eventos y noticias con cosas de la vida plagadas de *likes*: que M ha sido padre, que R pronto saldrá del hospital, que F ha leído su tesis, que A y J cenaron ayer en aquella preciosa terraza de Madrid, que su gato ha tenido crías, que S no sabe qué hacer con su vida... (A., 5/8/16)

Muchos especulaban sobre si el hecho de hacer (de poder hacer) casi todo desde nuestros espacios de intimidad conectados a Internet nos aislaría en nuestras habitaciones propias, si nos convertiría en seres rechonchos y paralizados por falta de ejercicio físico o si los ojos frente a la pantalla se secarían en su lectura-mirada rápida, en su menor parpadear, convirtiéndonos en seres sin lágrimas, como aristotélicos seres de «ojos duros y secos», pero esto no pasó o no pasó del todo. Esto era el extremo de una diversidad de formas de vida que tenían algo en común: la inmersión en un mundo inmaterial y la reconfiguración de nuestros espacios y tiempos propios como nuevos escenarios vitales y políticos de época. Escenarios donde readministrar lo público y lo privado, subvertirlo incluso; donde resignificar nuestra idea de *soledad* y nuestros vínculos laborales y afectivos con los otros; donde dejarnos llevar (o, por el contrario, tomar partido) en la ideación y la construcción común de nuestros imaginarios colectivos; allí donde sujeto que lee y cosa leída conviven, donde la distancia entre sujeto que mira y marco de fantasía ha desaparecido.

Una primera consecuencia de esta reconfiguración sería que las esferas pública y privada se funden en el magma *online* y, con ellas, la intimidad, entendida como esa parcela de vida cuya protección ha caracterizado a las sociedades anteriores a Internet. La intimidad es hoy visibilizada con mayor normalidad, naturalizada incluso en las redes y buscada como forma de reivindicar una existencia acreditada por el otro, es decir, como el nivel más demandado y agradecido por el otro que nos mira.

Antes, la separación entre lo público y lo personal tenía como límite los muros de la casa, lo privado, donde no interferían los ojos ajenos, el lugar propio para uno o para los que llamamos familia. La casa como ese lugar que antes (de Internet) tenía otras paredes menos porosas y otras llaves distintas a las contraseñas de gran parte de la intimidad de ahora.

Hoy los espacios personales, antes privados, se han convertido en cosa fácilmente visible, exportable, compartible, potencial cosa expuesta y pública estando conectados. Una suerte de cuartos propios en Red donde sucumbir a la seducción que supone abrirse a quienes de pronto se detienen en nosotros o nosotros en ellos, bajo el espejismo de una intimidad gestionada con permisos y claves (*vista pública, amigos, solo yo*...).

La pregunta por el grado de voluntariedad que advertimos en la circulación y normalización de lo privado (prácticas y lugar) puede no tener sentido para muchos que simplemente lo caracterizan como signo de época. Sin embargo, me parece una cuestión que se debe tener en cuenta si queremos profundizar en los modos de la lectura en las redes como «lecturas de intimidad». También en la visibilización de lo privado como rasgo de un cambio antropológico, pasando de ser algo protegido a convertirse en necesidad y demanda: visibilizar lo íntimo como deseo de «ser visto-leído por el otro».

En algún momento de nuestra historia reciente, pasamos por alto que la elección era ya vivida como exigencia, que difícilmente una vida comprometida con la época podía mantenerse al margen y obviar la inmersión inclusiva y socializadora de lo personal en la vida en las pantallas. La tecnología ha acelerado primero la estetización derivada de la extrema visualidad del ahora y, luego, la inmersión normalizadora fundiendo lo público y lo privado.

Acostumbrados a la plena disponibilidad de los otros en la Red, a una sociedad confesional que incentiva la propia exposición en público como la más potente prueba de existencia social, exponernos parece hoy una condición que, automática o conscientemente, muchos aceptamos porque los límites que socialmente establecemos para visibilizarnos ya no son lo que eran.

En una de sus últimas entrevistas, Umberto Eco (2014) afirmaba cómo frente a la lucha por definirnos en el mundo contemporáneo ya no nos importa como antes la pérdida de privacidad. Coincido con su visión sobre cómo, frente a la tradicional forma protectora de lo privado, lo que nos preocupa en este tiempo hiperconectado es justo lo contrario: «la pérdida de visibilidad». De hecho, tener parte de nuestras vidas digitalizadas caracteriza a quienes habitamos conectados a este lado del mundo en el siglo XXI. Y en gran medida esto es distintivo, pues anuncia el advenimiento de «nosotros como otros», de nosotros al lado de nuestras representaciones.

Mientras que lograr ser visto proporciona el placer de una existencia acreditada en un contexto de virtualidad extrema, «verlo todo» proporciona el placer de acceder al mundo y a los otros que también se exponen, legitimando una apertura hacia lo privado apoyada en el «todos lo hacemos».

Por otro lado, me parece que este escenario público-privado pone también en juego los límites de la presentación y de la representación del sujeto en las pantallas, normalizando la vida virtual como una vida integrada y disolviendo la diferenciación entre real y virtual necesaria para identificar, por ejemplo, un sujeto que lee de una cosa leída, es decir el posicionamiento del agente a un lado u otro de esa pantalla *fantasmática* que puede ser tanto un libro como una pantalla.

> Pienso en lo real: un niño superviviente en un accidente de avión pregunta desorientado al equipo médico que le atiende «¿Ha acabado ya la película?»; un terrorista yihadista graba una decapitación y la envuelve en imaginería hollywoodiense devolviendo a Occidente realidad en papel de regalo de ficción; un *you-*

> *tuber* convertido en personaje se jacta de ser «él mismo» en el salón de su casa frente a miles de seguidores; una joven finge espontaneidad en la vigésima misma foto posada con matizado mohín que sube a su Instagram… (A., 19/8/16)

El exceso de vida en las pantallas hace que la realidad esté revalorizada en el mundo virtual. En Internet, todo quiere ser presentado en tanto garantía de real y lo real en tanto garantía de «valor», pero la inmersión también hace que la ficción se solape con la realidad, convirtiendo las narraciones (antes inventadas o no, pero siempre diferenciadas por un marco) en algo que adquiere cierto grado de realidad en tanto se integra en nuestra vida. Pasa entonces que este contexto augura un tiempo complejo y fascinante para los viejos límites de la representación. Si antes el ritual, a diferencia del teatro, permitía una participación y no una mera expectación, las formas de inmersión (videojuegos, películas, metaversos, libros…) contemporáneos y por venir se esmeran por fundir realidad y ficción allí donde los tiempos están cada vez más desplazados a la pantalla, ese lugar público-privado donde la fantasía se entrecruza con la presentación y representación del sujeto. Y me parece que a esa borrosidad apunta el futuro de la (no) ficción en las pantallas.

La escritura como imagen, la lectura como visionado

> En la Red proliferan llamativamente los cursos que están convirtiendo libros en vídeos. (A., 2/8/16)

La forma de acceder a la cultura digital, de mirar y leer allí (aquí) es hoy un modo de surfearla, de transitar por la escritura como si fuera una imagen, de hablar de lectura como de recepción visual y estética. Considero que no es baladí que esa deriva que transforma nuestras maneras de mirar coincida con la traducción a formato audiovisual de libros, asignaturas y cursos antes mediados por la escritura.

De hecho, también las redes sociales en tanto industrias del yo siguen esta deriva que prima lo visual frente a lo meramente textual limitado a la escritura. La imagen casa mejor con la celeridad que demanda la vida en las redes. La imagen es más seductora, rápida y eficaz para evidenciar la existencia de aquel que se pronuncia y para atraer al otro. Se da así valor añadido a una realidad material aplazada tras la pantalla, pero también se aleja la amenaza de incertidumbre implícita en toda interfaz. Y claro que aquí confluiría un diverso gradiente de posibilidades para el sujeto. Gradiente, a mi modo de ver, no suficientemente problematizado al empeñarse la industria en cerrar el debate en seco, destacando que la máscara y el anonimato conllevan por defecto un delito en potencia, obviando que también pueden implicar acción crítica, creativa y deconstructiva de muchas identidades.

Sin embargo, para la lectura, la veracidad o no del que se pronuncia pareciera una cuestión de segundo orden ya que con frecuencia los textos y cosas *online* son tomados sin referencias ni contextos, demasiado rápido para recordar la fuente. De hecho, la posibilidad de reapropiación y maleabilidad de lo escrito en la Red es-

boza un entorno peculiar de materiales vagabundos. Aquí la descontextualización y fragmentación es llevada al límite del signo (visual y escrito) conformando un mundo de plasticidad y disponibilidad extrema. Un mundo de mezcla y pluricontextualización.

Y comenzamos a aprenderlo y adaptarnos, de forma que no se descontextualiza lo dicho cuando se dice para ser dicho en múltiples contextos. Tal vez por eso Internet se considere un medio eminentemente aforístico donde triunfa la escritura breve, el tuit, el vídeo de pocos minutos. Se garantiza así una recepción también breve, una apropiación por unidades de significado que puedan ser después recontextualizadas en otros lugares y discursos.

Así, la lectura que transita hipertextualmente estas unidades de significado, como fragmentos de infinitos textos espacializados, funciona como un *zoom* que ya no refuerza la palabra como unidad textual, sino que muta el texto en imagen y al que lee en un surfista que navega, salta, se detiene, se apropia y siempre circula.

No es casual que la lectura en la Red se inicie a menudo en esos mapas que son buscadores, listados o repositorios (Google, YouTube, Facebook…). Listados que abstraen y hacen operativos los textos, desde estructuras más nodales que lineales. Estos listados cambiantes generados por buscadores, conviven con los listados personales que, ahora sí, cualquier sujeto conectado puede proponer. En ellos, sus particulares clasificaciones del mundo, tan peculiares si quieren como las de aquel que elige los libros atendiendo al tamaño y color de la portada, o como las de aquellos otros que organizan sus estanterías atendiendo a los finales del libro: «alguien muere», «todo sigue igual», «se cierra el círculo», «no termina nunca»… Unas y otras clasificaciones forman parte de la dialéctica entre las tecnologías y la multitud conectada, ambas con sus ideologías e intereses.

Hoy, los directorios personales, misceláneas o gabinetes de rarezas *online* son las nuevas e infinitas colecciones de nuestras estanterías de cuarto propio conectado. La Red-repisa como archivo y memoria colectiva, siempre en proceso.

La escritura antes de Internet lograba la perdurabilidad inscrita en objetos más estables y, como tal, facilitaba la transcripción y búsqueda de equivalencias. Ahora la escritura, en su máxima potencia de uso digital (todos escriben y leen, todos archivan), busca la permanencia en la reproductibilidad espontánea y en la fragmentación, pero también ahí es donde se hace vulnerable, habitando un universo inmaterial, imposible de asir y regular individualmente; una escritura que para ser leída se hace demasiado dependiente de un sistema: energía, tecnología, Red, hardware, versión compatible de software, buscador…

Quizá el elemento más determinante de la presente y futura traducción de los mundos de vida a cosa digitalizada es saberla susceptible de «ser leída». Algo distinta es si lo digitalizado perdurará allí donde prima el presente inmediato, el uso de una memoria-ram frente a otra de archivo, como si cada vez que entramos a nuestros cuartos estos fueran distintos y fuese ese «cada vez» la nueva garantía del archivo.

4.3

Lectura precaria: velocidad y abundancia como categorías transformadoras

> Chequear el correo electrónico, buscar, recorrer mis redes de arriba abajo, leyendo de igual manera la foto que las primeras frases, buscar, descargar y almacenar lecturas, recolectar, volver a chequear, contestar rápido, abrir y cerrar archivos, gestionar tareas con la ansiedad de quien anda perdido en un bosque tupido y es de noche; buscar, buscar. (A., 27/8/16)

Lo que pretendo argumentar a continuación es que la lectura cotidiana en la Red se sostiene más basándose en la impresión que en la concentración. Más en la captura de pantalla que en la reflexión pausada. En nuestros itinerarios por las redes es fácil tolerar la profundidad de un charco o el rascar de una uña, pero difícilmente la de un pozo o una caverna. La razón hablaría de cómo allí donde, conectados, el tiempo es ocupado en actividad frenética no es fácil derivar en prácticas que supongan concentración y conciencia.

Para Bourriaud, en su *Radicante* (2009), hablar de lo precario alude a un derecho de uso revocable en cualquier instante, enfatizando el carácter efímero y la impresión difusa frente a la sensación de permanencia con la que nuestros antepasados se enfrentaban al mundo. La precariedad se inserta en la cultura en Red a través de numerosos dispositivos que participan en su *remediación*, pero no en su *confirmación*. Y me parece que, si la generalización de lo descartable es hoy una característica de los tiempos, la precariedad es singularidad de prácticas culturales como la lectura cotidiana en la Red. Y lo es reforzada por categorías como velocidad y abundancia.

Para desarrollar esta idea, situaré una cuestión primera, casi fundacional: la Red se define como estructura horizontal y en apariencia desjerarquizada. Esta estructura ha favorecido la confluencia de las clásicas —y antes separadas— esferas de producción, recepción y distribución en Internet, de manera que hemos pasado de ser meros usuarios, consumidores y lectores a ser productores y gestores de mundo *online*. Un mundo donde antes unos pocos hablaban a muchos se ha convertido en otro donde muchos hablamos a muchos. Contar y hacer circular, pero también acceder a lo que cuentan otros (antes limitado por espacio, época o cultura) nos permite disponer de un universo digitalizado de experiencias, imágenes, libros, música, películas, metaversos, conocimiento y mucho ruido.

Horizontalidad (de todos a todos) que genera un excedente, un mundo inabarcable. Y, en consecuencia, limitaciones causadas por la saturación que provoca este exceso. Pasa entonces que, huyendo de viejas formas de poder y jerarquización del pasado, la Red nos devuelve «otras» formas de poder y jerarquía, justificadas en una necesaria gestión del excedente. Y cierto que *a priori* todos participamos de dicha gestión, pero no pasa desapercibido el progresivo control neoliberal de las industrias

digitales, capaces de convertir las herramientas de búsqueda y visibilización en el nuevo tótem global de la época. La interiorización de las herramientas digitales que hoy operan como parte del escenario normalizado de nuestras lecturas y vidas *online* no deja de resultar llamativo en su doble juego: de un lado, visibilización de mundo; de otro, invisibilización de lente.

En este contexto, ¿cómo funcionan e instrumentalizan el excedente las categorías que aquí les señalo (velocidad y abundancia)? Pienso que ambas operan como mecanismos de precariedad de la lectura cotidiana en las redes. Entre otras cosas, porque son categorías implícitas en las herramientas de posicionamiento, búsqueda y visibilidad, en tanto su propósito es gestionar la *abundancia* de manera *rápida*, ordenando y seleccionando.

La base de esta dinámica se encuentra en la idea de que la hipervisibilidad deducida de la abundancia puede funcionar como *ceguera*, motivada por exceso de estímulo. Como esos paisajes tan repletos de detalles que cuesta verlos y que precisan no ya de ojos, sino de tacto u olfato para poder ubicarnos en ellos o, cuando menos, de un marco que a modo de *zoom* fije la atención sobre un fragmento. Así, pareciera que «la abundancia como exceso» pidiera ayuda extra, aceptando fácilmente una delegación del foco de atención en la selección que nos proporciona la máquina, una delegación que bajo la exigencia de los grandes números precisa apoyarse en la estadística más que en el criterio propio, de ahí que los instrumentos de búsqueda y posicionamiento se eleven hoy como el nuevo poder, ese dios Google que a todo responde y que crea valor y lugar en el mundo.

La abundancia, además, favorece formas de valor sustentadas en la primacía de «lo más visto, compartido, enlazado o difundido». Puede ser que también «lo más leído», pero, en este caso, sería un leer más propio del charco que del pozo, de la mirada que de la atención pausada. Teniendo en cuenta que la lógica que gestiona esta abundancia en tanto grandes, descomunales números (*Big Data*) no puede sino ser estadística, no resulta extraño descubrir esta rápida equivalencia que (en sintonía con el poder que en las últimas décadas ha enlazado medios y «audiencias») equipara lo más visto a lo más valioso.

Y claro que «lo más visto» conlleva un amplísimo abanico de posibilidades que congrega: lo bello, lo morboso, lo esperpéntico, lo cómico, lo trágico... Y que el logro cuantitativo no debiera exceder su significado más allá de la congregación numérica, igual que lo hace un *guinness*, pero advierto en esta asignación la construcción de un progresivo valor cultural, susceptible de ser extrapolado y normalizado en las distintas prácticas humanas mediadas por la Red, es decir, el señuelo de un sistema construido en función de la estadística y la gestión de los grandes números que los reivindica como máxima garantía, como una audiencia que se retroalimenta, porque solo cuantificando y objetivando se puede hacer operativa y rápida la respuesta, el archivo, el sujeto convertido en dato, obviando lo particular que matiza.

El valor cuantitativo puede esconder razones tan diversas como el gusto masivo, la visibilidad pagada, el posicionamiento ya adquirido por determinada estructura del poder, el exabrupto espontáneo de un adolescente, la indignación social, el ase-



sinato terrorista, la revolución de la plaza o el vídeo más visto de unos encantadores gatitos. Cada causa unida por el número más alto esconde razones tan heterogéneas que bien merecerían una parada, un detenerse a pensar, frente a la rapidez que suscitan.

Pero «hay que ir rápido, pasar a otra cosa». La velocidad importa. En la Red, se debe fluir. Y, cuando la vida vale más en presente continuo, caduca demasiado rápido, dificulta el pensar, favorece pasar epidérmicamente por las cosas. Apenas ser acariciadas por los ojos mientras la máquina hace el trabajo, sintetizando información, proponiendo categorías válidas, las más vistas, las vistas por los demás. Y este asunto me parece importante entre otras cosas porque alimenta la ansiedad contemporánea como base del consumo como respuesta, pero muy especialmente porque los imaginarios conservadores se valen de la velocidad para asentar formas de poder.

La claridad parece soberana si afirmamos que no puede haber pensamiento sin tiempo para pensar. Y tampoco puede haber posicionamiento crítico de la subjetividad sin tiempo para pensar, sin esa casilla vacía que no pocos filósofos describen como característica de la práctica subjetiva frente a la identidad conservadora. Cabe entonces advertir que las ideas preconcebidas serán siempre las que mejor toleren el mundo veloz de las cosas de ahora, porque ya están en nosotros y apenas precisan nuestra atención ni mayor profundización. Nos acogen y arropan sin tensión ni conflicto, como esas identidades que nos envuelven en la vieja casa de infancia y en la historia colectiva pasada e idealizada. Abundancia y velocidad serían en este sentido impecables aliadas del mantenimiento simbólico de modelos conservadores a ser y a consumir.

Excedente y precariedad: la ceguera del poder leerlo todo

No incomoda la dificultad de reducir el exceso para hacerlo manso o de comprimirlo y verlo de pronto manejable como un símbolo que nos permita manipularlo y comprenderlo. La abundancia de la época excede los ojos hasta imposibilitar su abordaje y su gestión. En consecuencia, tranquiliza, pero también promueve nuevas formas de censura. El exceso hace reclamar a gritos: «¡Que alguien nos ayude a filtrar, a almacenar, a ordenar!» lo que, curiosamente, antes reclamábamos horizontal y desjerarquizado. Hacerlo como respuesta y guiño contradictorio a ese otro exceso «de antes de antes», cuando el mundo no estaba en Red, cuando el dominio de unos pocos era tan claro. «*Don't be evil*» reza uno de los lemas de Google advirtiéndonos a nosotros de lo que suponemos temen en sí mismos.

Las lecturas que antes requerían por nuestra parte el esfuerzo de la búsqueda necesaria para conocer, contextualizar y comprender vienen ahora a nuestros ojos a golpe de dedo. Y vienen además acompañadas por una secuencia de números que facilitan un posicionamiento más rápido, una escala de valor predefinida que convierte los ojos en nueva moneda y lo más visto y compartido en lo más valioso. La tranquilidad de lo que ya viene interpretado (como pensamiento o estética delegada en la estadística), fascinados por la disponibilidad inmediata, pero sin atender a si leímos lo que recolectamos o las palabras se quedaron en la imagen del «vistazo», si somos conscientes, si tenemos miedo, si hemos podido elegir, si resistimos o no el bombardeo digital que nos demanda pronunciarnos sobre absolutamente todo.

Pensar en los lastres que suponen estos órdenes en los que delegamos la pregunta al mundo es hoy razón crucial del análisis de las redes, especialmente si queremos articular unos apuntes críticos sobre los modos de lectura contemporánea. La impotencia de «lo poco» como lo no visible, frente al valor de la abundancia como demanda fácilmente operacionalizable, se posiciona como criterio implícito del orden del mundo en Red.

De otro lado, la lectura como práctica cultural participa hoy de la consideración del mercado como máximo proveedor de criterios culturales sustentados en la *abundancia* y la *velocidad.* No me parece inocuo que ambas sean características de la precariedad en el consumo de materiales vagabundos, excedentarios y frágiles, sustratos que combinan su potencia de archivo con su abundancia convertida en exceso y ceguera.

Claro que si estos excedentes son útiles es por ser elegibles, pero esto es solo una apreciación primera. Todo lo que se vuelve opcional y juego genera la sensación de que es voluntario primero, provocando después la ansiedad del deseo. El hábito de lo prescindible en la cultura de mercado se sustenta en la creación de nuevas necesidades.

> La memoria, quizá infinita, de la máquina posibilita que todo esté accesible, aunque no se posea ni se lea. Los jóvenes que observo dudan del sentido de leer un

> texto para memorizarlo cuando está a su disposición a golpe de búsqueda siempre que estén conectados. No importa haber leído algo sino poder disponer de ello en el momento justo. (A., 27/8/16)

Mi impresión es que justamente su carácter *a priori* prescindible y excedentario es lo que más fascina, es lo que seduce de la vida en Internet. Quiero decir que pareciendo opcional nos habla de otra necesidad, la que libera y regula la «ansiedad» contemporánea de (necesitar) vivir permanentemente conectados. Entonces, la lógica que repite la gestión de lo prescindible parece ser aumentar dicho excedente, conseguir «más» de algo, acumular como en los más famosos videojuegos. Aunque en la Red, pareciera que aquello que se busca aumentar no es solo archivo, sino también valor en lo que «ha sido mirado», como cuando mi sobrino me dice que en su videojuego lo importante es que los del poblado vecino «vean» todas las armas y ejércitos que él ha acumulado. Que las vean sobre todo cuando él no está conectado, porque esta realidad virtual sigue aconteciendo y siempre hay ojos que pueden estar observando y posicionando al sujeto en el mundo, en su mundo.

No deja de ser una lógica excedentaria y exponencial la que sostiene esta práctica donde el valor depende del dinamismo de lo acumulado. Así, lo que busca valor se posiciona para ser visto y para «crecer», pero también lo busca como forma para seguir existiendo. Solo los ojos animan la circulación y solo ellos salvan del vertedero o del olvido. Si hubo épocas en las que los humanos debimos acostumbrarnos a otros climas o hábitats, actualmente la época nos demanda vivir en un mundo precario en la obsolescencia de lo que hoy vemos y mañana quedará ralentizado (menos visto) y muy pronto sustituido.

4.4

Cuando todos leemos y escribimos para todos

El nuevo siglo comenzó en Internet enfocando a los usuarios como creadores de contenido y como contenido mismo de las redes. Fue el momento en que Internet se integró en la vida cotidiana y su enfoque precisó, no ya de una mirada desde los estudios sobre medios de comunicación, sino de una necesaria mirada antropológica.

Separar entonces la lectura del resto de las prácticas de relación *online* podría resultar artificioso, especialmente si consideramos que la lectura es una práctica que está presente desde el momento en que conectamos nuestro dispositivo a la Red. No obstante, si bien mi acercamiento anterior ha considerado la lectura desde este prisma más abierto y cotidiano de un «leer integrado», en este cuarto nodo quisiera relacionar este enfoque con las prácticas convencionales de escritura/lectura de obra textual, es decir, las vinculadas con el consumo cultural en la Red de obra escrita.

Un elemento diferenciador de estas prácticas se sustenta en un hecho objetivo: antes de Internet, «unos pocos escribían para muchos», ahora, no obstante, «todos escribimos para todos», de forma que las personas lectoras son también potenciales escritoras. Como razón, la disponibilidad de recursos de producción y difusión *online* y la posibilidad de publicar sin intermediarios, casi de manera instantánea. Como efecto, los límites entre prácticas *amateur* y profesional en Internet se hacen especialmente borrosos.

> Hoy todos publican, sus poemas, sus reflexiones, sus tesis, sus ideas... Muchos, además, lo convierten en libro y diseñan sus portadas y hacen la promo en sus redes. Los post de las editoriales conversan de tú a tú con los de escritores desconocidos. Los autores suelen llevar el alma a cuestas. Y las editoriales, el *marketing* y su poder como marca. En el fondo, todos las cortejan o las siguen, como si publicando *online* aspiraran a publicar con ellas. (A., 15/8/16)

La búsqueda de lectores para autores y editoriales se apoya cada vez más en el valor inmaterial del posicionamiento, acrecentando la popularidad mediante la exposición pública y la hiperpresencia en las redes. Claro que la visibilidad en las redes garantiza éxito «en las redes», pero no necesariamente en la venta y lectura de libros, de manera que la industria sigue teniendo un peso sustancial y, diría también, estructural en la gestión mayoritaria de lectores de obra. Este peso también lo tiene en la consideración de la práctica de producción literaria como práctica profesional, es decir, en la conversión de prácticas creativas que podrían considerarse *amateur* en prácticas profesionales.

En Internet, a veces, pero no siempre pasa que una práctica creativa se convierte en trabajo. ¿Qué está cambiando? Para profundizar en esta idea propongo mirar el proceso de construcción de la pasión por crear en un mundo conectado. Me refiero a cómo descubrimos que en el cuarto propio conectado disponemos de inabarcables mundos y conocimiento digitalizados para aprender y crear, de inconmensurable audiencia potencial; que en la Red tenemos la oportunidad de primar aquello que más nos motiva y que elegimos más libremente. Y esto interpela a la formación reglada y a las actuales instituciones educativas, y contrasta con el conocimiento y la literatura que antiguamente solo podíamos conocer desplazándonos a lugares físicos restringidos a unos pocos.

También en el pasado se acotaba la idea de afición a aquello que se hace y se muestra al círculo cercano e íntimo de familiares y amigos. Hoy, por el contrario, la práctica creativa *amateur* no se limita a una visibilidad reducida. La Red permite que una afición literaria fácilmente se exponga ante un público muy numeroso y que podamos aspirar a convertir esa afición en un trabajo.

Sin embargo, llama la atención que la práctica cultural relacionada con la escritura y la lectura tiendan a difuminarse como prácticas no singularizadas en Internet, de modo que es frecuente encontrar situaciones donde profesionales de la escritura, la crítica literaria y la gestión cultural denuncian que sus trabajos son considerados

afición, valorados como actividad desinteresada a la que dedicar el tiempo sin esperar un pago por ello.

Así, el sujeto creativo en Internet transita por extraordinarias zonas de potencia, pero también por no pocas zonas de sombra. Entre otras, las relacionadas con el trabajo remunerado y las maneras en que Internet permite hoy convertir afición creativa en profesión.

La cosa cambia cuando no solo hablamos de libros y ampliamos el foco de la mirada a la práctica creativa no limitada a clásicos géneros de producción. Entonces, el escenario sorprende en sus nuevas dinámicas de diversidad de prácticas creativas *online*, formatos diversos, muchas veces híbridos y a menudo transmediales. Producciones que cambian paralelamente a las mutaciones de quienes habitamos Internet.

En este sentido, me resulta llamativo observar cómo las transformaciones de prácticas y sujetos creativos se materializan, por ejemplo, en nuevas formas de «alta especialización», esa que antes fue seña de prestigio en las ciencias y en la tecnología es hoy una expresión también de la práctica creativa *online*. Una expresión bajada a la tierra y envuelta con palabras que reptan por el suelo y aluden a nuestra vida cotidiana: *recomendar, enseñar a hacerlo uno mismo, chismorrear, jugar, cantar, hablar de nosotros, contar historias*... Creo que estas prácticas protagonizan muy a menudo las producciones creativas más singulares de Internet. Obras que apuntan hacia la especialización en lo trivial o pequeño, pero también (enlazando con los nodos anteriores) a una retransmisión y apertura pública de lo íntimo y lo antes reducido al grupo de personas cercanas.

Serían producciones vinculadas además con nuevas formas de culto popular y con novedosas profesiones creativas en las redes y los medios, especialmente en blogs, Instagram o YouTube. Un mundo en modo tutorial, donde se sustituye a los antiguos expertos (minoría idealizada), a los críticos alimentados por la industria y la institución como voz hegemónica, a los científicos sujetos a la máxima credibilidad objetiva (pero invisibilizados en la esfera mediática), a los periodistas sujetos a la máxima credibilidad informativa, por *bloggers, youtubers* e *instagramers* que influencian, crean opinión y movilizan seguidores como nuevas estrellas del espectáculo *online*.

La posibilidad de crear y la pasión por hacerlo, el autodidactismo, la autenticidad remarcada por un hablar en primera persona, el contexto común de una habitación propia conectada y la posibilidad de convertir la creación y narración *online* de la vida, en razón de ser frente a un vacío de sentido, laboral o vital... Todo ello dibuja un explosivo perfil de contemporaneidad, delimitando formas de concentración y trabajo fuera de los márgenes disciplinares. Hoy no se precisa estudiar Filología para escribir, ni Comunicación Audiovisual para comunicar. El conocimiento libre pone un espejo a la institución y si la institución escucha tal vez comience a transformarse.

Y cierto que las producciones creativas y autodidactas de quienes habitan la Red conviven con clásicas y renovadas producciones de la industria editorial, pero son



estas primeras las que mejor describen un nuevo contexto para la práctica de creación y recepción creativa contemporáneas. De hecho, me parece que esta reinvención del sujeto creativo en la Red puede operar como contrapeso de la imagen de precariedad y ansiedad que sugería en el apartado anterior.

Cuando la afición lectora (no) es trabajo

Bajo la sensación de que todo acercamiento crítico obliga a no pasar por alto las zonas de sombra de este nuevo escenario, retomo a continuación una de las ideas sugeridas en la reflexión anterior sobre cuándo y cómo las prácticas literarias-culturales en Internet son hoy consideradas empleo.

A poco que observemos la Red, veremos que la pasión creadora que hoy moviliza a quien se vale de Internet buscando convertir su afición literaria en un trabajo concentra muchas de las contradicciones del capital, sembrando el panorama de colaboradores a tiempo parcial no remunerados, autónomos itinerantes, lectores, críticos culturales, profesores, contadores de «sí mismos» que se exigen máxima dedicación y energía, como inercia que augura reconocimiento, quizá trabajo en lo vocacional, quizá puntualmente dinero y, siempre, pago con visibilidad.

Esta forma de movilización y pago creativos habla de dependencias y conflictos contemporáneos relacionados con el marco capitalista de transformación de nuestra cultura. Sugiere Steyerl (2014) cómo en esta parte del mundo, después del trabajo doméstico y de cuidados (esa increíble multitud silenciada de trabajadoras

afectivas controladas), el trabajo creativo (que en este país yo ampliaría marcadamente a parte del académico), supone un alto índice de trabajo precario y no remunerado. Como les señalaba en el epígrafe anterior, no pocos trabajadores culturales advierten que lo que hacen no se considera empleo, que su producción es considerada afición o consumo. Aunque produzcan, el sistema los trata como usuarios y engranajes de la máquina cultural, es decir, les dan a entender que deben contentarse con trabajar gratis, recordando aquella época en la que «estudioso y pordiosero» eran prácticamente sinónimos.

> Tengo la impresión de que el entusiasmo epocal que caracteriza la práctica creativa *online* es instrumentalizado para fomentar trabajos cada vez más competitivos, relaciones y colectividades menos solidarias, más «yo» y menos «nosotros», es decir, para ver en aquel que antes era tu amigo a un competidor, dificultando posibles nuevas alianzas en lo social y en lo político. (A., 23/8/16)

La fractura de los vínculos colectivos mediante el incentivo de la competitividad, allí donde todos escriben y leen y pocos cobran por ello, está íntimamente relacionada con la articulación de las nuevas formas de valor y pago en la Red que he sugerido a lo largo de este capítulo. Me refiero a la conversión de la proyección pública en Internet en sueldo cotidiano y en ocasiones «suficiente» para la práctica creativa *online*.

La gestión de esta proyección es hoy objeto de negociación y valor de cambio en constante alza. Lo es bajo el poder simbólico, pero potencialmente también material y especulativo, que otorga activar o no la cadena económica y laboral, es decir, resignar (o no) al pago inmaterial del trabajo creativo, en sus formas de vanidad, socialidad o prestigio.

Por ello, adquiere un protagonismo especial la gestión de la visibilidad como proyección pública y pago en sí misma o, bien, como inversión que busca una remuneración futura. Esta gestión de la visibilidad es claramente un asunto complejo donde coinciden varios niveles de análisis de distinto calado y no es trivial que se haga recurrente en las reflexiones que aquí les comparto.

En esta línea, les he hablado de nuevas dinámicas y sistemas que contribuyen a igualar mayor visibilidad y mayor valor, pero hasta ahora había pasado por alto un nivel de análisis no menos importante: el relativo a la programación e ideación tecnológica que estructura y, en gran medida, condiciona lo que vemos y leemos en la Red. Esa base que en su hermetismo de código especializado se nos vuelve inaccesible y sobreentendida.

Así, lo (in)material que hace de hábitat tecnológico (dispositivo y programación) condiciona y va modificando lo que importa, en tanto contribuye a «crear lo que importa». La alianza entre una política empresarial y tecnológica y las posibilidades de la programación son claro determinante del orden y el posicionamiento, tanto del sujeto como de la lectura, allí donde el exceso dificulta una visión de conjunto.

Las lógicas de ordenamiento programables y objetivables favorecen la instrumentalización cuantitativa como utensilio para la valoración, generando pautas de índole estadístico como máximas reguladoras. Como si ahora todo sujeto creador o toda obra creativa debiera llevar a cuestas su currículo de categorías, datos y cifras. Como si la obra dijera «hablo cuatro idiomas y tengo tres títulos universitarios» o su equivalencia en Red, «2.000 veces compartida, 3.000 descargas, 5.000 *likes*».

Este universo cuantificado y competitivo tiende a simplificarse bajo pautas que se dicen objetivables y que se sostienen bajo una implícita ley de oferta y demanda relacionada con la creación de nuevas necesidades. Cuanto más te demande el mundo conectado, más posibilidades de convertir tu práctica en trabajo rentable.

Varias cuestiones sobre este asunto reclaman una mirada crítica. De un lado, la deriva del juicio y el valor hacia pautas que puedan ser cuantificadas, donde a menudo los matices son desahuciados y lo masivo revalorizado; pautas apoyadas en las actuales formas de gestión de abundancia y velocidad que he situado en el nodo anterior. De otro, la sospecha de una lente sesgada. Una lente que, frente a la heterogeneidad del mundo *online*, nos desvela que quienes programan, crean y producen la infraestructura Red hoy son increíblemente parecidos. No es asunto menor detectar que la gran mayoría son «hombres» «jóvenes» que trabajan en lugares muy localizados del mundo. Curiosamente, hombres que sí han podido convertir su afición en un trabajo y que cuentan incluso con un mítico relato de «cultura de garaje» donde su práctica creativa logró hacerse empleo. Así, frente a las prácticas culturales literarias (donde enmarcamos los trabajos de escritura-lectura *online*), raramente consideradas empleo y más vulnerabilizadas, los trabajos relacionados con la producción tecnológica, que también son los más masculinizados, fácilmente llevan a la emancipación económica propia del trabajo pagado.

Es este un poder que con frecuencia se nos escapa tras el espejismo de Red horizontal. Un poder humanamente sesgado donde, por un lado, todas las personas conectadas producen y son contenido, pero siguen siendo unos pocos hombres los que idean, programan y configuran la arquitectura informática de la Red, la estructura de la casa. Por otro, el poder (neoliberal) tecnológico, industrial y empresarial que lo sostiene se distancia cada vez más de una construcción, poder y política públicos cada vez más neutralizados.

Como contraste, en nuestros itinerarios *online*, verán que cuando alguien o algo nos sale al paso para aconsejarnos en nuestras elecciones tendrá habitualmente «voz femenina». La lógica capitalista se preocupa por vestirla como algo ilusorio, dulce y servicial. Como ese mar de teleoperadoras precarizadas que escuchan nuestras malhumoradas quejas telefónicas y responden con suma amabilidad o como esas bellas locuciones de las estaciones de tren y centros comerciales. En sus más o menos sofisticadas y humanizadas versiones, las aplicaciones *online* nos recuerdan que «hemos sido leídos e interpretados» y, en consecuencia, tienen una oferta que hacernos. «Te he entendido. Y si te gustó esto y esto otro, te gustará también leer, descargar, comprar, compartir… lo que ahora te ofrezco».

En algún momento reciente aceptamos que la capacidad de elegir y posicionarnos es ahora distinta, que debemos dejar de hablar de elección, libertad y gusto como antes. Ahora que, entusiastas, todos escribimos y leemos, lo hacemos en un mundo excedentario en obras y representaciones, donde antes de comenzar a ver ya somos vistos, «sujetos lectores» que en la Red, ante todo, «somos leídos» por la máquina. Asumiendo que lo que hacemos conectados (allí-aquí) no es la lectura de antes, pero aún la orbita.

Entretanto, como algo innegociable, la mayor parte del día habitamos de manera «casi voluptuosa» en la pantalla y en las yemas de nuestros dedos, recogidos los cuerpos en un lugar familiar, pongamos *un cuarto propio conectado*. En él nos sentimos a salvo mientras «leemos» el hipnótico mundo *online* y lo «escribimos», porque es modificable. Quizá por eso asusta y fascina al mismo tiempo, porque saberlo artificial nos estimula no solo a «conocerlo» sino también a mejorarlo. Ese es el propósito último de estas líneas de fuga que quieren ser itinerarios críticos sobre sujeto y lectura en el *cuarto propio conectado.*

4.5

Referencias bibliográficas

Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores.* Barcelona: Paidós.

Bourriaud, N. (2009). *Radicante.* Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Brea, J. L. (2007). *Cultura Ram: Mutaciones de la cultura en la era de la distribución electrónica.* Barcelona: Gedisa.

Debray, R. (1995). *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente.* Barcelona: Paidós.

Eco, U. (2014). «Dando a cambio nuestra privacidad». En *sociólogos.com*, <http://ssociologos.com/2014/08/04/umberto-eco-dando-cambio-nuestra-privacidad/>

García Canclini, N. (2011). *La sociedad sin relato: antropología y estética de la inminencia.* Madrid: Katz.

Giddens, A. (2000). *Modernidad e identidad del yo: El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Madrid: Península.

Lovink, G. (2004). *Fibra oscura. Rastreando la cultura crítica de Internet.* Madrid: Tecnos.

Steyerl, H. (2014). *Los condenados de la pantalla.* Buenos Aires: Caja negra editora.

Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas.* Madrid: Traficantes de sueños.

Zafra, R. (2015). *Ojos y capital.* Bilbao: Consonni.

- (2010). *Un cuarto propio conectado.* Madrid: Fórcola.

Žižek, S. (2006). *Lacrimae Rerum. Ensayos sobre cine moderno y ciberespacio.* Madrid: Debate.

5

Mujeres que están leyendo

Remedios Zafra

5.1

¿Qué significa hoy leer como una mujer?

En el texto que ustedes leen (como mujeres, como hombres, como *poshumanos*[1]...) habita la dificultad de esta primera pregunta. No con el propósito de responderla, sino más bien de transitarla, de hacer pensativo lo que supone hoy leer como mujeres. Enfatizo «hoy» como quien, cómplice, les guiña un ojo, porque si bien mi intención ha sido escribir exclusivamente sobre el presente, el trabajo de campo que sigue no puede entenderse sin unas notas previas que esbocen un contexto y una posición; tanto una mirada que nos permita situar una tradición de diferencias en las historias de lecturas apoyadas en el par binario hombre-mujer, como un punto de anclaje que facilite ubicar de manera crítica el lugar desde el que se escribe y sobre quién se escribe. Por ello, a continuación, situaré una posición, un contexto y un objeto de reflexión: la realidad observada.

Sobre la *posición*, les diré que el sujeto de mi discurso se presenta como sujeto político *mujer*. Entendiendo que hablar como mujer no tiene un significado estable y monolítico, sino que supone hablar desde una *posición* (en el sentido foucaltiano) que quiere ayudar a situar preguntas allí donde existe la inquietud de que un discurso afecte y se posicione políticamente respecto de ese *estado* desde el que se pronuncia. Teniendo como objeto de trabajo la *lectura*, esta cuestión parece doblemente significativa si recordamos los intentos del feminismo (pienso, por ejemplo, en las aportaciones de Diana Fuss) queriendo traducir el planteamiento de la subjetividad de Foucault a una teoría general de la lectura, preguntando ¿cuáles son las posiciones que un sujeto lector puede ocupar?, ¿cómo están construidas?, ¿puede un lector o una lectora renunciar a una *posición-sujeto* que el texto ha construido para ellos?, ¿el texto construye al sujeto lector o el sujeto lector construye el texto? Para Fuss, cuando leemos o escribimos hacemos ambas cosas al mismo tiempo, de forma que al leer logramos confluir *posiciones-sujeto* antiguas mientras construimos nuevas. Contemplarlas forma parte de la reflexión que aquí les propongo, identificando como mínimo *posiciones-mujer* como sujeto que construye, lee y escribe, pero también sujeto que ha sido construido en la lectura.

---

1. Ser humano no es hoy lo que era hace un siglo. La naturalización tecnológica y la influencia de las redes nos están cambiando. En las últimas décadas, el término *poshumano* se ha hecho habitual en el arte contemporáneo, en la ciencia ficción y también en antropología y filosofía. Desde la teoría sobre *cíborgs* de Donna Haraway hasta los más recientes trabajos de Rosi Braidotti sobre lo *poshumano*, la reflexión sobre el cambio que está operando la tecnología integrada en nuestras vidas y cuerpos forma parte del discurso sobre las identidades y subjetividades contemporáneas (sobre su realidad y su *devenir*).

Como segunda cuestión, un *contexto*, en tanto cultura y tradición. Un contexto que resalta (o donde yo leo) determinadas tensiones de la tradición de diferencias en las historias sobre lectura de mujeres y hombres. Me detendré en la tensión que, vinculando escritura a lectura como práctica cultural, trata de esta actividad central en el campo occidental del *saber* y en los efectos de permanencia y disolución histórica que, en cada caso, ha tenido para hombres y para mujeres.

Así, una primera mirada a las mujeres en el campo del saber occidental me permite identificar efectos de marginalidad y «no permanencia» en numerosas obras creativas firmadas con iniciales, seudónimos, anónimas, confusas por un doble apellido (de un «ser del padre» a un «ser del marido») o travestidas con el nombre masculino de un familiar, difuminando esta producción como obras sin firma para la historia, recordando aquella sentencia atribuida a Virginia Woolf que afirmaba: «Anónimo siempre ha sido un nombre de mujer».

Ciertamente, el anonimato ha sido un territorio familiar para las mujeres en el ámbito de la escritura. Y, curiosamente, también lo ha sido antes de Internet para los lectores. Lo ha sido si pensamos cómo frente al sujeto «autor» activo y firmante, el grupo que lee y consume se ha considerado anónimo y pasivo.

De otro lado, al acotar el enfoque a las mujeres de este lugar del mundo desde el que escribo, confirmo que tradicionalmente la práctica vital donde Occidente ha ubicado la lectura ha estado restringida y vigilada para las mujeres. Bajo una primera panorámica que sondeara el pasado más cercano, la lectura de las mujeres se ha enmarcado en formas limitadoras de educación y dirigido a determinadas clases pudientes.

En la documentación que trabajo, advierto que en dichos contextos se ha orientado a facilitar el libre ejercicio literario y lector de los hombres, frente a la lectura «dirigida» de las mujeres, reforzando roles como esposas, cuidadoras de la familia, educadoras o buenas conversadoras, favoreciendo un estatus social y familiar, pero cuidando no incomodar ni competir con los hombres. Este acceso a la lectura ha sido, por tanto, a «determinado tipo de lectura», connotada como «femenina» en un sentido reduccionista y estereotipado y concebida como refuerzo de un marcado imaginario de subordinación para las mujeres.

El tejido patriarcal que describo se ha caracterizado por proporcionarles una alfabetización menor que la de los hombres y por su consideración excepcional en un marco de reconocimiento y visibilidad social, pero también por la explícita recomendación de no ampliar el saber de las mujeres ni de promover su libertad en la lectura.

No obstante, encuentro diversas referencias e incluso numerosa iconografía que evidencian la cotidianidad de mujeres pudientes frente a un libro a partir de la Revolución Industrial, incluso antes. Desde la invención de la imprenta y con el desarrollo de la Época Moderna, la relación de las mujeres con los libros empieza a transformarse lentamente como «consumidoras» de cultura escrita.

En este abanico de roles y tiempos, la lectura también ha contribuido al mantenimiento de una moral. Y aquí observo una de las muchas fisuras que permiten reclamar la necesaria no simplificación de esta práctica. Me refiero a cómo algunos entornos de restricción han funcionado internamente como lugares de libertad para, por

ejemplo, mujeres religiosas. Sobre ello sugería Clara Janés que, paradójicamente, allí donde muchos han visto una cárcel (conventos o monasterios), no pocas mujeres han podido liberarse y acceder a los escritos y lecturas de otros, de manera que la libertad lectora podía encontrarse en el encierro de muchas monjas, y la esclavitud en la sobreexposición de las reinas.

A finales del siglo XIX, en España, la mitad de los hombres sabían leer frente a un tercio de las mujeres. La igualación de estas cifras ha llegado con altibajos al siglo XX, de forma que ha sido a partir de las últimas décadas cuando ha tenido lugar la gran transformación de las mujeres lectoras en España, al menos en términos cuantitativos, pues parece claro que «hoy las mujeres leen más».

Lo que no está claro es lo que esto significa. Sí, las mujeres leen más, pero esta cuestión es solo la piel visible que podríamos elaborar con números y datos. Sin embargo, sería solo un acercamiento a la pregunta: ¿qué significa hoy leer como mujer?, ¿qué supone esto en el inicio del siglo XXI, en un mundo que se construye sobre cruciales pero muy recientes logros de igualdad? El asunto es complejo, pero no debe intimidarnos, porque sobre la herencia que he esbozado mínimamente en los párrafos anteriores se están desmontando y resignificando tradiciones literarias y relaciones de poder, atravesando las prácticas y posiciones de lectura y escritura de las mujeres en la actualidad. Y cierto que en una misma época conviven muchas, pero si tuviera que singularizar el cambio de posición de las «mujeres que están leyendo hoy», pondría sobre la mesa de análisis un escenario determinante de contemporaneidad y cambio: Internet.

Internet nos habla de un nuevo escenario vital y político donde clásicas esferas de producción y consumo relacionadas con la lectura y con la vida (más o menos) feminizada se erosionan. Y también otras viejas parejas dicotómicas muy relacionadas con la construcción del género y con la conformación de espacios delimitados, mantenimiento, canon y diferenciación de prácticas lectoras de las mujeres. Dicho escenario diferenciador del «hoy» será protagonista en las reflexiones que siguen y que a partir de dos estudios de campo pretenden aproximarnos a la realidad cultural de las mujeres que «hoy están leyendo» en España, a la continuidad (o no) de la tradición e historias aquí apuntadas.

Lo que les propongo entonces es aproximarnos a la realidad de las mujeres lectoras valorando la herencia de diferencias educadas que atraviesan las formas vida y relación de las personas desde una marcada categoría de género. Y he aquí la tercera cuestión a situar en esta introducción: la *realidad observada*, el trabajo de campo que vengo desarrollando desde finales de 2015 que registra y piensa sobre los modos en que las mujeres estamos leyendo en el siglo XXI a través de dos estudios concretos que quieren situar diferencias y repeticiones, posicionamientos y críticas respecto a la tradición canónica de la lectura atravesada por el género. Para dicho propósito he seleccionado dos grupos diferenciados de mujeres.[2] Por un lado, un pe-

2. Mi agradecimiento a Cristina Consuegra, Tes Nehuén, Silvia Nanclares, Carmen G. de la Cueva, Elisa McCausland, Laura Bey, Araceli Rodríguez, Yolanda Tovar, Carmen López, Sofía Ruiz y Ángeles León.

queño grupo de un club de lectura y taller escritura de Málaga. Por otro, mujeres, sin vinculación entre ellas, que viven en distintas ciudades de España donde desarrollan y lideran actividades *on* y *offline* relacionadas con la lectura. Mujeres, estas últimas, que habitan las redes sociales y coinciden en una práctica consolidada en la edición, crítica literaria y gestión cultural en Internet.

Las mujeres del primer grupo y que protagonizarán el apartado dos tienen entre cuarenta y ocho y setenta años, cuentan con estudios medios o superiores y leen mayoritariamente en papel. El grupo de mujeres que trabajan en proyectos editoriales y habitan las redes y sobre el que trataré en el apartado tres oscila entre los treinta y los cuarenta y cinco años y tienen estudios superiores. Diferencia generacional y uso de las tecnologías en Red en sus formas de practicar y entender la lectura apuntarían a primeras categorías de observación a tener en cuenta en este trabajo. En el segundo grupo hay una clara autodefinición como feministas y en el primero no expresamente, pero sí comparten un posicionamiento crítico y coinciden en participar en un taller de escritura con enfoque de género.

Recorriendo nuestras conversaciones y entrevistas (sobre sus historias y experiencias, rutinas, contextos materiales, significaciones literarias, formas de socialización, posicionamiento crítico…), busco hacer pensativas las prácticas de subjetivación y emancipación derivadas de las posiciones y experiencias lectoras de estas mujeres en relación con la posible transformación y continuidad (o no) de la tradición canónica que he apuntado al inicio de este capítulo. Pero también quisiera identificar zonas de cambio deducidas de «la intersección de formas de consumo y producción cultural» (*prosumo*)[3] mediadas por tecnología y en las redes. Hacerlo problematizando fenómenos contemporáneos de convergencia de agentes y prácticas antes diferenciados a través de viejos y nuevos procesos que rodean la práctica cultural y simbólica de la lectura.

En dicho recorrido me interesa observar el encadenamiento de individuación y socialización a través de sus maneras de «compartir» lo literario, sus formas de gestionar el tiempo, su práctica prosumidora, las maneras en que la lectura habla de sus vidas y viceversa. A modo de recopilatorio reflexivo, encontrarán en el apartado final una breve colección de estrategias identificadas en el trabajo de campo y que he denominado de *contralectura*. Me parecen significativas en tanto advierten de la orientación de las prácticas lectoras observadas en este trabajo desde un enfoque crítico hacia un enfoque propositivo, desde una posición de sujetos que se preguntan por lo que supone ser construido en la lectura, hacia posiciones de sujetos que construyen y transforman.

3. Me referiré a «prosumo» como práctica derivada de agentes *prosumers* (prosumidores), acrónimo formado por la fusión original de las palabras *producer* (productor) y *consumer* (consumidor).

5.2

La (in)suficiencia de la vida ficticia

> Leer me daba la oportunidad de vivir otras vidas, pero también de sentir que podía cambiar la propia. Esto a veces me cargaba de esperanza y a veces me cargaba de frustración. L.

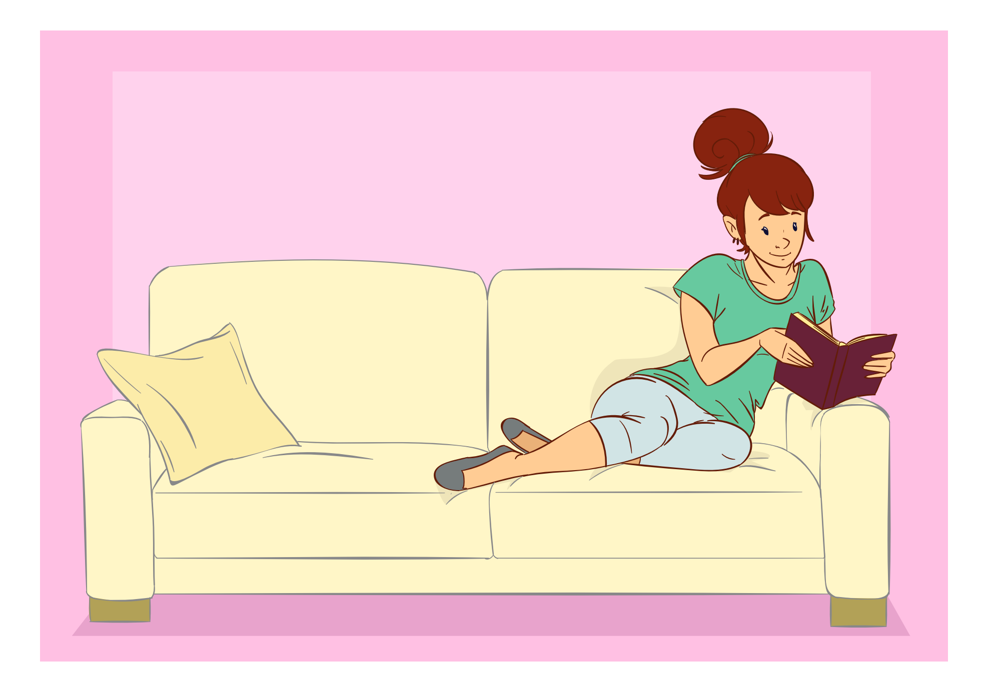
Un comienzo: celebrando el ciclo de la lectura

Se tocan, se cogen las manos, brindan, se ríen, se abrazan al reencontrarse y al despedirse, evitan el conflicto. Descubro en las reuniones de estas mujeres un ritual de socialidad que tiene la lectura como motivación, pero que se materializa también en prácticas de afectividad y celebración alrededor de la pequeña comunidad que forman. Una comunidad en la que detecto una primera cuestión: qué es lo que les une que les permite reconocerse como iguales.

Compartí mesa y conversación pausada con ellas una tarde-noche de diciembre después de un encuentro en una biblioteca pública de Málaga. Comenzamos hablando sobre mi libro, pero yo quería hablar sobre ellas. Como en otros grupos de lectura con los que he charlado en los últimos meses, casi todas las mujeres del grupo pasaban de los cincuenta años, aunque en la mesa también había algunas mujeres más jóvenes y algunos hombres. Todos parecían conocerse y tratar con especial atención a C., más joven que la mayoría y responsable de idear la mayor parte de las iniciativas literarias del grupo. Las mujeres no perdían la oportunidad de mostrar su agradecimiento y admiración por lo que estaba haciendo con ellas y en la ciudad.

C. era la coordinadora de las actividades de lectura en las que participaban estas mujeres y mantenía un papel de vórtice no solo organizador sino en algo también afectivo que las mujeres valoraban. Alababan su tiempo dedicado, su paciencia a la hora de trabajar las lecturas (distintas a las obras de ficción y más comerciales que antes solían hacer).

La inclusión de las vidas privadas en sus conversaciones parecía algo muy normalizado. En varias ocasiones se comentaron las dificultades que atravesaba C. en los últimos tiempos. Había sido madre hacía pocos años y, desde entonces, ha compartido la presión de un contexto que parece esperar otra cosa de ella en la organización de sus tiempos y trabajo. En la mesa alguien recuerda su valentía al abandonar su profesión como ingeniera y apostar por una vida, para ella, más vocacional, en gran medida inventándose un trabajo donde los libros y la lectura son el centro de atención. Claramente la figura de C. era inspiradora para estas mujeres que entendían que un gesto semejante debía ser reconocido públicamente, quizá porque ellas habrían querido hacer algo parecido en su trabajo y en sus vidas, aunque frenaban sus pensamientos sobre «lo que pudo haber sido» con justificaciones casi siempre basadas en la edad y en los tiempos.



Justamente en el tiempo Y. encontraba una razón inversa a las de la mayoría. Mientras cumplir años parecía menguar ese espíritu transformador que ensalzaban en C., para Y. era un acicate que la acercaba con gran motivación al momento de jubilarse, cuando podría dedicarse por fin a leer y a escribir sin las preocupaciones laborales de ahora.

Como si crearan un ciclo a partir de los libros, la reunión parecía formar parte de un encadenamiento de actividades y prácticas que giraban alrededor de las obras y autores que leían entrelazados a sus vidas cotidianas. Un posible montaje de las secuencias hablaría de encuentros donde se proponen libros seguidos de lecturas íntimas y personales, llamadas y mensajes donde comentan y comparten impresiones, encuentros donde charlan sobre lo leído, a veces conferencias, charlas con autores o recitales; sumando, en muchas ocasiones, un encuentro grupal alrededor de una mesa, un café o una cerveza. Y vuelta a casa.

Me interesó advertir que en este ciclo la escritura empezaba también a tener un lugar. De hecho, a varias mujeres del grupo les unían el gusto y deseo de escribir. Concretamente, en aquellas fechas, estaban participando en un taller de escritura con enfoque de género y previamente habían leído literatura escrita por mujeres jóvenes y obras con clara vocación feminista. Esto me hizo pensar que la reflexión sobre la feminización de los clubes de lectura era un asunto debatido por el grupo y así lo compartí. Alguien dijo que en los que ella conocía «solo hay mujeres» y la conversación derivó identificando casos que contradecían esa idea, reforzando que la exigua presencia de hombres reforzaba los casos singulares.

C. tiene claro que la mujer concentra el ejercicio lector no solo formando parte de los clubes de lectura sino participando en las diferentes actividades literarias. Es más, precisa con tono crítico que «es la mujer quien lee, pero es el varón quien publica y critica».

En el grupo, los comentarios se sucedieron focalizando algo más en las rutinas implícitas en esta comparación: «Valoramos el tiempo libre de otra manera», «Nos gusta más leer», «Me encanta compartir lo que leo», «Me produce mucho placer leer y charlar sobre mis lecturas», «Es un mundo de mujeres, fíjate también en las libreras y bibliotecarias, casi siempre son mujeres», «Los hombres no suelen compartir si no es con un propósito … gastan su tiempo libre de otras maneras».

Entre frases de reafirmación, me llamó la atención cómo una mujer de mediana edad reflexionaba sobre el mayor grado de exigencia y prejuicio con los tiempos libres de las mujeres, pero lo hacía recordando su reciente vida en un pueblo cercano: «Allí no estaría bien visto que fuera al bar con mis amigas como hacen los hombres, pero sí a una biblioteca. Aquí en la ciudad salir en cualquiera de los casos es lo normal».

Me resultó familiar la vinculación entre libertad socializadora de los hombres frente a las limitaciones de las mujeres en el contexto rural al que apuntaba esta mujer. Ciertamente, a los bares de mi pueblo, una población cercana a Málaga, todavía suelen ir solo los hombres si hablamos de días no festivos. Y, si se trata de salir, la única alternativa de reunión para las mujeres mayores sigue siendo la iglesia o, hace unos años, iniciativas vinculadas a la biblioteca, la escuela de educación de adultos (o «adultas», pues solo iban mujeres) y, más tarde, la asociación de mujeres, ya con poca actividad. Así, la oportunidad de salir de la casa y reunirse con iguales para las mujeres también estaba vinculada con iniciativas culturales.

Cinco de ellas se prestan a seguir la conversación por escrito. A los pocos días, recibo sus respuestas y comentarios a preguntas abiertas sobre su biografía como lectoras.

«Miro hacia atrás y me veo leyendo»

Una cuestión coincidente y destacable de las narraciones de estas cinco mujeres es considerar la lectura un elemento marcadamente identitario a la hora de definirse, si bien contextualizo algunas de sus expresiones advirtiendo cierta idealización. La interpreto como algo propio del marco autobiográfico en que se insertan y de cierto corsé en las primeras respuestas cargadas de pasión hacia el tema: «No concibo mi vida sin la literatura. Mi intimidad, estar conmigo, una de las cosas que me hacen feliz», «Mi mayor tesoro son los libros», «Mis ratos de lectura son como mi mundo secreto, aunque el libro haya sido leído por miles de personas».

En sus historias de infancia sitúan libros importantes para ellas que no coinciden con los clichés que vinculan mujeres y literatura romántica o libros para niñas. Sus biografías incluyen estos entre una pluralidad de libros de aventuras, cómics, novelas clásicas, juveniles y ciencia ficción hasta libros azarosos que había en casa o que

cogían a sus hermanos y padres. Entre los libros regalados, una tipología singular señalada por dos de ellas es la de «libros de santos» que tan habituales han sido en la infancia de las mujeres que hemos crecido en el sur de España. Yo misma recuerdo que uno de mis primeros libros llegó de una tía abuela monja, aquel libro narraba la vida de una mártir, santa o aspirante a serlo. Se titulaba *Ella es lección* y reforzaba los mensajes escuchados en la Iglesia, ese lugar de visita semanal al que a menudo se reducía la socialización en los pueblos pequeños hasta la Transición y la llegada de las bibliotecas públicas.

Es característica de estas mujeres la influencia que tuvo algún familiar a la hora de incentivar sus lecturas o de funcionar como modelo al que imitar. En los casos donde lo precisan, siempre masculino. Ver a personas que leen ha sido un estímulo para ellas, pero también recibir recomendaciones e intercambiar libros con amistades. En sus recuerdos de juventud hacen referencia a la importancia que en época de escasez tenía compartir los libros.

En este punto sitúo una práctica transversal en sus vidas como lectoras que ha ido aumentando protagonismo en sus historias y adquiriendo nuevas formas y significados. Me refiero a la práctica de «compartir». Unas y otras apuntan a esta suerte de «palabra símbolo» que me ha venido acompañando en el trabajo de campo en los últimos meses y que L. ensalzaba en nuestra charla, enfrentando el «compartir» al «competir» que ahora advierte normalizado en la escuela y en los trabajos.

Me parece valioso cómo a pesar de haber cambiado lo compartido (actualmente no es el objeto sino las experiencias e impresiones sobre una misma lectura), la práctica de «compartir» ha estado siempre presente en las narraciones. Un ejemplo sería la historia de Y., en cuyo relato condensa varios puntos de interés sobre este asunto, como cuando narra: «Una amiga que siempre ha sido ama de casa pero que ha realizado múltiples actividades: talleres, clubes de lectura, cursos, deportes, etcétera, y que sabía mi situación de desempleo me informó: "Va a haber un curso de escritura, ¿quieres venir?". Eso me salvó la vida. He ido tapando huecos de mis conocimientos literarios, he descubierto autores, corrientes, obras. He aprendido a leer y disfrutar de otra manera, a analizar, a ser crítica… He ganado nuevas amigas con las que comparto estas aficiones y nos enriquecemos mutuamente … Se ha ampliado mi vida social, pues vamos a presentaciones de libros, conferencias, debates, veladas poéticas».

Pero el compartir se posiciona en las narraciones como una práctica con más aristas que la mera deriva socializadora. Me parece que adquiere aquí una importancia añadida por el contraste que supone con la «lectura íntima» canónica. Expresión también reiterada en alusión al «estar con una misma» que las mujeres destacan de sus lecturas en casa. En este sentido, vislumbro algo de conflicto y me permito levantar, mínimamente al menos, la máscara que supone toda entrevista cuando la imagen que se quiere dar lucha por sobreponerse a la realidad vivida. Esta idea tiene que ver con una dimensión de la lectura que algunas de las lectoras observadas denominan «salvadora».

Pero ¿cómo salva la lectura?

La lectura como salvación es una cuestión presente en las narraciones de tres de las mujeres entrevistadas. Aparece al referirse a momentos en sus vidas en los que la lectura (que en los talleres y actividades literarias asumen entrelazada a la escritura) ha sido determinante y transformadora. Encuentro en estas reiteraciones una zona de tensión que me permite un punto de entrada a las maneras en que estas mujeres están leyendo, a lo que esto implica en sus formas de socialización, pero también a la subjetivación dentro y fuera de la casa. Las alusiones tienen que ver con momentos relacionados con cambios vitales donde la lectura ha acompañado un periodo de transición. Cambios que van desde el paso de la adolescencia a la edad adulta («No habría podido sobrevivir a la pubertad y a otros momentos difíciles sin un libro en las manos»), a otros estados liminales que conllevan novedad y posicionamiento frente a identidades heredadas, como cuando aluden a la formación de una «conciencia crítica».

L. se refiere al poder de la ficción para evadirse y vivir otras vidas y al conflicto que esto le suponía al comprobar que, mientras los hombres han podido vivir muchas vidas, las mujeres habitualmente han tenido que vivirlas mayoritariamente dentro de casa, a lo sumo leyendo o viendo la televisión. La referencia a un pasado desigual adquiere vigencia en sus historias cuando se refieren al trabajo doméstico y de cuidados como uno de sus ejes vitales. Un trabajo que opera no tanto como alternativa de vida, sino negando la mayor parte de alternativas laborales fuera del hogar.

Trabajar en casa y cuidar a la familia ha limitado los tiempos de las mujeres a una tipología determinada de trabajos habitualmente precarios y a tiempo parcial. El grado de ansiedad de quien compagina trabajos fuera y dentro de la casa no solo mengua el tiempo propio sino que genera frustración. No es trivial entonces que esos reductos de tiempo para una misma sean valorados como tiempos «salvadores». En este sentido, creo que la elección de llenarlos con lecturas les ha permitido habitar esa otra vida de la imaginación y la virtualidad.

Y me parece necesario problematizar esta zona de fricción en sus biografías lectoras, porque descubro en ella varios tránsitos comunes. Uno, apuntaría al cambio de lecturas derivado de la edad adulta. Otro, el que les ha hecho pasar de la lectura exclusivamente íntima a la compartida y socializadora. Pero, en los casos observados, habría una tercera transición que hablaría del paso de la lectura a la escritura. Y una cuarta, inducida pero igualmente significativa, que las ha llevado a la reflexión crítica, incluyendo entre sus lecturas libros de ensayo distintos a los que leían antes fuera del grupo. Así, lo que en el pasado les proporcionaba una «suficiencia» en la posibilidad de una vida ficticia, comienza a ser ahora «insuficiente» cuando los libros que leen ya no reconfortan el mundo de antes, sino que tienden a cuestionarlo, de ahí que parte de la vida ficticia y/o posible a la que apuntan las mujeres representadas en la literatura se amplíe, cuestione y subvierta en sus experiencias en el grupo, haciéndolas oscilar entre la sensación de salvación y la de resignación. Creo que la

diversidad de obras y prácticas a las que apuntan estas transiciones está relacionada con formas de conciencia y posicionamientos críticos con la «continuidad» de un imaginario canónico en los modos de leer de estas mujeres.

5.3

Prosumidoras y transformación lectora en la Red

> Me sorprenden gratamente la fuerza de los hilos autobiográficos de las mujeres en Twitter, mucho más capaces de movilizar debates que un montón de teorías … de sesudos *papers*. S.

Conozco al grupo de mujeres que protagonizan esta segunda aproximación crítica porque hemos participado en proyectos literarios comunes y desde hace años mantenemos contacto *online*. He compartido tiempo y charla presencial con tres de ellas, pero trabajo, mensajes y charla *online* con todas. Es. por tanto. la vida en Red lo que atraviesa nuestras relaciones. Sin embargo, lo que anuda lazos entre ellas y también conmigo tiene que ver con el interés que todas tenemos por crear y/o conocer espacios culturales, de lectura y crítica *online* protagonizados por mujeres.

De hecho, un asunto introductorio sobre ellas alude a su implicación en la construcción de comunidades *online*. Ya sean comunidades claramente delimitadas o comunidades difusas alrededor de las críticas literarias que publican. La mediación lectora que promueven me parece distinta y crítica con el canon, frente a la clásica e incentivada por la institución y la industria editorial. Si bien algunas mantienen lazos con revistas o medios de comunicación para los que trabajan, todas ellas han participado o ideado comunidades propias como espacios para compartir crítica y conversación literaria (*Helvéticas*, *Escuela de Escritoras*, *La Tribu*, *Bookcamping*, *Poemas del Alma*, *Coordenadas*…) y combinan esta práctica con publicaciones en las redes sociales. La inclusión de una marcada categoría de género y un explícito enfoque feminista en sus trabajos pasa por reivindicar una transformación y resignificación de lo feminizado en las que operan como agentes activas. Existe, por tanto, un claro protagonismo en su posición y en el hecho de hablar, escribir y leer «como mujeres» que hacen pensativa dicha identidad.

Una segunda cuestión aquí tendría que ver con su definición no fácilmente inscrita en viejas categorías de lectura y producción de obra. Ciertamente, todas leen y escriben, pero su práctica en Internet participa de lo que podríamos denominar «prosumo», entendida aquí como práctica híbrida que conlleva consumir lo que se ha producido parcialmente. En este sentido, no me parece trivial establecer nexos entre una clásica forma de prosumo feminizado como ha sido el trabajo doméstico y las prácticas de los *prosumers online*, de forma que cabría preguntarse:

¿Por qué hablar de prosumidoras cuando hablamos de mujeres y lectura hoy?

Tradicionalmente, el prosumo doméstico ha sido considerado «consumo productivo», donde han estado presentes la producción de bienes (comidas, tejidos...) y servicios (limpieza, cuidado de niños, enfermos y personas mayores). Un consumo fuertemente feminizado que ha caracterizado la práctica doméstica y la elaboración de bienes, no remunerados, proporcionando un excedente de dinero o de tiempo para que habitualmente los otros que viven en un hogar puedan leer, formarse, jugar, sanar, descansar o desarrollar actividades sí remuneradas.

Hasta hace unas décadas en los documentos de identidad españoles de muchas mujeres sin oficio asalariado rezaba la profesión «sus labores». Un trabajo no llamado empleo y ubicado en ese limbo entre la producción y el consumo, el trabajo y el no trabajo. Esta expresión reafirmaba que las labores eran «de ella» y de nadie más, por algo tenía el privilegio de contener un posesivo («sus»), como si no recalcarlo pudiera desvelar la impostura del gesto de quien tiene el poder de repartir los nombres y no darse por aludido («sus» y no «mis» o «nuestras»).

En el ámbito de la cultura, señala Canclini cómo el prosumo implica hoy un cambio del estatuto del consumidor de símbolos. El sujeto no es ya un sujeto pasivo que lee, escucha y asimila información, sino que la construye, manipula, apropia y resignifica en un marco de transformación de las formas de recepción y acceso a los símbolos, incentivado por las redes y las más recientes tecnologías de uso cotidiano. Canclini identifica en esta práctica una *circularidad descentrada* donde los consumidores son resignificados pudiendo modificar e intervenir lo recibido haciéndolo circular de nuevo.

La forma en la que las mujeres de este grupo intervienen en la Red participa activamente de este prosumo *online* sin olvidar el primero del trabajo doméstico y de cuidados que aparece con frecuencia en las entrevistas, bien transversalizado o bien tematizado.

La preocupación por el otro, así como la consideración del otro o de la otra como un igual es algo que advierto en las mujeres entrevistadas en este apartado. Desde el énfasis por no privar de ética sus prácticas y formas, hasta la tolerancia a la contradicción que supone hacer reflexivas las cosas, cuestionándolas porque las saben modificables, estas mujeres parecen estar construyendo comunidad lectora de forma alternativa al canon, crítica con el canon. Tal que cuestionar y compartir serían primeras prácticas a situar aquí.

Compartiendo, cuestionando

Frente al «gustar» (relacionado con la idea de aprobación rápida que facilita la circulación y los vínculos ligeros), en las prácticas *online* que observo en este estudio destaca el papel de la crítica y el refuerzo de una práctica ya familiar en este capítulo: «compartir». Encuentro en ella una seña diferenciadora respecto a otros espacios li-

terarios más unidireccionales y herederos de formas de difusión canónicas donde el escritor escribe, los mediadores difunden y los lectores leen o, como mucho, participan con un *like*. Aquí, sin embargo, es la forma de crear comunidad «compartiendo» lo que me parece distintivo de sus modos de hacer. Lo reafirmo en las entrevistas realizadas.

S. subraya que la lectura ha dejado de ser una actividad escindida de la vida y de nuestro trabajo y que invade ambos volviéndose imprescindible para todo tipo de personas, mezclándose entre otros procesos de comunicación, socialización y afectos. Apunta con decisión que el adjetivo que definiría la nueva lectura contemporánea sería de «compartida», describiéndola como: «Es colgar un artículo nada más leerlo (o antes incluso de acabarlo), porque deseas que tus contactos lo conozcan, es enviar enlaces o memes por Telegram, es participar de la viralidad de un texto o un tuit, hacer reseñas de lecturas en redes ... Creo que nunca se ha leído tanto y de un modo más afectivo y tan inmediatamente "compartible"».

T. relaciona «compartir» con la socialización *online* y la posibilidad de contactar con una comunidad de lectores y autores contemporáneos. Pero especialmente identifico en su reflexión un punto crítico y de resistencia en el «compartir», posicionándose frente a las inercias de las redes sociales que animan a una constante autopromoción, primando el discurso sobre «uno/a mismo/a».

Otro aspecto destacable tendría que ver con la clásica vinculación de «lectura e intimidad» que muchos lectores siguen reivindicando. En este caso, los pensamientos que estas mujeres comparten hablan de la convivencia de nuevas y viejas formas de intimidad literaria, que en todo caso confirmarían que «la lectura ya no es privilegio de la intimidad». T. lo observa explícitamente al señalar cómo lo que antes era un momento de encuentro con una misma se ha convertido en una extensión de la vida conectada: «Hasta hace una década, el momento de la lectura era un espacio de intimidad y de recogimiento y, ahora, nunca estamos solos cuando leemos».

De este contexto se deducen posibilidades de acción que amplían la práctica lectora de muchas maneras, pero que también la cargan de constantes interferencias y demandas derivadas de la máquina y de la multitud conectada. Gestionar la multiplicidad de tareas y estímulos en la Red supone en gran medida aprender a gestionar la ansiedad y la sensación de falta de tiempo. El mundo *online* se nos muestra como incansable parque de atracciones. Sobre ello observo que todas quisieran profundizar más en las relaciones que se deducen de sus lecturas. Y, aunque en las comunidades sobre libros y mujeres en las que participan pueden hacerlo con diferencias respecto a otros contextos menos activos, siempre hay poco tiempo. Finalmente hay que elegir entre dedicar tiempo a leer o interactuar. En esta misma línea, T. problematiza su percepción: «Como no podemos permitirnos tiempo para relaciones profundas, nuestro contacto con los demás y con las cosas es liviano y, parece, despreocupado».

El grado reflexivo sobre cómo Internet favorece un tipo de lectura distinta, más cargada de interferencias, estructurada en unidades más breves, interrumpida pero también más diversa, es una argumentación que sigue C. al proponer una diferencia-

ción entre lectura vertical y horizontal. Afirma practicarla como lectora y experimentarla también en sus talleres y grupos de lectura. «Siempre animo a que hagamos lecturas verticales, que no nos conformemos con realizar una lectura horizontal de un libro o texto, sino que seamos ambiciosas y profundicemos en aquello que el autor o la autora quiere transmitir». Este hilo fluye y se materializa en reflexiones diversas sobre los «modos de leer en la pantalla», erosionando cuestiones formales y materiales que aluden a la vista y al cuerpo, al hábito de consumir información condensada, excesiva en estímulos y a la influencia de las redes sociales como algo determinante en sus lecturas *online*.

Como efecto, la especulación sobre la crisis contemporánea en la capacidad de atención es un asunto sobre el que las mujeres entrevistadas entran y salen con frecuencia en sus pensamientos. S., por ejemplo, señala un aspecto formal al indicar cómo leer un texto largo, de más de dos *scrolls*, en pantalla, le resulta muy complicado y necesita imprimirlo para poder darle el tiempo y espacio que requiere, pero también advierte de un riesgo de dispersión en la posibilidad de «*feedback* constante», donde lo virtual pueda convertirse en «un agujero negro de tiempo». La dispersión no sería entonces una mera consecuencia formal de las redes, sino generadora de modos de ansiedad frente a la posibilidad de interacción indefinida. Y en este punto detecto una contradicción significativa: que las formas de compartir que se posicionan como seña de identidad de las prácticas lectoras de estas mujeres llevan implícita la interacción y, en consecuencia, una mayor inversión de tiempo, es decir, que allí donde se apunta a una liberación del canon lineal e individualista actúa una fuerza restrictiva. Como un salir para volver a entrar, un doble movimiento que termina por generar tensión y ansiedad en relación con una mayor exigencia de tiempo.

De hecho, el tiempo se posiciona, con diferencia, como asunto clave y como bien escaso en las entrevistas escritas. E. señala cómo Internet le ha abierto un mundo de lecturas posibles e infinitas, pero «es en la percepción del tiempo, de mi tiempo, donde ha cambiado todo. Soy consciente de la necesidad de tiempo fuera del ordenador, de la Red, para poder leer, conocer, saber». En este comentario, E. «describe y practica» lo que afirma, pues, ante la falta de tiempo para profundizar en la idea, opta por incluir el hiperenlace a una entrevista a Despentes, cuyas impresiones sobre este tema dice compartir.

S. describe las dificultades de este escenario de cambio y cómo ha tenido que arañar una suerte de ritual que denomina «retorno a la experiencia decimonónica de la lectura» y combinarla con una «gozosa maraña de lecturas» donde nada a diario: «Ninguna me hace más feliz: necesito de ambas como alimento intelectual y placentero, aunque reconozco que a veces me asusta, por un lado, la capacidad de relación que se incrementa frente a, por ejemplo, la capacidad de retentiva o permanencia de la impresión, que creo, decrece».

En Internet hemos normalizado nuevas formas de lectura que también hemos problematizado como seña de época, pero esto no ha supuesto que se abandone ni el libro (en tanto objeto) ni espacios como librerías y bibliotecas que estas mujeres visitan con frecuencia y donde a menudo trabajan.

A diferencia del primer grupo de mujeres que se posicionaban muy claramente por una lectura en papel y en la intimidad, la convivencia de lecturas «diversas» es habitual en el grupo de mujeres con las que converso aquí. Si bien descubro cansancio en el debate respecto a la lectura en papel o pantalla, cuando se hace maniqueo y reduccionista, limitando a quienes leen a una faceta de meros «consumidores». Su posicionamiento relatando la normalización de ambas en sus vidas habla de que no sienten una necesidad de «elegir», sino de identificar un nuevo escenario que no anula lo anterior, sino que lo integra y amplía a las redes.

5.4

Camas, sillones, *contralecturas* y pantallas

Reclamaba Virginia Woolf en su obra *A room of One's Own* (1929) la necesidad de no ver las obras literarias como hilos tejidos por criaturas incorpóreas, sino como obras de seres humanos que están apegados a «cosas crudamente materiales». Hablaba de la salud, el dinero y, especialmente, «las casas en que vivimos». Justo aquí, en las casas donde vivimos, un mueble no es solo un mueble. No lo es si acoge una práctica continuada y significada por quienes allí habitan. Pasa así con las camas, los sillones y los cuartos propios, recurrentes en las conversaciones de estos meses como lugares para la lectura más pausada en contextos cada vez más atravesados por las pantallas.

La cama es un lugar identificatorio y referencial en las casas donde vivimos y, como tal, concentra diferentes prácticas vinculadas con el descanso, el sexo, el sueño y también uno de los lugares destacados para la lectura antes de dormir: «Mi mayor placer es irme a la cama con un libro», «Cama y sillón son lugares donde siempre tengo un libro», «El momento que más disfruto, cuando tengo la sensación de saborear el libro, de degustación, es por la noche. Ese momento me encanta», dicen las mujeres del primer grupo, pero quizá no deba enfatizarles solamente el lugar, sino el tiempo al que alude ese lugar, el «antes de dormir», sin penalizar la imaginación en este argumento especulativo. Pensando que ese tiempo no solo permite desenmarañar las cosas cotidianas que preocupan y llenan nuestros días, sino enlazar con un libro la realidad material del estar despierta con los sueños del estar dormida.

Si hilara, a modo de secuencias, los lugares y tiempos que las mujeres de ambos grupos precisan al hablar de momentos de lectura más condicionados por el contexto material, contrastaría dos tipologías de tiempo: tiempos en los espacios propios (frente a pantallas o libros impresos) y tiempos de tránsito en no lugares, especialmente transporte, hospitales y salas de espera de la Administración pública. Curiosamente, dos espacios relacionados con el prosumo de cuidados y la gestión de papeles, trámites y burocracias de la vida cotidiana.

S. habla de la «intimidad específica» que necesita para determinadas lecturas de narrativa. Una intimidad descrita como «soledad, silencio y papel». La experiencia de T. es distinta y destaca que tiene gran facilidad de concentración y no precisa de lugares concretos ni de preámbulos. Lo atribuye a haber crecido en una familia numerosa donde aprendió a «irse de la realidad sin necesidad de que esta enmudeciera». C. afirma que podría leer «en un campo de batalla» y que la concentración no es un problema.

Advierto una gran flexibilidad en la adaptación de las mujeres a la lectura en espacios públicos y no lugares (algo que comparten las protagonistas de ambos grupos), pero me pregunto hasta qué punto la mayor versatilidad y capacidad de adaptación de las mujeres prosumidoras a contextos no ideales para la lectura no está siendo fruto de una vida *online* entrenada en la sobreestimulación de las pantallas. Y cierto que el espacio íntimo y el papel siguen manteniendo gran protagonismo cuando nos referimos a la práctica lectora de ficción, frente a la versatilidad de lecturas divulgativas, fragmentadas, interrumpidas, en ocasiones erráticas y casi siempre mezcladas que solemos hacer ante las pantallas, donde convergen lecturas afectivas y socializadoras, narrativas, divulgativas, poéticas y también ensayísticas.

En este punto observo que en la lectura ensayística prima poder convertir la práctica lectora en algo apropiable y productivo. La pantalla funciona entonces como mesa de operaciones. De hecho, varias mujeres prosumidoras señalan la necesidad de hacer estas lecturas en sus ordenadores, en tanto son lecturas particularmente operacionalizables, en las que es habitual seleccionar, fragmentar, buscar palabras, establecer relaciones, documentar teorías y autores. Hacer lo mismo con libros impresos y sin Internet exigiría otra organización de la lectura, mucho más espacio y, especialmente, mucho más «tiempo».

En todo caso, los sillones y camas de ahora no pueden ser entendidos sin las pantallas como escenarios singulares cuando hablamos del espacio privado y de la gestión de tiempos propios para la lectura. Quizá porque en un mundo conectado es en la confluencia de tiempo y espacio propios donde podemos hacer saltar la chispa y disponer de la concentración necesaria para identificar una posible dimensión crítica. Lo identifico en las mujeres de las que hablo y en mi posición en este texto como punto de entrada a la conciencia, al conflicto y a las estrategias de (posible) resignificación de la práctica lectora y de las *posiciones-sujeto* de estas mujeres que están leyendo. Sigamos.

El conflicto

En estos meses he observado a muchas personas que leían mientras viajaban en transporte público. En nuestra charla, S. se detenía justamente en esta imagen, como tópico, para hablar de las mujeres leyendo en el metro y subiendo las medias de lectura del país. Pienso en estas escenas como ejemplo cotidiano de la feminización de la lectura y como oportunidad de convertir en instantánea lo que acontece en multitud de momentos del día. Sin embargo, me interesa que S. utilice esta ima-

gen como lugar común a contraponer con lo que realmente le parece singular de los modos de lectura de las mujeres hoy. Dice: «A nosotras se nos va más la vida en nuestras lecturas», volviendo a una idea ya sugerida y argumentando que eso se nota en la forma en la que las compartimos en las redes.

Todas las demás también afirman tener claro que «las mujeres leen más», que solo hay que ver los datos o mirar alrededor o, mejor, mirar dentro de las casas, pero introducen una dimensión explícitamente comparativa. En el caso de S., señalando que las mujeres leen sin el ánimo (que ella advierte en muchos hombres) de «querer estar por encima de la obra», describiendo una lectura de las mujeres llevada más por el interés de conocer y saber. Sobre este hilo, S. apunta cómo la clásica negación a las mujeres del acceso libre al conocimiento tiene en su caso mucho que ver. Como si las limitaciones del pasado fueran no solo estímulo para aprovechar las posibilidades de ahora, sino también un gesto reivindicativo y de alerta.

T. destaca la necesidad de «demostrar nuestras capacidades» argumentándolo con su experiencia: «En mi casa, por ejemplo, la que leía era mi madre y siempre me resultó curioso que siendo ella la devoradora de libros, el "intelectual" fuera mi padre. Esto también sucedía con sus hijos: aunque las más lectoras éramos las mujeres, los que tenían más espacio y eran considerados más hábiles intelectualmente eran los hijos varones».

Sin embargo, T. va más allá de la comparación, derivando en la limitación que de niña encontraba para identificarse con personajes femeninos en las obras que leía y la incomodidad de hacerlo con personajes varones que solían ser los más interesantes de las ficciones. Esto le lleva a precisar su interés por otros mitos y ficciones, híbridos y mutantes. Con estas figuraciones también coinciden las reflexiones de E. (no me pasa desapercibido su bagaje como especialista en cómic). Me parece que, en ambos casos, romper el dualismo a través de la fantasía de los nuevos mitos y de personajes híbridos se convierte en una manera productiva de enfrentar el conflicto de las identificaciones con posiciones de mujeres representadas tradicionalmente subordinadas.

Las identificaciones fluyen en los discursos mezcladas con las comparaciones, estableciendo una dialéctica crítica que en ocasiones se hace propositiva, no solo señalando nuevas figuras para su identificación como mujeres o *poshumanas*, sino reclamando otros modelos alternativos también para la masculinidad. Esta cuestión está presente cuando S. describe cómo en perfiles que ella denomina «muy masculinos» siente que predomina el deseo de construir un corpus de «coherencia» materializado en un cierto «pavonearse de determinados saberes» frente al deseo de compartir y generar debate de las comunidades donde ella participa. «Las mujeres tendemos más a ponerlo todo en el asador a través de los textos en los que compartimos vivencias, sentires e ideologías. Ponemos más el cuerpo, nos exponemos». En este sentido, la inclusión de los cuerpos en los discursos (que leen o escriben) es algo repetido y valorado, no solo como característica de la lectura de las mujeres sino como reivindicación hacia los hombres, especulando sobre nuevas posibles masculinidades.



Pienso que este posicionamiento también ilustra la vigente erosión de lo público y lo privado en las redes de una manera más transgresora para las mujeres, convirtiendo los cuerpos y su materialidad en objeto y sujeto del discurso, más allá de lo meramente autobiográfico. Tanto tiempo recluidos y controlados (los cuerpos), representados y domesticados en sus formas de canon y belleza carcelaria, como también denostados y estigmatizados en sus formas de cuidado y presentación real. Y tengo la impresión de que las prosumidoras señalan un nodo de tensión interesante del que las artistas feministas han dado buena cuenta en las últimas décadas.

Unas y otras evidencian un enfoque político sobre el contexto simbólico de creación y lectura. Reclamando que, en tanto «simbólico» y convenido, debe ser entendido como algo también transformable, porque el carácter simbólico al que me refiero aquí no acontece en función de diferencias esencialistas, sino como parte de una cultura educada que refuerza modelos de masculinidad competitiva y abstracta frente a modelos feminizados vulnerabilizados. En este sentido, creo que los posicionamientos críticos que asoman o protagonizan las reflexiones de las prosumidoras quieren subvertir las formas de lectura, como manera de resignificar las posiciones canónicas de los agentes que las practican.

Estrategias de contralectura

La práctica lectora crea varias *posiciones* al mismo tiempo: un yo que lee como sujeto, una identificación identitaria con lo que se representa (o no) en lo leído y una alteridad en relación con la que se produce la autodefinición. En los casos observados en las dos aproximaciones de este trabajo existe una crítica explícita, tanto en la dificultad

de identificación en las representaciones literarias protagonizadas por hombres como en la incomodidad de identificarse con lugares de subordinación o feminización estereotipada de las mujeres. Como contraste a la identificación con los personajes de ficción, lo que acontece en el primer grupo de mujeres es un desplazamiento hacia un territorio liminar, materializado en su identificación como iguales dentro de su pequeña comunidad de lectoras, pero también el inicio de un proceso (orientado pero no descartable) de búsqueda de representaciones que les permitan no solo otras identificaciones (seleccionando obras de ensayo y de autoras contemporáneas donde quien escribe y sobre quién se escribe confluyen como sujeto-objeto reflexivo), sino también cuestionar las clásicas formas de representación del género en la literatura.

Las formas de lectura sugeridas en ambos grupos, pero más claramente visibles en el de prosumidoras, me permiten identificar una serie de estrategias críticas con el canon y con la posición de clásicas lectoras pasivas que se identifican cómodamente en un imaginario. Las denomino *contralecturas* y aluden a un giro productivo deducido de un posicionamiento pensativo sobre su identidad. Como consecuencia, un intento de resignificar las prácticas de escritura y lectura, queriendo fracturar clichés e inercias y desencadenar una lectura que denominaría «deconstructiva».

La primera estrategia de *contralectura* que identifico es la *crítica al logocentrismo.*[4] Habitual en posicionamientos lectores feministas en los que se pregunta por «lo que no se ve o no se ha dicho», lo que está fuera del marco del discurso, la ausencia, lo periférico, en muchos casos, lo abyecto. Crítica, como efecto, a las lógicas lineales y excluyentes propias de los discursos canónicos. Se buscaría con esta estrategia tanto visibilizar y dar voz a las mujeres que han sido sombra o periferia, como resignificar su imaginario fuera de la subordinación.

De otro lado, se hace presente la demanda de la lectura como algo corpóreo, donde se ponen en juego aspectos de la vida y la materialidad de las personas que tradicionalmente han quedado escondidos y significados (como las referencias a los cuerpos y a los cuidados de los cuerpos). En relación con este asunto, advierto una demanda hacia las formas de masculinidad que se representan y crean *posiciones-sujeto* en la lectura. Me refiero a cómo visibilizar y resignificar la materialidad de las vidas de las mujeres ilustra una consecutiva reclamación a los hombres: que sean capaces de encarnarse y asumir su materialidad también en las prácticas lectoras, un reencuentro con sus cuerpos, sus construcciones corporales simbólicas, sus vínculos, cuidados y proximidades con los cuerpos de los otros.

Frente a la vieja igualación de lo masculino con lo universal y neutral, esta estrategia apuntaría a una pérdida en dicho gesto: una privación de los cuerpos. Frente a la reducción corporal de las mujeres, la pérdida reclamaría una necesaria subjetivación. Ambas propuestas podrían llevarnos a identificar esta estrategia *contralectora*

4. El *logocentrismo* es un término muy usado en filosofía para referirse a la tendencia percibida en el pensamiento occidental de situar el centro de cualquier texto o discurso en el *logos* (entendiéndose por *logos* la palabra razonada o el razonamiento en sí mismo). Interesa en este texto y en la descripción de estrategias de *contralectura* la manera en que el *logocentrismo* ha sido utilizado tanto por la crítica y teoría feministas en las últimas décadas, como por los estudios sobre *deconstrucción* de Jacques Derrida.

como un *ejercicio simbólico de encarnación y subjetivación.* Ejercicio sugerido por teóricas como Braidotti y que posibilitaría devolver a la figuración a su lugar facticio, visibilizando lo que le ha sido negado culturalmente a los hombres (el cuerpo) y a las mujeres (la subjetividad).

Desde el cuestionamiento de clásicos roles e identidades sociales de las mujeres, otra estrategia hablaría de una suerte de *reversibilidad crítica,* donde la práctica lectora permita un viaje de ida y vuelta más elíptico que lineal. Una suerte de lectura como rito de paso donde *regresar* es «volver siendo distinto». Esto acontece con lecturas que han sido transformadoras y han desarticulado formas de representación convencionales y de autoidentificación resignada. En muchos casos, esta práctica no sucede en el proceso íntimo de lectura, sino en el proceso compartido de debate sobre las lecturas con otras mujeres.

Si entre las apuntadas hasta ahora las estrategias de *contralectura* de las mujeres observadas tienen un claro componente simbólico y de resignificación, hay una que además añadiría un factor *imaginario* relacionado con la productividad humana, es decir, con la posibilidad de crear *nuevas figuraciones,* invenciones que operen como alternativas figuras de dicción e identificación para lo que no ha sido nombrado. En sus narraciones como lectoras, varias mujeres señalan la dificultad de identificarse con personajes masculinos y cómo, conforme han ido leyendo más, han preferido personajes no clásicos, a veces híbridos, seres fantasiosos capaces de romper estereotipos. «Prefiero identificarme con una mutante», decía una de ellas. Estos personajes ilustrarían la dinamicidad de las *posiciones-sujeto* de las lectoras en sus procesos de identificación y la apertura hacia figuraciones más imaginativas, en las que poder gestionar identificaciones sin el conflicto-trampa de que la mayoría de alternativas feminizadas que nos muestran están previamente denostadas.

Las figuraciones necesitan contemplar lo simbólico que copia —y como tal inspira para sostenernos en la vida—, pero también la potencia transformadora y creativa de la fantasía. Como estrategia *contralectora*, hablaría de un enfoque *poshumano* y *posgénero* (derivado de la teoría sobre cíborg de Donna Haraway), un movimiento que apunta a la necesidad de trascender las clásicas definiciones de género y de humano, valiéndonos de la imaginación como deriva hacia formas alternativas de subjetividad.

Estas diferentes estrategias tienen en común un contexto orientado en las comunidades *off* y *online* de las mujeres. Un contexto que se posiciona frente a la reduccionista consideración de la práctica lectora como práctica eminentemente de evasión y entretenimiento, asociación que tiende a favorecer modelos conservadores en las posiciones lectoras de las mujeres como sujetos representados y como agentes de creación. En este sentido, las mujeres entrevistadas se posicionan de distinta manera frente a dicho reduccionismo.

Por un lado, los encadenamientos que advierto en las mujeres del primer grupo en torno a la celebración del «círculo de la lectura» (selección, lectura íntima, lectura compartida, socialización festiva, vuelta a casa) y la progresiva inmersión en literatura menos comercial han ido acompañados de posicionamientos críticos y deba-

tes con explícito enfoque de género. Por otro lado, las mujeres del segundo grupo crean sus proyectos culturales y sus críticas desde posicionamientos que cuestionan la idea consumista de público lector «pasivo» que busca meramente evasión y entretenimiento. No solo se identifican como agentes activas, sino que identifican como tales a sus interlocutoras. De dichos procesos deduzco una última estrategia de *desplazamiento de la identificación* que hablaría de resistencia y emancipación, un movimiento desde la búsqueda en las ficciones hacia el encuentro como iguales en las comunidades de mujeres que están leyendo, una suerte de *liminalidad* que las iguala y que encuentra en la horizontalidad de la Red un ambiente idóneo para este reconocimiento que parece empoderarlas.

Esto acontece sin obviar que fuera de los grupos de lectura y de los proyectos *online* observados, la evasión sigue siendo muy promovida en las lectoras por las industrias contemporáneas y demandada por el público lector. Al respecto, recuerdo que en estos meses de trabajo de campo, antes de iniciar una charla con un club de lectura en Madrid, una mujer, ajena ella al club, llamó mi atención en una librería pidiéndome que escribiera libros que todos pudieran leer y que le hicieran sentir bien; que ella y la gente en general tenían muchos problemas y lo que buscaban en un libro era paz, entretenimiento y evasión. Quise decirle: «No tengo interés en que todo el mundo me lea, tampoco en narrar un mundo tranquilizador y ficticio, para contrarrestar lo que vemos en las noticias o nos pasa en la vida. No tiene que leerme, señora. Yo quiero perturbarla y usted quiere razones para seguir como hasta ahora. Pero creo que debiera usted dar oportunidad a lecturas capaces de generar momentos de disensión con su mundo, momentos determinantes no porque acunen y reconforten, sino porque en algo nos zarandean». Sin embargo, no se lo dije porque la señora tenía prisa y yo soy muy lenta pensando y solo balbuceaba frases inacabadas desde la dificultad de hablar de algo, que para mí es muy serio, de manera improvisada. Me quedé callada mientras la señora compraba el libro más vendido de la temporada con el que pensaba disfrutar mucho de su verano y salió de la librería.

Puede que la inercia fuera de las comunidades estudiadas sea todavía esta y que venga además reforzada por un mercado interesado en posicionar a las mujeres como lectoras que consumen y buscan evasión. Como contraste, me parece que la continuidad del canon y de imaginarios conservadores comienza a fracturarse allí donde las mujeres se socializan con iguales y diversifican lecturas. Y creo que la vida en Internet y el feminismo (que atraviesa no solo comunidades específicas sino las prácticas cotidianas *off-online*) empiezan a cuestionar y a cambiar significados y posicionamientos, no sin conflicto, no sin contradicciones.

Este trabajo no esconde su posicionamiento *crítico y político*, como tampoco lo hacen las comunidades y sujetos observados, problematizando lo que supone hoy una *posición-mujer* que no solo lee, sino que hace pensativa su historia y su identidad «leyéndose» en las obras. Y, quizá, ahora, en ese sillón, en esa cama, en ese vagón de metro o en esta pantalla. Ahí, donde ustedes conviven con ellas o acaso son esas «mujeres que (se) están leyendo».

5.5

Referencias bibliográficas

Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades*. Barcelona: Paidós.

Butler, J. (2006). *Deshacer el género.* Barcelona: Paidós.

Carbonell, N. y Torras, M. (1999). *Feminismos literarios.* Madrid: Biblioteca Philologica.

Foucault, M. (1996). «Prefacio a la trasgresión». En *De lenguaje y literatura.* Barcelona: Paidós.

— (1986). «Por qué hay que estudiar el poder. La cuestión del sujeto». En VVAA, *Materiales de sociología crítica.* Madrid: La Piqueta, 25-36.

García Canclini, N. (2011). «Google es más poderoso que las cadenas de tv o las discográficas». En *Revista de Cultura Ñ. Tecnología y Comunicación*, <http://www.revistaenie.clarin.com/>.

Fuss, D. (1989). «Reading like a feminist». En *Essentially Speaking*. Londres: Routledge, 23-37.

Haraway, D. (1995). *Ciencia, cíborgs y mujeres.* Madrid: Cátedra.

— (1992). «Ecce homo, Ain't (Ar'n't) I a woman and inappropiate/d others. The Human in a Post-Humanist Landscape». En J. Butler y J. Scott (comp.) *Feminists theorize the political*, Londres: Routledge.

Jaffe, C. (1999). «Suspect Pleasure: Writting the Woman Reader in Eighteenth-Century Spain».En *Dieciocho*, 22/1: 35-59.

Janés, C. (2015). *Guardar la casa y cerrar la boca.* Madrid: Siruela.

Morant, I. (2005). *Historia de las mujeres en España y América Latina II.* Madrid: Cátedra.

Spivak, G. (1987). «Subaltern Studies: Deconstructing Historiography». En *Other worlds. Essays in Cultural Politics*. Londres: Routledge, 197-221.

Woolf, V. (1989). *A Room of One's Own*. Nueva York: Harcourt Brace.

Zafra, R. (2013). *(h)adas. Mujeres que crean, programan,* prosumen, *teclean.* Madrid: Páginas de Espuma.

6

Fugas

Jorge Moreno Andrés y Julián López García

Mirando fotografías de lectores, uno siempre aprende algo sobre la lectura. Eso mismo parecieran sugerir las imágenes tomadas por el fotógrafo André Kerstész (1894-1985) hace más de cincuenta años. La infinidad de personas absortas en libros o periódicos que el artista húngaro capturó por las calles de Nueva York, París o Budapest nos hablan no tanto de una obsesión por fotografiar lectores como de una comprensión profunda sobre lo que ocurre durante la lectura. Esas fotografías permiten captar algo que habitualmente se pierde en las figuraciones abstractas del lector. Eso que la imagen restituye es precisamente la singularidad del rostro, el gesto y la relación con un contexto: parques, escaleras, playas, vagones o azoteas. Nos permite comprender la magia de un diálogo con tres actores: el lector, el dispositivo de lectura y su contexto. Es que quizá solo con imágenes podemos intuir, aunque sea de manera impresionista, qué significa leer. De manera similar a aquellas fotografías donde la mirada, la corporalidad o la arquitectura que envuelven al lector ocupan el primer plano de las imágenes, este ensayo visual que aquí presentamos sitúa en el centro de la fotografía aquello que rodea y vertebra el tiempo de la lectura. La atmósfera de lectura, podríamos decir. Este es un ensayo sobre nuevas atmósferas de lectura.

Las escenas que muestran las fotografías no han sido construidas, posadas o planeadas por nosotros. No son actores los que aparecen. Nuestra labor ha sido la del encuentro en calles, parques, rincones, vagones o avenidas. Unas veces con la impronta de un buscador de tesoros o cazador de abstracciones, en otras ocasiones encontrando a los lectores de manera sorpresiva. En algunos casos, fue ver el cansancio de un hombre leyendo lo que nos hizo aguardar un tiempo prudencial antes de abrir el obturador. Estas particularidades del encuentro entre fotógrafo y lector, oscilando entre el *voyeur* y el cómplice, buscan constantemente captar escenas donde el lector y el contexto sean los elementos que den sentido a la imagen. Estamos, por tanto, ante un trabajo de búsqueda, discernimiento y encuadre cuya intencionalidad reside en que la escena sea legible por sí misma. Y es que no sabemos nada acerca de esos lectores, más que sus gestos y poses. Ni lo que leen, ni lo que sienten, ni lo que piensan; podemos intuirlo, pero lo que nos importa sobre todo es la escena… El sentido de la fotografía, «la razón de la fotografía», como señalaba Kerstész, está en otro lugar. Precisamente en todo lo que conforma el encuadre. La escena, en esta clase de fotografías, impide cualquier tipo de vinculación con naturalezas muertas, transmitiendo el sentido de la relación emocional que se produce entre un lector y lo que está leyendo.

Un lector fotografiado muestra así, por consiguiente, su particular rostro en el escenario donde está ubicado y su sentido en el juego de correspondencias que conforman la imagen. Esos son los recursos que tiene el espectador y dotan a la imagen de ambigüedad y de evidencia en igual medida. La incapacidad de la fotografía para *narrar* un suceso concreto posibilita, por el contrario, la transmisión precisa de sensaciones e ideas surgidas de esa apariencia. Cuando mostramos a una mujer en el

metro, sosteniendo con una pierna y una mano el carro de unos niños que discuten, mientras con la otra mano sujeta una hoja que lee intensamente, lo que el espectador percibe, entre otras muchas cosas, es precisamente el gesto de abstracción de la lectora en contraste con el bullicio y el movimiento. Nada sabemos de ella, salvo su gesto ensimismado ante el papel, una mirada volátil en medio del ruido que la rodea. Un gesto que bien podríamos encontrar en cualquier otra persona entregada a la lectura. Desde luego, esta fotografía retrata a las claras lo más sustancial de la relación profunda entre el lector y lo que lee: la potencialidad de abstracción, de evasión… Están en una cápsula, es una escena siempre repetida dentro de mil escenarios diferentes. Se sugiere que esa relación es similar a la que se da entre amantes: absortos, fuera del mundo; cuando se besan o se miran, lo de alrededor parece dejar de existir. En el fondo, estas fotografías que presentamos son fotografías de amantes.

Destacar la pluralidad de escenarios que acogen la burbuja de esa relación diádica es fundamental, pues ayuda a entender la diversidad dentro de la unidad; ayuda a desentrañar el vínculo entre emociones, lugares escogidos para la interacción (aunque, cuando comienza la relación, parece que se olvidan de dónde están) y gestos. La necesidad de transmitir esas sensaciones, esa corporalidad, a partir de lugares y lectores concretos es lo que nos ha ido desplazando a los diferentes escenarios que se recogen en este ensayo. Es así como encontramos el cuerpo de una persona tendida en un parque leyendo, el bostezo de una mujer que lee el periódico en el desayuno o el bullicio del metro envolviendo la abstracción de una lectora como elementos centrales en cada escena. En ese sentido, casi cualquier sitio es bueno para abrir un libro, mirar el móvil, leer recibos y facturas o comprobar cuántos pasos se han caminado y qué ritmo cardiaco ha acompañado el paseo. Pero de la misma forma que los formatos cambian, posibilitando con ello otro tipo de lecturas y movimientos, pareciera que en función del texto uno elige siempre el contexto que le permita una mayor o menor evasión. De esta manera, tenemos lecturas urgentes que se hacen al caminar, buscando la continuidad de lo leído en el constante esquivar gente. Hay otras lecturas que consiguen hacerse un hueco diariamente entre los viajeros y los horarios de trenes, otras que precisan del ruido de la cafetería para su apertura o las que solo son posibles gracias al silencio rígido de una biblioteca. También están aquellas lecturas cuya urgencia sitúa el tiempo del lector en otro espacio: las supeditadas al rincón agradable en el parque, la playa o la casa, lugares donde poder despegar hacia el interior del texto o donde terminar durmiéndose. En esos momentos, la evasión no busca escaparse del ruidoso bullicio, sino la confortabilidad de un lugar que posibilite comenzar el viaje. El instante captado en todas esas escenas se revela momentáneamente no solo en el cuerpo, sino también en el rostro del lector que aparece apasionado, con la mirada perdida, cansado, asombrado; el instante está retratando su fuga.

En estas fotografías que presentamos hay algo que está y no está, una tensión entre mirada, texto y contexto que tanto nos recuerda aquella habitación de hotel donde Edward Hopper pintara a una mujer sosteniendo dramáticamente una carta que acaba de leer. Si uno se pregunta qué pueden aportar las fotografías de lectores

a un estudio sobre la lectura y sus prácticas, su aporte principal es precisamente mostrar esa fuga o tensión entre dos tiempos: el tiempo concreto del lector (estar aquí-y-ahora) y el tiempo de la lectura (estar como en otro lado, más allá). Parte de la belleza que percibimos en ellas surge, precisamente, de ese cortocircuito que se adivina entre ambos tiempos (aquí y ahora-allá y siempre) y que tan solo la fotografía pareciera capaz de captar. Es una paradoja de época: que necesitemos de la imagen para recomponer el sentido de nuestros encuentros con el texto.



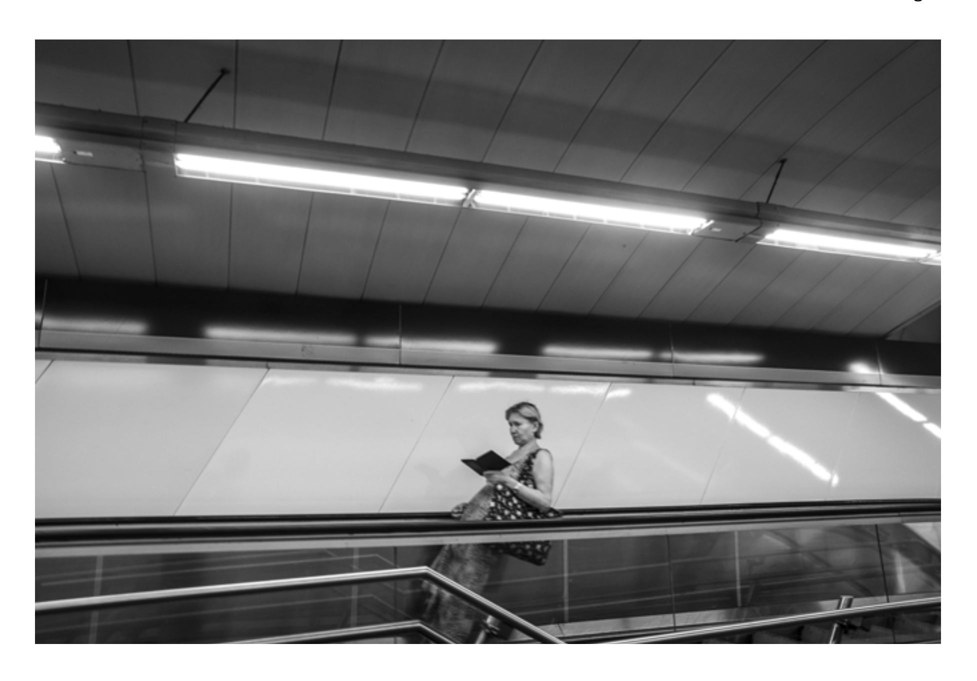







EMT






Principe Pio
QUEENS

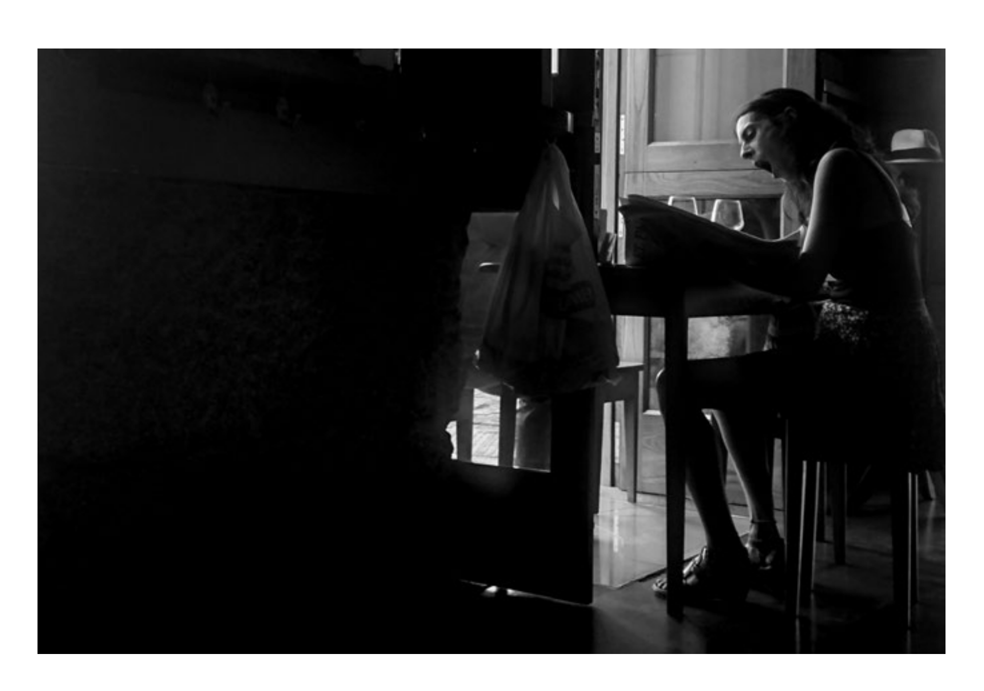







2017


montero
espinosa






SOLO


ANA. 32 AÑOS.
TARDÓ TRES MESES EN ENCONTRAR PISO Y UNA HORA EN MUDARSE.
TU TRASTERO DESDE 15€/SEMANA.






SUN

7

Lecturas de interior

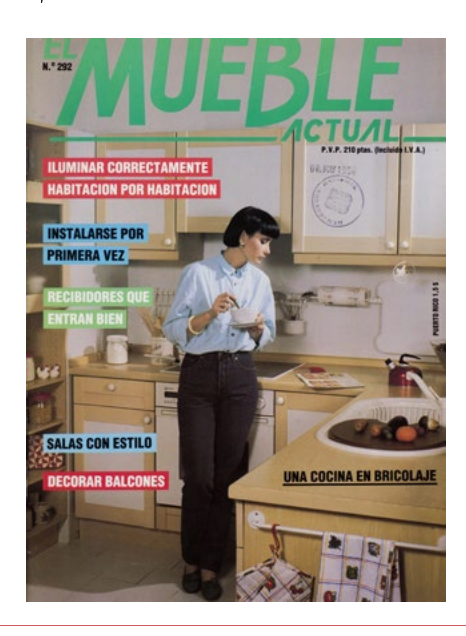
Romina Colombo

> Era la época de los flexos, la lámpara de techo apenas la encendía, y toda la literatura que yo leía por esos años conserva para mí el aire como susurrado que le daba la escasez de luz… aquella intimidad casi afelpada que el flexo establecía entre la literatura y yo.
>
> *La vida ausente*
> Ángel Zapata

7.1 La casa de las lectoras

En su portada de abril de 1986, la revista de decoración *El Mueble* retrata a una lectora en su cocina (figura 7.1).

Fig. 7.1
Portada de *El Mueble*, nº 292, abril de 1986



Fuente: Fondos de la Biblioteca de Catalunya, imagen reproducida con permiso de RBA.

Es una mujer joven. Solo nos ofrece su perfil derecho, muy iluminado, bajo un flequillo negro, brillante, como de melamina. De pie, ligeramente apoyada sobre el frente del horno, con las manos ocupadas en remover una cucharita, lee. A falta de manos, tiene el libro sobre la encimera. Un recetario de cocina, quizá, con imágenes de cómo proceder, paso a paso. A su lado, una cuchara medidora y una hervidora de agua. Hay fruta sobre la tabla de madera, al lado del fregadero. Parece disponerse a preparar algo y puede que por eso esté arremangada. La luz es blanca, matutina, pero no vemos la ventana. Por la manera en que esa luz baña lateralmente a la protagonista de esta escena doméstica, la imagen tiene algo de Vermeer. En sus cuadros, ellas posan concentradas, hacendosas, ensimismadas. Sin embargo, no sabemos si la lectura que estamos presenciando es atenta como la de la lectora de azul del pintor holandés. A lo mejor repasa, distraída, la receta de algo que, de hecho, ya ha preparado. Puede incluso que hojee, curiosa, lo que alguien olvidó ahí en un descuido, que ella aprovecha ahora, en secreto, con cuidado de no tocarlo.

Esta lectora en casa, detenida en ese reposo inestable, evoca también la cubierta que el ilustrador Enrique Varela de Seijas creó en 1923 para la novela breve de Cristóbal de Castro *Papá Saturno*. En ella, una mujer lee de pie una hoja de papel. Su vestido rosa deja entrever el antebrazo izquierdo que le sirve de apoyo sobre el piano de cola que hay a sus espaldas. Es una de las imágenes con que el hispanista J.-F. Botrel (2008) ilustra la transformación de la representación de las lecturas de interior femeninas a principios del siglo XX en España.[1] La lectora recogida, ataviada con ropa de andar por casa, «pionera de las modernas nociones de intimidad y privacidad» (Lyons, 1997: 489), deja paso a mujeres en una *situación de lectura*, cuyo carácter insólito como «figuración plástica de las actitudes lectoras de una época» (Nies citado en Romero, 2003: 694) revela hasta qué punto el imaginario (del) lector se nutre tanto de tradiciones iconográficas, como del canon que regula qué son y qué deben ser «la lectura» y «los lectores». Lo interesante es que estas nuevas lectoras en papel, hermanadas por la novedad de su postura y de su espacio de lectura, resultan insólitas no por *lo que* están leyendo, sino más bien por *dónde y cómo* lo están haciendo. Esto apunta a la relevancia del estudio de los dispositivos materiales y las disposiciones psicofísicas para una historia cultural de la lectura, que «es siempre una práctica encarnada en gestos, espacios, costumbres ... La lectura no es solo una operación abstracta de intelección: ella es una puesta en obra del cuerpo, inscripción en un espacio, relación consigo misma o con el otro» (Chartier,

1. La expresión que da título al capítulo pertenece a ese mismo texto (Botrel, 2008), fuente de inspiración para definir el objeto de estudio y el camino que se debía seguir. Como también fueron inspiradores los seminarios con mis compañeros de proyecto, a quienes agradezco las sugerencias, críticas y preguntas que sirvieron de constante acicate para ordenar, limpiar y dar lustre a mi trabajo (valga la metáfora doméstica de homenaje también al «dulce hogar» que ha sido el tiempo compartido con ellos). Quiero agradecer también su inestimable ayuda a Mariela Michelena, Jordi Mañà y Tracey Potts, que acompañaron y enriquecieron el proceso de escritura. Asimismo, debo agradecer la ayuda para la localización, la reproducción y el uso de las imágenes utilizadas en el capítulo con fines exclusivos de divulgación científica a la Biblioteca de Catalunya, a las revistas *El Mueble* (RBA) y *Nuevo Estilo* (Hearst Magazines España), así como a IKEA, Grassoler, Banak Importa y Roche Bobois.

1992: 51 y 54-55). Esa relevancia es mayor, si cabe, en una sociedad plenamente alfabetizada donde se ha producido una extensión sin precedentes del acceso al texto (en papel o en pantalla): desde el momento en que disponer de él deja de ser socialmente distintivo, son los objetos y la manera de utilizarlos lo que ejerce como principio de diferenciación sociocultural entre los lectores y las lecturas (Chartier, 1992).

De entre esta densa y fascinante trama de ideas e imágenes sobre la lectura —definida, en cada época, por la manera en que se articulan situaciones lectoras, iconografía y canon—, escogimos un fragmento relacionado con la lectura en el espacio doméstico. Esto nos permitió atender a «objetos y usos», al decir de Chartier, tradicionalmente opacados en los espacios logocéntricos de la escuela y la biblioteca, pero no en casa. No, al menos, en «La casa de las lectoras», título recurrente de la sección que *El Mueble* dedica a los reportajes realizados a las viviendas de su público. Pronto rebasamos los límites de esa sección y esa revista, para intentar recolectar las sugerencias y críticas en revistas de decoración españolas sobre cómo debía ser la casa de una lectora, como espacio para la lectura y sus soportes. Para nuestra sorpresa, no solo encontramos decenas de páginas dedicadas a ese asunto, sino también a la lectura en casa, dónde y cómo leer en el hogar. E incluso qué leer. *El Mueble*, *Hogares Modernos* y *Nuevo Estilo*[2] aparecieron pobladas de lectores y lectoras, libros, máquinas de escribir, ordenadores, escritorios, teléfonos móviles, librerías, tabletas. La sensación de sorpresa se suavizó conforme fuimos reparando en el protagonismo que la situación de lectura había cobrado históricamente en la representación de la intimidad burguesa, en la imbricación entre la iconografía aportada por el retrato (pictórico y fotográfico) y los cánones consolidados por los manuales de economía doméstica del siglo XIX sobre los enseres y los comportamientos en despachos, gabinetes y alcobas de las casas. Estos reparan meticulosamente en todo lo necesario para las lecturas de interior, desde la presencia de qué libros en según qué estancias, hasta el grado de suavidad y mullido de «un sofá cómodo y adicionado con almohadones de persa o de la tela de lana de las cortinas ... En este sofá lee el abuelo el *Diario* y toma con grato reposo su taza de café» (Sinués, 1872: 23).

Decidimos entonces rastrear las representaciones de la situación lectora de interior en la literatura doméstica durante dos periodos muy significativos. El primero (1965-1985) coincide con «la revolución tecnológica, económica y cultural del libro (de bolsillo)», en que las cifras de producción editorial permiten sostener que

2. A partir de ahora, usaremos las siglas EM, HM y NE para referirnos a ellas. Se trata de revistas de decoración españolas, editadas en Barcelona y Madrid. Fundadas en 1962, 1966 y 1977, respectivamente; todas con anterioridad al desembarco, a partir de 1985, de las revistas de decoración extranjeras en sus ediciones para España (*Marie Claire Casa*, *Elle Decoración*, etcétera). Las tres contaron con tiradas nacionales importantes durante al menos uno de los periodos estudiados, si bien EM y NE estaban destinadas al gran público, mientras HM (que a partir de 1984 pasó a llamarse *Hogares*) fue, hasta los noventa, para los profesionales del sector. Parte del trabajo de archivo y de análisis de estas fuentes pertenecen a mi proyecto de tesis, que estoy llevando a cabo en el Departamento de Antropología Social y Cultural de la UNED gracias a una beca predoctoral FPI del Ministerio de Economía y Competitividad (BES-2013-065174).



«el libro se ha vuelto ya objeto de consumo» (Botrel, 2008: 62).[3] El segundo (1996-2016) abarca la extensión del acceso a Internet en los hogares, con la multiplicación y popularización de los dispositivos utilizados para ello, desde el ordenador personal hasta el teléfono móvil.[4] Son cortes realizados a la manera historiográficamente tradicional, atendiendo a una cronología lineal de acontecimientos relevantes para la historia de la lectura. Sin embargo, en cada uno de esos períodos, hemos trazado varias constelaciones de prácticas, objetos y gestos que, tomadas cada una como un todo (la clase de totalidad que es una constelación), conforman las *capas de modernidad* que van emergiendo y solapándose como interiores domésticos «tipo». Ideales y, como tales, regulados por distintos sistemas de coherencia estética y ética que entran en conflicto o en resonancia, unas veces como luchas o herencias generacionales, otras como choque o hibridación entre distintos momentos de procesos en curso, «escenas culturales» podríamos decir. Esta densidad cultural de los periodos analizados se debe precisamente a la capacidad que los interiores tienen para acumular, sedimentadas o amalgamadas, esas capas encarnadas en prácticas domésticas y cosas de casa. En ese sentido, son, como señala Serres para cualquier objeto histórico, algo «multitemporal, basado simultáneamente en lo obsoleto, lo contemporáneo y lo futurista» (Serres y Latour, 1998: 60, la traducción es nuestra). Como también se debe a su capacidad para reunir distintas temporalidades, ya no

3. Entre 1960 y 1980, el consumo de papel editorial se multiplica por más de cinco y el número de títulos publicados por más de dos (Botrel, 2008: 66).

4. Si en 1996 apenas el 1% de la población encuestada había accedido en el último mes, en 2016 lo había hecho el 77,4% (fuente: *Audiencia de Internet*, Estudio General de Medios).

en el sentido de capas de tiempo histórico —épocas—, sino de ritmos a los que las personas y los objetos se mueven y cambian.

Es importante hacer notar que una parte de los cambios que señalaremos no se corresponden con transformaciones que se produjeran *efectivamente* en las casas, sino en el régimen de representación de las propias revistas. Esta advertencia metodológica quiere subrayar las implicaciones de que este capítulo trabaje con *representaciones* de la lectura en el espacio doméstico. Estas no documentan las prácticas concretas dadas —«reales»—. Su enorme interés reside en que constituyen el registro documental de convenciones y desiderata que permean el imaginario lector de una época, no (o no principalmente) respecto de los contenidos de la lectura —los textos que debieran leerse—, sino respecto de sus aspectos performativos y periféricos. Desde las «ergonomías de la lectura» (Gerber y Cobos, 2015: 201) hasta la atmósfera lumínica y acústica, veremos cómo estas publicaciones no solo proporcionan «la representación de la lectura más íntima (...), la visión conjunta de un libro y de un cuerpo» (Botrel, 2010: 103) en su *performance* en casa. También detallan su entorno y, en esa medida, los sentidos (estético, afectivo, simbólico, práctico, etcétera) que los dispositivos —soportes de lectura y objetos circundantes— adquieren al quedar inscritos en el espacio doméstico, o, más precisamente, en el discurso experto del que aquel es objeto por antonomasia. En palabras de Perec (1986: 81), nos permiten atender a «una economía de la lectura en sus aspectos ergológicos (fisiología, trabajo muscular) y socioecológicos (su ambientación espacio-temporal)», pero ya no desde la mirada «sociofisiológica» de su *Bosquejo*, sino más bien histórica y antropológica. Prestaremos especial atención a la distinción que esas representaciones hacen entre la lectura ocupada o debida y la lectura desocupada o por placer. Los dos epígrafes que siguen están dedicados a esas dos clases de lectura, por ese orden, durante el primer periodo. El epígrafe final analiza ambas en el segundo periodo. Veremos que las variables del género y la época, entendida como capa de modernidad, inciden en la representación de los lectores, las lecturas y la cultura material involucrada.

Si bien estas representaciones cambiarán mucho, hay algo en ellas que se mantendrá imperturbable: en casa, la lectura protagonista es individual y silenciosa. Aunque no sea algo sorprendente para nosotros, lectores (adultos) contemporáneos, sí lo es en el marco de la historia de la práctica lectora en el hogar, que a lo largo de todo el siglo XIX e incluso en las primeras décadas del XX, fue fundamentalmente colectiva y en voz alta. Misceláneas y anecdotarios leídos en tertulias caseras; tarjetas de felicitación y dedicatorias declamadas en días de boda, entierro, santo y natalicio; oraciones en familia o recitaciones de mayores y niños, eran una parte muy importante de la vida privada burguesa en su relación con los textos, por ese entonces aún escasos incluso en las casas más acaudaladas.[5] Sin embargo, el lector solo y callado llevaba desde finales de la Edad Media reclamando un lugar apartado del ajetreo de la

5. Así, por ejemplo, en la época isabelina, el número medio de libros en las bibliotecas particulares de clase media madrileña no sobrepasaba los cincuenta (Botrel, 2003: 762).

vida doméstica, que se plasmó, primeramente, en el estudio del médico, el mercader, el notario y otras «profesiones vinculadas a la intelectualidad y la cultura» (Postigo, 2013: 1069). El hecho de que históricamente esta lectura ocupada masculina, ligada al oficio, haya sido protagonista en la conquista de un espacio privado en el interior de las casas, no debe hacernos descuidar la importancia de esas otras lecturas ocupadas, ligadas a deberes y necesidades, que también se dan en el hogar, aun sin «una habitación propia». Según revelan los inventarios, las bibliotecas femeninas de esa época, de haberlas, contaban con libros de horas, devocionarios, manuales de medicina casera, libros de conservas, de recetas y lunarios (Baranda, 2003). Todo un repertorio de textos para una lectura también obligada y necesaria. Algunos siglos más tarde, esa literatura práctica y devota se alojará en los espacios de la privacidad femenina burguesa, el gabinete y el tocador. Todavía en las primeras décadas del siglo XX, era costumbre que los matrimonios hicieran bibliotecas separadas (Rivalan, 2007: 66). Por su propio carácter de revistas femeninas y prácticas, EM y NE aspiran a formar parte de las colecciones de estas lectoras atareadas en el hogar, ofreciendo archivadores forrados en tela en que conservar sus ejemplares, concebidos para volver una y otra vez sobre ellos, recurrencia de la que sus lectoras dan cuenta en las cartas publicadas.

7.2 Del despacho-santuario al rincón-estudio

Esta figuración de la lectura ocupada femenina, dedicada al cuidado de lo doméstico, se mantiene a lo largo del tiempo. Cambian los accesorios y nuestra lectora de partida habría contado, ya en los primeros años de este milenio, con un atril colgado de las nuevas barras metálicas para cocina, que protegería el libro de las manchas y le facilitaría la consulta, gracias a la ya consolidada iluminación bajo alacena. Cambia también su representación como mujer en casa. Hasta 1970, en la medida que solo es (interpelada en tanto que) «ama de casa» y «esposa», apenas se contempla otra lectura ocupada femenina que no sea la relacionada con las faenas domésticas. Así, por ejemplo, se aconseja tener los libros de cocina a mano, cerca de los fogones, para no perder el tiempo en «dar paseos» a la biblioteca de la sala de estar (EM16-1963), pero la atención, como ocurriera en el siglo XV, se la sigue llevando el estudio masculino. Leer documentación importante, revisar y despachar la correspondencia, pasar las cuentas a fin de mes, poner fotografías en el álbum, son ocupaciones no aptas para un comedor, pues «siempre da la casualidad de que cuando vamos a realizar uno de estos trabajos nuestra esposa está disponiendo la mesa para cenar» (EM10-1962). Lo propiamente masculino de esta lectura ocupada, por encima de ser esforzada o meticulosa, es su carácter ininterrumpido. Es este sentido de la indisponibilidad del lector varón el que se espacializa en el estudio, originalmente. Algunas de las imágenes de mesas de

trabajo reflejan, por la ausencia de ornamento, la austeridad de quien es proclive a la tarea concentrada, productiva, sin distracciones. Este énfasis en la escasez material, como símbolo de una dedicación disciplinada y sacrificada, es ya característico en la tradición de representaciones de estudios masculinos del Renacimiento y el Barroco, principalmente los retratos imaginados de san Jerónimo traduciendo la Biblia (Postigo, 2013), inspirados en el origen monástico y escolástico de la lectura solitaria y silenciosa. Pero si en los sesenta «no puede faltar en ninguna vivienda donde deba residir un hombre, un pequeño espacio dedicado a despacho o lugar de trabajo» (EM10-1962), es más bien porque en un contexto de urbanización, modernización residencial y disminución de la superficie útil de las viviendas, todavía se vela por las estancias dedicadas a «la visita». En el número extraordinario «Los problemas actuales de los pisos de hoy» (EM46-1965), se empieza por «la inexistencia de recibidores». Si bien se admiten las comidas familiares en la cocina, se insiste en el comedor para «recibir amigos a la mesa». El mobiliario de la sala de estar se piensa en función de dónde disponer las zonas de tertulia, los monederos de las damas, los ceniceros para los caballeros. Proliferan los consejos para ser «un buen anfitrión». Y el despacho se cuenta entre estos espacios de sociabilidad fuertemente ritualizada en maneras y modales. Ha de constar de una o varias librerías, preferiblemente cerradas, una silla de trabajo en cuero o tapiz y un escritorio o buró de madera noble, con cajones a ambos lados, sobre el que yacen, primorosamente ordenados, libros, abrecartas, estilográfica, lapiceros, cuadernos de notas, agenda y libreta de direcciones, portaplumas, tintero, secante, pisapapeles, cenicero, portarretratos, teléfono, lámpara de sobremesa y bibelots asociados a tópicos del ocio masculino (la caza y la pesca, la pipa, el coleccionismo), entre otras cosas (figura 7.2).

Fig. 7.2

Extracto del reportaje «Mesas de despachos particulares», *El Mueble*, nº 26, febrero de 1964



Para el hombre de negocios

uego completo de despacho en piel olor verde oscuro, formado por: bloc e notas y direcciones, porta-cartas, brecartas, de tono más claro, porta-lumas, secante, etc. La lámpara de obremesa es muy funcional con in-linaciones variables, luz concentrada y luz difusa. Un candelabro de cobre, de modelo antiguo, sirve como nota de adorno, al igual que una pezuña de caballo decorada en plata, hace de pisapapeles y cenicero. También es muy decorativa la amplia carpeta.

Mesas de despachos particulares

Fuente: Fondos de la Biblioteca de Catalunya, imagen reproducida con permiso de RBA.

Además de por el género, esta ecología de objetos está marcada por la gramática decorativa imperante, «el conjunto», cuya coherencia estética está basada en los «coordinados» —textiles, cromáticos— y los «juegos» —escribanías, accesorios para fumador—, particularmente aclamado en caso de reproducir el gusto de una época: estilo Renacimiento, estilo Luis XIV, etcétera. Esta coherencia permite a su vez que estas piezas de mobiliario y adorno ejerzan de marcadores allí donde no se dispone de un cuarto específico, sirviendo así de signo para el «rincón-despacho» dentro de la sala de estar. La metáfora del rincón remite a la idea de ángulo en que reeditar formatos tradicionales de distribución y uso del espacio doméstico —«rincón-comedor», «rincón-biblioteca»—. Así, «qué duda cabe que podemos tener "nuestro despachito" con ayuda de un poco de imaginación» (EM16-1963). Pero no solo la imaginación acude en ayuda del «hombre de negocios», estereotipo profesional con que la revista alude al usuario de este lugar de la casa: «Si es preciso *puede hacerse pasar* por habitación destinada exclusivamente a despacho y recibir en él a un cliente importante al que quiera dársele la impresión de gran actividad comercial» (EM10-1962, la cursiva es nuestra). La apariencia es, de hecho, uno de los componentes retóricos sobre los que se sostiene la narrativa de la revista, de ahí el énfasis de la mayoría de las imágenes en el carácter ostensivo de la parafernalia del despacho, mostrando mesas y tableros en que se apilan y lucen, a la manera de las *Vanitas*, objetos indicadores de estatus económico (bandejas y candelabros de plata, tapetes para sobremesa de cuero, cuadernos forrados en terciopelo, lámparas con pantalla de cristal o de pergamino, abrecartas con mango de marfil o incrustaciones en oro) y cultural (globos terráqueos, enciclopedias, diccionarios, cuadros). Paradigma de *este* sentido de la recepción social es el despacho en que José Luis Arce, protagonista de la novela *Romanticismo*, mata el tiempo leyendo revistas de motor, ahí confinado por la madre de su esposa Pía. Habiendo sido «el lugar preferido del padre de Pía para reunirse con los amigos a jugar a las cartas y contar chistes verdes», ahora,

> Entre ese mobiliario nuevo en el que figuraban la mesa de escribanía, dos sillones frailunos y un taburete para descansar los pies ... También un atril de lectura ... Despedía su juventud y entraba en la edad madura sin ejercer la actividad que se presume en un profesional con plaza en el barrio de Salamanca, porque no firmaba correspondencia ni manchaba el cenicero ni disponía de secretaria a la que magrear ni abroncaba a Santos Panizo, el administrador de sus caudales, cuando semestralmente le rendía cuentas, y casi nunca descolgaba el teléfono —el teléfono del señor, como lo llamaron Trini, Chusa, Lampadia y Wences para diferenciarlo del comunitario que repicaba en el salón—, con lo que privaba al regalo de su suegra de su dimensión representativa (Longares, 2008: 141-142).

Es precisamente esta doble dimensión, masculina y representativa, la que parece exorcizarse al proclamar NE, en 1981, que «ese remanso de paz, sanctasanctórum del padre cansado donde los niños no ponían los pies, ha pasado a la historia» (NE41-1981). A esto contribuyen, por un lado, los cambios de la posición social de

la mujer y la infancia en el espacio público y privado. Por otro, las transformaciones socioeconómicas en las grandes ciudades permean el imaginario urbano, traduciéndose en una nueva figuración del lector ocupado, emergente a lo largo de los setenta y constante en los ochenta: el (o la) «profesional liberal», declinado en «la estudiante», «la traductora», «el diseñador», «el arquitecto», «la periodista», y así sucesivamente. Protagonista de las interpelaciones en materia de «rincón-estudio», revela no solo su centralidad como público imaginado de la revista, sino su idealización como arquetipo de la clase (media) trabajadora (en casa). De su mano «la oficina» entra en las viviendas bajo la forma de un mobiliario tan renovado y juvenil como su destinatario. Ayudado, ciertamente, por otro profesional también en pleno proceso de consolidación, el decorador, cuyo discurso *como experto* se institucionaliza y diversifica,[6] desplegándose en distintos órdenes en la narrativa de las revistas.

En el orden de la racionalidad práctica (o funcional), se atiende a parámetros de eficiencia y control. Tradicionalmente asociada a la modernización, se preocupa por el aprovechamiento máximo del espacio, el ahorro económico y energético, la salud e higiene del cuerpo. El mobiliario del estudio se especializa, si bien aún no es sometido a la tipificación que seguirá al desarrollo de la ergonomía y la llegada de la informática a las viviendas en los noventa. A pesar de la evolución en los materiales de asiento, tan solo se recomienda que la butaca «no sea demasiado blanda para evitar somnolencias» (NE37-1980). La auténtica revolución de estas dos décadas se produce en materia de luminotecnia y archivo. No solo se presentan las novedades y los beneficios en tipologías de archivadores (carpetas, ficheros, baldas), bombillas (fluorescentes, halógenas, incandescentes, regulables) o lámparas (apliques, spots, de pinza, de jirafa, orientables). También se ofrecen detalladas indicaciones respecto de su uso, muy especialmente de la luz, para una población a la que se pide constantemente que «olvide los lamparones del techo en beneficio de la iluminación por zonas» (NE6-1977).

> El objeto sobre el que se trabaje, ya sea la página de un libro, un folio o una tela, debe recibir luz focal y directa que ilumine por igual toda la extensión de dicho objeto ... El aparato debe colocarse a la izquierda de quien lo utiliza, o a la derecha si es zurdo. De esta forma la propia mano no proyecta sombras molestas sobre el trabajo. Para impedir deslumbramientos, el foco luminoso ha de quedar por debajo de la altura de la vista y tapado con una pantalla que oculte el filamento de la bombilla ... Para que la vista no tenga que pasar continuamente de una zona muy iluminada a otra en penumbra, no conviene dejar el cuarto sin más iluminación que la del flexo; ello obliga a una continua dilatación y contracción del iris, hecho que fatiga mucho los ojos (NE109-1987).

Distinto es el discurso sobre la luz en el orden de la racionalidad estética: «Adiós a las arañas de fino cristal, nada de tulipas. R.I.P. al viejo quinqué. Han llegado las

6. Los estudios oficiales de decoración se instituyen en 1963, pero hasta 1977 no se regulan con carácter facultativo sus atribuciones profesionales.

nuevas lámparas: prácticas, estilizadas y llenas de color ... Solo para estudiosos de gustos avanzados» (NE41-1981). En este orden, se promueve que el mobiliario y los útiles se alivianen y adapten al gusto individual. El reportaje «La rebelión de las mesas» las proclama suficientes como meros tableros de melamina, contrachapado o cristal, soportados por caballetes, patas metálicas tubulares o cajoneras, que «lo mismo sirven para escribir sobre ellas que se transforman en decorativas mesas de comedor» (NE60-1982). Sobre ellas se ven, desordenadamente dispersas o amontonadas, agendas, libretas de direcciones, hojas sueltas recién salidas de la máquina de escribir. Las sillas, de lona y metal, plástico o madera, plegables o con bases rodantes, parecen encarnar metafóricamente la versatilidad y movilidad de sus usuarios, a la manera en que los sólidos sillones y poltronas de los despachos y salones del París decimonónico han sido interpretados como símbolo del *pathos* de inmovilidad social y arraigo de una clase que ve cómo «todo lo sólido se disuelve en al aire» (Ortiz, 2000). Se evitan los tonos oscuros y los muebles de gran tamaño por su «pesadez visual» y se critica el «mero elemento decorativo, de adorno, en nuestro deseo de exteriorizar a los visitantes la categoría y posición ... Pensemos que nuestro hogar no es ninguna oficina ni despacho abierto al público» (EM201-1978). Se improvisan rincones-estudio en pasillos y vestíbulos, donde «se trabaja, lee o escribe sentados como ante una mesa de dibujo, o como en el mostrador de un bar o cafetería» (EM201-1978). Esta pérdida de solemnidad del estudio apunta a varios cambios culturales. Primeramente, en la consideración de lo valioso y lo superfluo. Además de ser el lugar de trabajo del proveedor de la familia, la importancia concedida al despacho reside, como apuntan los manuales de economía doméstica del XIX, en su condición de «sitio donde se guardan los papeles de importancia» (Sinués, 1880: 19) y donde «hablan marido y mujer de los negocios de la casa, del porvenir de sus hijos» (Belèze, 1872: 16), como ocurría con los dormitorios de matrimonio, que además de conversaciones de los padres, albergaban joyas, fotografías de antepasados, testamentos, en suma: legados y legajos de gran valor afectivo o económico. Y es también como lugar de custodia (y lectura) de los archivos del patrimonio familiar, por lo que esos manuales se refieren al despacho como «santuario». La banalización del «papeleo y las facturas», junto a la generalización de la educación superior, reverberan en la frivolización del (espacio de) trabajo en casa. En segundo lugar, si bien se dan por barridos los elementos representativos, se insiste en que «no por ello ha renunciado a ser el reflejo de la personalidad de quien allí trabaja, lee... o sueña. Refugio reducido, pero refugio al fin, es como un islote solitario donde cada uno clava la bandera de su gusto personalísimo» (NE41-1981). Esta transición de la representación asociada a «la categoría y posición», a la expresión de un yo concebido como único e idiosincrático, remite a otro sentido de la autopresentación, menos codificado y convencionalizado, pero tan o más exigente por lo que respecta a la legitimidad del gusto, en la medida que «la ilusión de un amplio y abierto campo de opciones y decisiones legitima violentas adjudicaciones sobre los estilos de vida de los demás y sus arreglos decorativos» (Potts, 2006: 157, la traducción es nuestra). Por último, la coherencia estética ya no se rige por la percepción de un

conjunto, sino de un «ambiente». Esta noción remite el gusto personal a criterios, en primer lugar, de composición. No hay que olvidar que las estilistas de la revista no trabajan para crear espacios, sino imágenes. Claroscuros, equilibrio, contraste, etcétera rigen como principios de organización ya no de muebles, objetos y textiles, sino de volúmenes, formas, texturas y colores. Pero también, en segundo lugar, remite a criterios de evocación. Aquí se solapan lo estrictamente sensorial con una cierta sensibilidad epocal, para la que expresiones como «sanctasantórum» o «pesadez visual» cobran sentido en un juego entre la sinestesia y la «libre» asociación de ideas e imágenes, a la postre sujeta a una estructura de sentimiento (Williams, 1965) acotada, en según qué casos, a una clase y un género, y que se manifiesta en un sistema de sugestiones compartidas. Así, en las puertas cerradas del despacho, en los libros y los papeles bajo llave, en las tonalidades oscuras de la madera y la penumbra que rodea el haz de una tulipa, en el brillo de la plata y de los lomos en piel y oro, estilistas y lectores *ven, traídos por lo cerrado, lo oscuro y lo brillante*, lo prohibido y lo permitido por rígidas jerarquías familiares, tiempo dedicado por una mujer al orden y al lustre, el silencio y el secreto en casa, disciplinas lectoras de la infancia. En suma, toda «una atmósfera y un tono, una suerte de paisaje emocional» (Löfgren, 2013: 284). Y, sobre todo, un lector ocupado inaccesible, como rememora Natalia Ginzburg en su *Léxico familiar* a propósito de su padre, «que se dedicaba a leer en la parte opuesta de la casa; y, de cuando en cuando, se asomaba … suspicaz y ceñudo; y se quejaba a mi madre de nuestra sirvienta Natalina, porque le había desordenado los libros» (Ginzburg, 2007, la traducción es nuestra).

Paradójicamente, no es en la lectura ocupada donde este lector inaccesible se mantendrá a flote en «un islote solitario». Y es que cualquiera debe poder acceder al rincón-estudio, pero otro gallo canta si se trata del rincón de la lectura desocupada: «En casa, todos tenemos nuestro rincón predilecto, un sofá, una butaca, que sentimos como si nos perteneciera más que a cualquier otro miembro de la familia. En él pasamos las horas de relax más absoluto» (EM273-1984).

7.3

Del refugio marital al rincón de cada cual

En los sesenta, la lectura masculina ociosa también se espacializa en el hogar como lugar de la indisponibilidad. Solitaria, sosegada, informada y cultivada, emula el ideal humanista del *otium litteratum*: dedicada a periódicos y literatura, se quiere alejada del trajín de la ciudad. Y de la casa. «Una pared para su solaz» es el título del primer reportaje que EM dedica al lugar de esparcimiento lector del padre de familia (EM5-1962) y es un lector el protagonista de la publicidad de las puertas plegables Modernfold (figura 7.3).

Fig. 7.3

Publicidad de Modernfold, *El Mueble* nº 59, noviembre de 1966.



Fuente: Fondos de la Biblioteca de Catalunya, imagen reproducida con permiso de RBA.

En un reportaje sobre la sala de estar, EM simula un diálogo interior del ama de casa consigo misma, en que su corazón le indica cómo «crear un refugio para tu esposo». En él, debe haber una «buena y confortable butaca color amarillo claro ... Periódicos y revistas del día ... Sus bebidas preferidas y sus copas ... Una radio ... Sus pipas o cigarrillos ... Una bandejita donde encontrará la correspondencia ... Y, no lejos, una pequeña estantería con sus libros favoritos» (EM10-1962). Más allá de su presentación como privilegio marital, el sillón confortable, las pantuflas, la copa, la taza de té o café, el tabaco, la fuente de fresco o de calor, acompañarán incansablemente a la representación de la lectura desocupada, como parte integrante del placer *compuesto* de leer. Este puede asimilarse a la pasión compuesta, tal como la definiera Fourier: «un estado de embriaguez y de entusiasmo que nace del *conjunto de varios placeres sensibles y anímicos experimentados simultáneamente*» (Fourier, 1973: 209, la cursiva es nuestra). En esta misma dirección parece apuntar el hecho de que se hable indistintamente de «saborear» revistas o bebidas. Y es que quizá la raíz de las metáforas alimenticias está relacionada con la «fisicalidad de la lectura», como señala Littau (2006: 38, la traducción es nuestra). Pero mientras la autora atribuye las reacciones fisiológicas durante la lectura exclusivamente a la lectura misma, no parece reparar en que a esa «fisiología del

consumo» de textos (Littau, 2006: 36, la traducción es nuestra) *también* contribuye el entorno lector.

Sin embargo, las escenas de lectura ociosa durante los sesenta están muy lejos de ser imágenes «de embriaguez y de entusiasmo». Esto se debe, por un lado, a que sus protagonistas son exclusivamente lectores varones, como decíamos, en lectura letrada, intensiva, provechosa y *meramente* intelectual. Gestos serios, rostros atentos, ceños fruncidos, espaldas rectas o ligeramente inclinadas hacia la página, la cabeza soportada por una mano en el mentón: en suma, representaciones del pensador. Pero se debe también, por otro lado, a la invisibilización de la lectura femenina en casa, que solo aparece en dos reportajes. Lo interesante aquí no son tanto las imágenes cuanto la mirada vertida a través de los pies de foto, que nos orientan sobre cómo observar las fotografías, *qué ver ahí*. En ellos, se somete a escrutinio su expresión y su ergonomía. En «La mujer y el mueble» (EM5-1962), las lectoras tienen los ojos fijos en una revista (ninguna lectora ociosa tendrá un libro o un periódico en sus manos en esta década) (figura 7.4).

Fig. 7.4

Extracto del reportaje «La mujer y el mueble», *El Mueble*, nº 5, mayo de 1962.



Fuente: Fondos de la Biblioteca de Catalunya, imagen reproducida con permiso de RBA.

Una de ellas está sentada junto a un aparador de pasillo, alejada de la lámpara que podría alumbrarla. La otra está sobre un sillón, no sabemos dónde. De sus rostros, que atisban una sonrisa, se dice que revelan serenidad, satisfacción. Sin embargo, esto no se atribuye a la lectura en acto, sino a la decoratividad y confortabilidad del mueble sobre el que (o junto al cual) leen. Esta omisión se afianza al atribuir *al mueble* lo que nosotros achacaríamos a la lectura: «El confort de un buen sillón ayuda a la espera». Todo lo que podría interpretarse como indicio de placer lector es soslayado. Y su lectura inscrita en un espacio indefinido, una silla en el pasillo, un sillón cualquiera. No hay rincón en que reclamar silencio, soledad. En un tiempo, este sí, definido: el de la espera. De una cocción, de una llegada quizá. Lectura entre horas, entre labores, liviana, fragmentaria, picoteada: en las imágenes, ellas solo *hojean*.[7] Por el contrario, la lectora de la «Lección de Sicología» (EM47-1965) lee ensimismada (figura 7.5).

Fig. 7.5

Extracto del reportaje «Lección de Sicología», *El Mueble*, nº 47, noviembre de 1965.


Lección de sicología

SER LIBRE EN LA INTIMIDAD SIGNIFICA REVELARSE LIBREMENTE

Fuente: Fondos de la Biblioteca de Catalunya, imagen reproducida con permiso de RBA.

El reportaje pretende «estudiar o, mejor dicho, observar, la libertad del individuo en el ámbito de su intimidad, como por ejemplo la forma de sentarse en un sofá en un momento de lectura en el propio hogar». Se presentan ocho escenas.

7. La feminización del hojear como mirada lectora inapropiada por lo superficial se da ya en el siglo XIX, en el desprecio por la literatura que «se dirige más a la mirada que a la mente, y a la mujer más que al hombre, a la mujer que, claro está, hojea con la punta de los dedos, y trata un libro igual que un trapo» (Pelletan citada en Rivalan, 2007: 19).



Aquellas en que la placidez de la (ergonomía) lectora rompe con la figuración de la sedente decorosa reciben una crítica feroz: «indulgencia a la pereza», «tendencia al nerviosismo y a la irritabilidad», «abandono completo no privado de intranquilidad», «algo de egoísmo y mucha condescendencia». Nuevamente, la acción lectora no juega como clave de interpretación de la disposición psicofísica «delatada» por la postura, aquí se trata de la personalidad. El hecho de que únicamente con las imágenes de lectura femenina la mirada se deposite en los cuerpos, y lo haga para buscar en ellos signos de (im)propiedad, nos recuerda no solo hasta qué punto la relación histórica de la mujer con los libros ha sido *física* (durante mucho tiempo, la educación de niñas y señoritas comprendía sostener un libro sobre la cabeza para corregir los andares), sino también *representada como tal* en la pintura y la fotografía, bien en posturas arrebatadas y voluptuosas en cuadros y exlibris para el espectador masculino, bien en posturas rígidas y pudorosas como retrato dignificante. EM parece haber heredado así la oposición decimonónica entre «buena lectura» y «lectura grata», siendo esta última una «forma de lectura sin otra finalidad que el placer» y (estereo)típicamente «femenina» (Rivalan, 2007: 20). Pero esta lectura no solo es borrada de la imagen mediante el discurso, sino también, sobre todo, es ignorada en un imaginario visual que (re)produce la división sexual de la legitimidad cultural del ocio encarnado por el *honnête homme* cultivándose.[8]

8. Esta imaginería discriminatoria todavía hoy aparece en el espacio público. En 2015, se retiró por sexista el anuncio de metro Madrid en que un hombre lee el periódico mientras la mujer de al lado se maquilla. En su versión modificada, el pintalabios que ella sostenía ha sido sustituido por un libro electrónico, siendo ahora ambos lectores en el andén. En *El Mundo*, 06/05/2015, <http://www.elmundo.es/enredados/2015/05/06/554a4397e2704eb6088b4585.html>.

La feminización de la lectura grata en las revistas se mantiene en la década posterior (1975-1985), si bien inscrita en una narrativa que permite mirarla de otra manera: ahora es protagonista *como lectura (legítima)*. Epítomes de un discurso hedonista sobre la vida en casa, los reportajes sobre los placeres de leer se suceden, acaparando reportajes y portadas donde lectoras posan (ahora ya sí) con revistas, periódicos y libros (figura 7.6).

Fig. 7.6

Portada de *Nuevo Estilo*, nº 76, marzo de 1984



Fuente: Imagen proporcionada por y reproducida con permiso de Hearst Magazines España.

Ni el rincón de lectura es ya patrimonio exclusivo del esposo, ni la tapicería del sillón dispone de una esmerada ama de casa dispuesta a preservar su pulcritud: «Lo que no puede faltar: un buen sillón muy cómodo, a ser posible orejero, tapizado con un material sufrido. Allí podrá reponerse de su fatiga mental el desfallecido de turno, cuando llegue del metro» (NE6-1977). Además del cambio de la posición de la mujer en la sociedad española, ese protagonismo refleja la creciente importancia del ocio privado e individual. Esta se produce al mismo tiempo que el cambio de *tono* de la esfera íntima. Se busca el lugar en que escapar a una sala de estar erigida en símbolo de una vida familiar más informal e igualitaria: «La vida moderna, que no ha dejado títere con cabeza en la casa, también ha cambiado el aspecto del salón. Y es que donde antes se recibía a visitas encorsetadas entre tapetes de encaje y retratos bigotudos, ahora se ve la tele, se juega, se come, se oye música, se lee, se charla, en una palabra, se vive» (NE59-1982). El rincón de lectura es precisamente baluarte

en una guerra recién declarada: la economía de la luz y el silencio de la lectura batalla con el derroche de luminiscencia y ruido de la televisión, los aparatos estereofónicos y el jaleo de los niños, y los lectores de las revistas van en busca del tiempo perdido *a solas*, que encuentran en algún rincón apacible: «La gran habitación de estar ... resulta muy apropiada para la vida familiar y comunitaria, y parecería lógico encontrar en ella nuestro refugio. Pero muchas veces no es así, y nos complace mucho más un pequeño sillín o mecedora junto a la ventana» (EM209-79).

El tándem de reposo confortable y fuente de luz condensa metonímicamente este *ethos* de recogimiento. Aquí racionalidad práctica y estética se entremezclan en los consejos de las revistas, particularmente en sus apelaciones al mueble y objeto «de diseño».

Aun elogiando las ventanas, se ofrecen un sinfín de posibilidades para la lectura de atardecer y nocturna, en particular alternativas a los apliques de pared en el dormitorio, por ese entonces muy populares, que amenazaban con «convertir su lectura en una aventura para sus dioptrías» (NE61-1982). Las condenas al baúl de los recuerdos no se dan solo en relación con los despachos-santuario y las luminarias colgantes. Por lo que respecta al asiento, consideran «olvidadas las lecciones de buen comportamiento de antaño que aconsejaban el sentarse "derechos"». Como en el anuncio de Roche Bobois (figura 7.7), la mayor parte de la publicidad de sofás en la entrada de los ochenta retrata cuerpos lectores en disposiciones laxas, relajadas, distendidas, haciendo manifiesto que las «líneas rojas de aceptación sensual (y aceptabilidad) han sido eliminadas» (Highmore, 2011: 170).

Fig. 7.7

Publicidad de Roche Bobois en *Nuevo Estilo*, nº 9, febrero de 1978



Fuente: Fondos de Hearst Magazine España, imagen reproducida con permiso de Roche Bobois.

Pero el asiento es, también, «un amigo. Acogedor, confortable, dispuesto a la confidencia ... Siempre en su puesto, junto a la chimenea o bajo la lámpara de lectura. Amigo del cojín, compañero de las pantuflas, espectador silencioso de las noticias del periódico o de la interesantísima novela policiaca» (NE37-1980). Aquí se retoma la cuestión del placer compuesto de leer. Sin embargo, la prosopopeya apunta al vínculo afectivo que frecuentemente, *como lectores*, establecemos en casa con los lugares y las cosas implicadas en la lectura grata. Y no solo afectivo: también para la lectura placentera (como, curiosamente, para la escucha musical, marcada en casa por el mismo *ethos*), debe darse un cierto ambiente. Así, se suceden las sugerencias para «una decoración que *invita* a la pereza y a la lectura reposada» (EM292-1986, la cursiva es nuestra), donde «uno rápidamente *se imagina* lo placentera que podría ser la lectura de un buen libro sentado en el sofá, tapizado con discretas rayas beige y crema» (EM269-1984, la cursiva es nuestra). El reportaje «Mi rincón es mi refugio» (figura 7.8) incluye toda una poética del espacio de la buhardilla: «Las ventanas con inclinación, en determinadas construcciones, presentan *una atrayente forma de toma de luz, de incidencia proyectada, con claroscuros de gran intimidad* ... La madera natural ... y un sillón colonial ... pueden proporcionar un íntimo rincón de lectura y relax. Un sitio así *invita*» (EM209-1979, la cursiva es nuestra).

Fig. 7.8

Extracto del reportaje «Mi rincón es mi refugio», *El Mueble*, nº 209, mayo de 1979



Mi rincón es mi refugio

Sobre la moqueta, sobre una alfombra o almohadones, también apetece descansar. La posición semitendida es muy natural en el cuerpo humano. Baste recordar los pueblos y civilizaciones que todavía «viven» a ras de suelo: los árabes, sobre almohadones y alfombras, los japoneses sobre esterillas, los hindúes que preconizan el yoga y sus posiciones en cuclillas, etc., etc.
Otra posición de infinito relax es la de sobre algo que pueda tener movimiento: un sillón reclinable, una mecedora, una tumbona, una hamaca... algo donde levemente impulsarnos, casi sin darnos cuenta, ¿será una reminiscencia de cuando nos sentíamos acunados en nuestros primeros días de existencia? Sea cual sea la causa sicológica, lo cierto es que todos buscamos esa posición que en ciertos momentos nos apetece y encanta. Y si el entorno es agradable y cómodo, como el que nos presenta la bella imagen, pues mucho mejor. Las ventanas con inclinación, en determinadas construcciones, presentan una atrayente forma de toma de luz, de incidencia proyectada, con claroscuros de gran intimidad. Con o sin cortinilla o persiana, la iluminación será siempre matizada según la orientación de la vivienda y nuestras preferencias. La aireación es también posible regularla a voluntad, pues tratándose de una ventana VELUX el mecanismo permite infinidad de posiciones.

Fuente: Fondos de la Biblioteca de Catalunya, imagen reproducida con permiso de RBA.

La luz, «apaciguada», «mórbida», apela sinestésicamente a una calidez visual que ya las pantuflas y la manta convocaban térmica y hápticamente como dimensión envolvente del ambiente, si bien se reconoce que no hay nada como las «¡deliciosas horas de lectura tranquila al abrigo de unas llamas brincadoras!» (NE39-1980). Este rincón de lectura grata se reitera como signo de distinción en los reportajes a casas reales. No por nada la primera portada de HM (1966) es el retrato de un rincón de lectura con un sillón mariposa diseñado por Juan Kurchan, Jorge Ferrari-Hardoy y Antoni Bonet y la lámpara TMC de Miguel Milá, con fondo de librería de obra y chimenea. Esa reiteración es otro indicador del carácter de clase del discurso de estas revistas, que se dirigen además a su audiencia en términos de «lector apasionado», «melómano», «impenitente», dando por sentada una práctica todavía entonces estadísticamente baja en nuestro país.[9]

Fig. 7.9

Publicidad de Metalibérica, *El Mueble* nº 185, mayo de 1977



Fuente: Fondos de la Biblioteca de Catalunya, imagen reproducida con permiso de RBA.

9. «Según la *Encuesta de comportamiento cultural de los españoles* de 1985, un 64% ... no lee nunca o casi nunca libros y 83% no lee nunca o casi nunca revistas o periódicos» (Botrel, 2008: 66).

Curiosamente, el esparcimiento lector verdaderamente impenitente, que se da en un asiento regularmente visitado en casa, pero menos confortable, no aparece en ninguna de estas revistas. Es en otras, surgidas en los noventa, de precio considerablemente menor y centradas en el «hágalo usted mismo», donde pueden encontrarse sugerencias para construir, por ejemplo, el revistero del baño. Quizá sea una ausencia marcada por el pudor. A lo sumo, topamos con escenas anecdóticas de lectura en bañeras, apelando al valor distintivo no solo del ocio letrado, sino también del baño relajado. De esta fantasía, entre la tonificación y la literatura, también se nutren los anuncios de la época (figura 7.9).

Al menos en apariencia: bien mirados, los detalles de esa biblioteca revelan cuán variada puede ser la lectura grata en casa y hasta qué punto puede armonizarse con placeres sensoriales que van más allá de la bebida y el tabaco.

7.4

De las bibliotecas a las mediatecas

Entre esos placeres, las revistas de decoración prestan especial atención, como es obvio, al de la vista. Todavía en las primeras décadas del siglo XX se acostumbraba sustituir las cubiertas originales por «una encuadernación de piel o tela como la voluntad de cambiar el rango del libro: de mero libro en rústica con cubierta en colores pasa a ser uno de los volúmenes de la biblioteca» (Rivalan, 2007: 162, c. m.). Pero a lo largo de nuestro primer periodo, inaugurado por el «*aggiornamento* estético» de la industria editorial (Botrel, 2008: 65), se carga contra esa costumbre que pone a las salas de estar en «peligro de convertirse en un rincón parecido al archivo de ciertas bibliotecas públicas» (EM26-1964). Aunque sí son dignos de archivo los consejos de limpieza y conservación. Polvos de talco, vinagre, gamuza, esencia de trementina, sal y cepillo suave de pelo largo son la materialidad misma de los cuidados del libro como objeto doméstico, al que, por eso mismo, se protege de los gestos que forman parte de cualquier rutina contra el polvo: «Evite el rudo sistema de golpearlos unos contra otros: es el mejor modo de acabar con las encuadernaciones» (NE24-1979). A la letanía de la gracia decorativa de las bibliotecas «bien surtidas» (en sentido estético), le acompaña la crítica de las librerías exentas, que pierden en favor de los muebles modulares y los estantes volados o de obra (figura 7.10).

Fig. 7.10

Extracto del reportaje «El saber ocupa lugar», *El Mueble* nº 273, septiembre de 1984



el saber ocupa lugar

Este mes de septiembre es muy apropiado para hablar de temas reposados, que nos introduzcan a la vuelta al hogar; a partir de ahora volveremos a estar otra vez más horas en casa, por lo que dedicamos este especial a las librerías, algo fundamental en cualquier hogar y que puede ocupar desde una pared entera, hasta unos simples estantes colocados con estilo y elegancia.

Materialismo

Una librería no tiene porque ser el típico mueble de madera, y como muestra presentamos esta idea, que no es nueva —cómo colocar el televisor, las bebidas y los libros en un mismo lugar— pero lo que sí es realmente nuevo es la manera de hacerlo, con materiales distintos a los habituales, mezclando colores alegres y fuertes. Los estantes pueden cambiarse de posición al igual que el mueble con el tocadiscos, ya que la base son dos ruedas. Al ser metálico, se puede poner en ella tranquilamente toda clase de adornos, plantas y botellas.

En un piso pequeño una solución de este tipo resuelve enormemente espacios reducidos, entrando a formar parte directamente de la decoración.

43

Fuente: Fondos de la Biblioteca de Catalunya, imagen reproducida con permiso de RBA.

La madera oscura deja muchas veces paso al pino, el aglomerado, la melamina y el pladur, conforme estos materiales salen al mercado. Esto, de alguna manera, acalla la queja de que «la historia de amor entre un individuo y su librería es, como en un matrimonio, hasta que la muerte los separa. Y es que su precio suele ser tan elevado que poco presupuestos resisten el "ahora te cojo, mañana me canso y te dejo"» (NE61-1982). En realidad, no se trata solo de la reducción de costes. El mueble-librería de la sala de estar encarna, como ocurriera con el despacho, valores «denunciados» desde una mirada, decíamos, entre lo sensorial y lo evocador. La sólida manufactura de la librería mural, que la tornaba inamovible, remite a una temporalidad del nido conyugal, el largo plazo de la casa «para toda la vida», que se está abandonando. Pero también refiere al corto plazo de la casa «puesta de una vez». Contra esta inmediatez se explicita que la librería puede albergar «libros queridos, apreciados y leídos, y no bibliotecas o colecciones compradas por sus tapas y "para llenar", algo que salta a la vista y que aprecia cualquier entendido» (EM222-1980). Aunque aquí, además, gobierna un juicio de mal gusto asociado a signos de «descapitalización» cultural, que redunda en el carácter de clase del discurso. La crítica al abigarramiento se reactualiza asimismo con la librería, atacando su faceta tradicional de vitrina por producir un «efecto "tómbola de feria"» (NE65-1983). Esto, por cierto, tiene también que ver con lo nupcial, pues por norma general ahí se exhibían los adornos recibidos como regalo de boda.

Es precisamente en un reportaje sobre librerías, «El futuro ya está aquí», aparecido en el año que clausura nuestro primer periodo, donde encontramos el trampolín para abordar el segundo. Se anuncia que

> Cada día en la prensa, en la televisión, nos explican una nueva técnica que va a cambiarlo todo ... Entre las nuevas generaciones estos cambios han producido una necesidad, casi vital, de escuchar música y de ver imágenes ... Han sido estas nuevas generaciones las que han revolucionado la sala, el estar, en un lugar en que los aparatos tienen absoluta prioridad (EM281-1985).

Si bien dedicada a la incorporación de la televisión, el vídeo y el audio a la librería, el reportaje contiene ya las claves que marcarán la presencia de «los aparatos» (en este caso, relacionados con la lectura) en casa: la transformación *ad hoc* del mobiliario y el protagonismo de los jóvenes como sus principales destinatarios. Entre 2000 y 2004 aparecen cartas de lectoras reclamando que las sugerencias para habitaciones juveniles *no omitan* el ordenador, habida cuenta de la importancia que tiene para sus hijos adolescentes. Por ese entonces, ya se han consolidado los programas integrales para el dormitorio juvenil y, en su publicidad, los fabricantes no solo ofrecen encimeras plenamente adaptadas a las necesidades del cuarto (rectas, con lado curvo, con curva central, con alas giratorias, etcétera), sino, como en el caso del programa «Spacio» de Lan Mobel, una «extensa gama de soluciones bajo la encimera y complementos que el programa ofrece para disponer los distintos elementos informáticos» (HM385-2001). Hasta la llegada y la popularización de los portátiles y las tabletas, los reportajes de las revistas se centran precisamente en esa cuestión, apuntando, desde una racionalidad práctica, tamaño, número y altura recomendados de superficies extraíbles, carritos portátiles, portatorres, soportes de pantalla y otros añadidos de una cambiada fisionomía de escritorio.

> Se insiste, conforme aumentan los ordenadores, impresoras y fax en casa, en que cada vez son más numerosos los aparatos de trabajo que dependen de una conexión eléctrica y otra telefónica. Por eso, es imprescindible que junto a la mesa de trabajo dispongas de enchufes suficientes y con posibilidad de ampliarse en función de las necesidades de tu equipo. Así, como mínimo, necesitarás un enchufe para conectar la luz de la mesa, otros dos para el ordenador y la impresora, y en caso de que tengas fax e Internet, una conexión telefónica (EM463-2000).

Los nombres de las mesas para ordenador suelen extraerse de un vocabulario todavía balbuceado («600 Byte», «Navigator», «Net», «Ply», «Surfer»), contribuyendo a la familiarización con el léxico de la informática e Internet. Como ocurriera con los libros, también aquí la revista asiste a las lectoras respecto de cómo «integrar» los ordenadores en la decoración de la casa. La exigente gramática de la racionalidad estética, que vela, como vimos, por la coherencia del ambiente, aconseja que, de ser necesario que *sea visible*, «no coloques el ordenador de forma que se vea por detrás. Procura que

la parte trasera, con sus cables, conexiones y enchufes, quede dirigida hacia la pared. Así dará mayor sensación de orden» (EM498-2000). La gestión de los cables es una constante en relación con los escritorios, que implementan sistemas empotrados y orificios *ex profeso* para ocultarlos. Sin embargo, el «cablerío» parece preferirse al «papeleo» y las revistas celebran que, cuando del rincón de trabajo se trata, ahora «¡con el ordenador basta!» (NE331-2005). Como también celebran que el problema del espacio en casa deje de tener al libro como su mayor enemigo, «avanzando como un ejército implacable hasta tomar las posiciones en los armarios y cajones de la casa» (NE24-1979).

Con la llegada de soportes más livianos y portátiles (portátiles, tabletas, móviles y libros electrónicos), el discurso relacionado con las pantallas de ordenador y el acceso a Internet deja de girar exclusivamente en torno al trabajo o al estudio. La frontera con el ocio se emborrona, y la publicidad juega con esa ambivalencia (figura 7.11).

Fig. 7.11



Publicidad de Banak Importa, *Nuevo Estilo*, nº 332, noviembre de 2005



Fuente: Fondos de Hearst Magazines España, imagen reproducida con permiso de Banak Importa.

A esta opacidad de la pantalla para determinar frente a qué tipo de lectura estamos, ocupada o desocupada, contribuye el hecho de que esos dispositivos permiten ergonomías lectoras absolutamente relajadas con independencia del tipo y número de textos que se esté manejando, de tal forma que, más allá de las sillas ergonómicas, ahora los asientos de la sala de estar acomodan lectores ociosos tradicionales, junto a lectores en pantalla de los que no sabemos si es por trabajo o por placer (figura 7.12).

Fig. 7.12

Publicidad de Grassoler, *El Mueble*, nº 527, 2006



Fuente: Fondos de la Biblioteca de Catalunya, imagen reproducida con permiso de Grassoler.

La proliferación de estas «mediatecas domésticas» (Mandich, 2010)[10] no está, sin embargo, particularmente representada en las revistas de decoración analizadas. Es una limitación con la que nos hemos encontrado a la hora de rastrear una narrativa (textual y visual) relacionada con los soportes de lectura digital. Por el contrario, hay tiendas de muebles que sí le están dando cada vez más importancia. Así, IKEA ofrece ya mesitas y lámparas con plataforma de recarga *wireless* incluida. Las revistas parecen, en cambio, seguir encumbrando la figura del lector y los soportes de papel, aunque solo sea por razones estéticas. Reeditan la tradición decimonónica del retrato de lectura simulada y los propietarios de las viviendas de los reportajes posan leyendo libros y revistas sobre sillones orejeros, escalones, sofás, escabeles y pufs. Reactualizan bibliofilias propias de la época en que el libro era un objeto precioso y escaso. Así, «en los tiempos del reinado del libro electrónico, el papel se torna en tesoro ilustrado. Las obras-joya, de cuidada impresión y maravillosos contenidos, reclaman la atención como obras de arte» (NE394-2011). Como tales se colocan sobre atriles, estantes y repisas o apilados sobre la mesa de centro del salón, con la cubierta ganándole al lomo como su cara conocida en casa (figura 7.13).

10. Según la última *Encuesta sobre equipamiento y uso de tecnologías de la información y comunicación en los hogares* del INE, el 77,1% disponen de ordenador (incluidos *laptops*, *netbooks*, tabletas, etcétera), un 96,7% de teléfono móvil y un 22,7% de libro electrónico (fuente: INE).

Fig. 7.13

Extracto del reportaje «El otro valor de los libros», *Nuevo Estilo*, nº 394, enero de 2011



ESAS PEQUEÑAS COSAS

LA OPCIÓN SIMÉTRICA
Cuatro grupos de libros dispuestos en las cuatro esquinas de la mesa, una pieza en madera lacada, diversifican las posibilidades de lectura. Al fondo, destaca un tríptico de gran formato, obra de Jordi Pallarés.

COMO CUADROS
Las portadas de los libros a menudo constituyen obras de arte en sí mismas. Exhíbelas en vertical, como si fueran cuadros. Así lucen, junto a una colección de cerámica popular vidriada, en esta librería de obra, de una casa proyectada por el arquitecto Johannes Kiefer.

GUÍA PARA INICIADOS
Busca ediciones únicas y con pasado en almonedas y anticuarios, y tesoros actuales en las editoriales y librerías más selectas y, por supuesto, en las tiendas de los museos. Toma nota:
www.assouline.com
www.indexbook.com
www.ivorypress.com
www.lafabrica.com
www.phaidon.com
www.taschen.com

000 Nuevo Estilo

Fuente: Imagen proporcionada por y reproducida con el permiso de Hearst Magazines España.

Además de signo de distinción, los soportes en papel son, en esta literatura doméstica, signos en otros sentidos, idiosincráticos de las prácticas de la decoración. Por un lado, las estilistas desperdigan libros y revistas sobre camas, alfombras, mesas y sofás, igual que hacen con flores, ropa y piezas de vajilla. Todos fungen de herramienta visual para romper con un indeseado efecto de planicie monocroma en la fotografía de interiores. Por otro lado, son utilizados como signos *de vida íntima*. Abiertos y como abandonados a medio leer, a veces con un par de gafas encima, o cerrados a la espera del lector que los escoja, escenfican una lectura pasada o por venir, recrean «ambientes vividos». Tanto es así que también en los pisos piloto «cuadros, libros, lámparas, plantas de interior y hasta algunas revistas y ceniceros contribuyen a dar la sensación de que allí se vive, y que de un momento a otro aparecerán los anfitriones» (EM222-1980).

Es precisamente aquí donde la representación de los nuevos soportes de lectura se ofrece como signo de una vida íntima profundamente transformada. Como anuncia el catálogo de IKEA de 2016, «puede que a veces paséis más tiempo mirando el móvil que entre vosotros. Tranquilos, no pasa nada. A veces, estar solo pero acompañado es lo más relajante» (figura 7.14).

Fig. 7.14

Extracto del catálogo de IKEA, año 2016



Fuente: Imagen proporcionada por y reproducida con permiso de IKEA.

Pero ¿a qué compañía se refiere?, ¿la de quienes nos rodean en casa o la de aquellos a quienes leemos en la oralidad escrita del WhatsApp, en la epistolaridad virtual del email, en la crónica efímera del Twitter? Esta individualización paradójica es probablemente aquello a lo que Raymond Williams se refería como «privatización móvil», en relación con la capacidad de la televisión para aislar a los individuos que cohabitan ofreciéndoles, simultáneamente, un nivel de movilidad (entendida como acceso al exterior) hasta entonces desconocido. Los soportes de lectura digitales con acceso a Internet habilitan, igualmente, una «forma de vivir ... privada, como individuos deliberadamente cerrados en sí mismos, pero al mismo tiempo con una movilidad inédita de esas privacidades restringidas» (Williams citado en Du Gay *et al*., 1997: 129, la traducción es nuestra).

«Leyendo nos volvemos inaccesibles de una manera discreta», dice S. Bollmann (2007: 35), pero esa inaccesibilidad, como hemos visto, cambia históricamente. Primero, en relación con quién puede ser lector inaccesible en casa, y aquí la diferencia de género ha sido una variable fundamental, pero también en relación con el tipo de inaccesibilidad adscrito a cada clase de lectura en el discurso de las revistas. Ahí pudimos distinguir entre una práctica lectora ocupada y otra desocupada, cuyos gestos

y cultura material se informalizan y personalizan, al tiempo que los requerimientos de privacidad se diluyen, en el caso de la lectura ocupada, y se afianzan para la desocupada. Esto parece tener que ver ya no con cambios en la lectura misma, cuanto en los interiores que la albergan. Y es que mientras crece el desdibujamiento de la frontera entre trabajo y ocio en el hogar, derribando los muros del profesional masculino que inaugurase el espacio del estudio; crece también el afán por sustraerse al espacio del estar (juntos), que a fuerza de abrirse a la sociabilidad informal, ha ido haciéndose un lugar difícil para la lectura. Esa sustracción puede producirse, como vimos, en un rincón apartado, en una habitación alejada o simplemente colocándose unos auriculares. Inspirándonos en la temporalidad dual que N. Bryson (2013) identifica para la comida y la mesa, podríamos decir que también para la práctica lectora en casa hay dos ritmos de cambio: uno de lentitud «geológica», en que reconocemos gestos y objetos preservados en los cuerpos lectores durante siglos (así, por ejemplo, el soporte de lectura sostenido entre las manos), y otro de rapidez «sísmica», en que observamos gestos y objetos nuevos a los que los cuerpos, los hábitos y la casa se adaptan. Y quizá el gesto en que la mirada lectora consiste (intensa o fugaz, lineal o errática) ya no sea meramente, como dice Bollmann, «un acto de aislamiento amable». Parece, al menos en casa, un nuevo gesto de apertura al afuera, una nueva puerta, una ventana inédita. Adorno se preguntó, en 1951, «¿qué significa para el sujeto que ya no existan ventanas con hojas que puedan abrirse, sino solo cristales que simplemente se deslizan, que no existan sigilosos picaportes, sino pomos giratorios, que no exista ningún vestíbulo, ningún umbral a la calle, ni muros rodeando los jardines?» (Adorno, 2001: 39). Es posible que también nosotros hayamos de interrogarnos sobre las consecuencias de esos soportes de lectura que, como puertas y ventanas *cerradas al interior pero abiertas al exterior*, parecen estar diluyendo la distinción fuera-dentro, sobre la que se inauguró el imaginario de la intimidad del que aún es deudora nuestra (idea de) casa.

7.5
Referencias bibliográficas

Adorno, T. (2001). *Minima Moralia*. Madrid: Taurus.

Baranda, N. (2003). «Las lecturas femeninas». En Infantes, V., López, F. y Botrel, J-F. (coord.): 159-166.

Belèze, M. G. (1880). *La casa y sus accesorios. Traducido, corregido, aumentado y acomodado a las necesidades de España por María Teresa de Lallave*. Madrid: Librería de Guio.

Bollmann, S. (2006). *Las mujeres que leen son peligrosas*. Madrid: Maeva.

Botrel, J-F. (2003). «Lectura privada y pública». En Infantes, V., López, F. y Botrel, J-F. (coord.): 762-768.

— (2008). «Lectoras de óleo y papel». En Fernández, P. (ed.). *La mujer de letras o la «letraherida»: discursos y representaciones sobre la mujer escritora en el siglo XIX*, Madrid, CSIC: 101-114.

— (2010). *Libros y lectores en la España del siglo XX.* Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

Bryson, N. (2013). *Looking at the overlooked. Four essays on still life painting.* Londres: Reaktion Books.

Chartier, R. (1992). *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural.* Barcelona: Gedisa.

Du Gay *et al.* (1997). *Doing cultural studies: the story of the Sony walkman*. Londres: SAGE.

Fourier, Ch. (1973). *La armonía pasional del nuevo mundo*. Madrid: Taurus.

Gerber, V. y Pinochet, C. (2015). «Cómo leen los que escriben textos e imágenes». En García Canclini, N. *et al.* (2015). *Hacia una antropología de los lectores*. México: Ariel/Telefónica.

Ginzburg, N. (2007). *Lessico famigliare*. Turín: Einaudi.

Highmore, B. (2011). *Ordinary lives*. Nueva York: Routledge.

Infantes, V., López, F. y Botrel, J-F. (2003). *Historia de la edición y de la lectura en España, 1472-1914*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.

Littau, K. (2006). *Theories of reading*. Cambridge: Polity.

Löfgren, O. (2013). «Changing emotional economies: the case of Sweden 1970-2010». En *Culture and Organization*, vol. 19, nº 4: 283-296.

Longares, M. (2008). *Romanticismo*. Madrid: Cátedra.

Lyons, M. (1997). «Los nuevos lectores del siglo XIX: mujeres, niños, obreros». En Cavallo, G., Chartier, R. y Bonfil, R. *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid, Taurus: 473-518.

Mandich, G. (ed.) (2010). *Culture quotidiane. Addomesticare il tempo e lo spazio.* Roma: Carocci.

Ortiz, R. (2000). *Benjamin en París: modernidad y espacio*. Buenos Aires: Norma.

Perec, G. (1986). «Leer: bosquejo sociofisiológico». En Perec, G. *Pensar/Clasificar*. Barcelona, Gedisa: 80-93.

Postigo, J. (2013). «El estudio como espacio para la intimidad, la intelectualidad y la masculinidad en Zaragoza durante la Edad Moderna». En Serrano, E. (coord.) *De la tierra al cielo. Líneas recientes de investigación en Historia Moderna*. Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (CSIC): 1067-1082.

Potts, T. (2006). «Creating 'modern tendencies': The symbolic economics of furnishing». En Bell, D. y Hollows, J. (eds.) *Historizing Lifestyle. Mediating taste, consumption and identity from the 19902 to 1970s*. Surrey: Ashgate.

Rivalan, C. (2007). *Lecturas gratas o ¿La fábrica de lectores?* Madrid: Calambur.

Romero, (2003). «Recrearse con prosa y novela». En Infantes, V., López, F. y Botrel, J-F.: 693-704.

Serres, M. y Latour, B. (1998). *Conversations on Science, Culture and Time*. Míchigan: University of Michigan Press.

Sinués, M del P. (1880). *La dama elegante: manual práctico y completísimo del buen tono y del buen orden doméstico*. Librería de A. de San Martín.

Williams, R. (1965). *The Long Revolution*. Londres: Pelican Books.

Zapata, A. (2006) *La vida ausente*. Madrid: Páginas de Espuma.

8

Lectores en (su) fábula

Francisco Cruces

8.1

Celebraciones del libro

El rodaballo de Kipling

En 2016 se ha celebrado el Día Mundial del Libro con actividades que conmemoraban públicamente los centenarios de Cervantes y Shakespeare. La actividad febril se podía seguir en la Red: de Colombia a Bangkok; de entrevistas con *celebrities* de las letras a inventivos maratones de cuentos; de cadenas humanas a lecturas en voz alta organizadas por colegios, librerías y universidades.

Decidimos seguir esta celebración en los entornos donde cada quién investigaba. Gloria y Nuria asistirían a un mercado de libros artesanos en La Casa Encendida, un foco de actividades gratuitas en Madrid. Remedios aprovechó la presentación de un libro suyo para captar el momento entre autores, editores y gentes del ramo. Jorge y Julián se dieron una vuelta por la feria de Ciudad Real, con poco provecho. Había escasos puestos y menos gente. Romina eligió la noche madrileña, que ese viernes era tomada por actividades municipales al aire libre.

Ese fin de semana yo estaba a cargo de mi hijo menor. Opté por embarcarlo como etnógrafo espontáneo y nos fuimos a tirar fotos al espacio infantil (*Kid's Corner*) que habían habilitado junto al mercado de libros. No le gustó mucho el salón de juegos combinado con exposición donde padres de aire *hipster* charlaban sentados en banquetitas, mientras sus niños retozaban entre cartones. «¿Qué te parece?», le pregunté. «Me parece un gallinero —respondió mi hijo—. Aquí no existe regla de silencio».

La respuesta de este lector de diez años recuerda gravemente la disciplina escolar de otras épocas (¡Silencio, aquí se lee!). Añadió, sin embargo, que también ellos habían celebrado a su manera el Día del Libro en la biblioteca del cole. Los profes les habían dicho: «Tenéis que contar un cuento a otro niño más chico». Le pregunté cuál había escogido él. La historia que contó reza más o menos así:

> Era un niño muy vanidoso y pijo, hijo de un millonario. En cierta ocasión, viajó a Nueva York en un transatlántico. El barco se llamaba *SS Tiburón*. Se puso a invitar a helados a otros niños, pero tomó tantos que le sentaron mal. Al asomarse por la borda, una ola lo tiró al agua. Pero no se ahogó. Por allí pasaba un pescador en su barquita, que lo llevó al bacaladero donde se ganaba la vida pescando. Ese niño era insolente y malcriado: al principio protestaba porque no le gustaba la comida. Y porque no quería quedarse. Pero luego se hizo amigo de Manuel —ese era el

> nombre del pescador— y salía a pescar con él. Una vez consiguió sacar del fondo del mar un rodaballo enorme. Por las noches, Manuel cantaba con su zanfoña. Pero acabó muriendo durante una tormenta, porque el palo mayor le cayó encima.

Enseguida reconocí las trazas de la saga que, hace unos años, yo mismo había bautizado como *El grumetillo valiente*. A lo largo de tardes de verano, durante unas vacaciones en Alemania, me la había ido inventando para entretener las caminatas con su hermano, cuatro años mayor. La tele en alemán no servía de distracción. Mis hijos pedían cuentos. Así que tiré de detalles que recordaba vagamente de una película que me impresionó en la infancia. No sabía su título. Apenas retenía lo principal de la trama. Un niño rico; unos rudos pescadores; un personaje entrañable llamado Manuel, cantando una melodía que —esa sí— jamás me ha abandonado: «Ay, mi pescadito, / no llores ya más, / ay, mi pescadito, / deja de llorar». Tras su muerte heroica y tierna, despidiéndose del pescadito desde la mar, aquel día —yo tendría nueve o diez años—, me pegué una llorada inconsolable. Y, como llorar es agridulce, mi hermano y yo tarareábamos aquella tonadilla para provocarnos el llanto.

El *Grumetillo* en su versión alemana fue ampliándose. La flota de Ulises, luchadores olímpicos llegados de Esparta y Cartago, centuriones de la legión romana, vikingos, corsarios, delfines y narvales se añadieron a los pescadores de Maine. Centrales en la historia, empero, siguieron siendo el grumetillo y Manuel. Ya no moría; acompañaba incansable al niño protagonista. A nuestro regreso, mi mujer consultó a un amigo cinéfilo, que identificó la película como *Capitanes intrépidos*. En esta segunda infancia, Spencer Tracy me conmovió tanto como en la primera. Fue entonces cuando Darío se socializó en la versión cinematográfica de la historia.

Escamado por ciertos detalles, pregunté a mi hijo por el nombre del barco, la zanfoña y el rodaballo. Para contarlo mejor, Darío había dibujado el *SS Tiburón* en una tarjeta. «El nombre lo he sacado de los dibujos animados de *Uncle Grandpa*». La zanfoña la representó como un enorme banjo. No tenía idea clara de cómo es en realidad ese instrumento medieval. «¿Y el rodaballo?». «Sí que está en la película —insistió —. Lo dicen los subtítulos».

Esta historia me parece una alegoría de época. Reúne los múltiples objetos de nuestra investigación, para anudarlos de manera insospechada. Tenemos, por una parte, la reforma institucional de la lectura y su significación pública, con la celebración burocráticamente programada de actividades que persiguen promover la práctica lectora por la vía de reformularla en función de modos de circulación de la palabra escrita llamativamente rituales, ceremoniales, performativos, comunitarios y orales. ¿No eran estos, si no contrarios, al menos anteriores y previos al imperio de lo escrito? Está, luego, la confusa memoria cultural resultante, hecha del enredo de múltiples formas de escritura con otras modalidades de expresión. En el relato que nos ocupa se vienen a entretejer varias generaciones, diversos locutores, temporalidades y lugares distantes, medios heterogéneos que se remedan entre sí. La película de Victor Fleming (1937) resulta un clásico de otro clásico: la novela original del británico Rudyard Kipling *Captains Courageous* (1897). ¡Allá en el cuento

de mi niño yacía ni más ni menos que un nobel de Literatura! Como todavía eran capaces de explicitar los contemporáneos de Cervantes (Millán, 1996), la palabra «texto» procede de tejer y tejido. ¿No hay aquí muchos hilos que se cruzan? Consecuentemente, debemos considerar también la nada inocente cualidad metatextual del relato, su condición políglota de ser algo contado a varias voces, el ser una historia hilada entre muchos.

La revoltura de las memorias

Las tres cuestiones que comentaré en lo que sigue son, por tanto, (1) el *formato ritual* que la institución imprime a la celebración de la lectura, (2) el *desdibujamiento del sujeto* de la memoria escrita y (3) el *carácter de metarrelato* que marca las narrativas resultantes.

1. *Un formato ritual.* ¿Por qué habrían las bibliotecas, escuelas y otros agentes institucionales de movilizar una memoria compartida? ¿Tan lejos queda aquel tiempo en que la misión de la biblioteca era precisamente encerrar las versiones «correctas», santificar la autoría, salvaguardar la obra de contaminaciones espurias, filtrar, seleccionar, compartimentar y separar debidamente las cosas? («Limpia, fija y da esplendor» reza el lema de la RAE). Cuenta una investigadora que en los años ochenta, al consultar a un amigo historiador sobre la posibilidad de trabajar en bibliotecas y archivos, este le preguntó «¿A ti te gusta bailar en las discotecas o leer en las bibliotecas?». «Ante semejante pregunta en un ambiente opuesto al discotequero —reflexiona la autora—, no pude responder más que me gustaba leer» (Caro, 2015: 23). La práctica lectora ha sido concebida a partir de esa disposición disyuntiva, contraponiendo el pensamiento a la distracción, el estudio al baile, la biblioteca a la discoteca.

   Parece este un momento distinto. No necesariamente el de la destrucción de la biblioteca; una imagen recurrente desde el XIX, anunciada distópicamente por el *Farenheit 451* de Bradbury y explorada con inquietud por pedagogos e historiadores (Dussel, 2016). Pero sí el de su apertura, que muchos ven como promesa de innovación, diálogo y compromiso público y que otros lamentan como disolución y dispersión de la Gran Tradición y el acervo recibidos (Bessard-Banquy, 2010: 13 y ss.). Se trata, en todo caso, de un momento de crisis: no en la acepción ordinaria de pérdida o quiebra, sino en la literal de situar algo en el umbral. Sacar los textos sagrados fuera de sí, ponerlos a dialogar con el mundo, necesariamente los enfanga con el desgaste que supone su roce contra las infinitas historias de la gente. Pero también los enriquece con ellas. A lo largo de este capítulo trataré de argumentar en qué consiste, desde la perspectiva de un antropólogo, ese innegable enriquecimiento; y por qué las instituciones de promoción de la lectura —y el mundo del libro en general— parecen estar percibiéndolo crecientemente de esa manera. Esta hipótesis puede formularse como un desplazamiento de legitimidades que se

mueven del texto al relato, de lo escrito a lo vivido y de la lengua única a las hablas diversas.

Esta hipótesis puede formularse también en términos arquitectónicos, como una crisis espacial de la biblioteca: una insuficiencia de los ambientes recibidos (sala de lectura, salón de actos, podio y platea) de cara a sostener esa deseada conversación. En fechas como el Día del Libro, dicha conciencia cobra la forma extraordinaria de una fuga celebratoria: salida a las calles, maratón popular, toma de la ciudad. En nuestra época, las bibliotecas quieren —aunque no siempre lo consigan— andar en conversaciones. Ese realineamiento es simultáneamente cuestión de tiempo y espacio, pues lo que instituye un lugar como tal es, justamente, el hecho de que incorpora una memoria específica. La reconversión en marcha tiende a sacar a la biblioteca de la serie de lugares sacrales en la que históricamente se encuadró —junto con el templo, el museo, el cementerio y la catedral—, para realinearla con el salón, el café, el centro cultural, el parque, la plaza y hasta la pista de baile. Y más recientemente con Internet, la pantalla, el dispositivo portátil, el disco duro y la base de datos.

Cabe entonces preguntarse por el carácter ritual de este tipo de efeméride. En su sentido antropológico, la conmemoración consiste en recordar juntos (*con/memorar*): declarar que una memoria común sigue viva, atando los tiempos del presente, el pasado y el futuro (Fernández, 1994). ¿Por qué celebrar un Día del Libro? ¿Acaso porque su vigencia está en entredicho? Es notable la combinación entre un formato promocional típico del *marketing* institucional y su investidura con los ropajes de lo lúdico, festivo, mnemónico y comunitario. En particular, no parece casual la adopción de un molde como el del maratón, consistente en «pasar el testigo» de una narración en tiempo real (leída, recitada o improvisada), en un esfuerzo colectivo de locución abierta a todos. En algunos actos, las familias son convocadas a presentar sus cuentos infantiles favoritos frente al resto de los usuarios. En otros, celebridades de las artes y las letras ponen su voz para representar al todo social en turnos de lectura del *Quijote*. Desde hace una década, la ciudad de Guadalajara se ha vuelto pionera en una maratoniana invasión de la ciudad por actos organizados desde su biblioteca pública. En Toledo, otra organiza una carrera popular que discurre, literalmente, por los pasillos.

La forma «maratón» tiene una base sacrificial. Supone una actualización de la gesta original que le dio nombre. Con ello recapitula sutilmente algo de la historia moral de Occidente. Si, como definió Marcel Mauss, los rituales son «actos eficaces que versan sobre cosas llamadas sagradas» (1970), podemos maliciar que hay aquí algo más que un juego inocente con viejas palabras. Se trata de la invención de una tradición (Hobsbawn, 1983), putativamente capaz de establecer el valor incuestionable de un objeto de culto, así como los modos correctos de entrar en contacto con él. Conviene aclarar que sagrado y secular no son incompatibles. Y también que hay modalidades de expresión de respe-



to que no son forzosamente ceremoniosas y solemnes, sino desordenadas y festivas (Moore, Myerhoff y Leach, en Cruces, 2007: 50, 73). A nadie llamará la atención que las instituciones canonicen textos y autores de la historia nacional o de una emergente literatura universal. El canon es un panteón. Lo irónico es que la eficacia del rito venga de la mano del relato oral y la lectura en voz alta, que la disciplina escolar y la cultura letrada no se cansaban, en un tiempo no tan lejano, de declarar obsoletas, marginales o sospechosas. Como ha señalado Martín Barbero (1991), el nacimiento del concepto de cultura popular es inseparable del momento en que los hijos del campesinado, al empezar a asistir a la escuela, hubieron de avergonzarse de la cultura de sus padres.

La dimensión ritual invita por tanto a interrogarse sobre la particular eficacia simbólica de este tipo de *performance*. Como en las carreras deportivas, en las ceremonias de lectura pública se funden el esfuerzo individual y el sentido de gesta; el cuerpo recitante y el texto recitado; la emoción empática y los elevados conceptos; la libertad personal y el reconocimiento de valores trascendentes más allá del individuo. Glosando a Durkheim y Freud, James W. Fernández ha caracterizado esa experiencia peculiar como un «retorno al todo» (1986). Participar en rituales vivifica una pertenencia que es de naturaleza mística. Al proveer de un tiempo fuera del tiempo donde el pasado se conjuga en presente, quienes intervienen pueden sentirse momentáneamente parte de un conjunto significativo e importante. En él, «Todos somos Shakespeare».

2. *Desdibujamiento del sujeto*. Cierto que, en sociedades complejas de modernidad tardía, esas experiencias obtienen el premio de su universalidad al precio de una notable difuminación de la comunidad que invocan. Comunión no significa en este caso compartir un destino común sino, a lo sumo, una solidaridad efímera y levemente vinculante.

   Categorías analíticas como *ritual secular* —y otras homólogas como *religión civil*, *liturgias numinosas* o *tradiciones inventadas*— buscan dar cuenta del hecho paradójico de que la Modernidad precisa sus propios ritos (Cruces, 2007: 52). En ellos, con cuanta mayor nitidez se distingue un objeto celebrado, tanto más parece difuminarse y expandirse el sujeto celebrante, como corresponde al universalismo con que tales actos se dirigen indiscriminadamente «a todos» (Velasco *et al*., 1996). Y también por el alcance planetario que propugnan. Como sucede en cualquier otro culto, el cuerpo celebrante se concreta en tensión entre una feligresía local y una iglesia universal: entre las comunidades particulares de usuarios de tal biblioteca o colegio, el público lector en general, los habitantes de tal o cual ciudad («la ciudadanía») y la vasta Humanidad, encarnada en sus humanistas. El precio de la publicidad es una progresiva pérdida de rostro.

   No es de extrañar, por eso, que a mí mismo me cueste identificar a quién pertenece la memoria contenida en el cuento de Darío. El locutor se emborrona abarcando al niño que fui; al padre que soy; a mi hijo menor tanto como al mayor; a un incipiente Hollywood; a un novelista británico nacido en la India que viajó a Norteamérica cuando aún tenían pescadores en goleta; al cinéfilo amigo de mi mujer; hasta al traductor gallego o cántabro que en los créditos añadió un rodaballo.

   En eso siento que reside su impura belleza.

3. *Metarrelato*. Particularmente dicente parece el carácter de metarrelato que tiene esta historia. Barthes adoptó el término «mito» para referirse, precisamente, a esa cualidad crucial de los significados de segundo orden para marcar metalingüísticamente el texto, haciendo de todo discurso cuentos de cuentos, relatos de relatos. El mito sobreimpone a lo narrado un significado holístico, «ideológico», decía Barthes (en Baumann, 2010: 125 y Hall, 2010: 78). Contra lo que podrían hacernos creer los teóricos de la información, las elocuciones explícitas de primer orden —aparentemente denotativas, inambiguas, aproblemáticas— dicen poco. No agotan «el significado» de lo dicho. Lo que a menudo entendemos como contenido informativo (resumible, referencial, explícito) no representa sino una parte de lo que se dice. La noción de *discurso* subraya el hecho de que todo uso lingüístico llega sobredeterminado por una compleja cadena de implícitos: cosas históricamente dichas con anterioridad; cosas a las cuales lo dicho responde; cosas que resuenan en lo dicho, porque podrían o querrían o deberían haber sido dichas; cosas que no pueden decirse. Esa cadena no es

empíricamente ilimitada, pero es fácticamente inabarcable; tanto como para no querer entregarse a aquel sueño positivista que aspiraba a remontar el juego metalingüístico del habla para descodificarlo *ad infinitum*. Con optimismo prometeico, el semiólogo estructuralista, dueño de todos los códigos, se daba como misión domesticar la connotación, reduciéndola a un encadenamiento endiablado de denotaciones, para llegar hasta el significado último (Pardo, 1996: 68, 73). La narratología contemporánea es más modesta. Arranca de la multiplicidad de los relatos y sus lecturas; no para someterlos a una lectura correcta, sino para perderse y reconocerse en ese laberinto, afanándose en perseguir las fuentes de su densidad, las vicisitudes de su enredo, la resonancia de algunas de las memorias que los habitan. Para hacerlo tiene que levantar acta de un hecho: el lenguaje solo significa porque es prestado (Bajtín, en Hall, 2010: 88). Nuestro decir habla con palabras de otros. Así sea para poder hacerlas suyas —para poder decir algo. Y es justamente ese hecho fundante el que preña de densidad, emoción y relacionalidad a la memoria. La memoria es densa porque está enredada.

Un tratamiento narratológico de la práctica lectora se construye sobre estas sospechas. En especial, la de que todo relato será siempre así: relato de un relato. Lo escandaloso para algunos de nuestro momento cultural —lo gozoso para otros, en todo caso lo indiscutiblemente llamativo— es que invite a poner del revés lo recibido canónicamente sobre los saberes escritos en su relación dominante respecto al resto de las formas de expresión. En especial, aquel convencimiento letrado de que sagrados son los textos, no las efímeras palabras que intercambiamos sobre ellos. Como si nuestro vulgar recontar de todos los días fuera, en tanto que *performance* secundaria de algo más acabado y completo, una versión bastarda o inadecuada de algún texto originario. La incuestionabilidad del texto es el suelo último e irrenunciable de la idea civilizatoria de instrucción pública, la cual yace en el fondo de la escuela y sus estrategias iluministas de normalización de las hablas vulgares. Las celebraciones seculares de la lectura no dejan de enviar, empero, un mensaje paradójico, doble-vinculante, en relación con dicha creencia. Por un rato al menos, el Día del Libro juega a poner boca abajo la relación entre cuentos y textos que edificó durante siglos la preponderancia de lo escrito. Tal vez no debamos tomar esa inversión como cosa seria ni definitiva, sino como —al estilo de las murgas y los carnavales— meramente ritual, es decir, transitoria, imaginaria, utópica. Pero tiene el poder de recordarnos, entre bromas y veras, que lo que las bibliotecas guardan no es otra cosa que relatos de relatos. Voces de otras voces, copias de copias. Antes de Kipling, los pescadores estaban ahí, con sus cuentos.

8.2

Así leemos: una experiencia de talleres colaborativos

El grueso de mi aportación etnográfica en este proyecto es de corte experimental. Consiste en ocho talleres realizados a lo largo del año 2016 en Madrid, Palma de Mallorca y Ciudad de México.[1] En ellos han participado en torno a unas sesenta personas, compartiendo experiencias sobre lectura. Cada taller proponía alguna actividad sencilla, con vistas a explorar algún aspecto relacionado con sus maneras de leer. Propuse como temas (a) nuestra identidad en tanto que lectores (*Confieso que he leído*); (b) el lugar de la lectura en nuestra biografía (*En busca del tiempo ganado*); (c) la relación de la práctica lectora con el uso de pantallas y dispositivos electrónicos (*A la sombra de las pantallas en flor*); (d) la organización de las bibliotecas domésticas (*Las bibliotecas de Babel*), y (e) los pequeños rituales en torno a la circulación de libros en la vida cotidiana (*Lectores en el circuito del don*).[2]

En estas reuniones, la actividad central consiste en conversar, pero se busca también crear un entorno de exploración que vaya más allá del intercambio de ideas. Interesan más las experiencias e historias vividas que las opiniones o las teorías. Y que la exploración sea activa y sensorial, de modo que permita bajar a la arena concreta de lo escuchado, saboreado, rememorado, sufrido y gozado. En la serie de talleres en Medialab, la continuidad de un mismo grupo de participantes a lo largo de cuatro sesiones bien espaciadas permitió realizar entremedias algunas tareas sencillas, como la confección de biografías lectoras, la redacción de pequeños diarios de uso o el boceto de croquis, planos y fotos de las librerías personales. Me sorprendió el nivel de elaboración de algunos de esos documentos. Una persona plasmó magníficamente en un pdf su biografía lectora con profusión de colores y diseño gráfico, amén de la abundancia de detalles históricos recopilados sobre la propia vida. Otros se lucieron en la autoobservación minuciosa de sus lecturas más incidentales, abarcando —junto con los textos «serios» de ensayo y novela— la cartelería avistada desde el autobús, los whatsapps recibidos por el móvil, las listas de la compra y los documentos del trabajo.

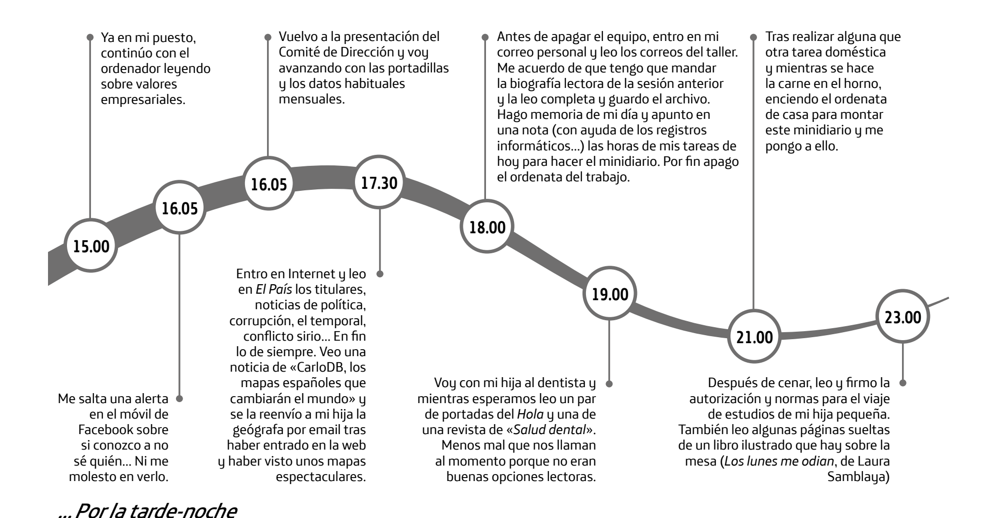
---

1. Se realizaron cuatro talleres en Medialab-Prado (Madrid), dos en la bilblioteca municipal José Hierro del distrito de San Blas-Canillejas, uno en el Centro Asociado de la UNED en Palma de Mallorca y otro en la Biblioteca Nacional Vasconcelos de Ciudad de México. Romina Colombo, Nuria Esteban, Gloria G. Durán y Julián López coorganizaron algunos de estos talleres. Estoy en deuda con dichas instituciones; en lo personal, con María José Hervás, Lidia Teira, Marcos García, Eli Lorenzi, Siblei Labandeira, Pilar Rivas, Daniel Goldin y su equipo, así como con todos los participantes que compartieron generosamente sus experiencias. Cuando estas personas aparecen en el texto lo hacen bajo nombres ficticios.

2. La convocatoria puede consultarse en <http://medialab-prado.es/article/asi-leemos>.

Fig. 8.1

Biografía lectora



Fuente: Participante del taller *Confieso que he leído.*

Fig. 8.2

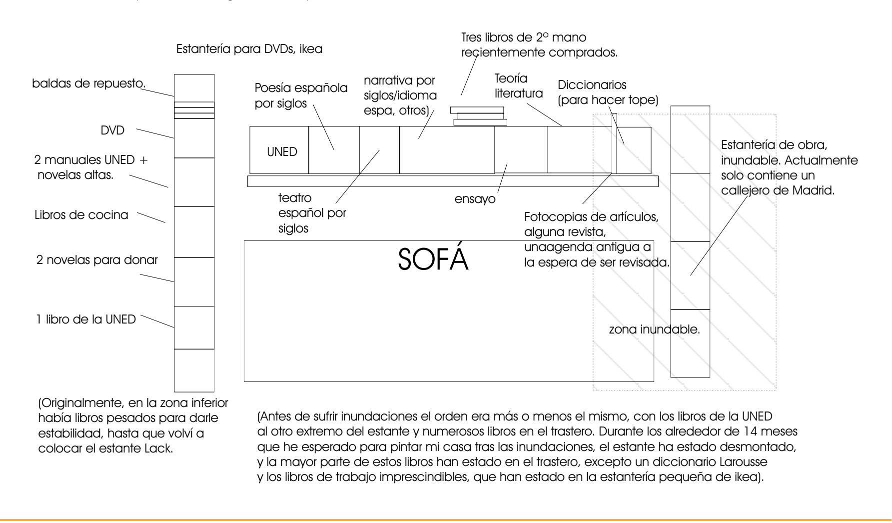
Diario de lecturas.

```
12.0-12.03 Uso mi móvil para buscar otra pregunta sospechosa del mismo alumno.
12:10 Dejo de corregir para ponerme a decorar la biblioteca.
12:50 (Aproximadamente) Copio un fragmento de un poema en la pizarra. Es prácticamente el único momento de esa hora de clase en que leo algo.
14:15 a 15:10 Impartiendo clase. Hora de lectura: leo poemas en papel y escucho leer en papel mientras los proyecto en pantalla gigante para quienes no traen el libro.
15:25 a 15:30 leo los whatsapps y correo electrónico. Me lleva a la consulta de un artículo de un excompañero.
15:38 Escribo correo a compañeros de trabajo que no he podido escribir en el trabajo. Todavía no he llegado a casa.
15:45 Leo propaganda (me interesaba el tema) en el portal de casa mientras subo las escaleras. A continuación escribo este cuaderno.
16:30 a 16:35 Ordeno el correo  bancario de la comunidad de vecinos (de la que soy presidente este año). Simplemente leo las fechas.
16:50 Leo en pantalla del cajero el saldo de la cuenta de la comunidad. Actualizo la libreta (permanezco 5 minutos leyendo una y otra vez el mensaje "espere..."). Leo en la libreta los apuntes bancarios.
17.05-17.07 Compra del abono transportes: lectura de la pantalla de la máquina expendedora, de la minipantalla del lector de tarjeta de crédito. Leo el número de serie de la  tarjeta transportes y compruebo que figura el mismo en el recibo.
17.15-17.16 Lectura de Whatsapp, saliendo del metro.
17.20 aprox-17.29 Llego a la biblioteca y comienzo a repasar mi libro de Antropología feminista mientras tomo notas.
```

Fuente: Participante del taller *A la sombra de las pantallas en flor.*

Fig. 8.3

Croquis de libroteca



Fuente: Participante en el taller *Las librotecas de Babel.*

La virtud de esta manera de plantear las cosas es desintelectualizar el abordaje del tema. Le restituye emoción, veracidad y energía, facilitando que no solo los listos de la clase tengan algo que decir. Las preferencias personales en materia de soportes, géneros y momentos de lectura constituyen, ciertamente, un modo de hablar autorizado y autorizante, que inevitablemente se cuela en la ocasión. Nuestra convocatoria en la página de Medialab adolecía, probablemente, de ese mismo sesgo cerebral:

> ¿Qué mutaciones afectan a la lectura? Esta práctica central en la formación de la subjetividad moderna parecería estar experimentando una metamorfosis. El canon cultural basado en «solo lectura» enfrenta la emergencia de nuevos soportes, actores y prácticas que presuponen —y fomentan— una cultura prosumidora de *read & write*, abriendo el abanico de experiencias lectoescritoras. Clubes de lectura colectiva, proliferación de blogs, prácticas de *booktubing* y *bookcrossing* son fenómenos que hablan, no del fin de la lectura, sino de una renovada vida social del texto.

Con semejante entrada, habría cabido esperar de ese encuentro una sesuda disertación entre *bloggers* paraacadémicos. No fue eso lo que sucedió. Lo bueno de trabajar con talleres es que en ellos genuinamente ocurren cosas. Sorpresa primera: en las presentaciones mediante una dinámica de grupos hubo juego, risas y el placer de descubrirnos como grupo lector. Al final de ese día, sinteticé por email, con cierta guasa, algunos de esos hallazgos:

- Somos un grupo más variado en los libros que en el matrimonio.
- La lectura no obtura el gusto por la buena cocina.
- Entre las ciencias y las letras hay kilómetros de texto.
- A ciertos libros, por su ligereza, los sacan de paseo.
- Andar cargando *El mundo de Guermantes* por los parques no garantiza que te miren las chicas.
- A Céline, mejor leerlo de mañanita.
- Tema para cuento de Cortázar: una bibliotecaria leyó que un usuario leía en ese mismo libro que ella leyó que el otro leía, etcétera.
- Hay quien apaga su móvil para leer. Hay quien enciende su libro para leer.
- *Dolorivio*: dícese del sorprendente sentimiento que experimenta quien dona o regala su biblioteca.
- Ojo con leer caminando, suele haber huecos en la acera.

En este grupo de unas veinticinco personas se habló de novela, poesía, ensayo, ciencias sociales, gastronomía y otro montón de preferencias. Era también variopinta la relación con los soportes: algunos se declararon netamente «lectores digitales» o bien «lectores en papel», pero la gran mayoría nos posicionamos cómodamente en una incierta tierra de nadie. Lo que es más interesante, impugnaron de entrada —como una pregunta imposible, una falacia— esa «falsa dicotomía» entre lo analógico y lo digital. «¿Qué quieres decir con digital?», cuestionó alguien. «¿Leer en el móvil, en el libro electrónico, en el ordenador? ¿Todo el rato? ¿O a veces?». Ya desde las presentaciones emergieron formas matizadas, personales, de apropiarse de los soportes en función de distintos momentos y tipos de lectura. Había quien cultiva un sillón de orejas, apagando el móvil para leer. Había quien proclamaba su encanto con la modernidad de su libro electrónico y el tipo de accesibilidad que ofrece, sin lugar ni horas. Había quien gusta de sacar los libros de paseo, escogiéndolos según tamaño o peso. Varias personas habíamos donado o regalado nuestras bibliotecas, sintiendo con ello alivio o zozobra. O una mezcla de ambos.

El grupo era más homogéneo en cuanto a la edad (mayores de treinta), ciclo familiar (mayoría de solteros sin hijos) y nivel escolar (bibliotecarias, profesores, estudiantes, algún editor, varios promotores de lectura, varios miembros de clubes). El hilo común era, sin discusión, la pasión lectora, aderezada con la curiosidad de hablar sobre ella. Por la lógica del reclutamiento voluntario, este tipo de perfil se repite en los talleres realizados en otros lugares. Éramos bibliófilos. Esa condición no carece de ambivalencia. En tanto que pasión, los goces conllevan sinsabores. El amor por leer es tanto

fuente de plenitud (conocimiento, diversión, intercambio, crecimiento y goce de sí) como de escozor: de no leer bien, de no es estar leyendo lo suficiente, de querer retener lo leído, de no poder hacerlo más o mejor. Ese tono agridulce es central para entender los relatos compartidos en estas reuniones. En el grupo de Mallorca, alguien señaló que en catalán existe un término que lexicaliza este hecho, al nombrar a los amantes de la lectura como «heridos por las letras» (*lletraferits*). Tal vez estos talleres no hayan sido, de Madrid a México, más que estimulantes confesiones entre *lletraferits*.

Este tipo de taller no es invención nueva. En mi caso, la metodología surge de las series de talleres llevadas a cabo en diversos contextos y ciudades a propósito de la escucha musical (de 2008 a 2015), la actividad prosumidora (2010) y la intimidad metropolitana (de 2011 a 2014). En lo esencial, sus claves consisten en (a) una construcción colaborativa, no intrusiva, de la relación con los «informantes», recategorizados como partícipes en una exploración colectiva; (b) un enfoque analítico basado en el análisis narrativo y poético de las microhistorias resultantes, y (c) una epistemología constructivista, fundada en nociones de reflexividad, conmoción y resonancia (Cruces, 2016: 325 y ss.).

El resultado de los talleres no permite hacer generalizaciones transversales o comparaciones fáciles. Al contrario, invita a usar los contenidos que ahí emergen para interrogar dicotomías al uso, como la arriba comentada entre lo digital y lo analógico; entre la lectura por obligación y la de impulso; entre las letras y las ciencias. Lo que genera la dinámica colectiva es un rico caudal de historias singulares. Y esa singularidad difícilmente se deja atrapar en forma de abstracciones o generalidades sobre los hombres y las mujeres, los jubilados y los jóvenes, los solteros y los casados, quienes prefieren la novela o los textos de autoayuda, quienes tienen móvil o no lo tienen.

¿En qué consiste la singularidad de un/a lector/a? Esta me parece, en sí misma, la pregunta fundamental. El taller funciona mejor como heurístico de descubrimiento —para abrir o perfilar preguntas— que como protocolo para fijar respuestas. Ni la antropología (con su énfasis en lo cultural) ni la teoría del texto (con su construcción abstracta de un Lector tipo, con mayúsculas) tienen fácil dotar de rostro al lector empírico. Menos aún las encuestas sociológicas o educativas, para quienes por definición no existe casilla para lectores singulares (quien lee pareciera ser siempre «la población»: abstracta ficción de un sujeto social segmentado en categorías de clase, edad, género, etcétera). La virtud de la etnografía como procedimiento holista es su ambición de restituir el papel de las lecturas en la edificación personal, reticular y sedimentaria de un universo propio. A través de su microrrelato (más o menos extenso, certero o elaborado) son las personas-en-circunstancia quienes ponen los libros en su lugar. Que no es otro que el de una vida.

Ese panorama singularizador resulta menos individualista, textualista e intelectualista que lo que proyectan las visiones convencionales sobre los consumos culturales. En la vida cotidiana, la actividad de leer se engarza de mil maneras con otras prácticas: la compra y la cocina diaria; los cuentos a los niños antes de dormir; la conversación con el cónyuge; la escucha de música; la limpieza y otras ta-

reas domésticas; la competencia de los libros por encontrar su sitio en el salón, o su momento entre el ejercicio, el paseo y la tele; la difícil negociación para coordinar los ritmos de los diversos habitantes de la casa; la relación con el trabajo (varios de nuestros talleristas tenían un espacio de trabajo en casa)... Lo singular es la respuesta por parte de cada quién al problema común de construirse a sí mismo, entre otras cosas, con lecturas, mediante lecturas. En la fábrica compleja de la subjetividad, lo leído y por leer son un elemento más. Hacen una importante contribución a esa alquimia particular que incluye, biográficamente, lo que vengo llamando el enredo de las memorias. Y que también tiene que enunciarse, en presente, como el enredo entre las prácticas. Esa puesta en contexto tiene un carácter relacional, pragmático y terrenal. Y en ella los otros significativos de la convivencia cotidiana tienen un rol fundamental.

Por ejemplo, Emilio, uno nuestros participantes, siente pasión por contar cuentos a sus tres hijos. No porque haya recibido esa tradición familiar sino, justamente, por lo contrario. Él deseaba «fundar una tradición». Siente que de pequeño no se los contaron lo suficiente. En la jerarquía lectora de este profesional con trillizos, investigar sobre literatura infantil se ha vuelto prioritario. Realiza listas de autores. Busca obras y ediciones. Colecciona ejemplares raros. Tiene, contraviniendo normas municipales, cinco carnés de bibliotecas. Cultiva minuciosamente una complicidad lectora con sus hijos.

También la pasión de Luisa es leer cuentos. Lo que a ella le gusta es declamarlos en voz alta. Empezó por hacerlo con sus hijos. Luego la invitaron a que lo hiciera en la escuela, para padres y abuelos. Fue entonces cuando descubrió que por medio de su voz podía hacer llorar a la gente. Sus textos preferidos son infantiles historias de amor. Las lee ahora con regularidad, en un colegio para niños ciegos. «¿Notas alguna diferencia?», le pregunté. «No —respondió —, se emocionan lo mismo». «No, no puede ser lo mismo —repliqué —. Ellos no ven. Lo dice bien claro al final de *El Principito*: solo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos. Lo que tú estás dando a esos niños es, por tanto, lo esencial». La singularidad de una voz humana, su irrepetibilidad —eso que Barthes describiera como «el grano de la voz» — es precisamente lo que tanto emociona en el canto y el recitado. Luisa ha descubierto que puede ponerlo a circular. Su inspiración última consiste en leer a su marido convaleciente esos mismos cuentos.

Pau nos confesó su fortuito, fascinante encuentro con el *Viaje al fin de la noche* de Louis-Ferdinand Céline. La novela lo atrapó. Había comenzado la tarde anterior; llegó el alba y él seguía leyendo. Ese día le tocó irse a trabajar en blanco. Una noche loca, como promete el título.

En otras de las anécdotas compartidas la literatura también parece realizarse proféticamente. Jonás contó cómo había viajado a Maracaibo y Malasia en una suerte de homenaje a Salgari (quien, según parece, jamás visitó esos lugares). Jonás dirige una asociación que recoge libros que la gente tira o abandona, para buscarles una segunda oportunidad. En su cocina tiene cientos de volúmenes. Se jacta de cuántas recetas conoce para preparar el bacalao.

Teresa era una entre diez hermanos. Sus primeros recuerdos incluyen a su madre leyendo mientras daba teta. De las primeras licenciadas de su generación, pasó años entregada a la crianza. Aprovechaba para leer y dar de mamar, retirándose a una salita. «Parece una imagen bíblica o medieval: la virgen de la teta», reaccioné. Mil cosas se han asociado al acto de leer. Se representa al Lector Soberano en sillones, con pipa, en *fumoirs* ante un fondo de enciclopedias. Respecto de esa figuración, esta otra supone una irrupción violenta del cuerpo y el cuidado. Bibliofilia apasionada que pone boca abajo toda idea de un acto recogido, cerebral.

Lidia trajo un libro significativo. Su padre, historiador, se lo regaló al cumplir ella los dieciocho años, cuando se decantaba por estudiar antropología. *La Caravanera, o colección de cuentos orientales traducidos de un manuscrito persiano*. Un pequeño tesoro de 1816, forrado en piel, con esmerada tipografía. «¿No tenemos los antropólogos un término preciso para esto?», pregunté. «Claro, ¡es un rito de paso!». Personal, idiosincrático rito de madurez para una sociedad liberal y secularizada. El padre esperó el momento preciso. Había escogido el libro, borgiano hasta el título. Mientras en otras casas se festeja la edad de la razón con bailes o viajes (la palabra «turismo» viene del *Grand Tour* con que los hijos de la burguesía accedían a la mayoría de edad acudiendo a los santuarios de la civilización clásica), en esta casa se inventó un ritual que en un libro ofrendaba el mundo. Tal vez por eso, explica Lidia, «para mí simboliza no solo la relación que teníamos, sino lo que yo soy y lo que era él».

A su hija mayor, cuando se fue de casa, Paula le regaló no un libro, sino los prismas de vidrio que ella fabrica y cuelga en las ventanas. En este caso, el ritual inaugura una casa nueva al traspasar algo de la antigua, cual un fuego sagrado. La misma luz. En otros talleres hizo aparición un pulso entre hermanos a la hora de heredar el recetario de la abuela, cierto álbum de fotos, el reloj del abuelo. Aquí es la luz lo que está en cuestión. Eso significa «hogar»: un interior calentado, alumbrado; no por la luz dura del espacio público, sino por una fuente cálida, afectiva, velada, coloreada o transfigurada por su paso a través de un cristal. Paula es ilustradora, hace libros con figuras, colores e imágenes. La luz también está en los libros.

Podría continuar hasta agotar al lector con una larga serie de descubrimientos.

La muchacha a quien se reveló el sexo prohibido leyendo a Bataille, junto a sus amigas de la *prepa*, tumbadas en el césped, fumando y fumándose las clases.

Su actual pareja, quien siente la pulsión de interrumpir la lectura para compartirla con quien quiera que se halle cerca, un deseo que nace al dar de manera repentina con una descripción dolorosamente atinada, implacable en la iluminación verbal de algo que se sabía sin saber y que exige, a su vez, ser urgentemente transmitido.

El grupo de seis señoras amigas que glosaron, a lo largo de un delicioso taller sin dirección aparente, las muchas razones que encuentran para leer juntas en su club: «Ven cosas que yo no veo», «Así no me siento rarita», «Leemos con una sensibilidad diferente».

El humilde camarero que seleccionó, de entre todos los libros, el que un cliente cariñoso le había regalado: *La cultura. Todo lo que se debe saber*.

La bibliotecaria que narraba divertida la lucha sorda por el orden de las estanterías de ciertas secciones de la biblioteca, que usuarios amantes de la literatura fantástica gustan de recolocar a su propio criterio.

El ingeniero que recordaba haber empezado a leer en Internet, en una feria de ordenadores, a raíz de una adolescente afición a los videojuegos…

La singularidad contenida en historias como estas no impide el reconocimiento, sino que justamente lo posibilita. Es una vida. Nadie se reconocería en una vida sin historia (el perfil de una planilla, una vida-promedio). En la vida del otro me reconozco. La dinámica de intercambio en los talleres permite entender estos microrrelatos como una dialéctica donde se alternan mismidad y alteridad, extrañamiento e identificación. Por eso resulta divertido: responde a un deseo de narración y escucha. Las historias de alguien son, por implicación, historias de todos. Lo común alienta en el interior ese embrollo que Löfgren (2014) denomina la «caja negra» de la vida cotidiana, un *totum revolutum* constitutivo de la intimidad, donde el sujeto se envuelve en sus pertenencias y participaciones. Entre tales extensiones del yo (Goffman), la lectura encuentra un lugar de privilegio junto con la música, la ropa, la comida y algunos otros *hits*, si bien posiblemente por distintas razones. La lectura facilita historias que permiten contarse uno mismo.

Así, ciertos temas constituyen un suelo común al discurso de los participantes: (1) la trascendencia moral de la práctica lectora; (2) la condición de lector híbrido; (3) la presión a la fragmentación temporal de las maneras de leer cotidianas; (4) la lectura como circuito socializado, su inserción en un sistema de intercambios que dibuja una generosa economía moral, y (5) la formación de las librotecas personales en el cruce entre diversas gramáticas del espacio íntimo (materiales, relacionales y afectivas).

1. La práctica lectora exhibe un carácter estructurante del yo, tanto en relación con las rutinas del día como en relación con la trayectoria biográfica a largo plazo. Aflora la importancia del contenido de lo leído, pero sobre todo del hecho mismo de leer («Confieso que he leído» era el título propuesto para uno de los talleres). Contar la vida es, de por sí, un ejercicio narrativo. Hacerlo en forma de biografía lectora deviene un ejercicio redundante, circular. Resultó hermoso ver en qué medida diversas maneras de leer se corresponden con formas también diversas de contar la vida: linealmente, con imágenes, por diagramas de flujo, con metáforas lumínicas, temporales o afectivas. Arribamos así a uno de los sentidos fundamentales de la literacidad enterrado en la polisemia de «contar». Lo explica muy bien Jesús Martín-Barbero: «Hablar de políticas de lectoescritura dirigidas a los adultos no es hablar solo de enseñarles a leer y a escribir, sino de que aprendan a contar su historia». Pues «contar una historia es narrar y ser tenido en cuenta». Aprender a leer es, para los sujetos, un modo de *contar* la propia historia y, con ello, es también la manera de ser reconocidos, de *contar* para los demás (2011: 38, 40).
2. El carácter de *lector híbrido* de la mayoría de los participantes se expresó en un gradiente de posiciones respecto a las formas históricamente heredadas



de práctica lectora. Existe conciencia de una transición inevitable. Por razones de edad, pocos participantes se reconocían «nativos» del mundo digital. No obstante, el grado de comodidad con nuestras maneras de leer contemporáneas (caracterizadas por la combinación de soportes, la amalgama de estrategias y una fragmentación de los momentos de lectura) encontraba expresiones diversas. Algunos tendemos a hablar en pasado del lector que fuimos. Otros afirmaban «ser aún» ese tipo de lector. Otros reinvindican que «siempre continuarán siendo» fieles a sus maneras de leer. Esta condición híbrida no revela, en cualquier caso, un panorama «poscanónico», sino ambivalente. La crisis del canon significa aquí que el sujeto se reconoce en medio de una realidad un tanto desordenada, en transición; sin renunciar a lo heredado ni sustituirlo de forma automática por lo nuevo. Esa convivencia de modelos se revela sintomáticamente en la combinación de prácticas gobernadas por lo que podríamos llamar, parafraseando a J. C. Kaufmann (1997), el Mandato Lector, junto con otras que se liberan de ese sentido de deber ser originario del *habitus* escolar. Hay quien confiesa elaborar «aún» listas de lo leído y lo pendiente de leer; quien acumula en la memoria autores y títulos; quien de ningún modo renuncia a terminar un libro empezado (síndrome del punto final). A la inversa, existe quien celebra, como una fiesta largamente esperada, haber llegado a un punto en la vida donde puede concederse el derecho a no leer, no acumular, no terminar. Esas ambivalencias del deber-placer de las formas de lectura contemporánea se agudizan al considerar el *ethos* de la lectura *online* en sus dimensiones de navegación, autoaban-

dono, pérdida de control, desorientación y relajación atencional. Aparecían espacios de complicidad entre quienes se confesaban «liberados» de las auto obligaciones del pasado, quienes se reconocían culpables de «leer por vicio» y quienes siguen apegados a hacer exhibición de buenas maneras y aprecio canónico de «la lectura con mayúsculas».

3. La elaboración de diarios de uso puso de relieve la textualidad difusa, rizomática, de la vida tardomoderna. Leemos a todas horas, para todo tipo de tareas, en todo formato, en todo lugar. Provoca cierta sorpresa considerar que esta época que nuestro sentido común tiende a etiquetar como «digital», «audiovisual» y de «oralidad secundaria», se halla en realidad masivamente textualizada. Asociada a este hecho aparece la apremiante fragmentación de los tiempos cotidianos para sujetos adultos en pleno ciclo laboral y familiar. No es la lectura lo que ha estallado, sino el tiempo. Si bien es necesario matizar que en esta cuestión del manejo del tiempo las variables laborales y de ciclo familiar resultan determinantes. Como atinadamente nos hizo notar una profesora de literatura recién jubilada, existen sujetos fuera de ese vértigo, para quienes el problema del tiempo se formula de modo muy diferente: no se trata de ahorrarlo, sino de llenarlo. Algunos jubilados son grandes lectores. Esta situación general de tiempo escaso se enfrenta mediante astucias orientadas a parchear la fragmentación, atemperar el apremio, reunificar tiempos y simultanear tareas. Y aparece una nostalgia: la de la Gran Lectura, edad dorada en que podíamos «leer de corrido» y «zambullirnos en una novela durante días».
4. Hay maneras de leer en sociedad. Lo que podríamos llamar «el circuito lector» es explícito en el caso de algunos lectores y, sobre todo, lectoras, que en años recientes han socializado su lectura a través de clubes. Pero, de manera general, la sociabilidad del leer insufla el conjunto de los talleres. Aflora en la lectura en alta voz y el comentario compartido. También de maneras más sutiles e insospechadas: la inserción del texto y el libro en pequeños rituales personales, rutinas de circulación e intercambio, formas del don y la deuda, soportes de la reciprocidad y la memoria común. La lectura hace parte de una rica economía moral, que vivimos en la penumbra de la esfera íntima. Ciertamente, en la vida cotidiana leer es ante todo algo de uno y para uno. Pero también existen lecturas con y para otros. Hasta lecturas por otros, en lugar de otros.
5. Este hecho tiene una expresión material en lo que dimos en llamar *librotecas*. Contrastadas con los miles de volúmenes contenidos en la biblioteca de Umberto Eco, con cuyo vídeo abrí el taller *Las bibliotecas de Babel*, las modestas librerías personales pueden parecer poca cosa. La primera reacción de los participantes era demeritar lo suyo: «La mía no es propiamente una biblioteca». ¿Por qué habría que aceptar una imagen tan deficitaria del orden cotidiano? La organización casera de los libros está atravesada por demandas de carácter espacial (la limitación de nuestros pisos), práctico (circulación, limpieza,

stock) y relacional (propiedad, acceso, compartición). Ciertamente, algunas librotecas conservan a lo largo del tiempo un corazón canónico, jerarquizado según autores, obras y géneros nobles; pero en su periferia se desordenan los libros, por otras necesidades urgentes o banales de la vida. Tal vez muchas bibliotecas aspiran secretamente a volverse vivotecas, ser atravesadas por los juegos, la marca de las relaciones, las historias de amor y muerte que forman parte de la esfera íntima.

Fig. 8.4

Selfies de librotecas



Fuente: Participantes en el taller *Las bibliotecas de Babel*.

8.3

Leer a otros, con otros, para otros

Presencia

—Yo he estado en México hace unos meses, viviendo. Y me tocó vivir el Día de Muertos. Y no sé por qué razón todavía, decidí —porque mi compañero que era de allá del D. F. me insistió mucho— poner a alguien en el altar. Y yo decidí poner a mi abuela paterna, a la que no conocí, murió muy joven cuando mi papá tenía catorce años. Y tampoco habla mucho de ella. Aunque parece ser que era una mujer fantástica. Mi padre siempre dice que estar con ella era como estar en el campo. Es la definición que tengo de mi abuela. Y, curiosamente, a raíz de decidir poner en el altar a mi abuela, eso desencadenó toda una serie de conversaciones hermosas con mi papá, donde yo le preguntaba... Ahora llego a lo de los libros ¿eh? Es para poner un poco en situación. [Risas.] Yo le preguntaba. Porque tienes que poner las flores que más le gustaban, alguna comida que le gustara mucho. Y entonces eso obligó a mi papá a repensar a su madre, incluso en cosas que él nunca se había realmente vuelto a preguntar. Entonces, yo, de repente, veía a un hombre de sesenta y tantos años volviendo a su jardín, de pequeño; ayudando a su mamá a plantar flores para ver qué flores había allí y poder darme una respuesta. Y curiosamente me di cuenta de que eso también generó en mí una suerte de... el hacer cosas para esta abuela que yo estaba construyendo a través de este Día de Muertos. Ir a buscarle las flores que le gustaban, cocinar para ella, darte cuenta de que esa es la manera en que ellos vuelven ese día. Porque estás cocinando para alguien que no va a comer, comprando flores para alguien que no va a oler flores. Y me di cuenta... Inmediatamente pensé «Me gustaría conocer más a esta abuela». Y lo primero que le pregunté a mi papá después del Día de Muertos fue qué libros leía ella. Entonces, mi papá, que no lo sabía porque él no es nada lector, le preguntó a su hermana en Bruselas. O sea, esto generó toda una circulación de preguntas por el mundo. Son todos argentinos desperdigados por el mundo. Y entonces mi tía Mónica me contestó, me dio una lista y, curiosamente, ahora yo tengo siempre una tarde de la semana en que, bueno, que estoy quedando con mi abuela. Es la tarde en la que me siento a leer los libros de ella. Quiero decir que, más allá de la cuestión del legado, hay algo que tiene que ver con... Ella era muy lectora. A lo mejor esto es ya una ida de olla mía, pero sí que siento que hay algo de estar conociéndola a través de los libros que más le gustaban. Porque yo pregunté por sus libros favoritos, no por cualquier libro.

—Pues ten mucho cuidao, porque eso en México... Empieza uno por ahí y acaba como Juan Rulfo, rodeado de gente que ya no sabe si están vivos, si están muertos, si están medio muertos. O sea, mucho cuidado. [Risas.]

En el circuito del don

Hay libros que se prestan, se regalan, se roban, se compran, se intercambian, se tiran, se abandonan, se eliminan, se devuelven. Lecturas compartidas, evocadas, impuestas, desechadas, recomendadas. Ciertos libros actúan en nuestras estanterías como el recordatorio de quien fuimos a lo largo del tiempo. Otros hablan más bien de nuestros planes: quién querríamos ser. Son por eso la mejor tarjeta de visita. Ciertas historias leídas vuelven cual un bumerán, para restituir nuestra memoria. Otras son puentes hacia los demás: cuentos de infancia que pasamos a los hijos; confidencias de novios; complicidades entre amigos. Hay poemas que siempre nos acompañarán porque podemos recitarlos en voz baja, como íntimas oraciones.

La lectura es algo más que la relación solitaria y ensimismada entre un lector y un texto. Se inserta siempre, de modos invisibles e insospechados, en un circuito o en una red más amplia de relaciones e intercambios. De mil maneras, tanto misteriosas como banales, los libros participan en nuestros rituales cotidianos: de presentación del yo, de celebración colectiva, de acogida, de despedida, de seducción, de homenaje, de duelo.

¿Será ese su particular modo de volverse parte de uno: salir del puro texto para entrar en circulaciones y ceremonias?

En los talleres realizados en Madrid, Palma de Mallorca y Ciudad de México verificamos esta hipótesis. Alcanzamos a identificar algunos de los circuitos y rituales por medio de los cuales la lectura se inserta en la vida diaria. Los llamo aquí «circuitos del don» porque se trata de pequeños tesoros; deudas y regalos entre personas, cuya importancia va más allá del estricto valor económico. Esos pequeños ritos hacen invaluable cierto libro. Traen textos que nos han marcado por razones biográficas. Son regalos que hemos hecho o nos hicieron. Responden a usos especiales en nuestra cotidianidad. Permiten entender la lectura como un don generoso, que se atesora y se comparte.

In memoriam

—¿Habéis sido los demás chantajeados, movidos, removidos, con un libro?

—Yo tengo ese caso, pero el chantaje era mío. Mi padre no leía mucho, pero era una persona que se obligaba a sí mismo a decir: «Hay que leer», «Hay que tener libros». De hecho, tenía una de esas colecciones de *El País* que luego, cuando mi padre falleció, los llevamos todos a la biblioteca. Pero es que él no tenía relación ninguna con esos libros y ocupaban un montón de espacio. Él no leía, pero compraba libros. Entonces, hubo un libro que él me dijo: «Toma, te va a gustar». Y no lo leí, pero luego ya falleció. Y estaba así reciente y yo lo cogí. ¡Fue horroso, horrible! Pero lo terminé. Me pareció, vamos, infumable. Cómo se llama, superconocido, de Mario Vargas Llosa... *La fiesta del chivo*. ¡Qué horror! Pero yo misma me puse la obligación...

— ¿Por qué «qué horror»?

—Porque me parece aburridísimo. De esos tediosos, que yo ahora los dejo, pero en ese momento… O igual fue el momento, claro. No me gustó nada, pero era el que mi padre me había dicho y era el último que me había dicho. Estoy convencida de que jamás se lo leyó, pero bueno. Me obligué a mí misma, me chantajeé a mí misma, con el recuerdo de «venga, el último legado de tu padre».

—Porque tu papá había muerto…

—Sí, recientemente en ese momento había muerto y, claro, era como «¡él me lo dio y no me lo he leído!». La culpa, ¿no? Pero que él me chantajeara o él me fuera a preguntar «ya te lo has leído?»… ¡Jamás! Además, que yo no creo en el más allá, con lo cual él no se enteraría. Pero, bueno. Yo me puse la obligación, la tarea de cumplir con su último encargo. [Risas.]

—Y ese encargo, ¿por qué consistió en leer? Uno, por sus personas queridas, cuando se han ido, hace muchas cosas. Pero me parece interesante que se pueda convertir el acto de lectura también en un rito del recuerdo. Aquí lo que se inhuma… o, más bien, al revés que en una inhumación, de lo que se trata es de mantener viva la presencia de tu padre a través del acto de lectura.

—Pero él no leía. En este caso es extraño, porque no leía. Él tenía algún libro, pero luego, no… Se aburría… Perdón, leía muchísima prensa. Pero no leía novela. Entonces tampoco es una cosa que… «Bueno, a él le gustó y me lo recomendó». Seguro que fue algo así: «Bueno, ¿qué hago con este libro que es un truño? Pues se lo doy a mi hija». [Risas.]

—O sea, el acto de memoria lo escogiste porque la gran lectora eras tú, no tu padre…

—Sí. ¡Él sabía que yo era la gran lectora de la familia! Mi padre no me compraba libros nunca. Ese se lo compró para él. O igual se lo regalaron. La verdad es que no lo sé. Pero es como… él, con su obligación de leerlo, sentía que… A lo mejor se perdonó a sí mismo por no leerlo dándomelo a mí, pasándome la tarea, ¿no? Entonces, bueno, como un tributo hacia él, yo me lo leí. Lo sufrí mucho. [Ríe.]

—¿Como una especie de tarea compartida? O sea, como tú eras la lectora de la casa, cuando tu papá murió te tocó el acto de leer por él…

—Yo creo que fue un legado que él le hizo, ese esfuerzo de leer. Un regalo…

—Envenenado, pero un regalo. [Risas.]

e-pílogo. Continuidad de los soportes

Todos los talleres terminaron de formas bellas. Emocionadas y agradecidas, aun sin saber a ciencia cierta a quién correspondería dirigir ese agradecimiento. Cuando se produce, la gracia es así: gratuita, circulante, no se entiende del todo de dónde viene o adónde va. En los talleres no ofrecemos a los participantes nada a cambio por su colaboración, salvo la limitada capacidad que el moderador pueda tener para conseguir que, por el puro intercambio de historias, todos se sientan atendidos. Puedo

decir sin modestia que no tengo otra restitución que ofrecer. En Madrid celebramos la despedida con besos y chocolate. En Palma de Mallorca se notaba una corriente en varias direcciones que incluía, junto a los presentes, a quienes se habían conectado *online* para compartir sus historias. En México nos tuvo que echar el guardia de seguridad. Nos costó decirnos adiós. En dos horas habíamos pasado a confesar despertares sensuales de adolescencia, operaciones a vida o muerte, complicidades amorosas, militancias políticas. Ese depósito anima a seguir la fiesta. Nos habríamos quedado, imagino, en la soledad de la biblioteca inmensa, con sus siete pisos repletos de volúmenes por miles, en la nocturna compañía de una ballena colgante que adorna el vestíbulo.

La despedida más emotiva llegó por mail de Alba, la protagonista de la precedente lectura in memoriam. Encabezó su mensaje *Recordando los talleres sobre lectura*. ¿Nos hacía parte de su memoria? Contra lo que se tiende a pensar, entiendo la memoria en esos términos. No lo exclusivo e intransferible de un individuo o un grupo humano, sino precisamente aquello que podemos compartir. Contesté de esta manera:

> Mientras tú nos recuerdas con ese cuento leído, yo os recuerdo a todos a través de los cuentos que contasteis en nuestro taller.
>
> El otro día, por ejemplo, salió a colación en una sesuda conversación de antropología, no sé a cuento de qué, la historia de cierta chica que leyó, como homenaje póstumo a su padre, la novela que él quería leer o que quería que ella hubiera leído, ya no sé bien. Antes de su fallecimiento.
>
> A mi audiencia le encantó ese cuento (porque tenía sentido). Todos tenemos padres, lecturas que nos han conmovido, ausencias que hemos llenado como buenamente pudimos.
>
> Entendí que esa historia no habla de la relación entre una novela, una chica y un padre difunto. Habla también, a partir de ahora, sobre cómo los libros se salen inexorablemente del circuito lector que se les había previsto. Entran en las vidas de la gente. Traman así unas historias nuevas.
>
> Como los *shortcuts* de la película de Robert Altman sobre Los Angeles, los libros no son textos que evocan historias pasadas. Son relaciones que edifican historias presentes. Al ser contadas, se rehacen como historias de muchos.
>
> Como las viejas leyendas delante del fuego, los cuentos recontados, como estoy haciendo yo ahora mismo, dibujan un circuito infinito, incesante, nunca definitivo. Dejan de ser particulares de la memoria de nadie, tejiendo una compartida memoria. Imposible limitarla al autor, al poseedor del *copyright*, al lector primero o al que se creyó último. Se expanden como ondas borgianas en un estanque, cuando les cae encima el guijarro de un cuento bien contado.
>
> Gracias, Alba. A partir de ahora esa historia ya no te pertenece, es memoria de todos. A tu padre le parecería el mejor homenaje, la mejor lectura.

Este capítulo cierra entonces felizmente en falso. Con un inesperado efecto de apertura, que remeda aquel de los folletines y las teleseries: continuará. Hemos comenzado por la potencia de los relatos y la revoltura de las memorias (incipientes) de un niño, a caballo entre el cuento infantil, la historia familiar, el cine, la novela y el rito institucional. Terminamos, ahora, con un email. El cual, antes de ser conversación electrónica, había sido historia contada y, todavía más allá, lectura vivida. ¿Terminamos? No, en realidad. Mi email vuelve a mudar, por virtud de estas palabras, en página escrita. Y aún cabe esperar, por virtud de Internet, en pdf de libre circulación. Como el mensaje de un náufrago en una botella, tendrá una segunda y hasta una tercera vida. ¿Adónde irá? ¿Qué destinos querrás dar, lector, a este relato que ya no nos pertenece?

8.4

Referencias bibliográficas

Baumann, G. (2010) [2004]. «Gramáticas de identidad/alteridad. Un enfoque estructural». En Cruces, F. y Pérez Galán, B. (comps.), *Textos de Antropología Contemporánea*. Madrid: UNED, 95-142.

Bessard-Banquy, O. (2012). «Où en est la lectura? En guise d'introduction». En *Les mutations de la lecture*. Burdeos: Presses universitaires de Bordeaux, 9-23.

Caro, C. (2015). «Sí hay obligación de leer lo que sigue (con perdón de mi tío)». En Velasco, H. M. y Caro, C. (eds.) *De Julian a Julio y de Julio a Julian. Correspondencia entre Julio Caro Baroja y Julian Pitt-Rivers (1949-1991)*. Madrid: CSIC.

Cruces, F. (2007). *Símbolos en la ciudad. Lecturas de antropología urbana*. Madrid: UNED.

— (2016). «Intimidades metropolitanas». En Cruces, F. (coord.) *Cosmópolis. Nuevas maneras de ser urbanos*. Madrid: Gedisa, 315-346.

Cruces, F. y Pérez Galán, B. (comps.) (2010). *Textos de Antropología Contemporánea*. Madrid: UNED.

Dussel, I. (2016). «Las bibliotecas y la transmisión cultural en la era digital». Conferencia en las jornadas *Presente, pasado y futuro de las bibliotecas públicas*. México: Biblioteca Nacional Vasconcelos, 7 de noviembre de 2016: <https://www.youtube.com/watch?v=nUEbvHG0oaw>.

Fernández, J. W. (1986). «The Argument of Images and the Experience of Returning to the Whole». En Turner, V. y Bruner, E.M. (eds.) *The Antropology of Experience*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press.

— (1994). «Las esencias que celebramos y conmemoramos». *Antropología*, 8: 139-150.

Hall, S. (2010) [1997]. «El espectáculo del 'Otro'». En Cruces, F. y Pérez Galán, B. (comps.), 75-94.

Hobsbawm, E. y Ranger, T. (eds.) (1983). *The invention of tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.

Kaufmann, J-C. (1997). *Le coeur a l'ouvrage. Théorie de l'action ménagère*. París: Nathan.

Löfgren, O. (2014). «The black box of everyday life. Entanglements of stuff, affects and activities». *Cultural Analysis*, 13: 77-98.

Martín Barbero, J. (1991). «Pensar la sociedad desde la comunicación. Un lugar estratégico para el debate a la modernidad». *Diálogos de la comunicación*, 32.

— (2011). «De la necesidad de leer al derecho de escribir». En Martín-Barbero, J. y Lluch, G. *Lectura, escritura y desarrollo en la sociedad de la información*. Bogotá: CERLALC-UNESCO, 38-44.

Mauss, M. (1970). «Lo sagrado y lo profano». En *Obras, Vol. 1*. Barcelona: Barral.

Millán, J. A. (1995). «Cervantes, sastre»: <http://www.jamillan.com/cervante.htm#N[3>.

Pardo, J. L. (1996). *La intimidad*. Valencia: Pre-Textos.

Velasco, H., Cruces, F. y Díaz de Rada, Á. (1996). «Fiestas de todos, fiestas para todos». *Antropología*, 11: 147-163.

9

De políticas de lectura en la era digital[1]

1. Queremos agradecer su colaboración a la Subdirección General de Bibliotecas y Archivos del MECD, al Servicio de Bibliotecas de la CAM (Pedro Valverde) y al Ayuntamiento de Madrid (Belén Llera, Ángel Payar y Lidia Teira), así como a Belén Porras, Víctor Caramiñana, Lute Gutiérrez, Chema Oterino, Javier Pérez Iglesias y Javier de la Cueva por dedicarnos su tiempo y compartir con nosotras sus esperanzas y batallas.

Gloria G. Durán y Nuria Esteban

9.1
Esto no es una biblioteca

> La obra no es la escalera. La obra es la relación inoportuna entre la escalera y el espacio, es más situación que forma ... La idea de la enciclopedia y la biblioteca como fuente de conocimiento obsoleto y limitado y el continuo deseo de estar en otro lado.
>
> Fermín Jiménez Landa
>
> (Exposición *El rayo verde*, en la Gallera, Valencia, 2016)

El rayo verde es el título de un conocido libro de Julio Verne y es también el título de una instalación del artista Fermín Jiménez. Para ambos, el rayo verde acumula en su incertidumbre «el deseo, lo factible y lo imposible». Lo imposible podría quedar representado en la instalación, una escalera inmensa que no puede ser escalera, como la biblioteca que no puede seguir siendo el espacio sagrado, la institución canónica, donde encontrar todo el conocimiento. El rayo verde es un extraño fenómeno óptico que ocurre unos instantes antes del atardecer o del amanecer, visible solo durante un brevísimo lapso de tiempo y solo a la vista del horizonte completo. No hay base científica alguna para predecir dónde y cuándo sucederá. Quizá esta imposibilidad, este deseo, sea el *leitmotiv* de la biblioteca desde su mismo origen. El deseo de almacenar, archivar, organizar, disciplinar y salvaguardar toda la memoria de una cultura. Y la imposibilidad de hacerlo completa y científicamente.

En marzo de 1981, Umberto Eco dio una conferencia en la Biblioteca Comunale de Milán (Eco ,1981). Allí generó una curiosa tipología de bibliotecas. En ella, incluyó las que había conocido a lo largo de su vida y también aquella que imaginara Borges, la famosa biblioteca utópica e imposible. El texto de Eco tiene un claro objetivo: identificar qué es una biblioteca y, sobre todo, cuáles son sus verdaderos fines. ¿Son unos fines ilustrados?, ¿buscan mejorar el bien común?, ¿quieren hacer una sociedad más creativa?, ¿qué persigue una biblioteca?

En veintiún puntos Eco detalla las características de lo que sería una buena biblioteca, pero a partir de lo que nunca debe ser una biblioteca. Hace un listado de lo que hay que evitar para intentar acotar lo que deberíamos desear, siendo consciente de los inconvenientes que presentaría el tener una biblioteca a la medida del deseo de un hombre. Nos vamos a adentrar en estos veintiún puntos no sin recordar que fueron escritos para la generación Xerox.

Una mala biblioteca debe tener catálogos divididos y diferentes ortografías; la clasificación por temas debe ser establecida por el bibliotecario; las referencias de préstamos deben ser eternas; la temporalidad entre pedir y recibir también eternas; solo se puede prestar un libro cada vez. La biblioteca debe desalentar la lectura cruzada de varios libros porque causa estrabismo. O se lee o se consulta, nunca las dos cosas a la vez. Replicabilidad imposibilitada, compleja y desalentadora. El lector será considerado un vago, un haragán que debería estar trabajando en horario laboral; los bibliotecarios seres que están ahí por sus propias limitaciones físicas o psíquicas. Dificultar el uso y disfrute de la biblioteca; los hurtos deben ser muy fáciles. Los horarios deben coincidir con los de trabajo y los fines de semana debe estar cerrada. Que sea imposible conseguir comida o bebida; ojalá no haya excusados. Y, como requisito final, el usuario, en caso de lograr entrar en una biblioteca, nunca debe tener contacto directo con los libros.

Entonces, ¿cómo debería ser una biblioteca? Para Umberto Eco, debería permitir la deriva, el ejercer de *flâneur*, el perderse, el descubrir, el estar sin más.

> Este tipo de biblioteca está hecho a mi medida; puedo decidir pasar allí un día en sana alegría; leo los periódicos, bajo algunos libros a la cafetería, luego voy a buscar otros, hago descubrimientos; había entrado allí, supongamos, para ocuparme del empirismo inglés y, en cambio, comienzo a perseguir a los comentaristas de Aristóteles; me equivoco de piso, entro en una zona en la que no sospechaba entrar, de medicina, donde, de improviso encuentro algunas obras sobre Galeno, por lo tanto, con referencias filosóficas. En este sentido, la biblioteca se convierte en una aventura.

Esta libertad y esta posibilidad feliz topa con algunos problemas cotidianos. Por ejemplo, con posibles hurtos de probables incunables, o también con los problemas supuestamente implícitos a la reproducción incontrolada vía fotocopia. Otro problema que abarca todos los demás se refiere a la necesaria educación de los usuarios, la educación sobre cómo se colabora con los responsables de la biblioteca, cómo buscar un libro, cómo ser autónomo y responsable. Eco se refiere a la necesidad de instruir como si fuera una autoescuela, como si fuera preciso adiestrarse en el arte de la búsqueda, del uso de un catálogo, educarse en el manejo y consulta de los libros. Todo, concluye, es un problema de cultura cívica. Por último, se debe decidir entre proteger los libros, primar su materialidad o hacerlos leer, primar su contenido.

Concluye Eco que la biblioteca habría de ser como «una gran máquina de tiempo libre», y sigue, «como lo es el MoMA (Museum of Modern Art) donde se puede ir al cine, pasear por el jardín, mirar las esculturas y consumir una comida completa». La UNESCO parecía darle la razón en 1981 y su *Manifiesto sobre la biblioteca pública* de 1994 resume en parte este párrafo.[2] La versión de 1981 que Eco repro-

2. <http://www.unesco.org/webworld/libraries/manifestos/libraman_es.html>.

duce dice así: «La biblioteca … debe ser de fácil acceso y sus puertas deben estar abiertas de par en par a todos los miembros de la comunidad, quienes podrán usar libremente de ella sin distingos de raza, color, nacionalidad, edad, sexo, religión, lengua, estado civil y nivel cultural». La versión de 1994 prescinde de las puertas abiertas y va directamente a los usuarios potenciales, esto es, todos los ciudadanos (UNESCO, 1994).

Como vemos, todo esto sigue vigente hoy, aunque las cosas parecen haberse complejizado un poco. Por una parte, tal y como argumenta Martin Fredrikson en *Pirates, Librarians and Open Source* (2015), la idea de lo que es o no una biblioteca ha incorporado el inmenso mundo digital. Hoy hay muchos actores que claman por ese nombre, el de ser una biblioteca, y por la legitimación que tal apelativo concede. Hablemos, por ejemplo, de la Biblioteca Pública de Nueva York, de *Google Books* y *Pirate Bay*, que representarían tres tipos diferentes de bibliotecas. La primera, pública y fundada por instituciones públicas, según las leyes existentes de *copyright* (NYPL); la segunda fundada por una empresa privada que negocia, pero no se opone a las leyes existentes de *copyright*, y, finalmente, la biblioteca pirata, organizada por colectivos de usuarios que se atienen a sus propias reglas y que no suelen observar las leyes referidas a los derechos de autor, sobre todo el *copyright*. Todas estas tipologías nos acercan a una serie de problemas que iremos desgranando a lo largo de estos dos capítulos: las nuevas plataformas, las digitalizaciones, el *Big Data*, la guerra de licencias o el *copyfight,* entre otros. Ahora bien, en lo referente a este epígrafe que nos ocupa y al contexto español y público, creemos interesante acercarnos a la naturaleza actual de las bibliotecas que nos rodean.

Desde el deseo institucional y la retórica de las autoridades competentes, nuestras bibliotecas parecen encajar a la perfección en esa definición que Eco retoma de la UNESCO, esos lugares felices y muy transitados en los que se prioriza el contenido y lo relacional a las colecciones. Para ejemplificar este deseo, teorizante y bello, nada mejor que seguir el transcurso de unos encuentros que tuvieron lugar en La Casa del Lector en junio de 2016 bajo el nombre de *Readmagine: Semana de la Innovación Digital de la Lectura, los Libros y las Bibliotecas*. En particular, la jornada *Reading Bodies*, dedicada precisamente a la biblioteca.

Como ellos mismos escribían, «*Reading Bodies* es un encuentro que plantea la biblioteca como espacio de encuentro, ampliando sus funciones de consulta, lectura e investigación». Algo quizá redundante, pues eso es precisamente lo que una biblioteca debería ser, como vimos, según Eco y la UNESCO: un lugar alegre hecho a la medida del hombre o, como diría Borges, un universo completo que habría de satisfacer los deseos de los ciudadanos. Resulta sintomático que la idea de biblioteca del imaginario colectivo en nada se asemeje a la definición que estamos desgranando.

En todas las posibilidades de definición, siempre se contemplan cuatro elementos fundamentales: la colección, la organización, el uso y los bibliotecarios. La colección, como en cualquier otra institución, ha ido variando paso a paso: desde libros manuscritos a los impresos, de ahí a las publicaciones periódicas, al material cartográfico, la música, los audiovisuales y, luego, Internet y su revolución en formatos

y contenidos. La organización, el uso y, por supuesto, la figura del bibliotecario, han sido transformadas al correr de los siglos. Internet y los cambios sociales que conlleva han cambiado completamente la forma de concebir esta institución.

Como afirma el historiador Robert Darnton, no es que el libro haya muerto o esté en vías de desaparición, simplemente se le ha complicado la vida (Darton, 2009). Resulta interesante que Eco tomase una institución artística, el MoMA de Nueva York, como ejemplo de lo que debería ser una biblioteca. De hecho, en *Reading Bodies* se invitó a un grupo de artistas, curadores e investigadores que trabajan con prácticas experimentales sobre archivos y bibliotecas. Esto es, no solo profesionales del libro, sino un espectro más amplio de ciudadanos y creadores, gente involucrada en la reflexión en torno a la nueva institucionalidad en el campo de la cultura.

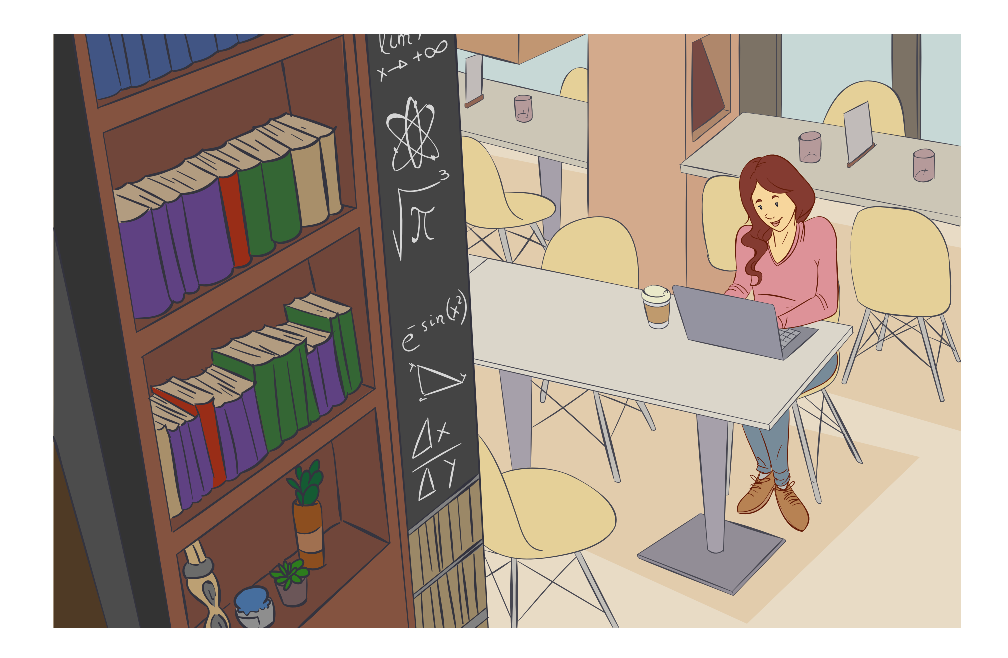
Toda esta reflexión giraba en torno al espacio de encuentro. Por un lado, la idea de encuentro se fijaría en el entrecruzamiento de nuevos materiales para la lectura, nuevas temáticas y nuevas personas. Por otro lado, la biblioteca sería un facilitador de esos encuentros a través precisamente de su diseño espacial, una arquitectura para fomentarlos. Por tanto, la espacialidad de la biblioteca se debe leer como un lugar social, donde los lectores ponen el cuerpo a leer, pero también a compartir los materiales leídos.

Los invitados a tal evento de vanguardia fueron los miembros del colectivo *A Public Library*, *Bookcamping*, Espacio Vecinal Arganzuela, la Biblioteca de San Fermín y La Casa del Lector. Cada uno de ellos se fue presentando, generando entre todos un *collage* que bien podía servir de imagen para el estado de la cuestión.

Los berlineses *Public Library* afirman en su web que «no son una biblioteca pública», que son simplemente un lugar para conversar, para leer, para compartir recursos, para aprender. Dicen que su colección es efímera y que tienen una programación permanente con muchos colaboradores. En suma, que se acercan muy poco a la idea tradicional de biblioteca pública y mucho a un ágora.

Los componentes del grupo infinito de *Bookcamping* dicen de esta plataforma web que se trata de «una biblioteca digital colaborativa que reseña y enlaza recursos licenciados en su mayoría con licencias abiertas». También afirman ser una herramienta y un lugar y una comunidad y un dispositivo inacabado, al que se puede acceder para bajar o subir o agrupar o etiquetar documentos que contribuyan a crear un fondo común abierto para poder repensar el mundo de otra forma. Su colección se compone de «libros, personas, sitios, vídeos y sonidos relacionados, además de por su contenido crítico, por un modo de entender la producción, distribución y difusión de contenidos». Finaliza su autopresentación animando a hacerse *bookcamper* y a gozarla, y también a arrimar el hombro ya que el fondo y los protocolos de esta gigantesca mediateca se componen y se disfrutan entre todas. Un clásico de la autogestión sin duda: «El que la propone se la come».

El Espacio Vecinal Arganzuela reclama la gestión del inmenso espacio del antiguo mercado de frutas y verduras de Legazpi. Piden su transformación en una biblioteca de nuevo cuño, esto es, un lugar social que aglutine muchos usos y sea una referencia para la sociabilidad del distrito. El proceso de participación en el que se han visto



involucrados está muy avanzado y parece poco probable que este sueño utópico se haga realidad.

La Biblioteca de San Fermín, en Villaverde, es un proyecto que lleva más de veinte años siendo reclamado por sus vecinos y que hoy por fin está en construcción, tras un proceso arrancado por el Ayuntamiento de Madrid que sirve de probeta para un posible nuevo modo de pensar las bibliotecas. De este prurito participativo nos ocuparemos en próximos capítulos.

Y, finalmente, los anfitriones de La Casa del Lector, que se cuentan como un lugar desde el que experimentar con la lectura, sus nuevas manifestaciones, su promoción o la formación de sus intermediarios. Un espacio que alberga muchos de estos encuentros y que quiere ser referencia de la promoción de la lectura.

Todos estos invitados imaginaron juntos una biblioteca que parecía más bien una utopía borgiana, esto es, una institución a la medida exacta del deseo de los ciudadanos. Sin embargo, la vida cotidiana de las bibliotecas españolas trabaja en un mundo más terrenal, que transita entre este deseo irrealizable y lo posible en Madrid hoy. La práctica suele casar mal con la teoría, los recortes presupuestarios, la rigidez de los equipos, la batalla legal por las licencias de autor, los problemas de espacio y demás cortapisas que convierten efectivamente a las bibliotecas como la de Borges o Eco o la UNESCO en un rayo verde. Algo que existe pero que cuesta mucho encontrar, donde se reúnen el deseo, lo factible y lo imposible.

9.2

De lo nacional a lo barrial

Si para la tripulación de Julio Verne que surcaba todos los mares era casi imposible encontrar el deseado rayo verde, cuánto menos factible será encontrarlo en esta nuestra tierra quijotesca. Y si al factor espacio le añadimos el tiempo, con la austeridad vital presente y sus recortes presupuestarios, tener la biblioteca deseada es una quimera. Si hablamos entonces de la realidad de las bibliotecas españolas, las Bibliotecas públicas (más del 60% de la red de bibliotecas) son su imagen más representativa. Y si queremos comprender cómo funcionan, debemos conocer las instituciones que las rigen. A nivel estatal estas instituciones tienen dos estructuras bien diferenciadas y prácticamente incomunicadas: una corresponde al sector profesional del libro y la otra gestiona bibliotecas y archivos. De estas dos patas sobre las que la institución concibe el mundo del libro, aquí nos centraremos en las bibliotecas. Nos acercaremos al sector profesional y a la promoción del libro desde otras perspectivas en el siguiente capítulo.

Este modo en que se articula la estructura que organiza todo el entorno del libro nos da pistas sobre cómo el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte entiende cada uno de los colectivos que forman el sector. Mientras que la promoción del libro y la lectura se lleva a cabo desde la Dirección Ministerial de Industrias Culturales y del Libro, la gestión de Bibliotecas y Archivos depende de la Subdirección de Bellas Artes y Patrimonio.

Este panorama nos confirma que la institución legitima y reconoce a la biblioteca como el «edificio contenedor» de algo valioso culturalmente y que por tanto se debe proteger. Solo tiene en cuenta el aspecto directamente material, dejando al azar, fuera de su responsabilidad, todo el espacio de posibilidad de relaciones humanas o de sucesos fortuitos. Eso explica que el Ministerio deje la difusión y la promoción de ese contenido tan valioso en manos de las industrias culturales. En este sentido, la biblioteca, al no formar parte de las industrias culturales, parece quedar al margen de la difusión del libro, aunque quizá desde ella se realice una de las labores de promoción de la lectura más intensa y directa.

Volviendo a la idea de estas dos patas, biblioteca-patrimonio y promoción-industria, y fijando nuestra mirada en el público lector, descubrimos que los libros llegan después de ser escritos, editados, publicados y puestos en circulación, tanto cuando son comprados como cuando son prestados por biblioteca. Obviamente todo forma parte de un único circuito cultural y de producción del libro, cuya difusión y promoción llega al lector de muy diversas maneras. A nuestras manos llegan libros que compramos, que nos regalan, que nos presta un amigo, porque nos llaman la atención por estar en la mesa de superventas o porque en la biblioteca de nuestro barrio está colocado a la entrada como destacado. Todo forma una corriente continua difícilmente separable.

Estas políticas estancas, actualmente desdibujadas y desconectadas, olvidan además el papel agente del lector como receptor último del libro, ya que, si no se lee, no hay producto cultural, ni industria que lo soporte. No cabe duda de que lo que sí queda es mucho trabajo por hacer desde las instituciones para fomentar la lectura y su acceso de todas las maneras posibles. De hecho, sospechamos que no existen, en ninguno de los ámbitos señalados, políticas globales de fomento de la lectura.

Además, para sobrevivir en estos nuevos tiempos, el equilibrio inestable de este extraño trío cultura-institución-industria que mueve el libro debe encajar en un proceso abrumador de cambios tecnológicos de acceso a contenidos y de cambio del sistema productivo global, que por supuesto afecta a las necesidades y preferencias de los lectores. Nuestras bibliotecas pueden constituir el paradigma de esa institución en pleno proceso de adaptación, que necesita generar un diálogo constante entre sus profesionales, sus usuarios y el resto de las instituciones culturales para redefinirse, adaptarse a los nuevos tiempos y buscar una identidad propia que ponga en valor el servicio público que ofrecen y sus profesionales.



La biblioteca pública es la institución cultural más visitada en España. Con más de doscientos millones de visitas al año, es frecuentada, según las estadísticas, por más del 30% de la población. Esto avala su valor social, especialmente en los núcleos pequeños o en los barrios, pero además, la biblioteca también reporta un valor económico a la sociedad, posiblemente poco reconocido. Por cada euro de dinero público que se invierte en bibliotecas se obtiene un retorno de cuatro. Este dato,

que nos puede parecer cuando menos sorprendente, es el resultado de un estudio realizado en 2015 a petición del Consejo de Cooperación Bibliotecaria del MECD y por la Comunidad Foral de Navarra, para establecer el impacto socioeconómico de las bibliotecas en la sociedad. En suma, la biblioteca es una institución que funciona, es bien valorada y aporta un beneficio global a la sociedad. Sin embargo, para que el rayo verde aparezca, se necesita un cóctel sofisticado de estructuras gestoras complejas a muchos niveles, recursos económicos adecuados y una dedicación profesional muy vocacional.

Para poner en funcionamiento la maquinaria interior de las bibliotecas públicas, existen en España tres niveles organizativos que estructuran y regulan su marco normativo y que conforman capas superpuestas de actuación que van desde el ámbito nacional al municipal.

La institución pública de ámbito nacional en materia de bibliotecas es la Subdirección General de Bibliotecas y Archivos, entidad de referencia para la red general de bibliotecas públicas. Posee exclusivamente la titularidad de la red pública de bibliotecas, ya que su gestión fue transferida desde los años ochenta del pasado siglo a las comunidades autónomas. Gestiona exclusivamente sus sesenta y cuatro centros propios. Su función principal, por tanto, es ofrecer servicios a la red de biblioteca pública y fomentar e implementar proyectos de innovación, en los que prima la adaptación a la era digital. Algunos de estos proyectos son EUROPEANA, para la facilitación de acceso al patrimonio cultural europeo mediante digitalización de patrimonio bibliográfico, o e-reader, de ámbito nacional, por el que se ofrecían a bibliotecas dispositivos de lectura con colecciones de contenidos con licencia libre.

Pero la gran apuesta desde la institución estatal para la transformación digital es el proyecto e-biblio, para la promoción de la digitalización del servicio de bibliotecas. Este proyecto, en colaboración con las comunidades autónomas, además de la digitalización de los catálogos y archivos, incluye plataformas de edición digital en el sistema tradicional de préstamos. Esta ha sido la primera incursión de nuestro país en la digitalización de contenidos en bibliotecas y la puesta en marcha de las plataformas digitales ha sido muy polémica. Se ha trabajado sobre plataformas ya existentes de tipo comercial, salvo alguna excepción, como el País Vasco, con plataforma propia. Estas plataformas digitales, al provenir principalmente de las grandes editoriales, replican estructuras de préstamo y distribución presentes en la edición impresa. De esta manera, se ha arrastrado hacia la institución pública uno de los grandes problemas de la industria del libro, que es la falta de adaptación de sus estructuras de transmisión de contenidos al entorno digital. El libro digital se sigue tratando como si fuera de papel, pero a la vez se ha desmaterializado y esa fluidez es la causante de un sinfín de opciones de gestión de licencias y de descarga de contenidos tan difícil de acotar que parece confundir un poco a los responsables públicos.

Está claro que el principal problema son las plataformas. Vemos que hay dos posibilidades: utilizar las ya creadas desde la industria editorial o diseñarlas a medida. Quizá por el momento de escasez de recursos económicos y recortes presupuestarios en el que nos encontramos, ha pesado más el bajo coste de una adaptación

mínima más o menos acertada, que generar un debate profundo sobre el modelo de plataformas y gestión de contenidos a implantar. Estas plataformas digitales deberían ser garantes del acceso abierto a la información, disponer de un registro amplio de obras deseables (no solamente por novedosas) y ser herramientas específicas para un servicio público. Por el momento, no es lo que tenemos.

Aun sin ser evidente, todo lo anteriormente expuesto conduce a un callejón sin salida para las bibliotecas públicas, que elijan el modelo que elijan se ven obligadas a pagar constantemente. No se nos puede escapar también que dedicar recursos públicos a crear nuevas plataformas digitales específicas implica asumir una gran limitación de sus contenidos, ya que no les es posible incluir contenidos de las grandes editoriales, que únicamente distribuyen digitalmente en sus propias plataformas, con lo que las bibliotecas deberían considerar recursos extras para adquirir contenidos de las editoriales mayoritarias. De este modo las bibliotecas siempre tienen plataformas incompletas con un catálogo reducido que deben ampliar a costa de más recursos a asumir por las comunidades autónomas y las instituciones locales.

El proceso de digitalización de bibliotecas públicas parte de unas limitaciones de base que problematizan su funcionamiento a futuro. El libro electrónico parece ser más un arma de destrucción masiva que una herramienta de ilustración universal. Aparte de este exceso literario, podemos argumentar que este oscuro futuro quizá esté marcado por su origen, una época de pocos medios materiales, por la premura de su implantación, por las presiones desde el ámbito de la industria del libro, o por el momento mismo que la institución atraviesa, inmersa en un debate interno a todos los niveles.

Si saltamos al segundo nivel de actuación institucional, el nivel autonómico, nos encontramos con que este aporta el marco básico de dotaciones y normativa para el desarrollo de la gestión de las bibliotecas municipales, aunque también tengan centros propios muy específicos. Por tanto, las comunidades autónomas les dan servicios complementarios pagando colecciones, aportan un marco normativo y dan apoyo dotacional, en especial a los municipios con menos recursos. Son artífices de que a nuestros pueblos lleguen bibliotecas móviles, y como las municipales, crean una red de puntos de acceso a la cultura de mayor proximidad.

En un tercer salto, llegamos a las bibliotecas de las que son responsables los ayuntamientos. Las bibliotecas municipales de las grandes ciudades articulan una red extensísima. Es el caso de la capital, donde la red se extiende a casi todos los barrios y, en paralelo a las bibliotecas de la Comunidad de Madrid, comparte la cercanía a los ciudadanos y su valor de punto de acceso primario a la cultura. Esta es una característica específica de nuestro país: en un mismo territorio conviven dos modelos de bibliotecas dependientes de dos instituciones públicas que no trabajan al unísono. Consecuentemente, una gran ciudad como Madrid no dispone de una colección única y potente, ni de un recurso web de calidad como correspondería a sus cinco millones de habitantes.

Actualmente, en el uso cotidiano de las bibliotecas, según encuestas internas del MECD, el servicio más solicitado sigue siendo el préstamo de libros, preferentemen-

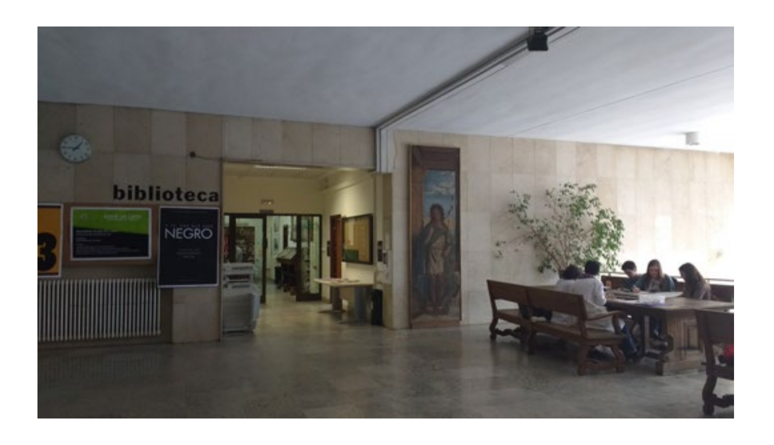


te de ficción y autoayuda. Ha descendido el uso del acceso a Internet, el préstamo de películas y la información especializada. El perfil del usuario depende en gran medida de la ubicación del centro y el barrio donde se encuentre, que es determinante en los servicios ciudadanos que presta, las colecciones específicas, las actividades programadas, etcétera.

En las bibliotecas madrileñas el préstamo de libro en papel, que descendió durante los años de crisis económica, ha vuelto a subir en 2016. Aquella bajada, según los bibliotecarios entrevistados, coincidió con una limitación presupuestaria de las bibliotecas en la adquisición de colecciones, con la consiguiente desactualización de las mismas en un momento de gran demanda. Como contrapunto, el préstamo del libro digital ha aumentado, pero no ha despegado según lo esperado. Así, en 2016 se han computado diecisiete mil usuarios de descargas, mientras que cualquier biblioteca tiene unos cien mil usuarios físicos.

Con esta panorámica de la situación y con los datos en la mano, los profesionales bibliotecarios deben plantearse cuestiones como: ¿cuál debe ser el papel de la biblioteca pública?, ¿cómo debe ser una biblioteca?, ¿qué valor añadido puede ofrecer frente a otros puntos de acceso a la cultura? Y lo que es quizá más importante, ¿cómo deberían ser las bibliotecas en el futuro? Empecemos por esta última. Según el proyecto *Prospectiva 2020: las diez áreas que más van a cambiar en nuestras bibliotecas en los próximos años*, dependiente del Consejo de Cooperación Bibliotecaria del Ministerio de Cultura, la metodología a seguir por las bibliotecas deberá

incluir una flexibilización de la gestión, de las estructuras internas, de los perfiles del personal y de los espacios físicos. Además, deberán explorarse nuevas estrategias de financiación ante la escasez de recursos públicos. Habrán de ser más abiertas y colaborar con otras instituciones y colectivos afines. Deberán también incrementar su rol en la creación de comunidades. La innovación estará siempre presente para gestionar fuentes y colecciones, así como para lograr la modernización de la institución. En relación con el espacio físico, se trabaja con la idea de la biblioteca como espacio de encuentro. Se promueve una diversificación del espacio, limitando las prohibiciones y relajando las normas sociales, generando salas donde compartir y conversar, salones polivalentes para debates, con el fin de abrir a más gente cada vez la institución.



La lectura se entiende como una práctica creativa. Se difuminan los límites de lo que la lectura canónica representaba, se busca fomentar la lectura y la creatividad, se ofrecen nuevas maneras de que esa creatividad se materialice. Este punto ha generado polémica al coexistir varias corrientes de actuación que implican una muy diferente distribución de los recursos existentes. Algunos profesionales sostienen que como principio fundamental la biblioteca debe fomentar la creatividad y que debe haber una vinculación directa entre las actividades ofertadas y la promoción de la lectura. En esta línea, profesionales de bibliotecas de la Comunidad Autónoma de Madrid nos comentaban que no había que olvidar que la finalidad de las bibliotecas en nuestro país seguía siendo la alfabetización y la promoción de la lectura, crear lectores críticos y garantizar el acceso a la información. Continuaban afirmando que, si eso se transformaba en la difusión de cultura en general, la biblioteca pública perdería su identidad y los recursos asignados para fomentar la lectura quedarían difuminados en un sinfín de actividades ajenas a esta. Finalmente, nos relataban que hoy, en muchos casos, si dan a elegir entre una impresora 3D o un recital de poesía, la elección final de los usuarios no suele coincidir con la idea clásica de lo que es fomentar la lectura. También es verdad que hoy en día el acto de leer ha dejado de ser el clásico.



Por otra parte, un amplio sector bibliotecario aduce la lectura como parte de un concepto de cultura más abierto y transversal en el que tienen cabida múltiples acciones hasta ahora excluidas. Toda esta teorización sobre la nueva biblioteca, familia cercana de nuestro rayo verde, está arrancando en nuestras instituciones, y el tiempo dirá si finalmente se encuentran el deseo y lo factible. Bajando de nuevo a la escala institucional local, la red de bibliotecas públicas sigue dependiendo en su gran mayoría de las Administraciones locales, y las bibliotecas de barrio aún constituyen el primer punto de acceso a la cultura después de la escuela. En realidad, la posibilidad y el grado de implantación de todo este tipo de medidas dependen del espíritu vocacional del personal bibliotecario. Aunque hay directrices generales, poner en marcha estas novedades suele depender de un esfuerzo personal extraordinario no siempre valorado. Como nos cuenta Ángel Payar, responsable del Servicio de Bibliotecas del Ayuntamiento de Madrid, «las necesidades de los usuarios se recogen en primer lugar por los bibliotecarios, que día a día están a pie de calle y conocen lo que necesitan sus usuarios, la biblioteca sale a la calle, es parte del barrio. Los bibliotecarios leen lugares y gentes en los lugares».

Por último, hemos preguntado a nuestros tres niveles institucionales sobre el valor añadido que la biblioteca puede ofrecer en el acceso a la información. Nuestro informante del MECD, reflexionando sobre este tema, comentaba que las bibliotecas han ofrecido desde hace tiempo servicios de acceso a la información incluso antes de que Google existiera, como el servicio «Pregunte: las bibliotecas responden», que atendía las necesidades de información de los ciudadanos vía mail, pero que es un gran desconocido. Continuaba aseverando que, en ese sentido, desde la institución no se ha sabido aportar un valor añadido a los sistemas de búsqueda actuales. Ahora que la Red está llena de buscadores y filtros de información, las bibliotecas no deben considerarse en lucha contra ella, por el contrario, la biblioteca puede ofrecer riqueza para nuevas ideas. El camino no pasaría por ser más, sino por colaborar, ser uno más pero visible, formar parte de la red. Quizá comprender cómo generar más red sea la gran posibilidad de las bibliotecas, para seguir siendo garantes de nuestro acervo

cultural y posibilitadoras de su ampliación. Eso sí, esa posibilidad se volverá realidad solo si las instituciones públicas apuestan por ello y ofrecen las herramientas y los medios adecuados para que esto suceda.

9.3

Prurito participativo

No cabe duda que estamos viviendo un tiempo de cambio radical. Para muchos incluso una suerte de nueva Ilustración, una nueva oportunidad para un país que en el siglo XVIII decidió crear un cordón sanitario en los Pirineos para que la posible influencia de la Revolución Francesa no llegase a nuestra adusta tierra. Decía el entonces ministro Floridablanca, «aquí no necesitamos tanta luz». Hoy, más de dos siglos después, aún vamos despertando hacia esa posible Ilustración. Un dato a tener en cuenta es que nuestro país lograra su mayor atisbo iluminador y una gran internacionalización tras la #*Spanish Revolution*, ese encuentro en las plazas que ha querido generar una nueva ciudadanía más curiosa, más implicada, más ilustrada. Una revolución que ha transformado en gran medida la participación de muchos en los asuntos públicos.

Vivimos un prurito participativo sin precedentes, un prurito heredero de esa revolución, y de un giro institucional que comenzó a gestarse en los albores del siglo XXI. Hoy el apelativo o apellido «participación» se ha vuelto ubicuo. Hay congresos sobre participación, módulos formativos sobre participación, hay un área en el organigrama del Ayuntamiento de Madrid llamada Área de Participación Ciudadana, Transparencia y Gobierno Abierto, además de una comisión permanente ordinaria con el mismo nombre. Además, tenemos sus derivados: participado, participatorio, decisión, decidir. Tenemos también una plataforma web, *Decide Madrid*, diseñada para que los madrileños aporten sus ideas para la ciudad y estas puedan utilizarse, proponiendo el uso de sesenta millones de euros.

El cambiante mundo de la lectura y de las bibliotecas es uno de los lugares ideales para poner a prueba esta idea de participación, de decisión consensuada desde las comunidades de uso. En Madrid, de hecho, se está desarrollando un proceso participativo para una biblioteca, que contempla todos los posibles pasos para la construcción, diseño y gestión de la misma. Se trata de la Biblioteca de San Fermín. La Dirección General de Paisaje Urbano del Ayuntamiento de Madrid ha promovido este proceso de largo recorrido como probeta de modos de decidir entre todos. Es verdad que este proceso ha sido promovido por los vecinos de un barrio del distrito de Usera, un distrito periférico situado al otro lado del Manzanares con una población que ha sido muy activa en sus reclamos. Estos vecinos han sido la matriz para el grupo de trabajo que se activó desde el anuncio de la aprobación del expediente administrativo que puso en marcha el procedimiento para la licitación de la biblioteca. Además de con vecinos, este grupo cuenta con técnicos municipales de muy diversas áreas del ayuntamiento: la Dirección General de Pai-

saje Urbano e Infraestructuras Culturales, la Dirección General de Bibliotecas, la Empresa Municipal de la Vivienda (responsable del proyecto arquitectónico) y la Junta Municipal del distrito de Usera.

Ahora bien, todo el proceso es mediado y facilitado por expertos en estas materias. En este caso Gea21 y Basurama, dos colectivos de profesionales que hibridan sus perfiles en este tiempo de desdibujamientos y búsquedas. Ambos vienen ya del trabajo de mediación en cultura y de muchas intervenciones artísticas en el espacio público. Han probado, prototipado y propuesto distintas técnicas y métodos de trabajo para facilitar el diálogo, para dinamizar los encuentros. También han tenido mucho cuidado con el registro de su propia huella y la salvaguarda de las decisiones colectivas. De hecho, habríamos de separar el análisis del proceso y del resultado, aunque tenemos mucha tendencia a considerar el proceso un valor en sí mismo. Cabría preguntarse qué pensaría Diderot de todo este tiempo que vivimos.

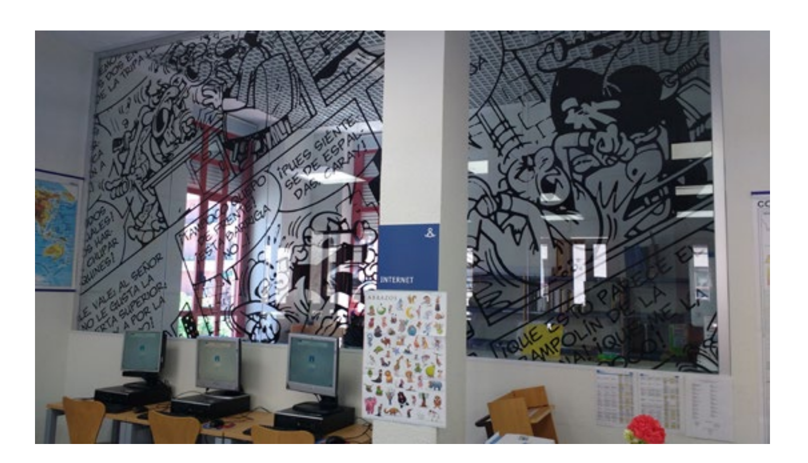
Juan López Aranguren, uno de los fundadores de Basurama, se refiere a su colectivo como un estudio de arquitectura alternativo o una empresa de diseño social.[3] Suma ya doce años de trayectoria, surgido en la escuela de arquitectura en plena crisis del oficio de arquitecto. Es interesante analizar el concepto de diseño social. Pasado ya el tiempo del prurito diseñador, un fenómeno muy de los noventa, asistimos al prurito de «no ser arquitecto», única vía para desembarazarse del lastre que supone ser arquitecto en el país de la burbuja inmobiliaria y de la irresponsabilidad social. Pasar de ser arquitecto a ser diseñador social, aun siendo arquitecto, es un cambio de intenciones, una asunción de una responsabilidad pública. Como ya escribiera Martí Manem en 2007, en la revista sobre prácticas colaborativas, el arte contemporáneo lleva ya tiempo inventando modos de trabajar más allá de las individualidades mediante grupos de trabajo, prácticas colaborativas, colectivos, proyectos participados. De hecho, Basurama, que comenzó su andadura en 2001 buscando precisamente otro modo de hacer las cosas, en un contexto también nuevo, dice tener un tercer elemento sustancial en su proceso, además del obvio reciclaje, reutilización de basuras y dignificación y resignificación de lugares degradados. Esta tercera pata se apoya en la participación de personas cuya ubicación social también los ha dejado «como colectivos al margen, como personas invisibles».

Por su parte, Gea21 Grupo de estudios y alternativas se definen como un grupo en el que convergen varios profesionales independientes, procedentes de campos muy diversos como la arquitectura, la geografía, la sociología, la ecología, la ingeniería o la economía. Se han especializado en proyectos participativos y tienen un seminario continuo de trabajo y debate sobre urbanismo participativo. Trabajan en la sistematización de las metodologías de participación, y también participan, desde sus orígenes en 1995, en los foros y congresos que se están desarrollando de manera cada día más masiva en toda la geografía. Y diseñan «planes de participación», como el de la Biblioteca de San Fermín.

3. <http://www.eldiario.es/sociedad/Basurama-arquitecto-Juan_Lopez_Aranguren_0_125637787.html>.

La Biblioteca de San Fermín ha optado por hacer este complejo y lento proceso desde su misma base. La biblioteca, como edificio y como arquitectura, ha sido pensada colectivamente. El contenido y el proyecto bibliotecario también. La futura gestión está siendo actualmente debatida en un proceso abierto que tantea herramientas de participación ciudadana para el discurrir diario de la institución.

El contenido de la participación ha incluido tres elementos. Primero, el modelo de biblioteca: ¿qué biblioteca se quiere para el barrio?, ¿qué servicios, actividades, funciones debe cumplir y cómo debe hacerlo?, ¿cómo se relacionará la futura biblioteca con los demás equipamientos, proyectos y organizaciones de San Fermín? Segundo, el edificio y su entorno, las condiciones y la distribución de espacios atendiendo a sus futuros usos y usuarios, incluyendo a los y las trabajadoras y voluntarias. ¿Cómo debe relacionarse la biblioteca con su entorno?, ¿cómo sacar el mejor partido al espacio público que rodea la biblioteca? Tercero, el modelo de gestión: ¿qué fórmula de gestión es la más adecuada para la futura biblioteca?, ¿cómo engarza el voluntariado?, ¿qué espacios y/o actividades pueden ser utilizados por los vecinos de forma autónoma?, ¿cómo se establece ese vínculo de gestión compartida de algunos de sus espacios o elementos?



No cabe duda de que es una biblioteca probeta. El proceso arrancado y desarrollado se demora y no puede ser exportado a otros barrios que requerirán más premura en sus ejecuciones. Ahora bien, como vemos, este proceso se ha inspirado en una vanguardia arquitectónica, artística y social. Por consiguiente, la propia biblioteca y su hechura constituyen a su vez vanguardia, y como tal señala caminos nuevos, posibles maneras de hacer, con sus luces y sus sombras. Y sus dosis necesarias de utopía, aunque deba adaptarse a la realidad de la ciudad, al estado de sus instalaciones, a los recursos existentes para lograr un aprovechamiento máximo. Quizá estos proyectos piloto, que requieren una gran inversión, choquen con la necesidad real de invertir en equipamientos básicos, o en dotar de contenidos reales a esos espacios físicos abiertos o compartidos con centros culturales, que ya existen, pero no tienen buena aceptación o están infrautilizados.

En todos los ámbitos se dan dosis de participación, pero en menor escala. Por ejemplo, Javier Pérez Iglesias, director de la Biblioteca de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid, ha puesto en marcha un proceso que explica en un artículo titulado «Adquisiciones comisariadas: todas podemos ser un poco bibliotecarias». Se trata de un proyecto que quiere que todos los potenciales usuarios participen en la decisión de compra, no solo rellenando una desiderata, sino diseñando el propio servicio bibliotecario y creando colecciones enteras. La herramienta de las «adquisiciones comisariadas» funciona por encargo de la propia biblioteca o a propuesta de alguna persona o colectivo. La biblioteca asume la compra de una determinada colección, y los solicitantes se comprometen a diseñar unas actividades que den visibilidad y favorezcan el uso de esos fondos, que los activen. Estas actividades ponen el foco en un punto que normalmente ha quedado oculto, silenciado y poco cuidado, lo que ellos mismos llaman «actividades de contaminación lectora dentro y fuera de la biblioteca». Estas actividades de contaminación lectora, de virus cervantino, incluyen conferencias performativas, viajes literarios, exposiciones librescas (o no), charlas, mesas redondas, lecturas públicas, sesiones de danza, invasiones de espacios teatrales y lo que la imaginación sea capaz de inventar.



El artículo en cuestión arranca con una cita sacada del catálogo *Un saber realmente útil*, de la exposición homónima organizada en 2015 por el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. La cita pertenece al texto «Una biblioteca pública» (Mars, 2014). Marcell Mars es un *hacker*, un artista y, sobre todo, el promotor de *Public Library*, una plataforma para compartir libros que promueve la ética *hacker* de un espacio universal de cultura y conocimiento libre. Esta plataforma pretende fusionar los proyectos ya existentes de compartir publicaciones en la red (como Calibre), así como crear nuevos espacios *peer 2 peer* para el intercambio de libros.

Con motivo de su visita a Madrid en 2015, en una conversación con Daniel García en Medialab Prado, insiste en que su obsesión es que todas las personas

deberían convertirse en bibliotecarios. El entrevistador entonces arranca seis puntos a debatir en torno a *Public Library* y su corolario *Memoria del Mundo*. El primero equipara esa aseveración, «todos los hombres, bibliotecarios», a la famosa «cada hombre, un artista», del alemán Joseph Beuys. De algún modo, el artista parece tener una protección legal que le permite determinadas acciones para la desobediencia civil licitada. Marcell tiene claro que hoy «el sistema está *fucked up*», así pues la desobediencia civil es muy necesaria, y recuerda el caso de Aaron Swartz, diseñador jefe del proyecto inicial *Open Library*, que se suicidó a los treinta y cinco años al ser acusado de «fraude electrónico, fraude informático, entrada ilegal e imprudente a un ordenador protegido y daños», después de haber conectado un ordenador a la red del MIT desde un armario sin vigilar ni cerrar, para descargar publicaciones académicas automáticamente desde JSTOR usando una cuenta de invitado que le había proporcionado el propio Instituto. La imputación de todos estos cargos de fraude *online* y once violaciones al «Acta de Fraude y Abuso Computacional», le valieron una pena máxima que ascendía a una multa de un millón de dólares, treinta y cinco años de prisión, incautación de bienes, indemnización y libertad vigilada. Se suicidó mientras permanecía en calidad de acusado por la Magistratura Federal de Estados Unidos por robo de información. Lo descompensado de la utopía y la responsabilidad civil en relación con la protección de los derechos del *copyright* es un tema que va más allá de lo racional.

A la pregunta de si esta *Public Library* es una utopía clásica del mundo *hacker*, la de crear un universo entre todos que sea libre para todos y en el que el conocimiento sea abierto, contesta rotundamente que es precisamente por esto por lo que lo hace. Como Borges, hace referencia constante a los sueños y a los deseos. La pregunta de si, además de un lugar de intercambio de libros, es una red social de encuentro de bibliotecarios, conduce por la vía de las correspondencias al bellísimo texto de Walter Benjamin, «Desembalando mi biblioteca». Marcell se refiere a la necesidad de las redes *online* de contar con lectores que, de uno en uno, «desembalen su biblioteca». Esto hace referencia a que hoy todos tenemos una suerte de biblioteca en cada uno de nuestros ordenadores personales. Compartir nuestra colección, participar en generar esa red de contactos, haría de la *Public Library* un lugar en permanente crecimiento hecho por todos y usado por todos. También sería interesante recuperar el texto de Benjamin recordando que, además de potenciales bibliotecarios, somos potenciales escritores. Este bello párrafo quizá explique muy bien los tiempos de lectoescritura y de potencial humanidad bibliotecaria y escritora que vivimos:

> A decir verdad, los escritores son personas que escriben impulsados no ya por la carencia sino por la insatisfacción de los libros que pueden comprar pero que no les gustan. Seguramente ustedes, señoras y señores, dirán que esta es una definición exagerada de los escritores, pero todo lo que se dice desde el punto de vista de un verdadero coleccionista es una exageración.

Para el verdadero coleccionista el mejor préstamo es el indefinido. Sin duda hoy somos todos un poco coleccionistas, un poco escritores, muy lectores bastante fragmentarios. Y muchos hacemos lo propio de un coleccionista, que no es leer libros, sino acumularlos *online*. Como bien demostró la lúcida respuesta de Anatole France a alguien que admiró su inmensa biblioteca:

> —¿Y ha leído usted todo esto, señor France?
>
> —Ni la décima parte. ¿Acaso come usted todos los días en su vajilla de Sèvres?

9.4

Piratas y bibliotecarios

Los bibliotecarios de la era digital ya no son, para el imaginario global, esas mujeronas que, como Fanny, un personaje de *The Antiphon* (Barnes, 2000), tienen «el cabello color estopa y el trasero orondo de una bibliotecaria buscando un buen libro en un estante bajo». Hoy los bibliotecarios tienen otro perfil. Al igual que las restantes realidades del mundo del libro, han perdido ese cuerpo característico del que tanto se ha escrito. Y aunque es cierto que un personaje muy contemporáneo de San Francisco, Clay Jannon, exdiseñador de Silicon Valley, al quedarse en paro logra un puesto de trabajo gracias a su cuerpo y destrezas escaladoras en *El Sr. Penumbra y su librería 24 horas abierta* (Sloan, 2013), también es cierto que la peculiaridad de esa librería es que conserva un ejemplar único de todos aquellos libros que Google no ha sido capaz de digitalizar, y todos los manuscritos que no están digitalizados. Los bibliotecarios han perdido su cuerpo, se han hecho *bloggers*, deben ser ases de la ciberconducción, y lo que es más importante, han de salvaguardar las llaves, ser una suerte de serenos de la era digital.

Gustav Nipe, presidente del Partido Pirata sueco, decía que el debate sostenido hace cien años sobre si era adecuado tener o no bibliotecas públicas en Suecia, y cómo podría influir este hecho en el sector editorial de la época, tuvo un sesgo muy similar al actual. Cuando se introdujeron en su país las bibliotecas públicas, muchas fueron las voces que alertaron del posible problema para los editores, las librerías y los autores. En suma, pensaron entonces, el acceso abierto y gratuito al conocimiento podría desbaratar el sistema de los libros. No obstante, como lo ve Gustav Nipe, el debate surgido hace cien años se solucionó con una clara intervención de los políticos. Estos dijeron que no había lugar a dudas, era muy importante que la gente pudiera tomar libros prestados, ya que el ideal de la educación universal es mucho más importante que el derecho de un editor a tener un negocio rentable. Hoy

tales decisiones tienen sobre todo un sesgo legal, y las leyes, como señala Darnton (2013), deberían cambiar.

La larga batalla entre el conocimiento abierto para todos, las leyes de derechos de autor y la labor que realizan en este sentido las entidades de gestión, tiene ya un largo recorrido. En la cuarta conferencia anual sobre ley y tecnología de la Universidad de Portland en Maine, Ebeen Moglen (2003) se preguntaba «si técnicamente es posible un aparataje para poder crear una biblioteca universal, ¿por qué no podemos desarrollarla?». Y añadía: «Es como si tuviéramos una máquina para hacer pan para todo el mundo y no la usáramos».

Esta pregunta y esta duda hacen converger una vieja tradición y una nueva tecnología, como se apuntó ya en la primera definición del Open Access de Budapest en 2002.[4] La vieja tradición es el deseo de los científicos y de los académicos de publicar los frutos de sus investigaciones en revistas científicas por el bien común y la mejora general de la sociedad, por el avance del conocimiento. La nueva tecnología, obviamente, es Internet. Con Internet se podría, por fin, romper las barreras para el movimiento libre de la literatura, acelerar la investigación, compartir el aprendizaje del rico con el del pobre y el del pobre con el del rico, hacer de las investigaciones conocimientos útiles y establecer las bases para que la humanidad se una en una conversación polifónica en busca del conocimiento. Algo que resuena ilustrado. Como afirma Todorov (2008), es algo que siempre se mantiene como un horizonte a completar, un horizonte que, como tal, nunca termina de llegar. Algo que ha sustentado ese fino equilibrio entre los partidarios de más restricciones en la circulación de los frutos de su creación y reflexión, como Diderot, y aquellos que han priorizado sobre lo demás el bien común, como Condorcet. El nuevo pilar que Condorcet añadió al debate en torno a la libre o no circulación del conocimiento fue lo que llamó «la utilidad social». El conocimiento, pensaba, es objetivo, por consiguiente, social y de todos. Por otra parte, autores como Diderot, Young y Fichte lo considerarán subjetivo, originado en una mente excepcional, y por ello la más inviolable propiedad privada (Hesse, 1991: 32). De aquí y de modo fundacional surgirán dos posibles modelos de protección, los de la doctrina utilitaria y los subjetivos, privativos, perennes, universales. Estas batallas legales que surgieron durante el XVIII fueron articulando el marco en que aún vivimos. Este equilibrio inestable ha generado y genera grandes disputas que han encontrado, en la era digital, un campo de batalla infinito.

Por un lado, los defensores del *Open Access* o acceso abierto. Significaría, siguiendo el razonamiento comenzado líneas más arriba, tener una accesibilidad abierta y libre, sin peaje alguno, para leer, descargar, copiar, distribuir, imprimir, buscar y *linkear* todos estos artículos. Usarlos sin barreras técnicas, ni legales, ni financieras. Por otro lado, la realidad de los datos, la economía y sus sombras. Javier de la Cueva, experto en derechos de autor y formador de bibliotecarios, llamó la atención a este respecto en la ponencia «Transformaciones para una gestión de la propiedad intelec-

4. «Definition of Budapest compliant open access», *Open Access Working Group* <http://access.okfn.org/definition/>

tual viable tecnológicamente» (De la Cueva, 2013), advirtiendo que se olvida que las universidades son grandes agentes de la propiedad intelectual, y resulta sintomático que las políticas incidan en contra de lo público y más a favor de las entidades de gestión privada. Esta aseveración se refiere a la cifra que gastan las universidades españolas para pagar a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos).

Actualmente, nos contaba Javier en la entrevista, las universidades españolas junto con el CSIC gastan unos ciento veinticinco millones de euros en documentación. La diferencia de las compras actuales es que antes te suscribías a una revista y, al tenerla físicamente, pasaba a formar parte de las colecciones para siempre. Ahora no funciona así: «Ahora cuando dejas de pagar dejas de tener acceso a la información y además constituye una infracción de propiedad intelectual conservar los archivos de ediciones pasadas. Las licencias te permiten el acceso, pero no la conservación». Además, esos contenidos adquiridos se compran por lotes, que generalmente incluyen bibliografía no deseada o que probablemente no se va a utilizar, con el consiguiente desaprovechamiento de recursos económicos empleados.

Hay dos grandes marcas mundiales que se reparten el mercado. Springer, que dice de sí: «Nuestro negocio es publicar. Con más de 2.900 revistas y 200.000 libros, Springer ofrece muchas oportunidades a autores, clientes y socios». Y con SpringerLink «puedes leer más de diez millones de *papers* académicos». La otra gran empresa es Elsevier. Ellos van un paso más allá y publicitan su infinito acerbo de revistas científicas, libros electrónicos y códices con el inspirador eslogan: «El conocimiento es un regalo». Este eslogan les dio como resultado anual dos mil millones de dólares en ganancias, un verdadero regalo sin duda. Lo que está claro, continuaba contándonos Javier, es que Elsevier tiene un mercado de unos veinticinco millones de euros en España, y que las universidades españolas forman parte de él.

Frente a este acaparamiento de la distribución de contenidos por la industria, están las bibliotecas, que históricamente han funcionado gestionando y compartiendo sus fondos de una manera colaborativa. Nosotras hemos hablado con bibliotecarios universitarios españoles. Por ejemplo, Chema Oterino, responsable de la Biblioteca de Económicas y Empresa de la Universidad de Alicante, nos cuenta:

> En el ámbito de bibliotecas universitarias, la colaboración siempre ha sido fundamental, la información que se solicita y no se tiene, se pide a otras bibliotecas, de ahí salió primero un catálogo colectivo, que luego derivó en un convenio, del que surgieron congresos, pero todo esto surgió de la necesidad de realizar tu trabajo, así se formó la Red de Bibliotecas Universitarias REBIUN (Red de Bibliotecas Universitarias Españolas).

REBIUN es la comisión sectorial de la CRUE, la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas en materia de cooperación bibliotecaria. Agrupa a las bibliotecas de las universidades españolas, tanto públicas como privadas, así como a una serie de bibliotecas de instituciones científicas y de investigación, en particular

el CSIC que desde 2001 es miembro de pleno derecho de la red. También se incluye Dialnet, una biblioteca digital con cinco millones y medio de artículos y partes de libros, que es la base de datos más amplia de las universidades españolas. Oterino nos confirma que en el espíritu bibliotecario siempre ha estado presente la cuestión de ser un servicio para el acceso a la información ciudadana.

Las conclusiones de XXIV Asamblea anual de REBIUN celebradas este año en Mallorca[5] giraban en torno a esta idea de responsabilidad pública de los bibliotecarios y la excelencia que las bibliotecas universitarias deben tener, la calidad y la apertura. Todos los miembros son conscientes de que la excelencia de las bibliotecas universitarias contribuye al éxito de la educación superior, que deben apoyar la investigación. Los profesionales, los bibliotecarios, deben formarse en el nuevo marco europeo de competencia digital, el DIGCOMP: *A Framework for Developing and Understanding Digital Competence in Europe*. Además, hacen un llamamiento a la acción para el acceso abierto a publicaciones y datos, haciendo seguimiento de las publicaciones en *Open Access* y fomentando la apertura de datos y metadatos.

Esta cultura de datos abiertos, como nos contó Javier de la Cueva, surgió también gracias a otra biblioteca: «Las bibliotecas universitarias europeas, las bibliotecas de los grandes centros y sobre todo la de Berlín, vecina del Instituto Max Planck de la Historia de la Ciencia, pronto se dieron cuenta del triple problema con el que habían de convivir en la era digital: el técnico, el económico y el legal». Esta tríada nos llevaría a pensar que el problema técnico está en vías de generar, como lo pondría Moglen, una posibilidad real de acceso universal al conocimiento, mientras los otros dos, los problemas económicos y los problemas legales, han de convivir ensombreciéndose uno al otro. De esta reflexión en tres de los centros de bibliotecas más punteros, lo que se ha llamado *Las Tres B del acceso directo*, *Budapest (BOAI, 2002)*, *Berlín (2003) y Bethesda (2003)*, surge *la Declaración para el Acceso Abierto*, *Open Access*.

No nos cabe duda de que desde las bibliotecas se quiere defender el conocimiento y el acceso libre, pero tampoco nos cabe duda de que la historia de las bibliotecas ha estado unida a la de las restricciones, y la de los bibliotecarios a la de localizar vías de saltárselas. De hecho, Zacary Adams Green, del Partido Pirata de Nueva York, suele centrar casi todas sus intervenciones en las bibliotecas públicas, y lo importante de las alianzas que deberían establecerse con los bibliotecarios. De hecho, sentencia: «El Partido Pirata es el Partido de las Bibliotecas. *The Pirate Bay* es una biblioteca» (Fredrikson 2015). Este paralelismo entre el *file-sharing* —la compartición de archivos— y las bibliotecas se evoca de modo muy recurrente por todos aquellos que ven obsoleto el sistema del *copyright*. De hecho, las competencias que Europa recomienda, resumidas por áreas de competencia, serían las siguientes: poder identificar, localizar, almacenar, recuperar, organizar y analizar la información, juzgando su relevancia y su propósito. Compartir

5. REBIUN: Red de Bibliotecas Universitarias, (2016), *Conclusiones XXIV Asamblea Anual REBIUN*, Mallorca: CRUE, REBIUN, Universitat de les Illes Balears, (9-11 de noviembre de 2016), <http://www.rebiun.org/documentos/Documents/XXIV_Asamblea_REBIUN/XXIV_Asamblea_REBIUN_Mallorca_Conclusiones_2016.pdf>.

recursos con herramientas digitales, *linkear* a posibles colaboradores, interactuar y participar con comunidades en red y con grupos transculturales. Crear sus propios contenidos y producir expresiones creativas, programar, saber sobre derechos de propiedad intelectual, sus variedades y adecuación. Saber sobre protección de datos, sobre protección personal, sobre identidades digitales, *hackeos*, medidas de seguridad, y uso saludable y útil. Finalmente identificar las necesidades digitales y los recursos, conocer las herramientas digitales a usar dependiendo de la necesidad, solucionar problemas conceptuales a través de medios digitales, usar las tecnologías creativamente, solucionar los problemas técnicos y ponerse al día de modo permanente en competencias digitales. En suma, ser unos auténticos genios de la tecnología y también del mundo no tecnológico, para poder dar un mejor servicio a los usuarios que son, al fin y al cabo, de carne y hueso.

La transformación de la figura del bibliotecario de la mano de Internet está siendo, como se ve, dramática. Javier Pérez Iglesias, director del servicio de Biblioteca de la Facultad de Bellas Artes, nos cuenta que, en los años ochenta y noventa, eran mediadores de bases de datos y, en la actualidad, una de las labores fundamentales para la investigación, especialmente en las bibliotecas universitarias, es la alfabetización informacional.

> La alfabetización es un proceso que se inicia con el aprendizaje de la lectura y escritura y que debe desarrollarse a lo largo de la vida, y en eso, los bibliotecarios nos vemos implicados, gestionamos información y cada vez más hemos visto la necesidad de hacer entender a la gente cómo se crea la información, cuáles son los canales de circulación, cómo se puede usar esa información de una manera honesta y cuáles son las reglas que lo rigen, cómo se cita, qué licencias de uso tienen los documentos que se usan y qué licencias quiero poner en lo que cada autor produce.

Por tanto, una formación específica y adecuada sobre el uso y manejo de la web es fundamental actualmente para los bibliotecarios. Más, si cabe, cuando tienen la función de mediar y acompañar en el proceso de investigación, acreditar la idoneidad docente del trabajo de los investigadores, consolidar su identidad digital, etcétera. Es básico para la investigación y el conocimiento poder acceder a los contenidos de los archivos de bibliotecas, saber manejar esa información y dar con maneras de que el conocimiento generado tenga más repercusión.

En resumen, las bibliotecas deben garantizar el acceso a la información, aunque para ello tengan que pagar una gran cantidad de dinero por la distribución de los contenidos encerrados en los *papers* académicos. Esto hace que sus presupuestos, muchas veces escasos, se vean esquilmados por estas cifras cada vez más astronómicas. Los bibliotecarios siguen buscando alianzas e inventando sistemas para poder saltarse determinadas restricciones que minarían el bien común. Podríamos pensar, siguiendo nuestro hilo, que buscan patentes de corso, esto es, como lo explica Darnton (2013), estrategias para el acceso a gran parte del conoci-

miento que no estaría disponible hasta dentro de más de cien años si siguiéramos la ley a pies juntillas. En la batalla abierta entre las dos tendencias contrapuestas en la digitalización, la que quiere la mayor democratización posible persiguiendo el sueño ilustrado y aquella que aboga por el lado pecuniario, los bibliotecarios, tal y como afirman en cada una de sus convenciones, abogan por la primera, que da sentido y dignifica su profesión.

Como cuenta Darnton en la entrevista titulada «La Biblioteca en la Era Digital», los bibliotecarios hoy día enseñan a muchos usuarios que no saben navegar por Internet a hacerlo. Ellos y las bibliotecas son mucho más importantes ahora que nunca, contrariamente a lo que pareciera. Las bibliotecas nunca fueron solamente las casas de los libros, siempre han sido nodos de comunicación. Esa comunicación se ha complejizado enormemente, así que el rol de los bibliotecarios es ayudar a los usuarios a encontrar su camino en las vías de Internet. Es muy fácil despistarse. Las bibliotecas y los bibliotecarios se encuentran, concluye Darnton con una media sonrisa, «Muy bien, gracias».

Por otra parte, al referirse al futuro digital (Darnton, 2013), muestra su preocupación por la inmensa subida del precio de las revistas científicas. Hay una tendencia, afirma, a la reducción al acceso a la información. Cada día hay más conocimiento producido, cada vez menos abierto el uso. ¿Por qué? Porque las bibliotecas no pueden hacer frente al incremento constante de precios de las revistas. El precio promedio de una revista médica era de 12 dólares en 1970 y hoy es de 1.470 dólares. Debemos hacer algo al respecto de esta subida imparable de los precios. Por lo tanto, y pese a que los bibliotecarios se encuentran «Muy bien, gracias», no cabe duda de que muchos deben volver a situarse en mitad del campo de batalla entre esa tradición, a la que nos hemos referido, y esta tecnología que caracteriza nuestra era, complicada y llena tanto de posibilidades como de amenazas.

9.5

Referencias bibliográficas

Barnes, D. (2000). *The Anthipon.* Nueva York: Green Integer.

Bhaskar, M. (2014). *La máquina de contenido. Hacia una teoría de la edición desde la imprenta hasta la Red.* México: Fondo de Cultura Económica.

Darnton, R. (2009). *The Case for Books: Past, Present, and Future*. Nueva York: Public Affairs.

— (2013). «Bibliotecas, Libros y el Futuro Digital». Conferencia impartida en *Congreso Innovatics*, Santiago de Chile, 28 agosto de 2013.

De la Cueva, J. (2013). «Transformaciones para una gestión de la propiedad intelectual viable tecnológicamente». En *Boletín Bibliotecario de la UCM*: *la Biblioteca informa al Bibliotecario*, 29 de Mayo de 2013: <http://biblioteca.ucm.es/blogs/boletinbibliotecario/7716.php#.WEqprdXhCUk>.

Eco, U. (1981). «De Biblioteca». Conferencia por la conmemoración de los 25 años de la sede de la Biblioteca Comunale, Milán.

Fredrikson, M. (2015). «Pirates, Librarians and Open Source Capitalists». En Hellen Porsdam (ed.) *Copyright Creativity: Creative Values, Cultural Heritage Institutions and Systems of Intellectual Property*. Surrey: Ashgate Publishing.

Hesse, C. (1991). *Publishing and cultural politics in revolutionary Paris 1789-1810.* Berkeley: University of California Press.

— (2002). *The rise of intellectual property, 700 b.c.–a.d. 2000: an idea in balance.* Sawtry: Daedalus.

Manen, M. (2007). «Prácticas colaborativas. A partir de 'Taking the Matter into Common Hands', Black Dog Publishing». En *A*Desk*, 18: < http://www.a-desk.org/spip/spip.php?article626>.

Marcell, M. (2014). «Una biblioteca pública». En VVAA, *Un saber realmente útil.* Catálogo de exposición, Madrid: Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Moglen, E. (2003). «Freeing the Mind: Free Software and the Death of Proprietary Culture». Conferencia en la Law School de la Universidad de Maine, 29 de junio de 2003.

Sloane, R. (2013). *El doctor penumbra y su librería 24 horas abierta*. Barcelona: Roca Editorial de Libros.

Todorov, T. (2008). *El espíritu de la Ilustración.* Madrid: Galaxia Gutenberg.

10

Estrategias dispersas en Red[1]

1. Queremos agradecer su tiempo y colaboración a Pepe Molina (Vallecas Todo Cultura), Alberto Soler (Premio Mandarache), Judith Pérez y Jesús Olmos (Librería Intempestivos), La Conspiración de la Pólvora, Begoña Loza y Jorge Jiménez (Librería la Esquina del Zorro), Manuel Rico (Fundación ACE Escritores), nuestro Editor Anónimo, Ana Ordás, Elizabeth (¡Hostia un libro!) y todos los demás «feriantes» y «hacedores de ferias» y demás eventos que aparecen reflejados en el capítulo.

Gloria G. Durán y Nuria Esteban

En este capítulo tratamos sobre las estrategias que el mundo profesional del libro ha tenido que adoptar en la nueva era digital. Estas estrategias han de organizarse en torno a la posibilidad de escribir, de editar, de distribuir, de darse a conocer. En suma, de ser y hacerse públicos. Esto podría parecer un problema de largo recorrido, mas no cabe duda de que hoy se ha vuelto más complejo. Jugamos con el difícil equilibrio sobre el que debe vivir y crecer el mundo profesional de la edición y la industria librera en general. Este equilibrio se sostiene en tensión entre la primacía de los contenidos y la de los contenedores; como también entre el bien común y la correlativa utilidad pública, y el beneficio privado y la correlativa supervivencia precarizada de los autores de los contenidos.

10.1

El infinito mundo de la edición

Editar es hacer libros. Esta fue la contundente respuesta que recibimos de un amigo editor que prefiere quedar en el anonimato. Pero hacer un libro no es imprimirlo únicamente, ni publicarlo. Hacer libros es concebir un proyecto editorial coherente, y seguir la génesis de los proyectos de la editorial desde el momento de su concepción hasta el momento en que se hace público, esto es, se publica. Así pues, el hecho de editar implica un proceso mucho más amplio de lo que pueda parecer: concebir el proyecto, desarrollarlo y cuidar de él una vez se materialice. Es obvio que tanto la elección de los contenidos como el cuidado de su formato material están implícitos en el proceso.

Nuestro editor secreto prosiguió con el análisis de su propia labor. Es muy importante realizar una distinción común en inglés, pero inexistente en castellano: la que diferencia entre el *editor* y el *publisher*. Esta distinción no es frecuente en la industria del libro en España y se suelen confundir las dos labores, especialmente en las editoriales académicas y los grandes grupos, que son antes *publishers* que *editors*. Los primeros, los que publican, se limitan a llevar a la imprenta unos contenidos trabajados por los autores, con poca o ninguna intervención por parte del editor. Los segundos, en cambio, llevan a imprenta productos editoriales muy cuidados, en los que el sello de un editor es importante porque imprime «marca de la casa», hay intervención en los contenidos y su formalización.

Según Bhaskar (2014), en un proceso de edición, la condición previa para publicar es el contenido. Toda noción de qué es la edición debe basarse en el conocimiento de cómo funciona el contenido. Cuando hablamos de edición estamos hablando de comunicación, de cómo transmitir unos contenidos. El contenido se vuelve co-

municativo solo a través de la edición; por sí mismo, sin el trabajo de la edición, no puede crear el acto de comunicación.

Antes de la llegada de la tecnología que facilitaría la reproducción de los contenidos, contenido y formato eran una misma cosa, y existía una gran imbricación entre crear y copiar. El objeto «libro» y su contenido formaban parte de un todo indivisible sin distinción, que además estaba al alcance de muy pocos. Todo esto desaparece con el surgimiento de la imprenta. La posibilidad industrial de reproducir de manera fácil separa totalmente el contenido del contenedor.

Lo que ha seguido inalterado y no ha variado a lo largo de los siglos es la percepción de que los contenidos nunca llegan puros, siempre están mediados, filtrados, enmarcados, intervenidos por la manera en que son transmitidos y publicados. Editar es, entonces, presentar determinados contenidos para posibles públicos. Según Roger Chartier (1995), estudioso también de la idea de contenido, el modo en el que una obra se hace pública, esto es, se edita, forma parte de la obra misma y genera nuevos contenidos compatibles y específicos, que moldean la experiencia lectora.

Así, la edición interviene de modo radical en la experiencia lectora. Para Bhaskar, las actividades básicas que realiza la edición son filtrar y amplificar contenidos. Estos dos aspectos resuelven muchas dudas sobre lo que significa hacer público algo. Según el Diccionario de la RAE, publicar es «hacer notorio o patente», «hacer patente y manifiesto». Es «revelar o decir lo que estaba secreto u oculto y se debía callar». Esa revelación o manifestación será filtrada, es decir, elegida y amplificada, puesta en valor y enmarcada.

Retomando a nuestro misterioso confidente, plantea una pregunta retórica al enfrentarlo a la cuestión del cambio de su labor en la era digital: ¿cambia realmente la esencia de la profesión en un medio tan diferente como es el digital? Según su visión personal, no. Si bien el libro en cuanto formato se está alejando hacia una posición marginal, la escritura está en auge.

> El fundamento del libro no es la edición, sino la escritura. Y para que esta tenga lugar es imprescindible un agente que conozca los medios tecnológicos de la transmisión de contenidos —sean estos analógicos o digitales—, que guíe a autores noveles, que dé soporte a los existentes y que trame un concepto y una visión de la escritura en el conjunto de su proyecto, con la humildad de quien se sabe responsable de ciertos aspectos de un catálogo de contenidos, pero no autor de los mismos.

Nosotras, por nuestra parte, hemos de problematizar esta aseveración. Hoy los perfiles profesionales están desdibujándose, este editor acompañante de escritores noveles es fuertemente cuestionado. Muchos escritores pertenecen a colectivos muy informados, con estrategias de autoedición claras e impresionantes redes de contactos internacionales. No cabe duda de que la calidad de los profesionales siempre será un aval, pero la propia noción de «calidad» está siendo problematizada. El canon, como veremos, se vuelve rampante.



Lejos de ser universal y perteneciente a todos los textos en todas las épocas, la «función-autor» —como la nombra Chartier (2005) siguiendo al Foucault de «¿Qué es un autor?» (Foucault, 1977)— solo es válida para determinadas clases de texto. Ambos autores se acercan y analizan tal función bajo dos puntos de vista. Por una parte, la que se refiere al modo de existencia, circulación y funcionamiento de ciertos discursos en el interior de una sociedad. Por otra parte, la vinculada al sistema jurídico e institucional que ciñe, determina y articula el universo de los discursos. Estas dos perspectivas nos servirán para analizar estas estrategias dispersas en Red del mundo de la edición.

Chartier habla de cómo ha variado a lo largo de la historia el régimen particular que asigna un autor a un texto. En el siglo XVIII, se produce un cambio de régimen entre los discursos científicos y técnicos y los discursos literarios. Los autores de textos científicos se desdibujan mientras los literarios cobran preeminencia, justo lo contrario de lo que sucedía en siglos anteriores, cuando los textos que hoy llamaríamos literarios se recibían, se ponían en circulación y se valoraban sin que se pusiera en juego su autoría, como el *Lazarillo de Tormes*. Por el contrario, los textos que hoy llamaríamos científicos no circulaban en la Edad Media y no eran portadores de un valor de verdad sino a condición de estar marcados por el nombre del autor.

¿Cómo podemos pensar hoy este régimen de asignación?, ¿qué tipo de textos adquieren valor a condición de la firma de un autor? Muchos de los textos que hoy circulan por la Red son textos *collage*, conformados por fragmentos de otros textos.

Este modo de escritura, aunque suele llevar una firma, difumina la autoría, haciéndola en ocasiones casi redundante o falsa. De hecho, se ha hablado tanto de esta muerte del autor que hasta tiene su entrada propia en la Wikipedia. Como entrada enciclopédica, se basa en el texto ya mencionado de Foucault y, por supuesto, en «La muerte del autor» de Roland Barthes (1967). Para Barthes, la idea de autor se relaciona con un discurso escrito. Este, a su vez, es un *collage* de referencias de la cultura en la que se inscribe, nunca es una categoría fija, pues cada lector le da una posible interpretación. Por ello, el autor tiene que desaparecer, para que pueda existir el lector como un agente reconstructor.

Barthes intuyó esta muerte del autor antes de la era digital, lo que resulta clarividente. Aunque es obvio que la lectura en la Red desdibuja la autoría y parece fluir sin intermediarios, la labor de la gran mayoría de los editores y de los autores sigue ligada a la producción del objeto libro y a la mediación. Tanto es así que el apego a esa labor que los ha definido hasta ahora puede representar uno de los grandes problemas que está sufriendo el mundo editorial en su difícil adaptación a la situación actual.

Hemos consultado a varios editores, casi todos independientes y de pequeños sellos, y hemos frecuentado muchas librerías. En términos generales intuimos que la labor de estos pequeños editores se centra en una selección minuciosa y cuidada de los contenidos. Esta selección, de hecho, los define, y cada cual se especializa de algún modo en una línea de contenidos. Pese a usar las redes sociales y la tecnología para la promoción y venta de sus productos de manera intensiva, su labor profesional sigue siendo clásica.

Entre las editoriales más conocidas en ámbitos culturales, especializadas en ensayo, pueden contarse Capitán Swing, Errata Naturae, La Felguera, Díaz&Pons, Blackie Books, Pepitas de Calabaza y Traficantes de Sueños. Cada cual tiene su estrategia de supervivencia en un mundo difícil, pero han sido capaces de tener un nicho de mercado y un público fiel. Capitán Swing, por ejemplo, ha tenido un increíble olfato para ofrecer o devolver al mercado español títulos como *La producción del espacio*, de Henri Lefebvre, o *Muerte y vida de las grandes ciudades*, de Jane Jacobs. Y lo ha hecho con nuevas traducciones y prólogos de autores ya asentados en el tejido local. Errata Naturae, por su parte, ha cuidado su estética, hasta el punto de que sus libros son reconocibles a distancia. Los títulos y las redes en las que trabajan les han proporcionado el respeto y la fidelidad de un gran público. Tienen una impresionante cartera de autores, desde clásicos como Jean Genet, Louise Aragon o Robert Desnos, hasta personajes muy conocidos de la cultura española como Fernando Castro Flórez o Santiago García, además de grandes filósofos de la disidencia como Nancy, Gramsci, Sadie Plank, Deleuze o Badiou.

Quizá Traficantes de Sueños sea interesante por representar algo más que una editorial. Su sede en pleno centro de la ciudad de Madrid es, además de una librería, un punto de encuentro y un lugar donde hallar todos sus textos y, muchas veces, a sus autores. Representan además un modo de trabajar las licencias de edición que pone sobre la mesa tanto la segunda función del autor como un posicionamiento claro referido al *copyfight*. Esta «lucha» pone en cuestión las licencias de uso, dis-

tribución, copia y libre circulación de determinados contenidos. Se adscribe a la defensa de la cultura libre. Traficantes aboga por las licencias *Creative Commons* en contraposición a las del *copyright*.

El *copyright* es una protección que, supuestamente, recibe el autor de una obra. Esta protección es una licencia y, como tal, limita la reproducción, la circulación y la réplica de una obra. La propiedad intelectual, invento del Siglo de las Luces, fue concebida como una propiedad pura que amparaba la unicidad de una personalidad excepcional. La teoría del conocimiento se secularizó al tiempo que se mercantilizó: la personalidad individual suplanta a Dios como fuente de conocimiento, con un halo también divino.

Los editores y autores se enfrentan hoy a un tiempo tormentoso y de equilibrios inestables. La función-autor puede extrapolarse a los mismos editores. De algún modo, su naturaleza tiene que ser leída en su contexto sociocultural y en el marco legal en el que trabajan. Ambos están mutando. El primero es ahora digital además de analógico, lo que les obliga a variar su labor, aunque deben descubrir el modo de abordarlo. El segundo es un verdadero caballo de batalla, los autores y editores deben decidir si abogar por la cultura libre y las licencias que permiten la copia, réplica o remixeado o si asociarse al Centro Español de Derechos Reprográficos (CEDRO), la entidad de gestión, y delegar así el movimiento de sus contenidos a una entidad que, supuestamente, vela por su supervivencia. Son «malos tiempos para lírica», ya lo decían Golpes Bajos.

10.2

No es lugar para minucias

Todos los conceptos que enmarcan la situación global por la que atraviesa el mundo del libro nos dan idea de un circuito productivo que está envuelto en un proceso constante de cambio. Pese a estos delirantes y rapidísimos cambios, los conceptos sobre los que se asienta el mecanismo quedan aún anclados en el pasado. Las licencias por las que su distribución debe pasar, los agentes intervinientes en su desarrollo y las estructuras productivas y empresariales que hacen de ese mecanismo una realidad, pertenecen a una época en la que el acceso a la cultura se sustentaba sobre la escasez y sobre la dificultad de la reproducción.

Benjamin ya lo vaticinó en su imprescindible texto «La obra de arte en la era de la reproductibilidad técnica» (1989). Hoy, que vivimos en la era de la reproductibilidad digital, la facilidad de la copia, lo que muchos llaman copia-inmediatez, el circuito y el mundo del libro deberían haber cambiado, pero aún no lo han hecho. Las posibilidades que la tecnología brinda actualmente abarcan más incertidumbres que certezas, y pocos son los que se aventuran a indagar sus insondables caminos.

Uno de esos insondables caminos de las posibilidades tecnológicas es la apertura de nuevos nichos de mercado. Estos hacen posible la entrada de nuevos agentes que encabezan esta innovación, agentes híbridos, de perfiles difusos y camaleónicas capacidades. Unos agentes que organizan estructuras blandas, casi no estructuras, que, paradójicamente, hacen que obtengan una ventaja crucial para ponerse a la cabeza del sector. Frente a esta liquidez, las férreas estructuras editoriales tradicionales están sufriendo en su adaptación, tanto que muchas están perdiendo el ritmo y puede que queden fuera de estos nuevos circuitos cada vez más acelerados.

Hoy valoramos más que nada la inmediatez. Los lectores pueden acceder de modo «inmediato» a determinados contenidos, «consumen» los textos de ese modo veloz y esto acelera todo el circuito. Es el lector el que solicita constantemente novedades. Si atendemos a la distribución en librerías del producto «libro», descubrimos que la mesa de novedades se renueva casi por completo cada dos semanas, a no ser que el librero decida, por gusto personal y resistencia, mantener algún título más allá de un mes. Nos habla de esto Judith, de la librería Intempestivos, en Segovia:

> Las editoriales buscan incansablemente tener un libro a la semana en las mesas de novedades, porque si no están, no tienen visibilidad y desaparecen; además, las distribuidoras nos envían sus cajas de novedades semanalmente también, pero, claro, para poner un libro, hay que sacar otro, el volumen que nos envían es tal que no podemos conocer todos los libros que tenemos.

Esta situación vertiginosa, en la que la novedad y la necesidad de visibilidad dan cuenta de la ansiedad que se intuye dentro del circuito, se resuelve en muchos casos a través del volumen de lo editado. Para ser visibles frente a un volumen de producción de libros elevadísimo, las editoriales buscan mantener su presencia en las mesas de novedades, en ocasiones a costa de la falta de cuidado en la calidad de lo que se publica.

Además, las distribuidoras de libros también participan en esta saturación y en esta aceleración de los circuitos. Judith cuenta que la distribución es el pilar sobre el que se basa todo el mundo del libro y que está en un momento de fragilidad. Los distribuidores envían a las librerías un gran volumen de libros, y no suelen tener en cuenta las verdaderas necesidades de las propias librerías. Esto les conduce a unas devoluciones exageradas. Dice Judith: «Si un mes devuelves cien unidades, al mes siguiente te mandan doscientas, aunque los vuelvas a devolver, ellos siguen facturando igual, la mayoría no factura por libro vendido, sino por volumen colocado».

Esta situación hace que las distribuidoras y editoriales produzcan un volumen de libros que no se venden y que, por tanto, tampoco se leen. Este limbo de los libros conlleva que muchos de ellos regresen de vuelta a su lugar de origen, las imprentas, para morir. Mueren donde nacieron, destruidos por no ser lo suficientemente modernos. Esta situación acelera hasta el vértigo la vigencia de la novedad y el peso

aplastante de lo último. Lo nuevo es lo impreso la pasada semana, los libros de 2010 pertenecen a la prehistoria y puede resultar complicadísimo encontrarlos en casi cualquier librería. Las estanterías de una librería de barrio no tienen cabida para todos los libros que les llegan, en muchos casos ni los libreros llegan a conocer todo su catálogo. Este limbo está habitado por libros que ni salen de las cajas en las librerías, ni se venden ni, por supuesto, se leen.

¿Tiene sentido este volumen de edición?, ¿se corresponde con el número de libros que se venden?, ¿y con los que se leen? Según el informe «El sector del libro en España 2013-2015», elaborado por el Observatorio de la Lectura y el Libro, las ventas de libros han caído en los últimos años: de 237,1 millones de ejemplares vendidos en 2004, se ha pasado a 153,8 millones en 2013. Esto obviamente se refleja en un descenso en la facturación de este sector.

En 2010, de la totalidad de los libros impresos, se vendían aproximadamente un 75%. Ahora son un 62,4%. En números absolutos, la cosa marea: de los 246 millones de ejemplares que se editan, se venden 153. Los otros 93 millones de ejemplares se quedan sin vender. Ahora tengamos también en cuenta los índices de lectura en España. Según datos del CIS de 2014, un 65% de la población española asegura leer esporádicamente (al menos una vez por trimestre), un 5% menos que la media europea (70%). Entre este público que sí lee, la media anual es de 8,6 libros leídos. No está mal, podríamos pensar, pero en Finlandia la media es de 47 libros al año...

Este panorama no parece muy alentador, especialmente para las pequeñas distribuidoras y editoriales, que deben adoptar estrategias que aporten valor específico para sortear este circuito disparatado y con poco margen para absorber todo ese riesgo económico de excedente productivo, que solo pueden ser capaces de digerir los grandes grupos editoriales. ¿Qué estrategias están adoptando los libreros, editores y distribuidores pequeños? Un pequeño editor consultado nos comenta:

> Hay que destacar que la crisis de la industria editorial tal y como la conocemos ha sido muy beneficiosa para la calidad de la labor editorial realizada en España; son numerosos los profesionales del mundo del libro que, al carecer de opciones en la industria existente, han optado por desarrollar proyectos independientes y, en todos los casos, arriesgados. Sin embargo, no se puede olvidar que no es más que un canto de cisne que anuncia el ocaso de la centralidad del libro impreso como eje necesario en la transmisión de contenidos.

Los libreros y los editores independientes que trabajan en tiradas cortas y textos arriesgados deben buscar nuevas opciones para aportar valor a su producto. Las editoriales buscan generar libros únicos muy cuidados. Las librerías, por su parte, aportan un valor extra de sociabilidad abriendo negocios que van más allá de la venta de libros. Así, surgen establecimientos en los que hay cabida para tomarse un café, hacer una presentación y dejar espacio para que pequeños editores expongan sus libros delicadamente ilustrados.

Todos ellos buscan formar redes de colaboración con otros agentes para impulsar la ampliación de sus circuitos. Judith explicaba que ellos no pertenecen al gremio de libreros, ya que no han sido bien acogidos. El gremio tiene un concepto de librería mucho más clásico y muy alejado de esta idea amplificada de lo que es, o puede ser, una librería.

Cuenta que al abrir su librería en 2014 contactaron con otras librerías de provincias a través de las redes sociales, y de este modo encontraron otras librerías con una filosofía similar. Así surgió «La Conspiración de la Pólvora», una alianza de librerías independientes compuesta por Letras Corsarias, de Salamanca, La Puerta de Tannhäuser, de Plasencia, e Intempestivos, en Segovia, que han unido esfuerzos para conseguir que escritores de éxito presenten sus libros en lugares fuera del circuito de las grandes ciudades como Madrid, Barcelona y Valencia. Estas son acciones poco frecuentes porque son poco rentables para los editores. «Nosotros —acababa Judith— hemos llegado a un acuerdo con los editores, compartiendo gastos. Hacemos un circuito para cada presentación en tres días consecutivos y en las tres librerías y... ¡funciona!». Por acciones como esta y por compartir una agenda cultural que está dinamizando la vida de provincias, los *conspiradores de la pólvora* han conseguido este año el Premio Nacional al Fomento de la Lectura 2016, que otorga el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, que por primera vez en su historia premia a una librería.





Frente a esta fragilidad que se detecta en los circuitos tradicionales del libro digamos analógico, está la rapidez, el acceso inmediato, el volumen abrumador del contenido accesible en un clic, que el mundo de la distribución digital ofrece. Evidencia, además, lo inadecuado del principio de escasez en un mercado, el digital, que está cambiando las reglas del juego pese a que muchos no quieran verlo.

Los investigadores del MIT Michael D. Smith y Rahul Telang (2016) llevan muchos años investigando los modelos de negocio de la industria del entretenimiento. La edición está dentro de esta industria, si bien las pequeñas editoriales y las pequeñas librerías parecen escapar de las garras de esta acaparadora palabra, «entretenimiento». No cabe duda de que es esta industria la que marca muchos de los esquemas «macro» del comportamiento global. Su libro *Streaming, Sharing, Stealing: Big Data and the Future of Entertainment* identifica, tal como reza uno de los comentarios elogiosos de su contraportada, «los muchos modos en los que la tecnología está cambiando el negocio del entretenimiento y cómo estos cambios están haciendo variar los mismos pilares de esa industria».

Cuando los autores presentan su libro siempre comienzan con el mismo relato. El primer capítulo de *House of Cards* arranca con Kevin Spacey retorciéndole el pescuezo al perro de su vecino. Nunca antes en la historia de la industria del entretenimiento se habría consentido un comienzo tan crudo. ¿Qué hace que hoy sí lo sea?, ¿qué hace que Netflix, Amazon y Google se estén convirtiendo en los líderes globales indiscutibles en la producción de éxitos comerciales? Antes, argumentan los autores, era una suerte de comité de expertos, guardianes de los negocios y grandes sabios en estudios de mercado, quienes decidían qué se editaba o qué se producía. Se arriesgaban con olfato y sagacidad a sacar al mercado productos que intuían que funcionarían. Hoy ese *modus operandi* ha desaparecido. Se trabaja a base de *Big Data*, macrodatos. Todos los espectadores y lectores potenciales funcionan dejando su rastro en abierto en las redes. Y las redes son empresas privadas: conocen los hábitos de consumo que establecen el siguiente superventas o la próxima serie de éxito.

En la web para el pequeño comerciante *Small Business Trends* —«Tendencias de los pequeños negocios»—, se nos explica la tesis de estos vanguardistas de la investigación en tecnología con más detalle. En un inspirador artículo que usa el viejo mito de David contra Goliat, donde David que es el pequeño comerciante que trabaja con *Big Data* y Goliat es la industria creativa internacional, podemos descubrir cómo articulan sus hallazgos. Con el ejemplo expuesto en *The House of Cards,* Netflix logró derribar las tres reglas de oro de la industria del entretenimiento. Estas tres reglas son las siguientes: no publiques todo tu contenido en un solo día, no pagues toda la producción de un golpe y apóyate en distribuidores para obtener los datos del consumo de tu público. Netflix lanzó toda la serie de golpe, la pagó de una vez y trabajó con los *Big Data* que las redes le proporcionan. Vamos dejando rastros de nuestros hábitos de consumo conforme leemos, vemos, escuchamos, nos comunicamos o compramos en Internet.

Si es inquietante pensar que controlan nuestros datos, es aún más inquietante pensar que cada clic que hacemos en la Red es un dato para modelar negocios



corporativos internacionales. Y aún peor pensar que para triunfar en los negocios, además, hemos de «tratar de controlar la piratería». No cabe duda de que los grandes datos y los inmensos beneficios de monstruos como Netflix, Amazon o Google generan productos culturales muy sofisticados y con muchos seguidores. Y que, además, está complejidad va en aumento, porque los nuevos datos de consumo generarán nuevos productos culturales que retroalimentan los siguientes. De *Los pilares de la Tierra* a *Las 50 sombras de Grey* hay un salto cualitativo en cuanto a sofisticación.

No cabe duda de que el mundo de la Red está cambiando todo el sentido del circuito del libro, la naturaleza de la lectura y las posibilidades de supervivencia en un mundo globalizado. Igual que aquellos que optan por la edición analógica han de trabajar amparándose en lo limitado de los objetos exclusivos y especiales, aquellos que optan por trabajar sus contenidos en Red no pueden andarse con minucias. Por ejemplo, como ya vimos, Traficantes de Sueños tienen todos sus contenidos abiertos con licencia *Creative Commons*. Así, en un mundo donde las minucias no caben, logran expandir el conocimiento y tener una de las librerías más activas de Madrid y que mejor funcionan como negocio. Podría ser que combinar lo necesariamente pequeño y delicado con lo generoso sea el futuro de un mundo, el del libro, que requiere de perpetua reinvención.

10.3

Bookbuster versus indies

Siguiendo el hilo, vemos cómo hay dos modos de acercarse al mundo del libro. Por una parte, como lo hacen las industrias culturales y las grandes corporaciones, macronegocios que trabajan con grandes datos y lanzan superventas. Por otra parte, los pequeños editores, las pequeñas librerías que son más que tiendas de libros, y los autores, que suelen tener perfiles desdibujados, o que, podemos pensar, se han multiplicado. A estos dos modelos profesionales habríamos de añadir aquellos agentes que, sin ser específicamente profesionales, generan unos circuitos de cuidado y trabajo en torno a lectura. Son agentes activos y muy comprometidos, que cuidan el fomento de la lectura inventando encuentros y modos de darse a conocer.

Estos tres posibles circuitos se estructuran en torno a momentos clave de encuentro, pueden ser ferias, festivales, fiestas, congresos, foros o acciones. Pueden adoptar diversas formas, pero el objetivo siempre es generar redes, darse a conocer, hacer amigos, fomentar el circuito del libro, proyectar cosas juntos. Los foros de las industrias culturales, que suelen realizarse por diversas fundaciones nacionales y generalmente una vez al año, aglutinan a las entidades de gestión y líderes del sector de las industrias culturales o, como las llamábamos antes, del entretenimiento. Muchas instituciones y, sobre todo, grandes grupos editoriales como Prisa, apoyan estos encuentros y abogan por una estructura cultural apegada al producto y al pago de cánones o multas en caso de piratería. Este tipo de foros atraen poco público y generan poca red, ya que suelen adoptar el formato muy tradicional de mesa de debate o de conferencia. No trabajan la sociabilidad ni aceptan cuestionamientos.

Si hablamos de ferias, quizá los encuentros más emblemáticos y conocidos en el mundo del libro sean las clásicas Feria del Libro de Madrid y Líber, promovida por la Federación del Gremio de Editores de España. Orientada, tal y como ellos mismos escriben en su tarjeta de presentación, al mercado, al negocio y a los agentes que estructuran el sistema, se describe como la «primera muestra dedicada al libro en lengua española y como principal centro de negocio e intercambio profesional, está abierto a todos los sectores del libro, con especial atención a los contenidos digitales, los nuevos editores, la autoedición y los agentes literarios». La primera, pese a su importancia comercial, se define de un modo más neutro: «La Feria del Libro de Madrid es una actividad desarrollada con periodicidad anual en la ciudad de Madrid con el fin de promover el libro, la lectura y la actividad de los empresarios, entidades e instituciones que se dedican a la edición, distribución o venta al público de libros». Ambas quieren promover la lectura, y ambas buscan hacerlo mejorando el negocio y logrando clientes para el circuito.

Pese a que estas ferias atraen a grandes y pequeños, lo que nos ha parecido más enriquecedor para dar cuenta de los cambios que están aconteciendo en las prácticas lectoras en la era digital son más bien las ferias o encuentros promovidos por los independientes. Difíciles de definir como conjunto, ya que contemplan una infinidad

de modos de hacer, editar y vivir las letras, muy ricos y diversos. Al margen de las ya clásicas ferias de edición independiente, nos vamos a fijar en dos iniciativas que por su repercusión en el mundo de la cultura madrileña nos han parecido interesantes de narrar.

Libros Mutantes es una feria que se celebra en Casa Encendida desde el año 2009. Se autodefine como una feria editorial independiente que pone en contacto a todos aquellos que tienen algo que ver con la edición, el diseño editorial, la cultura digital y el *do it yourself.* Es una feria que va más allá del libro o que, como su nombre indica, va de libros que ya no quieren seguir siéndolo, de libros que flotan o se comen, se transforman, desaparecen o se autoconstruyen. En suma, de libros que valen para muchas cosas y quizá también para ser leídos. Análogamente a las bibliotecas que, como vimos, ya son mucho más, o no son bibliotecas, las librerías también son mucho más que tiendas, y las ferias más que ferias. En ellas se baila, hay talleres, charlas, puntos de encuentro. En ellas se va a pasar el fin de semana, no solo a mirar, comprar o aprender, sino a disfrutar y, sobre todo, sorprenderse.





Podemos allí encontrar infinidad de ofertas para niños: exposición de «grandes diseñadores y pequeños lectores», un *kids corner* y un servicio risográfico continuo que ofrece a los visitantes la posibilidad de imprimir fanzines para llevar, un taller para elaborar tu propia publicación. También se ofrecen las Perspectivas Mutantes, un lugar para que los artistas hablen de su obra y presenten sus poéticas, sus trabajos y diseños. Uno, por ejemplo, aúna en su lenguaje la fotografía, el interés por Internet, los videojuegos y el proceso de digitalización de la vida cotidiana en nuestros días. Otro, que tiene un proyecto multiformato y en constante crecimiento, busca la creación de un código alternativo de narración a través del desarrollo de un nuevo documentalismo contemporáneo. Otro se esmera en desarrollar una plataforma de contactos basada en la cultura visual contemporánea. Y otros muchos presentan libros de artistas que no quieren ser simples difusores de una obra sino obras de arte en sí mismas.

Cuando visitamos esta Art Book Fair en abril de 2016, además de fotolibros, fanzines, libros de arte, revistas experimentales, publicaciones híbridas, pósteres y objetos, vimos a mucha gente. Estaba repleto. Pero hemos de hacer notar que la ubicación de la feria y el tipo de producto allí expuesto, bello, cuidado y no exactamente fundamental, hace que el público tenga un sesgo muy concreto. Se trata de clase media bien formada y con un alto nivel cultural. Nos llamó la atención la invisibilidad total del lector tradicional. Vimos a mucha gente haciendo muchas cosas, pero a nadie leyendo.

¡Hostia un libro! es un festival de microedición y guantazos. La iniciativa lleva tres ediciones y se celebró este 2016 en el Campo de La Cebada, un espacio abierto y autogestionado en Madrid. Se definen como un festival que acoge a editoriales independientes, fanzines, autoediciones, robots, librerías de barrio y, este año, además, ¡*Mandobles Espaciales!* Cuando hablamos con Elizabeth que, además de promotora de la feria es editora de Melusina, nos contaba cómo había surgido la idea. Ella practicaba la lucha libre al estilo mexicano. Amaba este deporte y amaba los libros, y pensó que

la idea de aunarlos, además de bizarra, era muy interesante. Así que hace tres años arrancaron su andadura proponiendo participar a todos los *do it yourself* locales, editores autogestionarios con toques punks y a aquellos que practicaran alguna disciplina de defensa personal. Ellos se retratan así: «El arte de la combinatoria se hará carne en versión hostias-y-libros» u «¡Hostia un libro!, la primera edición de un festival que mezclará con vehemencia y violencia adaptada libros autoeditados y lucha libre». Como ellos mismos escriben sin inmutarse: «¡¡¡Una bizarrada del copón!!!».



La feria dura un solo día, se celebra en junio a cielo abierto. Se acompaña de buena música, por bandas con nombres muy literarios como Williamfolkners, Edgar Allan Power y Hortera y Cassette. La feria se centra en sellos que abogan por la autoedición y la distribución autogestionada de sus productos. Encontramos por una parte letras: fanzines, editoriales independientes, novela gráfica y obra literaria. Todo esto mezclado con charlas, mesas redondas, podcast en directo y talleres para todos los públicos. Y como plato diferenciador, lo que denominan, dependiendo de la edición, *shows de wrestling*, el *show* de hombres y mujeres en mallas dándose «sus buenas tundas de hostias coreografiadas» o las *Black Thunders Derby Dames*, expertas en hostias en patines o «combate con sables de luz» al más puro estilo *Guerra de las Galaxias*. En cierto modo, ven su labor como editores como una batalla permanente que requiere de destrezas tácticas para la supervivencia.

Parte de esta supervivencia que, de algún modo, todos los agentes relacionados con la lectura deben buscar, es hacer redes. Una que nos ha llamado la atención es la establecida con la Biblioteca Iván de Vargas, situada en el mismo barrio de La Latina. Entre ambos realizaron la actividad «Los Indefendibles de la Biblioteca», que consistió en involucrar a profesionales del libro para que eligieran y defendieran las «mejores peores obras» de la literatura. Se pidió a la campeona de los Indefendibles 2015, la escritora Jimina Sabadú, al crítico Jónatan Sark y a Julián Génisson, del colectivo Canódromo Abandonado, que defendieran algún indefendible libro de la biblioteca municipal.

Como ejemplo de la capacidad vírica de estos bizarros y divertidos encuentros está el Festivalito de Autoedición de San Cristóbal de Fanzine que, de la mano de ¡Hostia un libro!, celebró este 2016 su primera edición. En su presentación los responsables del festivalito nos contaron:

> El fanzine es el primo pobre pero orgulloso del libro, piezas de arte y literatura *amateur* creados de manera autogestionada y al margen de la industria. Por eso, con la experiencia de dos ediciones de nuestro festival ¡Hostia un libro! a nuestras espaldas, la idea de invitar a nuestros queridos indigentes editoriales a celebrar el Día del Libro debajo de un puente nos parecía tan poético que no podíamos dejar pasar la oportunidad.

Se trata de celebrar el Día del Libro con una treintena de propuestas entre la divulgación, el cómic, las letras y el arte, ofreciendo sus cuidadas producciones en papel a curiosos y visitantes.



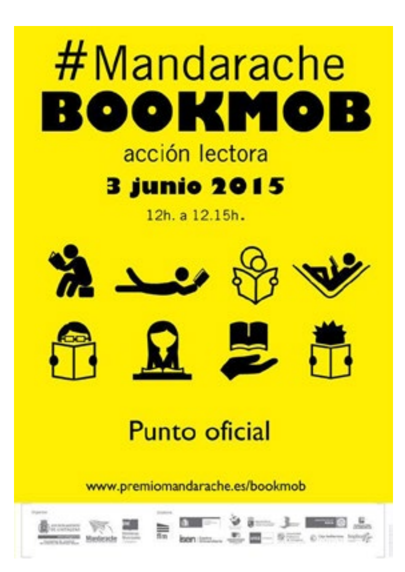
Para sus promotores, estaba claro que el evento tenía que construirse desde abajo, por el barrio y desde el barrio. Durante dos meses han estado trabajando con jóvenes de la zona y otros vecinos de toda la ciudad. En el transcurso del Festivalito se celebraron talleres que promovieron profesionales del mundo editorial, quienes compartieron todos los secretos de la autoedición. Además, se incluían otras actividades como el *Social Money Maker*, una máquina que convierte alimentos en dinero contante y sonante para comprar en la feria fanzines y artículos del mercadillo. Como suele pasar, también cuidaron el lugar para los más pequeños, con talleres para gestionar tu propia *Micro TBOteca* y conciertos adaptados.

Como vemos, además de los circuitos formales de promoción de lectura, las calles están llenas de otras iniciativas, que a través de la celebración y el encuentro fomentan la lectura de una manera muy diversa, con acciones de todo tipo y muy vinculadas a la acción vecinal, a la vida cotidiana del barrio. Pepe Molina, de Vallecas Todo Cultura, una asociación vecinal del distrito curtida en todo tipo de reivindicaciones sociales, nos cuenta la importancia de concebir como un conjunto la reivindicación vecinal por una mejor ciudad y el fomento de la lectura para ser mejores ciudadanos. Dicho de otro modo, la cultura está dentro de los derechos y deberes básicos de la ciudadanía. En los años ochenta y noventa del pasado siglo, comenzaron a manifestarse exigiendo infraestructuras básicas para Vallecas. Una vez que se consiguieron, siguieron las reivindicaciones, esta vez orientadas al fomento de la lectura como parte fundamental de esos derechos ciudadanos. Desde entonces la labor de fomento lector ha abarcado infinidad de acciones, que se han desarrollado siempre en colaboración con otros agentes barriales como escuelas, bibliotecas, otras asociaciones, colectivos de artistas y demás. Este año celebraban la decimoséptima edición de Vallecas Calle del Libro, que se inserta en Vallecas Todo Cultura, y consiste en una suerte de toma de las calles por los vecinos, quienes aprovechan muchos locales y gran parte del espacio público para hablar de libros, leer, asistir a charlas, hacer talleres, encontrarse y generar redes.

No queremos dejar de nombrar el Festival Eñe, que pone en valor a talentos literarios y de la nueva ensayística nacional, y El Proyecto *Mandarache de formación de lectores*, que fue galardonado, como también lo fuera Vallecas Calle del Libro, con el Premio Nacional al Fomento de la Lectura otorgado por el antiguo Ministerio de Educación, Cultura y Deporte. Según Alberto Soler, se trata de una iniciativa que pretende fomentar y democratizar la lectura, y sobre todo formar nuevos lectores. No solo quieren enseñar a desentrañar un libro, sino también acercar a los nuevos lectores al panorama narrativo contemporáneo. Autores muy conocidos del mundo profesional que se acercan al lector medio y, especialmente joven. Los ámbitos lectores que promueven quieren poner en relación directa a los autores con los estudiantes de instituto. Muchos de ellos, que llevan ya cinco años en el programa, son auténticos expertos. El proyecto incluye como broche final el Premio Mandarache, que otorgan directamente los jóvenes que participan en el proyecto. De esta manera, ellos se implican de forma responsable y empoderada en todo el proceso, y se va más allá del ejercicio de intimidad que es la lectura (canónica). Se definen como un proyecto lo-

cal de formación de lectores, una «democracia literaria» que basa su actividad en la decisión de los jóvenes. Promueven encuentros con escritores, presentaciones y firmas de libros, clubes de lectura, tertulias, recitales poéticos y *performances*. Como dice Alberto, solo socializando nuestra intimidad lectora crecemos como lectores y como ciudadanos.





10.4

El canon rampante

Cuando una piensa en el canon, lo primero que le viene a la cabeza es el canon de belleza, esto es, el modelo, el molde, las perfectas proporciones. La palabra arábica «*qanun*» se transformó en la latina «canon» vía la griega «*kanon*», que es una vara o una regla. Canon también se refiere a establecer una regla y a dictar eso que debe ser imitado, que debe ser conocido. La cultura clásica se basó en el canon, los clásicos habían de ser conocidos y copiados. Luego, con el correr de los años, ese estándar ha servido como acicate para alejarse o para acercarse. La historia de la cultura occidental es una historia pendular. Y la historia de los libros, de la lectura, ¿es también pendular?

Italo Calvino se preguntó por qué habríamos de leer a los clásicos y, por tanto, qué son los clásicos, quiénes componen la regla. También Harold Bloom, en 1994, escribió en su leidísimo *El canon occidental*, una entrada que tituló «Elegía del canon», en la que vaticinaba el final de los departamentos de filología arrastrados por un escuadrón de estudiosos de esa cosa híbrida que se llama «estudios culturales».

Estos estudiosos de la cultura en su más amplio espectro reclutarían a los que Bloom llama «la Escuela del Resentimiento»: «Los relativistas culturales, los defensores de las minorías, los especialistas de literaturas exóticas y los ambiciosos trepadores sin escrúpulos». Pero también es cierto que Bloom, como afirmó Darío Villanueva el 16 de julio de 2010 en la presentación de su libro *Ensayistas y profetas. El canon del ensayo*, pareciera estar «convencido de que *le canon c'est moi*», una visión que contradice aquella que nos mostraba en su rígida obra.

Pero volvamos a Calvino, ya que preferimos recuperar el espíritu que impregnó su póstumo texto *Por qué leer a los clásicos*, gracias al que descubrimos qué eran para él los clásicos y por qué eran importantes. Podríamos recuperar su punto de vista tratando de seguir los catorce puntos sobre los que articula su tesis, pero actualizándolos. No podemos perder de vista que hoy el códex o códice, aun no habiendo sido superado, sí ha visto su existencia complicarse, y mucho. Por tanto, hoy, cuando hablamos de leer, o cuando hablamos de «los misterios de la lectura», como los llamaría Darnton (2009), hablamos de otra cosa.

Hemos llamado a este canon que perseguimos el «canon rampante», porque solo queremos reflejar una duda. Si el barón rampante era un noble excepcional porque vivía de un modo diferente al común de los barones, nuestro canon hoy es quizá rampante porque debe vivir en un mundo infinito, no material, volador y a veces hasta aéreo, ascendente y siempre creciente. Ya no tanto ambicioso cuanto en constante expansión, incluso pese a sí mismo. Vamos, no obstante, poco a poco tratando de tramar visiones varias que al menos den cuenta de un cambio epocal que nos conduce hacia cierta implosión del canon, o un canon muy «a la Calvino». Los clásicos, arranca Calvino, «son libros de los cuales suele oírse de decir: "Estoy releyendo..." y nunca "Estoy leyendo"» (13). Son libros que se aman, que conservan cierta memoria quizá inconsciente, que perviven en el imaginario colectivo. Un clásico «nunca termina de decir lo que tiene que decir» (15), debe ser constantemente repensado porque va sumando las capas de la historia y del lenguaje o las costumbres. Es indestructible, perdura y permea. Sorprende, enseña, «se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes» (17). Pero no hay tantos clásicos universales como clásicos personales y propios que lo definen a uno, en relación y quizá en contraste con ellos. Y termina:

> No queda más que inventarse cada uno una biblioteca ideal de sus clásicos; y yo diría que esa biblioteca debería comprender por partes iguales los libros que hemos leído y que han contado para nosotros y los libros que nos proponemos leer y presuponemos que van a contar para nosotros. Dejando una sección vacía para las sorpresas, los descubrimientos ocasionales (20).

Cuando Calvino acabó este texto Internet aún no estaba ni en el horizonte de la gente corriente. Hoy este párrafo final nos conduce a una pregunta que sin duda él mismo se haría: en una biblioteca como podría ser Internet, infinita e inabarcable, ¿cómo serían esos clásicos?, ¿el canon debe ser rampante o no ser?

Cuando Darnton (2009) trata de indagar el futuro de los libros, comienza con Google, esa empresa que va creciendo y que pretende, dice, digitalizar todos los libros. Esta totalidad topa, como no podría ser de otro modo, con cierta imposibilidad. No nos cabe duda de que, si esto se lograra, nuestra biblioteca de clásicos quedaría aplastada por esa inmensidad informe de una biblioteca total. Darnton también argumenta la imposibilidad de que Google logre su objetivo, haciendo de las bibliotecas, las de los clásicos o las de pueblo, lugares obsoletos y completamente prescindibles.

¿Cómo digitalizar todos los libros?, ¿qué criterio se puede seguir para ello, si el mismo criterio de importancia cambia cada año? De hecho, hay muchos libros que reaparecen hoy y entran en un cierto canon posible, pero esos mismos libros, cuando fueron editados, no eran tan apreciados. Muchos superventas del siglo XVIII eran eso, libros muy vendidos, muchos escritos por mujeres. Nunca fueron tenidos en cuenta, y ahora son de suma importancia, quizá gracias a esa escuela del resentimiento que nombrara Bloom. Entonces, ¿qué es ese todo?, ¿dónde quedan otras culturas, otros registros?, ¿hablamos solo de libros o pensamos en revistas, periódicos, hojas volanderas? Además, no debemos olvidar la cuestión del *copyright*, que es un impedimento ya no para esa utópica e infinita biblioteca universal, sino para la propia transmisión del conocimiento. Estas digitalizaciones, además, no están testadas en su preservación en el largo plazo. Tal y como los tomos del siglo XI aún se pueden consultar y los textos de Dante estudiar, nadie sabe a ciencia cierta si la digitalización aguantará esos mismos siglos. La obsolescencia de muchos de los dispositivos tecnológicos nos advierte que tal vez las respuestas a nuestras infinitas preguntas quedarán, como ya vaticinara el último premio Nobel, «volando en el viento» (Gray, 2006).

Otro problema añadido es que Google quiere digitalizar todas las posibles versiones de un libro. Por ejemplo, el *Hamlet* de Shakespeare, ¿cuántas ediciones puede tener?, ¿en cuántas lenguas?, ¿cuál de todas quedará primero en una búsqueda?, ¿por qué?, ¿establecerá la preferencia con un algoritmo que pueda también emplearse para ordenar botellas, calcetines, pasta de dientes o estrellas de Hollywood? Por no hablar de la imposibilidad de una digitalización de una edición del siglo, pongamos XVIII, y del original. Todas las características de su fisicidad quedarán aplastadas por la pantalla. ¿Cómo interpretarlas sin haberlas vivido?, ¿cómo generar argumentos veraces referidos a un pasado que solo podemos conocer por el contenido?, ¿y la importancia de guardar las formas?

Como cuenta Darnton cuando se acerca a la complejidad de sentidos que se ponen en juego en la lectura «clásica», un reciente estudio francés afirma que el 43% de los encuestados considera el olor como una de las cualidades más importantes de los libros impresos. Tan importante, afirma, que hay cierta resistencia por parte de muchos a comprar libros electrónicos que no huelen a nada. *CaféScribe*, un editor *online* francés, está tratando de darle una olorosa artisticidad a sus publicaciones, dándoles a los clientes un palito que tiene cierta semejanza en cuanto a olor a la de los libros y que puede quedar adherido a sus ordenadores. Cuando hablamos de canon, ¿es importante tener en cuenta estos matices?, ¿hablamos solo de contenido o de tener una experiencia estética total (que incluya todos los sentidos)?

El mundo digital quizá recorte algunos sentidos, pero no cabe duda de que amplía el vocabulario. Cuando leemos pasamos las hojas, cuando leemos en pantalla buscamos, navegamos, reptamos, gateamos, nos resbalamos, nos demoramos, guardamos… en suma, hacemos mucho más que lo que uno puede hacer con un códex (aunque no cabe duda de que todo es cuestión de imaginación).

Ahora bien, recuperando el discurso de anteriores apartados, ¿cuál podría ser el nuevo canon en un mundo infinito? Miedo nos da pensar que los *Big Data* se transformen en los únicos decisores de un posible canon. Si ahora volvemos nuestra vista a «Sobre los clásicos», de Jorge Luis Borges (1997), un ensayo que incluyó el argentino en *Otras inquisiciones*, quizá podamos concebir como clásico aquel libro que «una nación o un grupo de naciones (entendido en su vertiente amplia en la época de la globalización) o el largo tiempo han decidido leer como si en sus páginas todo fuera deliberado, fatal, profundo como el cosmos y capaz de interpretaciones sin término». Los clásicos, como dice Pablo Hernández Blanco en un artículo reciente (2014), ayudan a proporcionar unos cimientos muchas veces necesarios para aprender a discernir lo bueno de lo meramente oportuno, pero ¿cómo distinguir esto en la época del *Big Data*? Esta aseveración, tanto en Borges como en Hernández, tiene al códex como protagonista. Parten de la base de que «los clásicos» se leen de principio a fin, que uno debe pasar las páginas para ello y que, además, huelen.

Como hemos ido viendo a lo largo de los dos últimos capítulos, esto no puede ser tomado hoy al pie de la letra. Donde antes dominaban el canon los expertos y los preparados, aquellos que establecían esa ristra de nuevos e indiscutibles clásicos, hoy son los macrodatos, los *Big Data* los que hacen que cierta maquinaria, quizá perversa, haga porque el canon se vaya elaborando y reelaborando, reconstruyendo y olvidando.

Hay, además, otra definición de canon. Este canon que nada tiene que ver con los clásicos, con lo fundamental, con lo propio, con la identidad de un pueblo ni con la cultura y la dignidad. Un canon que no vale para hacernos mejores y generar el mejor de los mundos posibles, pero un canon que, casualidades de la vida, también es rampante, pero en su primera acepción, en el sentido animalesco representado con la mano abierta y las garras tendidas en ademán de asir.

Nos valió la cuarta acepción de la definición de «rampante» de la RAE para pensar los nuevos clásicos, los inusuales y en permanente expansión, los valores ascendentes y crecientes. Ahora nos vale la tercera, la que matiza el adjetivo «rampante» como trepador, ambicioso y sin escrúpulos, para pensar otro posible canon, el que se refiere a los negocios, el que nos habla de peajes a pagar para ir a según qué lugares. Las definiciones para «canon» que nos ocupan ahora serían las siguientes: «Cantidad que paga periódicamente el censatario al censualista» y la que se refiere al canon eclesiástico, «Decisión o regla establecida en algún concilio de la Iglesia católica sobre el dogma o la disciplina». Es obvio que en nuestra sociedad secular poco o nada tiene la condición de dogma, pero también es cierto que mucho o todo de lo que se escribe en nuestra academia debería estar libre en las redes y debería estar en el dominio público, ya que es el saber y el conocimiento los que nos digni-

fican como sociedad y nos mejoran como especie. Así, quizá, podamos hablar de un segundo canon rampante que nada tiene que ver con el primero, que se refiere a lo que hay que pagar y que se dice de un pago que tiene pocos escrúpulos. Por ello nos parece un perfecto final recordar lo que dice Javier de la Cueva en su artículo «El nuevo canon a las universidades» (2014):

> La actual reforma de la Ley de Propiedad Intelectual incorpora la novedad de la creación de un canon a las universidades, que supone la apropiación de obras licenciadas *bajo Open Access* y su administración en el ámbito de los campus virtuales por la entidad de gestión CEDRO.

Las entidades de gestión, lejos de cumplir su obligación de favorecer la cultura, son *lobbies* que ocupan en la actualidad el papel que en la Ilustración ocupara la Iglesia. Pudiera ser que la séptima acepción valga más de lo deseado.

10.5
Referencias bibliográficas

Barthes, R. (1967). «La mort de l'auteur». En Œuvres complètes. París: Seuil.

Benjamin, W. (1989). «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica». En *Discursos Interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus.

Bhaskar, M. (2014). *La Máquina del Contenido. Hacia una teoría de la edición desde la imprenta hasta la Red digital*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Bloom, H. (1994). *El canon occidental.* Madrid: Anagrama.

— (2010). *Ensayistas y profetas. El canon del ensayo*. Madrid: Páginas de Espuma.

Borges, J. (1997). «Sobre los clásicos». En *Otras Inquisiciones.* Madrid: Alianza Editorial.

Calvino, I. (1993). *Por qué leer a los clásicos.* Barcelona: Tusquets.

Chartier, R. (1995). *Forms and meanings: texts, performances & audiencies from codex to computer.* Filadelfia: University of Pensilvania Press.

— (2005). *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII.* Barcelona: Gedisa.

Darnton, R. (2009*). The case of Books. Past, Present and Future.* Nueva York: Public Affairs.

De la Cueva, J. (2014). «El nuevo canon a las universidades: tras la apropiación del canon digital para las copias privadas, la del *Open Access*». En *El Profesional de la Información.* Vol. 23, nº 2.

Foucault, M. (1977). «What is an author?». En *Language, Counter memory, Practice and Selected Essays and Interviews.* Ithaca: Conell University Press.

Gray, M. (2006). *The Bob Dylan Enciclopedia*. Nueva York, Londres: Continuum.

Hernández Blanco, P. (2014). «¿Por qué leer a los clásicos?». En *JOTDOWN*, septiembre de 2014.

Mainen, J. C. (2000): «Bloom y el canon alarmado». En *Babelia*, 31 de julio de 2000.

Smith M. D. y Telang R. (2016). *Streaming, Sharing, Stealing: Big Data and the Future of Entertainment*. Massachusetts: MIT.

Villanueva, D. (2010). «Ensayistas y profetas. El canon del ensayo». En *El Cultural de El Mundo*, 16 de julio 2010.

11

Fulgor y apagón de los libros, entre *Analogia* y *Digitalia*

Julián López García y Jorge Moreno Andrés

11.1

Las dos almas del libro

> Asimilo yo un libro a la fábrica de un hombre, el cual consta de ánima racional, con que la crió Nuestro Señor con tantas excelencias como su Divina Magestad quiso darle; y con la misma omnipotencia formó al cuerpo galán hermoso, y apacible.
>
> *Institución y origen del arte de la imprenta y reglas generales para los componedores*
> Alonso Víctor Paredes

Así concebía al libro el impresor madrileño Alonso Víctor de Paredes en 1680, a imagen de un ser humano, compuesto de cuerpo y alma. El debate teológico se trasladaba al libro y servía muy bien para dar sentido a la distinción que establecería después el crítico shakespeariano David Kastan, que enfrentaba las perspectivas «platónica» y «pragmática» a la hora de entender el libro. La primera de ellas considera que la obra trasciende a todas las encarnaciones materiales mientras la «pragmática» sostiene la imposibilidad de que algún texto exista fuera de las materialidades que lo contienen (Chartier, 2007: 123).

Tal y como el debate teológico se sofisticó más allá de una plana dualidad alma-cuerpo, así ha sucedido también con el libro. Comenta María José de la Pascua (1984) las repercusiones que sobre el control de las exequias tuvo la epidemia de fiebre amarilla que sufrió la ciudad de Cádiz en 1800. El cabildo de la ciudad, para evitar la propagación de la epidemia, obligaba al traslado de los cuerpos desde la casa mortuoria hasta el cementerio, sin la parada antes obligada en la iglesia donde se celebraba la misa de despedida con el cuerpo presente. La Iglesia, por propia iniciativa, y de acuerdo con el sentir popular, protestó con virulencia por considerar que se atentaba contra el alma al no despedir el cuerpo con los rezos de rigor, en sagrado. El cabildo respondió que ellos solo se ocupaban del cuerpo: «Lo impedido hasta ahora ha sido solo la presencia del cadáver en la iglesia: si esta es parte sustancial del valor de las preces por el alma o no, no es de nuestra profesión definirlo». La historia de tanta sustancia anímica apegada al cuerpo, tanto cuerpo animado (en reliquias y en excrecencias y fluidos corporales usados para la magia y la curación, por ejemplo), daba fe de que el cuerpo contiene sustancias anímicas, como sostuvo ya en el siglo XII la santa Hildegarda de Bingen, para quien el apego del alma al cuerpo es un hecho positivo querido por Dios y detestado por Satanás (en Baschet, 1999: 13).

Trasladada la imagen al libro, la cuestión podría ser la siguiente: ¿el alma del libro está solo en el texto o también la materia está animada? La respuesta puede tener cierto interés en el debate reactivado con fuerza en los primeros años del siglo XXI sobre lo que significa la desaparición del libro de papel, del libro material, esa entidad que nos acompaña desde hace siglos compuesta de páginas, tapa, caja, tipologías de letras… El debate lleva a contradicciones, quizá incluso en el más letrado personaje del siglo XX, Jorge Luis Borges. En una de sus conferencias (Borges, 1996), el escritor argentino parecía decantarse, a la hora de definir al libro, por el contenido: «¿Qué es un libro si no lo abrimos? Es simplemente un cubo de papel y cuero, con hojas, pero, si lo leemos, ocurre algo raro»… Llaman la atención esas palabras porque apenas diez líneas antes hablaba sobre la importancia de la materia-libro partiendo de sus propias sensaciones y emociones:

> Yo sigo jugando a no ser ciego, yo sigo comprando libros, yo sigo llenando mi casa de libros. Los otros días me regalaron una edición del año 1966 de la Enciclopedia de Brockhaus. Yo sentí la presencia de ese libro en mi casa, la sentí como una suerte de felicidad. Ahí estaban los veintitantos volúmenes con una letra gótica que no pude leer, con los mapas y grabados que no puedo ver y, sin embargo, el libro estaba ahí. Yo sentía como una gravitación amistosa del libro.

Entonces no solo pasan cosas raras leyendo, sino que la presencia física del libro hace que gravite en su entorno una atmósfera, podríamos decir, también «rara». Donde dice y decimos «rara», otros muchos han dicho «mágica». Tiene entonces sentido que sobre esta base pensemos en la muerte del libro. Parcial, al menos, como consecuencia de la extinción del simple cubo con hoja de papel, pues cuando muere la materia, entonces algo del alma del libro podría morir también.

Contaba el escritor Juan José Millás la historia del jornalero sevillano Antonio Parra, detenido por su militancia izquierdista, una de cuyas evidencias, a ojos de su mujer, era la tenencia de libros que podían conectarse con esa ideología. Temerosa ella de que en un registro pudiesen encontrar los libros y fundamentar su acusación, los enterró. No le valió para salvar a su marido, que fue finalmente fusilado, y sí para incrementar la sensación de pérdida. Era perder algo más que la materialidad que podría haber sido recuperada. Era, en la dramática metáfora usada por Millás, «como enterrar pájaros vivos». Se enterraron sus cuerpos, pero también su canto, su posibilidad de gravitar en torno a nosotros. Sepultar, digamos, cuerpos animados. Quizá la imagen empleada por Millás sea casual, pero detrás hay un potente diálogo triangular entre signos y símbolos de calado en la historia cultural de Occidente: las identificaciones del libro con los pájaros (las hojas desplegadas son alas, la lectura invita a volar) y el vínculo de las aves con el alma son una constante (Roque, 2009).

La efectividad del sentido de la metáfora la podemos apreciar a partir de otros casos de entierros reales de libros. Nélida Valdez y Oscar Elissamburu también enterraron en 1976 en Mar de Plata, Argentina, cuatro libros igualmente connotados políticamente e igualmente indiciarios de una ideología perseguida. Permanecieron

bajo tierra durante casi veinte años en el jardín de la casa. En 1996, los exhumaron sus hijos, tras una búsqueda digna de los mejores forenses y arqueólogos que desentierran restos de desaparecidos. El estado en que aparecieron impedía su lectura, estaban «muertos», pero, al recuperarlos, retorna parte del ánima que contuvieron. Maltrechos, vuelven a sobrevolar, a gravitar. El artista Marcelo Brodsky realizó una *performance* con esos cuatro libros sacados de la tierra,[1] poniendo énfasis en cómo las exhumaciones de cuerpos reviven almas.

La metáfora del pájaro está también presente en otras muertes del libro. La imagen grabada en la retina de muchos espectadores de la película *Farenheit 541* es nítida: libros cayendo quemados desde las alturas hasta estrellarse contra el suelo. Esa escena se narra así en el libro que da origen a la película: «La mano de Montag se cerró como una boca, aplastó el libro con fiera devoción, con fiera inconsciencia, contra su pecho. Los hombres, desde arriba, arrojaban al aire polvoriento montones de revistas que caían como pájaros asesinados, y la mujer permanecía abajo, como una niña, entre los cadáveres» (Bradbury, 2006). Las hojas desplegadas como alas que, desde arriba, van cayendo heridas a la pira; pájaros sometidos a la gravedad, pájaros que ya no gravitan, pájaros muertos.

En fin, la asociación vuelve en el episodio de la quema de la biblioteca de Don Quijote. Dice así el cura respecto del primer libro condenado a la hoguera, *Las sergas de Esplandián*: «Tomad, señora ama: abrid esa ventana y echadle al corral, y dé principio al montón de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandián fue volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba». Otros pájaros fueron aterrizando en la hoguera, de manera selectiva. Y, junto a esta muerte, otras pequeñas muertes del libro. Es admirable comprobar cómo en apenas dos páginas Cervantes sistematiza las formas de muerte total y parcial del libro: muchos condenados al fuego eterno, otros al destierro y otros a la amputación. Las tres principales condenas del hombre: ejecución, cárcel y tormento.

Si la materia no fuese importante bastaría un libro, una transcripción oral o una impresión en la memoria para que no muriese. No han sido de esa opinión todos aquellos que a lo largo de la historia han hecho desaparecer libros, sobre todo quemándolos. Sin embargo, todas las muertes, o casi todas, todos los daños, censuras y destierros, han sido episódicos; hemos visto cómo a lo largo de la historia ninguna muerte ha triunfado plenamente: los libros censurados reaparecen y recuperan su completitud, los enterrados se exhuman, los quemados vuelven a revivir en nuevas ediciones, las irreversibles pérdidas al cabo del tiempo parecen no serlo tanto. ¿Cuántas veces se perdió «irreversiblemente» la biblioteca de Alejandría?, ¿cuántas veces renació? Evidentemente sí fueron pérdidas dramáticas para aquellos que vi-

1. Ver «Los condenados de la tierra» (2009), M. Brodsky, YouTube.es (3‘05”), <https://www.youtube.com/watch?v=X-00lT8XIO0> [2016-06-08] y T. Medalla (2014): «Los condenados de la tierra: alegoría, palabra e imagen en la obra de Marcelo Brodsky», *Revista Atlas Fotografía e Imagen*, <https://atlasiv.com/los-condenados-de-la-tierra-alegoria-palabra-e-imagen-en-la-obra-de-marcelo-brodsky/>[2014/09/07].



vieron la desaparición, y antes que ella, el fulgor de los destellos, de las gravitaciones emotivas en contextos personales. Siempre se trató de la muerte de *unos* libros. La recurrente figura de la muerte ha acompañado a la propia biografía cultural del libro desde sus orígenes, y tiene bastante de retórica, como han estudiado entre otros Chartier (2007) y Melot (2007).

Pero hoy se habla de una extinción masiva. Hoy se habla de manera menos retórica de la muerte definitiva del papel. Nada podemos añadir a lo que se ha dicho sobre el cambio (o mejor, mutación) de la lectura, el libro y los lectores, con la llegada y expansión de los entornos digitales (Chartier, 2007; Pons, 2013; Rodríguez de la Heras, 2010). Sí queremos aportar algo sobre lo que puede significar el cambio desde un punto de vista cualitativo, a partir de la aproximación que permite la etnografía. Para sentir el efecto de la mutación y la real amenaza de muerte de unos lectores, unos libros y unas maneras de leer, nos hemos desplazado a unos entornos y hacia unos lectores que mantienen una relación primigenia (en el sentido nítido que le da el diccionario de la RAE: originario) con el libro de papel, unos lectores que viven lejos de los entornos virtuales y que consumen solo papel. Hemos ido al encuentro hoy con quienes siguen hallando el alma del libro, al menos en parte, en la materia. Nos hemos trasladado a unos lugares en los que el tiempo lleva otro ritmo, quizá condicionado por una población envejecida y ciertamente alejada de presencias e impactos digitales en la calle y en la casa. Lugares al sur de La Mancha donde hemos hablado con lectores primigenios, amantes del libro en su configuración clásica. Lectores adultos, además, con mucho de autoformación, no letrados formales, una

gama sui géneris del clasicismo lector popular. Con nuestro viaje a esos lectores primigenios hemos querido conocer las implicaciones que pueden venir de la extinción de una tipología de lectores, lecturas y libros con motivo de aquella mutación.

Ese retorno a cierto origen lo hemos puesto a dialogar (no tanto oponer) con un contexto de radical presencia de la lectura y de la interacción electrónica en general. Tenemos entonces dos escenarios: el de lectores pegados y atraídos por el poder fetichizante del libro de papel, lectores que siguen asombrados y apegados a lecturas clásicas y de asombro inicial, y otro, el de lectores y lecturas amplias, versátiles y emergentes; diferentes, al menos en parte, por su virtualidad. Esos dos escenarios los concretamos topográficamente llamándolos *Analogia* y *Digitalia*. Son, evidentemente, recreaciones modélicas, atmósferas, que trabajamos etnográficamente en dos ámbitos y de dos maneras: *Analogia* (la atmósfera *Analogia*) en Abenójar y Almodóvar del Campo, dos pueblos del sur de Ciudad Real, a través de una etnografía convencional —observaciones y entrevistas—, y *Digitalia* (la atmósfera *Digitalia*), en el contexto urbano de Madrid, visitado y etnografiado con observaciones impresionistas.

Así, en las siguientes páginas acompañaremos a estos lectores primigenios en *Analogia*, con quienes hemos dialogado, dando luz a versiones sobre el libro y la lectura que se apagan. Como contrapunto impresionista, *Digitalia*, que nos servirá para sugerir la conveniencia de una copresencia sumatoria, y no sustitutiva, de libros.

11.2

Leer en *Analogia*

Contar y medir libros y el mínimo común-lector-denominador

En la atmósfera *Analogia* las biografías en relación con la lectura son medibles y contables. Las preguntas con el adverbio «cuánto» son esperables y están en la mente del lector para una respuesta casi automática. Para los lectores que tienen acceso material a los libros, estos tienen protagonismo físico en sus vidas, en sus entornos domésticos. Son pertinentes preguntas como «¿Cuántos libros tienes?» o «¿Cuántos libros has leído?». La cantidad es un signo de distinción y las respuestas a esa pregunta habitualmente denotan la satisfacción por la posesión: alguien que ha leído mucho posee de algún modo esos libros, y alguien que los tiene también se muestra satisfecho. Estas dos formas de posesión (el alma y el cuerpo del libro) llenan y enorgullecen. Las bibliotecas y los libros son capital real y simbólico. Nuestros informantes de los pueblos del entorno *Analogia* traducen la cantidad en capital económico. Por ejemplo, uno de nuestros informantes nos dijo, señalando sus estanterías con libros: «Yo tengo gastadas aquí más de trescientas mil pese-

tas». Algo parecido nos comenta otro delante de su biblioteca de apenas doscientos cincuenta ejemplares: «Esto vale una mina». Pero también capital simbólico: «Todo esto —dice volviendo a señalar la pequeña biblioteca— me ha hecho que no sea un animal». La acumulación es una doble inversión bajo su punto de vista. Resulta significativo que, en muchas situaciones, ese capital simbólico que se adquiere no implique necesariamente haberlos leído o haberlos leídos completos. Eusebio, uno de nuestros informantes de Abenójar, nos comentaba que muchos de los libros que tiene en su biblioteca heterodoxa no los ha leído, o solo lo ha hecho parcialmente. A veces tenerlos, mirarlos, hojearlos, le sirve para recibir un impacto benéfico, para ir saliendo, en su percepción, de la barbarie. Pareciera por lo que nos dicen que el libro físico es un cuerpo orgánico, y que su sola existencia tangible emite un tipo de energía que impregna a quienes pasan cerca, o tocan, o miran, o incluso valoran económicamente lo que hay en los estantes. Eso es más efectivo con la cantidad, como si hubiese más energía. Encarna, de Almodóvar del Campo, decía: «Yo, a veces, me quedo mirando las estanterías, solo por el gusto de mirar. Algunas veces cojo un libro, lo hojeo, lo cambio de sitio... Lo peor es cuando voy a buscar uno y no lo encuentro... me da más rabia perder libros que cualquier otra cosa porque, aunque quizá lo puedo volver a comprar, no es lo mismo». Hay, pues, ese tipo de relación emotiva con el objeto libro singularizada por la vida en común con el lector.

En tanto que es conveniente la posesión del libro, salir de la animalidad cuesta dinero y, por eso, en contextos de escasez, consumir libros puede asociarse con un lujo. Por esta razón, Eusebio no duda en esconder las compras de libros a su esposa, pues sabe que la acumulación es un marcador de clase y, por tanto, excéntrica a un pastor como ha sido él. Quizá ninguna situación retrata mejor la importancia de la materialidad del libro en estos contextos primigenios que la escena que propició el propio Eusebio: en medio de la conversación con nosotros sobre la importancia de los libros sacó su billetera y nos dijo, con una mirada de complicidad, mostrándonos un billete de cincuenta euros: «¿Sabéis para qué es esto?... Es para libros». Y nos contó cómo, desde que se ha jubilado, hace las pequeñas compras domésticas y va sisando monedas hasta haber acumulado esa cantidad que le permitirá cumplir su sueño. Un sueño que convive con la realidad de tener que ocultar el destino de ese ahorro a su propia esposa, pues ella, más Sancho que Quijote, ve como derroches esos gastos para una familia que, subsistiendo con una pensión que apenas supera los ochocientos euros, debería centrarse en «la necesidad»,y desechar todo tipo compras de lo que ella entiende como lujo.

La personificación y, a veces, casi deificación, del libro tiene otras formas de expresión. Desde que llega a la casa, al libro se le busca un sitio y espera distintas interacciones: ser visto, ser hojeado, quizá forrado. Después, en algún momento, se inicia una relación más íntima y duradera, cuando se emprende la lectura. Entonces comienza otra vida, en la que, simbólicamente, el libro se va consumiendo a medida que se va leyendo, se va agotando como una existencia, hasta que llega el punto final. Entre los amantes del libro de papel hay una retórica simbólica en torno al punto final, que es un signo mágico que da cuenta clara de una meta lograda. Ángela, de

Abenójar, sugiere que el punto final es el inicio de la despedida de un ser que te ha acompañado durante un tiempo, como si fuese la muerte. Llevarlo a la estantería es como llevarlo a un nicho donde uno acude de vez en cuando para recordar, y al recordar volver a dar vida, aunque con una intensidad diferente a la que tuvo el libro entre las manos. Sin duda es una de las representaciones más evocadoras de la relación íntima: el cierre definitivo del libro y el lector sintiendo el peso de esa compañía que se acaba... «Si es muy gordo, encantada de la vida. Me da mucha pena que se acaben los libros. Me da mucha pena. Porque ya tengo que volver a pensar qué libro cojo... me gustará, no me gustará... qué me apetece ahora...». No es de extrañar la escena archirrepetida en representaciones pictóricas, en las que se cierra el libro dejándolo en el regazo y, simultáneamente, se cierran los ojos reflejándose un tono similar al que se da en las despedidas amorosas.

Como bien humanizado, como un cuerpo, hay que cuidarlo: cuanto más primigenio es el lector, tanto más parece idolatrar y fetichizar el objeto: lo forra, no lo hiere con subrayados, no lo marca con dobleces... si acaso con tenues marcas de lápiz que son regresivas. Ángela formulaba para nosotros una pequeña teoría popular sobre el daño simbólico a los libros: los subrayados son cicatrices, los dobleces como pellizcos que hacen daño y dejan marca; son expresiones de maltrato. Su práctica dejaba una duda para su teoría: ¿deben quedar los libros vírgenes después de la lectura?, ¿no se debería notar su paso por nuestras manos? Para Ángela está claro que no, el daño y las marcas en un libro de alguna manera lo matan, porque también implica condicionar futuras lecturas, futuras vidas. La presencia del yo en el libro puede ser de otro tipo, invisible o de acción reversible: acariciándolo, protegiéndolo, haciendo que gravite con especial intensidad durante la lectura.

> No doblo esquinas, porque por ahí se parte, no me gustan los libros con las esquinas dobladas... Dicen algunos que los libros se tienen que romper, que se vea que los has usado, que hay que ponerlos así [hace el gesto de dejar el libro abierto sobre la mesa con el lomo hacia arriba], pero yo soy muy cuidadosa con los libros, no me gusta maltratarlos... no me gusta doblarlos porque luego no los veo bien, además si después los tiene que leer otra persona, que estén dobladas o señaladas las hojas no me parece bien. A mí no me gusta cuando me dejan un libro anotado o con dobleces... si me dejan un libro subrayado no lo quiero... Lo quiero virgen total, porque cada uno... si tú has visto azul y yo veo amarillo no quiero que me cambien...

Las contabilidades asociadas al libro tienen otras expresiones. Entre nuestros informantes lectores de esos pueblos con un alto grado de formación autodidacta, un valor a tener en cuenta para elegir un libro es el número de ediciones. Tanto mejor es un libro cuanto que más gente lo haya leído. Esto es lo que Ángela valora inicialmente, cuántas ediciones tiene un libro; eso le da seguridad. Y también recurre a otra forma de elección nuevamente contable. Se apoya en un libro guía, *Los 101 libros más leídos*. Como si quisiese formar parte de una especie de común denominador, como si quisiese sentirse cómplice y partícipe de su tiempo y de su sociedad, a pesar

de vivir en un confín. Tanto en Ángela, como en Juan, como en Eusebio... en todos nuestros lectores primigenios está muy presente esta idea de formar parte de un criterio lector general, grupal. Después vendrán las formas particulares de expresión de la individualidad en la lectura, del gusto particular, pero antes parece funcionar ese criterio global que da confianza y que permite hablar con el mundo a partir de los libros. Parecen querer decirnos que los consensos lectores hacen sociedad y espantan el fantasma del individualismo mezquino.

Y, finalmente, la contabilidad es cuestión también de récords personales. Parece importante marcarse algunas metas como lector: leer un número de páginas al día, leer una cantidad de libros al año... Esas estadísticas personales permiten completar una tríada significativa en relación con el libro en *Analogia*: tener+leer+decir que se está leyendo o que se ha leído. Es importante el relato sobre lo que se ha leído, aunque sea solo a partir de números. Decir que se ha leído implica amalgamar distintas calidades de lectura: la que lleva a estar absorto, la reflexiva... pero también la parcial y algo displicente, la manera de leer incompleta. Ángela dice que lee haciéndose trampas: «Si no me engancha un libro hago trampas, me salto párrafos y hasta páginas para terminarlo cuanto antes». Pero importa poder terminarlo, aunque sea de esa manera, y decir a los demás que se ha leído, y decirse a uno mismo: uno más en mi lista. Es parte del sentido de leer. El libro, como decíamos, puede hacer «efecto» a pesar de las trampas en la lectura.

A veces hay otra base para la elección, cualitativa y ya no cuantitativa. Eusebio, por ejemplo, según dice, «se fía» mucho del librero de la librería Litec de Ciudad Real: «Él me aconseja porque sabe lo que quiero». Conoce sus gustos como su médico debería saber de sus padecimientos, y lo llama de vez en cuando: «Eusebio, pásate cuando vengas a Ciudad Real... tenemos uno de los tuyos». El gusto, entonces, ¿cómo se configura en *Analogia*? Sin duda, como en cualquier otro contexto, el gusto y el criterio se construyen con muchos ingredientes: las opiniones de los expertos, las conversaciones con iguales, y las aperturas y cierres que la propia biografía marca. Esta constelación genera criterios de elección ortodoxos (búsqueda de ese común denominador), pero también heterodoxos; filias y fobias que también nacen de la propia biografía y, en concreto, de la biografía lectora. Por ejemplo, a Ángela le gustan los libros con muchas páginas: «los libros mu gordos, *mu* gordos, *mu* gordos, cuanto más gordos mejor...». Ciertamente un criterio excéntrico, que se justifica por su biografía sentimental en torno al libro; como hemos referido, en ella está presente la sensación de pena y orfandad que le queda cuando termina un libro. Las despedidas para ella son difíciles, le da pereza iniciar una nueva relación, buscar un nuevo compañero; así, con libros voluminosos, se asegura al menos una relación duradera y el retraso de la despedida.

Por su parte, Eusebio nunca elige libros de ficción. Le gusta lo real, los libros que le ayuden a conocer cómo orientarse en relación con la política, la economía, las relaciones sociales o los acontecimientos históricos. Recuerda un suceso que le llevó a decepcionarse con las novelas. En una ocasión leyó una novela que trataba «de uno que se va a una isla, se encuentra unas pocas mujeres y luego *a la finidad* pues

te desilusionas porque no pasa nada y dices... esto es una novela». En ese «no pasa nada» se esconde la decepción porque detrás de una novela con argumento tan genuino no se pueda extraer, piensa, ninguna enseñanza social ni moral. Este acontecimiento, que orienta un criterio, puede completarse con otro que nos permite adentrarnos en la sentimentalidad del lector primigenio llamado Eusebio. En una ocasión, en los años ochenta del siglo XX, estuvo suscrito por un año al *Boletín Oficial del Estado*. Frente a la novela en la que no pasaba nada, en el *Boletín* pasaba todo, como si a través de esa lectura Eusebio pudiese desentrañar las lógicas de la acción política.

Cómo leer: retóricas y metáforas culinarias

Para singularizar el libro respecto de otros artefactos culturales, decía Borges: «De los diversos instrumentos del hombre, el más asombroso es, sin duda, el libro. Los demás son extensiones de su cuerpo. El microscopio y el telescopio son extensiones de su vista; el teléfono, de la voz; luego, tenemos el arado y la espada, extensiones de su brazo, pero el libro es otra cosa: es una extensión de la memoria y de la imaginación» (1996).

En efecto, en *Analogia,* los libros como objeto material están *excorporados*, aunque de manera significativa se piensa que, luego de la relación con el libro, «las letras», como metonimia del contenido, deben estar incorporadas. Esa máxima implícita genera una suerte de identificaciones y metáforas culinarias aplicada al cómo leer muy sugerentes. Del mismo modo como están los alimentos en los frigoríficos y anaqueles, así están los libros en las estanterías: fuera, y, del mismo modo que la comida se toma e incorpora, así también el contenido del libro es tomado e incorporado.

Encontramos entre los valores de la lectura, del libro y de los lectores primigenios un énfasis en marcar esa dualidad *excorporada*/incorporada del libro: los libros «tienen su sitio» fuera del cuerpo, que no es otro sino la biblioteca; o, de manera más modesta, la librería. Juan recuerda cómo recibe reconvenciones por parte de su mujer cuando olvida un libro encima de la mesa: «¡Deja el libro en su sitio!», le dice ella; un sitio como el que tienen las ropas, la cubertería o los alimentos. Están *excorporados* pero visibles e irradiando, esperando ser «degustados» o «comidos» o «devorados». Y del mismo modo que los alimentos dialogan entre ellos previamente a la conjunción en el plato, los libros en la estantería parecen hablar entre sí buscando maridaje. Pero al mismo tiempo y de manera quizá contradictoria, encontramos un notable énfasis en la metáfora adherente respecto de las letras. Aunque los libros sean entidades autónomas, vivas, se espera que el diálogo con ellos, la lectura, deje huellas: las letras deben incorporarse y de hecho se incorporan. Lo bueno, lo deseable es que se incorporen por ósmosis, de manera plácida y natural. Juan habla de digerir; Ángela, de devorar. La metáfora adherente tiene en una cara la ósmosis (la digestión) placentera, pues el cuerpo funciona como un imán que atrae las letras, y en la socialización de estos lectores prístinos resuenan ecos antiguos de su precaria formación escolar, «¡Las letras se me deben quedar!», o los dichos de padres y

maestros, «¡A ver si se te pegan las letras!». Pero hay veces que los polos libro/cuerpo no se atraen. Entonces, no funciona la deseada adherencia: «¡No se me quedan las letras!», dicen algunos. No hay sedimento, y tendrían un efecto comparable a la evanescencia de algunas conversaciones en la interacción oral: por un oído entran y por otro, salen. En esas situaciones, a veces, se quiere forzar que se peguen las letras… pegando. Como un plato que no resulta apetitoso ni agradable y que otros consideran que hay que dar a la fuerza. Y vienen a la mente de nuestros informantes situaciones de la escuela de la posguerra y los dichos como «¡La letra con sangre entra!» o la rememoración de palmetas de maestros, como aquella de Almodóvar del Campo que había sido bautizada por el maestro como «Salomón» y que al tiempo de dar palmetazos con ella relataba: «¡Salomón dijo: "La vara y la represión comunican la sabiduría"!».

El libro puede y debe irse «a su sitio» después de la lectura, pero las letras amalgamadas de modos parcialmente particulares y parcialmente colectivos deben quedar en uno. Y otra vez podemos ver convergencia de sentido con la metáfora culinaria: los ingredientes del plato pueden ir y venir, pero la sustancia de la comida debe quedar. Y precisa digestión. Digestiones diferentes en función de la comida y del comensal. El acto de lectura es un acto de atracción. Otra imagen que se sugiere en el mismo sentido es la de la exprimidora: los libros hay que exprimirlos, «sacarles el jugo», y el jugo que sale son letras que «se toman» y quedan inscritas, incorporadas al yo. Entonces el libro ha cumplido su función «nutritiva». Leer es como tomar vitaminas que te quitan la debilidad, dice Juan. La imagen de exprimir los libros como si fuesen naranjas para el zumo es potente y significativamente fue usada para imaginar el futuro de la lectura a comienzos del siglo XX. Entre las láminas futuristas pintadas por Villemard en 1910, anticipándose imaginativamente a la vida en 2000 (bomberos con alas, zapatos rodantes, trenes movidos por electricidad, grabación de mensajes, cine-correspondencia…), hay una que refleja la escuela del futuro, donde el maestro mete libros en una exprimidora de la que salen conexiones eléctricas a los cerebros de los estudiantes.[2]

La necesidad de nutrición genera esta duda entre los lectores de *Analogia*: ¿hay que comérselo todo porque todo —en términos cualitativos y cuantitativos— alimenta o hay que dejarse guiar por el propio gusto y apetencia? Comer sin ganas o sin aprecio por el plato se identifica con leer sin ganas o sin aprecio por el libro. Esto, claro, tiene implicaciones diferentes en contextos donde la escasez (de comida, de libros) ha sido notoria. Como un artículo nutritivo en sí y como un bien escaso y con costo, los libros deben ser aprovechados y cuidados. Comenta Cristian Vázquez, en uno de los últimos números de *Letras Libres*, el desasosiego que provocan los libros no leídos en las estanterías: «Dos situaciones, muy relacionadas entre sí, hacen sentir mal a algunas personas. Una: comprar libros y luego no leerlos. La otra: comprar libros cuando se tienen en casa libros sin leer» (2016a). Es un desperdicio dejar un libro a la mitad. Funciona respecto a la lectura del libro la misma retórica que con

2. <http://paleo-future.blogspot.com.es/2007/09/french-prints-show-year-2000-1910.html>.

los platos de comida en las casas de los pobres: hay que acabarlos, no se pueden desaprovechar, porque el libro, por el hecho de serlo, es ya un valor. Así, escuchamos decir a Eusebio o a Ángela: «A mí me da no sé qué no acabarme los libros, sea como sea me los termino, aunque no me gusten». La deificación del libro se ve aquí claramente, parece querer decirse: si un libro no me gusta, el problema es mío y no del libro. Incluso en un nivel previo, los escritos que se pueden ver, aunque estén tirados, como octavillas, hojas de periódicos o folleto publicitarios… hay que leerlos. Es una manera de reverenciar lo escrito. Ángela es explícita cuando refiere cómo no hay que despreciar las letras, están ahí para que tú las tomes y las hagas tuyas; es un regalo que se te ofrece y que no debes desaprovechar. Si no gustan se aprende a leer de manera sui géneris, haciendo esas trampas a las que nos hemos referido antes; como se aprende a comer esos platos que no apetecen, también haciendo trampas: picoteando, tomando un poco de aquí y otro poco de allí… Pero al mismo tiempo que funciona la retórica del aprovechamiento del contenido, no deja de ser cierto también que incluso entre nuestros lectores primigenios se aprecia el valor del alma material del libro, valga el oxímoron. Quizá la manera de referirse a este valor no es tan fina como la de gravitar; Juan lo decía de una manera más directa: «Los libros me acompañan». Y, ante nuestra pregunta «¿Los has leído todos?», su respuesta da cuenta de ese valor *a posteriori*: «Todavía no». Ese «todavía no» conecta el presente con el futuro lector, nos habla de que el libro no está en el olvido. Del mismo modo que no se puede consentir que un alimento se eche a perder, caduque, así tampoco se puede consentir que un libro se desperdicie. Como dice Cristian Vázquez (2016a),

> A veces no leemos un libro, porque no siempre el momento de leerlo es justo después de que llegue a nuestras manos. Hay libros que disfrutamos de tener ahí, al alcance de la mano, preparados para cuando por fin llegue el momento de su lectura. Ese momento puede demorarse semanas, meses, años. Durante ese tiempo, puede que les miremos el lomo al pasar junto a ellos, que cada tanto nos detengamos y los acariciemos, incluso que los saquemos de los estantes, los hojeemos, leamos un pasaje al azar, los olamos, como preparándonos para ellos, y luego los volvamos a dejar allí, para que sigan a la espera. Cuando el momento oportuno para leerlo por fin llega, nos damos cuenta. No sabemos explicar cómo, pero lo sabemos.

En el saber pardo de Juan, lo hace explícito con un refrán nuevamente asociado a la comida: «Hambre que espera hartura no es hambre». Además de estas consideraciones sobre la ideología profunda del leer, tendríamos también el equivalente a las maneras de mesa para la lectura. Igual que no se puede comer de cualquier modo, no se puede leer de cualquier modo. En *Analogia* leer es una actividad acotada y formalizada. La lectura tiene su modo, sus rituales parcialmente globales, parcialmente individuales. Cada persona adapta la manera a su particularidad, pero hay unas maneras globales: un tipo de luz preferente, un asiento apropiado por plácido, por tener brazo o por el color, en la medida de lo posible una ropa cómoda… Algunos no necesi-

tan más; en cambio, otros precisan iniciar la lectura con otros pequeños rituales: con un café, una música tranquila... En fin, ritos de mesa lectora globales e individuales. Se entendería como una afrenta, al libro y al yo lector, la excesiva trivialización y el compartir actividades: leer mientras se come o mientras se ve la televisión... La atmósfera que se crea en *Analogia* nos permite entender por qué y cómo se fetichizan sillones y rincones personales de lectura. Una mesa auxiliar, una ventana, son parte de la atmósfera de lectura que es metonimia de la propia *Analogia*.

Cánones diversos

En *Analogia* los libros y la lectura se eligen, inicialmente, desde una perspectiva y criterios globales, pero la lectura se entiende como un bien que tiene repercusiones individuales. Las preguntas «¿Para qué?» o «¿Por qué leer?» provocan respuestas en términos individualistas. Sentencias clásicas sobre el valor del libro se decantan y se interiorizan. En principio todas tienden a aludir el clasicismo del valor del libro que refería Martín Barbero: «Leer es aprender a vivir, leer es informarse, leer es cultivar la personalidad, leer es hacerse partícipe de lo que vive tu sociedad...». Se trata de una sentencia canónica que resume los valores de mayor consenso social en torno a la lectura.

Leer remite a intimidad, una intimidad necesaria para alcanzar plenamente el efecto de la lectura: el crecimiento del yo, que en términos de Eusebio es «dejar de ser un animal», pero también como guía. Eusebio tiene la impresión de que en los libros están muchas de las cosas que conviene saber y que los pobres por sus circunstancias no han podido conocer; por ejemplo, nos cuenta que un poco antes de casarse compró *Vida conyugal y sexual* porque intuía que hay algo de la sexualidad y del erotismo que solo sabían los ricos y que un libro como ese se lo podía desvelar o como ayuda para moverse mejor por el mundo y para que no lo engañen: «Pues por qué voy a leer, por lo que todo el mundo, para saber más cosas. Mi padre me decía que por lo menos aprendiese las cuatro reglas y las cuentas para que no me engañasen que a muchos, así como nosotros nos han engañado por no saber. Yo he comprendido muchas cosas leyendo, de por qué pasan muchas cosas que pasan. Yo muchos libros no los entiendo bien porque no he ido a la escuela, pero sí sé por dónde van». La pequeña librería de Eusebio está llena de libros que, según su punto de vista, le ayudan mejor a entender el mundo en que vive: *Veinte años de revolución en Cuba*, *El golpe de Tejero*, *Las venas abiertas de América Latina* («Este lo compré por curiosidad mía porque leí que se lo había regalado Chaves a Obama»), *El crimen de Cuenca*, *Las guerras carlistas*, *Los jefes de ETA*, *El caso Bárcenas*... En el repaso por su biblioteca, Eusebio repara en un libro, *Las cuentas ajustadas*: «Este es el más antiguo que hay. Lo compré cuando estaba en la Finca de la Cruz, miras aquí y sabes a cuánto tienes que comprar y vender, todo es cuentas: tú vendes tantos corderos, que pesan tanto y está a tanto el kilo... aquí te dice cuánto te tienen que pagar... Yo ahí me di cuenta de lo que valen los libros... Lo forré yo, está forrado desde hace más de cuarenta años...».



Por su parte, Ángela se decanta por el valor de los libros para la evasión... Perderse, irse. Los atlas para ella son una perdición; puede pasar horas y horas mirando mapas, leyendo lugares, ríos. En buena medida los libros que lee la llevan a esos lugares... «Hay un libro que no lo puedo coger, no lo puedo coger nunca, porque si lo cojo, me enredo y me enredo y me enredo... es el atlas. Un atlas yo no lo puedo coger porque es que me pierdo... Aquí está no sé qué y me voy, aquí está no sé qué otro sitio, aquí... me encanta... el atlas es un libro que me encanta».

Juan, por su parte, busca sobre todo entretenimiento: «Yo leo para pasar el rato y paso buenos ratos, porque fíjate que a mí la tele no me entretiene... Estoy mirando un rato y me canso, pero con un libro no; como me meta puedo estar hasta dos horas seguidas leyendo como si nada. Algunas veces me río solo mientras leo y mi mujer me dice: "¿¡Estás tonto o qué!?"... A mí el libro me ha entretenido más que la tele».

En *Analogia* se atienden de manera directa deseos y necesidades del yo y del nosotros. Construye y refuerza maneras de ser. En este contexto también se hacen expresivas metáforas que tienen que ver con la construcción: el libro es una herramienta que hace un edificio («Un libro te ayuda a triunfar», dice uno de nuestros informantes recordando un antiguo eslogan); «El libro es como la plomada de los albañiles que te dicen si vas derecho o torcido», dice Juan... Ángela habla de brújula, que la lleva por caminos interesantes, desconocidos, pero sin perder el norte.

Pero si en un primer nivel las lecturas igualan a otros, hacen sociedad, en un segundo nivel producen un vínculo... En un primer nivel, las lecturas igualan a otros,

hacen sociedad, en este otro producen un vínculo diádico entre el yo y el libro («Me hace ser como soy»). Así, hay maneras de conocer cómo es el yo a partir de la biografía lectora expresada no solo en los libros leídos, sino también a partir de los diarios de lectura, los cuadernos de citas. Y, finalmente, a partir también del uso de un signo de apropiación: la firma (correlato pobre del exlibris), que da cuenta del inicio de una relación egoísta, hedonista y repleta de sentimientos con el libro. La firma como marcador de posesión, pero también como testigo fiel de un contrato diádico.

11.3

Contrapuntos en *Digitalia*

Leer y lecturas

Terminamos con una serie de contrapuntos desde la visión impresionista en *Digitalia*. Podría interpretarse lo que va a continuación como una contraposición a *Analogia*, pero no es así. Proponemos contrapuntos con la idea de transmitir el mismo sentido que tiene el contrapunto en el campo de la música: más que la contraposición, valoramos la relación existente entre dos o más voces, en contextos polifónicos, para obtener cierto equilibrio armónico.

Si en *Analogia* el leer fragmentario, a salto de mata, es una anomalía, una trampa útil, en *Digitalia* encontramos evidencias que hablan del valor de la lectura fragmentaria, de la lectura sin fin... siempre con posibilidad de un retorno y continuación por otras sendas. El libro como objeto cerrado da paso a una lectura abierta (unas historias llevan a otras). Frente a la imagen de meta encontramos como gran metáfora de la nueva lectura la de navegación; una navegación que quizá está esperando un puerto, pero un puerto como Ítaca; meta siempre pospuesta, pues lo que se desea es continuar el viaje indefinidamente. El lector en *Digitalia* es un aventurero en buena medida solitario, como los verdaderos aventureros. Sin norte. No se sabe dónde ni cuándo llegará; de hecho, parece que el punto final repele; cuando se intuye este, se busca una nueva senda. Frente a la retórica del punto final encontramos la retórica de los puntos suspensivos; después de cada episodio lector se sugiere, como en las series por capítulos, «continuará»...

Cuantificar así resulta complicado. O quizá sea preciso buscar nuevas formas de cuantificar... ¿Cómo saber en este contexto dónde se hallan las intersecciones, las convergencias globales del gusto y del interés?, ¿cómo formalizar un mínimo común denominador? Aun si se ponen en juego algoritmos que permitan escudriñar por dónde van las visualizaciones y las descargas, el nuevo sistema abierto hace menos posible la definición de convergencia y más fácil la proliferación de zonas grises. Pero

no es menos cierto que la aventura lleva al descubrimiento, y que entra en conflicto con el conservadurismo, tan antihumano este.

Quizá el mayor problema de contabilidad resida en delimitar, concretar tiempos de lectura debido a esas lecturas fragmentarias. Leer deja de configurar un tiempo, el tiempo de lectura. Un lector digital genuino (que lee mensajes de SMS y de WhatsApp de móvil, que consulta el Facebook, que lee diarios digitales y que hace varias consultas diarias a Google, que lee correos electrónicos y también quizá algún ensayo o novela o artículo especializado) difícilmente sabrá responder a la pregunta «¿Cuánto tiempo al día lee usted?». Y nos llevará a desclasificar el «tiempo de lectura» como un tiempo socialmente significativo. Pasa algo similar con la comida en la tardomodernidad occidental: se está en trance de que no esté acotando un tiempo socialmente significativo. El antropólogo de la alimentación Claude Fischler habla de *food contacts* para referirse a las interacciones culinarias. Hasta hace apenas unos años generalmente había tres o cuatro *food contacts* a lo largo del día: el desayuno, la comida del mediodía, la merienda y la cena, momentos acotados que formaban la categoría «tiempo de comida» en los segmentos de uso del tiempo diario. Actualmente, en muchos lugares del mundo, mucha gente, especialmente los jóvenes, llegan a tener más de veinte *food contacts* diarios, ¿cómo así se podrá definir un tiempo estructurante llamado «tiempo de comida»? Resulta fácil la adaptación del concepto para la lectura; hablemos de *book contact*. Posiblemente en el pasado y en la actualidad de *Analogia* no hubiese más de dos *book contacts*, dos tiempos fuertes de lectura... En la actualidad de *Digitalia*, ¿cuántos *book contacts* se darán? O, para ser más exactos, ¿cuántos *device contacts*?... Centenares, sin duda.

Por otro lado, desaparecidos los orientadores, los libreros, ¿cómo se ordena el gusto?, ¿quién crea tendencias en *Digitalia*? Nuevamente nos encontramos ante dos respuestas que parecen irreconciliables: el fin del criterio, de los cánones, lleva a la anomia; o, por el contrario, la ruptura de las camisas de fuerza lleva a definir espacios de plena libertad, gustos diferentes que, por su novedad, no han sido definidos con nitidez.

Por otro lado, asistimos en *Digitalia* a la disolución de la idolatría del libro. Los dispositivos de lectura, como contenedores múltiples, se aprovechan más cuanto más se interactúa con ellos. Así, «cacharrear», «toquetear», «configurar» (y «reconfigurar»), «enredar» en ellos... son las fórmulas esperables de aprovechar el dispositivo, de sacarle todo su valor, pues con ello podemos conducirnos más y mejor por redes, por volúmenes de contenidos inimaginables, en los que resulta imposible no perderse, con las implicaciones positivas y negativas que ello puede tener.

En *Digitalia*, los dispositivos están incorporados, pero las letras se comparten, se rebotan. En efecto, para los habitantes de la atmósfera *Digitalia*, es en los dispositivos electrónicos donde se verifican los mayores volúmenes de lectura, sobre todo están incorporados los dispositivos móviles. Hasta tal punto que Rodríguez de las Heras (2015) habla de «prótesis», de manera que la Red no está fuera, sino en nosotros. Claramente funcionan como apéndices del cuerpo: ¿cuántas horas al día pasa el móvil pegado a la mano en *Digitalia*?, ¿cuántas horas pegado al cuerpo

en el bolsillo trasero o delantero? No solo pegado, sino mandando impactos: vibraciones, sonidos diferentes, en algunos dispositivos incluso interacciones «reales»: Facebook te pregunta «¿Qué estás pensando?»; Siri, directamente, te lo dice. En nuestros recorridos por esta atmósfera encontramos muchas muestras de esta integración corporal. En *Digitalia* uno vive pegado a su dispositivo, e incluso es muy significativa una imagen del vínculo umbilical: los cables que salen del dispositivo y llevan a los oídos. Más aún, en esos otros aparatos en forma de reloj mayormente incorporados (y que están pasando de la especificidad deportiva a la cotidianidad): pegados a los pulsos de las muñecas, informan de pulsaciones, calorías desgastadas, kilómetros caminados... En cambio, una lógica inversa parece funcionar respecto a las letras y a la lectura. Las lecturas en los dispositivos invitan claramente no a la incorporación sino a la *excorporación*: las letras, las lecturas, «se rebotan», «se comparten», «se reenvían», se «retuitean». Antes incluso de ser digeridas por uno, ya se están lanzando fuera. Y no es que se posponga la digestión: inmediatamente llega otro flujo de letras que, apenas tocan la epidermis, se rebota. El poder de las lecturas, el poder de las letras, en los dispositivos está en la construcción de un nosotros, más que un yo. La actividad lectora ya no se mide en cuánto se tiene, sino en cuánto se comparte.

También en *Digitalia* encontramos sentidos de la lectura plurales: talleres de lectura, clubes de lectura, foros virtuales de comentario y reflexión... expresiones sociales claras de esa nueva tendencia, pero la pluralidad se plasma sobre todo en los vectores que salen virtualmente de mi dispositivo hacia otros: el dispositivo está lleno de conjuntos plurales susceptibles de ver o leer lo que uno ve y lee: mis amigos, mis seguidores, los amigos de mis amigos, los seguidores de mis seguidores. Las nuevas lecturas llevan a un nuevo tipo de narcisismo lector: del «tantos libros leo» a «tantos seguidores o amigos me leen».

Valdría para la lectura aquello que dijo la antropóloga Mary Douglas respecto a la desritualización festiva y sagrada en los años setenta del siglo XX: «¡Reminiscencias de Lutero!». En efecto, Lutero parece presidir las nuevas formas de leer... Eso se sugiere pues parece asentada la idea de que en *Digitalia* se lee de cualquier modo, sin la ritualidad antes adecuada y deseada. Pero no es tan claro; posiblemente estemos asistiendo a una nueva ritualidad menos vistosa pero no con menos sentido. La informalidad es clara: leer y mirar la televisión al mismo tiempo, mirar dos dispositivos alternativamente, mirar el dispositivo y hablar con otro, mirar el dispositivo mientras se come... ¿Quiere decir eso que la lectura es menos sentida, menos productiva? Quizá no esté tan evidente; seguramente lo pertinente sería pensar en nuevas formas de sentir la lectura. En *Digitalia* funciona la idea de ventana, como metáfora y como alegoría. El lector en *Digitalia* tiene a la vez muchas ventanas abiertas y cada una de esas ventanas lleva a más ventanas. Por eso, en parte, el ritual de la formalidad y la quietud se rompe: son lecturas abiertas y también multisituadas, es decir, desarrolladas en muchos escenarios. La movilidad de los dispositivos lleva a expandir los ámbitos de lectura: todos en la casa (cama, cuarto de baño, todos los sofás, todas las sillas...); todos en la calle (el banco, la esquina, el escalón, la propia calle); todos

los transportes públicos por muy ruidosos e incómodos que sean. La colonización global lleva, incluso, a atravesar fronteras antes radicalmente vedadas a la lectura: el velatorio, el hospital, la clase, la iglesia.

Los estados del libro y las posibilidades de cohabitación

Los estados de la materia pueden servir muy bien como metáfora de las presencias disímiles del libro a lo largo de la historia: sólido, líquido y gaseoso. Nos apoyamos en diferentes reflexiones producidas en el campo del arte para hacer las conexiones con el libro.

Después de su exhaustivo estudio sobre la historia de la destrucción de libros, Fernando Báez tiene claro cómo es el perfil del destructor: «Es dogmático porque se aferra a una concepción del mundo uniforme, irrefutable, un absoluto de naturaleza autárquica, autofundante, autosuficiente, infinita, atemporal, simple y expresada como pura actualidad no corruptible. Ese absoluto implica una realidad absoluta. No se explica, se aprehende directamente por revelación» (2004: 23). Las resurrecciones, resistencias y nuevas vidas del libro dan cuenta de su solidez como instrumento con utilidades que van de lo radicalmente práctico a lo radicalmente emocional. La solidez permite fraguar y genera un marchamo de calidad que hace muy difícil que las destrucciones de libros triunfen plenamente.

Walter Benjamin hablaba en 1936 del valor del aura en la obra de arte original; un aura que se perdía ante las repetidas copias: «En la época de la reproducción técnica de la obra de arte lo que se atrofia es el aura de esta» (1989). Esa sentencia bien puede servir para pensar en las consecuencias de la pérdida de solidez del libro. Si este se convierte solo en un ente electrónico, reproducible del cualquier modo con un clic, si se pierde como materia, se atrofia parcialmente el aura de ese objeto llamado libro. Pierde solidez y, como consecuencia, pierde valor. En la lógica de la argumentación de Benjamin, la tradición en el arte (y también, podemos decir que en el libro), es un valor; la solidez del libro se entronca con su valor tradicional; si este se aniquila asistiríamos a la «liquidación general» que el filósofo auguró para las obras de arte que se reproducen sin criterio ni mesura.

El paradigma del libro sólido, el de papel, representa una versión de la humanidad con tantos vectores benéficos que su pérdida tendría consecuencias irreparables. Los sentimientos que encontramos en lo más pequeño y recóndito de *Analogia* son extrapolables a todas las culturas letradas.

La liquidez ha sido claramente definida para la modernidad occidental por Bauman (2009). Para el libro, la liquidez es el estado de mayor incertidumbre, porque como todas las sustancias líquidas tienen dificultad para mantener la forma; el libro que pierde solidez, pierde forma, y parece evaporarse rápidamente, parece impregnarse de los valores de la obsolescencia programada: multiplicación excesiva de títulos que remite al usar y tirar; libros que envejecen y mueren casi al instante de haber nacido, libros que no permiten sedimento. Señala Cristian Vázquez (2016b) que actualmente y con algunos dispositivos podemos llevar catorce millones de libros en el bolsillo:

> Dado que un libro en formato digital está compuesto, en promedio, por unos 300 kilobytes, los 14 millones de volúmenes representan unos 4,2 terabytes (o 4.200 gigabytes). Y dado que ya existen discos duros externos de esa capacidad (o casi), y que miden unos 12 centímetros de largo por 8 de ancho y menos de 2,5 de espesor, llevar 14 millones de libros en el bolsillo ya es una posibilidad real.

¿Cómo no perdernos? ¿Cómo no sentir que la mayoría de esos libros no va a irradiar nada? Pero la liquidez del libro es también una oportunidad: permite contactos letrados muy diversos, diálogos múltiples que posibilitan un acceso a una realidad amplia, aunque la profundidad sea menor. El propio Bauman, al hablar del arte líquido (2007), refiere el miedo a la permanencia, el miedo al inmovilismo. Si romper con la solidez nos enfrentaba al olvido de una tradición con sentido, desechar los valores «líquidos», donde prima la movilidad frente al sedimento, es una actitud que va contra el aperturismo humano.

El libro gaseoso sería el tercer estadio. Quizá el estadio por venir; es más voluminoso todavía que el estado líquido, y más volátil. Yves Michaud ha usado la metáfora para el arte (2007). Afirma que actualmente se estetiza todo y, al tiempo que pasa eso, la obra de arte tangible y concreta comienza a escasear. El arte en estado gaseoso remite a un arte que está por doquier, como el vaho: muy presente pero casi imperceptible. La evaporación del arte por exceso (muchas obras, pero pocos significados), consumos masivos que no dejan sedimentar la experiencia estética, podrían llevar a la disolución de la obra. Según su punto de vista podríamos estar en puertas de la «desdefinición», no saber qué es una obra de arte. Esa es la gran paradoja del arte contemporáneo, y esa puede ser también la paradoja de las letras contemporáneas: se lee todo, se publica mucho y queda poco; de igual modo podría pensarse que en estado gaseoso fuese imposible la definición de libro. La nube desde luego genera, como todo lo no asible, inseguridad e incertidumbre, pero la nube es también espacio simbólicamente asociado a la génesis. La polisemia del adjetivo «etéreo» bien valdría para esta situación: intangible y poco definido, pero a la vez sutil y sublime. Cuando es posible la libertad creativa total, cuando se minimizan los obstáculos económicos a la publicación, seguro que se llevarán a la nube productos feos e intrascendentes, pero no cabe duda de que emergerá también alguna literatura que de otro modo no habría visto nunca la luz.

Según los viajes que hemos hecho de *Analogia* a *Digitalia*, cabe un planteamiento propositivo, alejado de mistificaciones y queriendo diluir maniqueas dicotomías: entender las presencias de varios tipos de libros, no excluyentes sino alternativos. ¿Por qué renunciar al papel que produce esas ventajas de la solidez simbólica?, ¿por qué renunciar a vínculos rápidos y amplios a través de las letras? La nube, el río y el hielo son la misma cosa en distintos estados; así puede ser también con el libro. Con Chartier (2011) podemos decir que a la vista de las historias de competencia y de la realidad versátil, «las pantallas y los libros pueden cohabitar conjuntamente». Sin problemas de glosolalia. Sin renunciar, sumando.

11.4

Referencias bibliográficas

Baschet, J. (1999). «Alma y cuerpo en el occidente medieval: una dualidad dinámica, entre pluralidad y dualismo». En J. Baschet *et al*., *Encuentros de almas y cuerpos entre Europa medieval y mundo mesoamericano*. México: Universidad Autónoma de Chiapas, 41-83.

Baskhar, M. (2014). *La máquina del contenido. Hacia una teoría de la edición desde la imprenta hasta la Red digital*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2007). *¿Arte, líquido?* Madrid: Ediciones Sequitur.

Benjamin, W. (1989). «La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica». En *Discursos Interrumpidos I*. Buenos Aires: Taurus.

Bradbury, R. (2006). *Farenheit 451*. Almería: Libros de la Arena.

Borges, J. L. (1996). «El libro». En *Jorge Luis Borges. Obras completas IV*. Barcelona: Emecé Editores.

Chartier, R. (2007). «¿La muerte del libro? Orden del discurso y orden de los libros». En *Co-herencia*, 4 (7): 119-129.

— (2011). «Pantallas y libros en el mismo mundo. Entrevista». En *La Nación*, 21 de enero.

Littau, K. (2007). *Teorías de la literatura. Libros, cuerpos y bibliomanía*. Buenos Aires: Manantial.

Melot, M. (2007). «¿Y cómo va la muerte del libro?». En En *Istor*, 8 (31): 7-26.

Michaud, Y. (2007). *El arte en estado gaseoso. Ensayo sobre el triunfo de la estética*, México: Fondo de Cultura Económica.

Paredes, A. V. (1680). *Institución y origen del arte de la imprenta y reglas generales para los componedores*. Fácsimil en: <www. weblioteca.uv.es/cgi/>.

Pascua, M. J. de la (1989). «La lucha por el control de las exequias: el síndico personero, portavoz del descontento del pueblo gaditano con sus curas párrocos». En Buxo, M. J., Rodríguez Becerra S. y Álvarez Santaló L.C. (coords.) *La religiosidad popular, Vol. 2*. Madrid: Anthropos.

Pons, A. (2013). *El desorden digital. Guía para historiadores y humanistas*. Madrid: Siglo XXI.

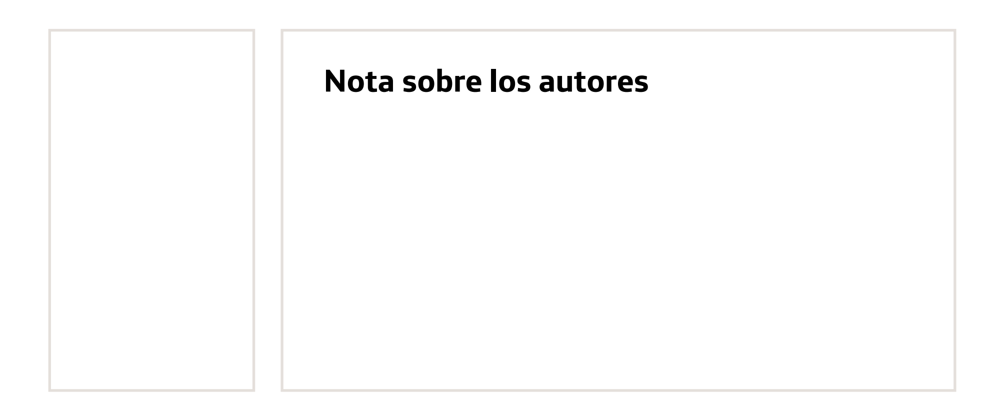
Rodríguez de las Heras, A. (2010). «El libro de arena. Transformaciones de la escritura y de la lectura». En *Primeras noticias. Revista de literatura*, 254-255: 33-41.

— (2015). «Ciudadanos con tecnología incorporada». *Revista TELOS (Cuadernos de comunicación e innovación)*, febrero-mayo.

Roque, M. A. (2009). «Las aves, metáfora del alma». En *Quaderns del Institut Europeu de la Mediterrania*, 12: 236-244.

Vásquez, C. (2016a). «En defensa de comprar libros para luego no leerlos». En *Letras Libres*, 25 de octubre.

— (2016b). «Similitudes y diferencias entre tirar un CD y quemar una biblioteca». En *Letras Libres*, 1 de noviembre.



Nota sobre los autores

Francisco Cruces Villalobos

Profesor de Antropología en la UNED, ha sido investigador invitado en las universidades del Valle (Cali), UAM-I (México), Chicago, UCSD (La Jolla) y Paris-Est. Su trabajo etnográfico se centra en formas de *performance* y expresión simbólica en contextos urbanos, con trabajos de campo en Madrid, Bogotá, México y Montevideo. Coordina el grupo Cultura Urbana, donde actualmente realiza una etnografía visual y colaborativa sobre la metropolización de la intimidad y sus narrativas. Es coautor de *La sonrisa de la institución* (2006), *Símbolos en la ciudad* (2007), *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales* (2012) y *Cosmópolis. Nuevas maneras de ser urbanos* (2016).

Gemma Lluch Crespo

Profesora de la Universitat de València del Departament de Filologia Catalana. Doctora en Filología y premio extraordinario de doctorado. Ha publicado más de cien trabajos de investigación, trece libros completos y cinco como editora. Ha participado en ocho proyectos de investigación sobre lectura y actualmente dirige el proyecto *Los espacios virtuales para la promoción del libro y la lectura. Formulación de indicadores para evaluar su calidad y efectividad* (FFI2015-69977-R). Más información en: <http://www.gemmalluch.com/>.

Remedios Zafra Alcaraz

Escritora y profesora titular de Arte, Estudios de Género y Cultura Digital en la Universidad de Sevilla. Entre sus libros más recientes destacan: *Ojos y capital* (2015); *(h)adas. Mujeres que crean, programan, prosumen, teclean* (2013); *Un cuarto propio conectado* (2010) y *Netianas. N(h)acer mujer en Internet* (2006). Su obra ensayística ha obtenido importantes reconocimientos como el Premio de las Letras El Público 2013, el Premio Málaga de Ensayo 2013, el Premio Nacional de Ensayo Carmen de Burgos 2000, el Premio de Investigación de la Cátedra Leonor

de Guzmán 2001 y Premio Meridiana 2014. Ha sido directora de *Equisceroyuno, plataforma para la investigación y la práctica artística sobre identidad y cultura de redes* (Centro Andaluz de Arte Contemporáneo). Más información en: <www.remedioszafra.net>.

Julián López García

Profesor titular de Antropología Social de la UNED. En América ha centrado sus investigaciones en el oriente de Guatemala, donde ha trabajado con mayas-ch'orti' y con ladinos, preferentemente sobre valores simbólicos de la comida y representaciones del hambre, y también en aspectos relacionados con la identidad étnica, la violencia y las narrativas sobre el desarrollo. En España trabaja fundamentalmente sobre emociones antagónicas generadas por la memoria del amor y la memoria del hambre y la represión, y sobre ideologías en torno a la muerte.

Gloria G. Durán Hernández-Mora

Doctora en Bellas Artes por la UPV. Ha sido investigadora posdoctoral dentro del Grupo Cultura urbana de la UNED. En la actualidad trabaja en Intermediae-Matadero Madrid y es profesora del máster de Cultura, Comunicación y Ciudadanía Digital de la Universidad Rey Juan Carlos y Medialab-Prado. Como miembro de dos proyectos de Cultura urbana, es coautora de los libros corales *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales* (2012) y *Cosmópolis. Nuevas maneras de ser urbanos* (2016). Además, tiene publicados: *Dandysmo y contragénero* (2010), *Dandys Extrafinos* (2012), *Baronesa Dandy, Reina Dadá, la obra-vida de Elsa von Freytag Loringhoven* (2013) y *Agentes críticos: prácticas colectivas y arte público* (2017).

Jorge Moreno Andrés

Fotógrafo, antropólogo y cineasta. Doctorando en Antropología Social por la UNED. Su trabajo etnográfico se centra en el análisis de la fotografía popular, así como en la creación de documentales y ensayos visuales. Como fotógrafo ganó en 2006 el Premio Marqués de Lozoya por su trabajo *Entre lo urbano y lo rural: La matanza del cerdo*. Actualmente es director artístico y programador del Certamen Internacional de Cine Documental sobre Migración y Exilio (CEME DOC). Es coautor del largometraje documental *El orden que habito. Una sinfonía urbana de interiores* (2017).

Romina Magdalena Colombo Liberman

Estudió Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente disfruta de una beca predoctoral del MINECO en el Departamento de Antropología Social y Cultural de la UNED (BES-2013-065174), donde investiga la modernización doméstica en la clase media madrileña. Como miembro del proyecto *Madrid Cosmópolis* (CSO2012-33949) ha participado en las obras colectivas *Emerging Social*

Practices in Urban Space: The Case of Madrid (*Urbanities*, 2016) y *Cosmópolis. Nuevas maneras de ser urbanos* (2016).

Nuria Esteban Gismera

Arquitecta técnica y antropóloga social, es investigadora del Grupo Cultura Urbana de la UNED. Ha investigado sobre urbanismo, especialmente en el campo de la sostenibilidad y de la regeneración de entornos urbanos, la generación de identidad en las ciudades y la capacidad transformadora de los individuos del entorno urbano. Colabora con la Asociación Naturbana, que realiza proyectos de acción urbana y campañas de dinamización ciudadana, de fomento y expansión de la cultura a otros ámbitos, reciclaje y revitalización del espacio público, enfocadas en el entorno infantil y juvenil.

Anna Esteve Guillén

Profesora del Departament de Filologia Catalana de la Universitat d'Alacant y miembro del Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, su actual línea de investigación es el análisis de los documentos de escritores y docentes en Internet para promocionar la lectura y sus libros. Es miembro del proyecto *Los espacios virtuales para la promoción del libro y la lectura. Formulación de indicadores para evaluar su calidad y efectividad*.

Virginia Calvo Valios

Profesora del Departamento de Didáctica de las Lenguas y de las Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Zaragoza. Doctora por la Universidad de Zaragoza. Miembro del grupo de investigación ELLIJ. Subdirectora del máster propio en Lectura, libros y lectores infantiles y juveniles. Sus líneas de investigación versan sobre la educación lectora en la construcción de identidades y el uso de las herramientas de la Web 2.0. Forma parte del proyecto *Los espacios virtuales para la promoción del libro y la lectura*.

Maite Monar van Vliet

Secretaria técnica del Consell Escolar de la Comunitat Valenciana y profesora de secundaria de Lengua y Literatura Valencianas. Doctora en Filología Catalana y codirectora del diploma de Cultura, Lectura i LIJ de la Universitat de València. Su principal línea de investigación es la promoción de la lectura con TIC al aula y a la biblioteca, con la que ha impartido cursos, ha publicado artículos y ha coordinado la obra *Com triomfar amb les TIC en la promoció lectora*.

Claves de actualidad

¿Cómo leemos en la sociedad digital?

Lectores, *booktubers* y prosumidores

El panorama de la lectura está cambiando. Y lo hace muy rápidamente. Sin embargo, no nos hallamos ante una especie de “muerte de los libros” —del fin de las maneras transmitidas por la Escuela y la cultura legítima para entender y practicar la lectura. Se trata más bien de un momento híbrido, algo irónico, en el que tales maneras tienden a diversificarse y pluralizarse respecto al canon culto heredado de siglos pasados. Existen muchas *formas de leer*.

Al documentarlas en lo tocante a una variedad de sujetos, contextos y situaciones, la etnografía aspira a reintegrar el rostro singular de sus protagonistas. *Booktubers*, profesores de bachillerato, internautas, adolescentes, clubes, bibliotecarios, editores, libreras, escritores, activistas de barrio, blogueros, jubilados, recitadoras amateur, amas de casa… Acompañamos mediante talleres, análisis de contenido, entrevistas, trabajo de archivo, vídeo y fotografía las vicisitudes de un don que —lejos de la imagen ensimismada de un lector absorto— suele ser compartido.

La lectura no aparece, entonces, como asunto de alguien aislado. Es social, holista, activa, afectiva y corporal; marcada por una relación indisociable con la escritura, la interactividad, la sociabilidad, la imagen, la oralidad, el ritual, la educación sentimental, el espacio cotidiano, la movilidad, la proliferación de dispositivos, la fragmentación de los tiempos y la multiplicación de ocasiones y motivos para leer.



76

